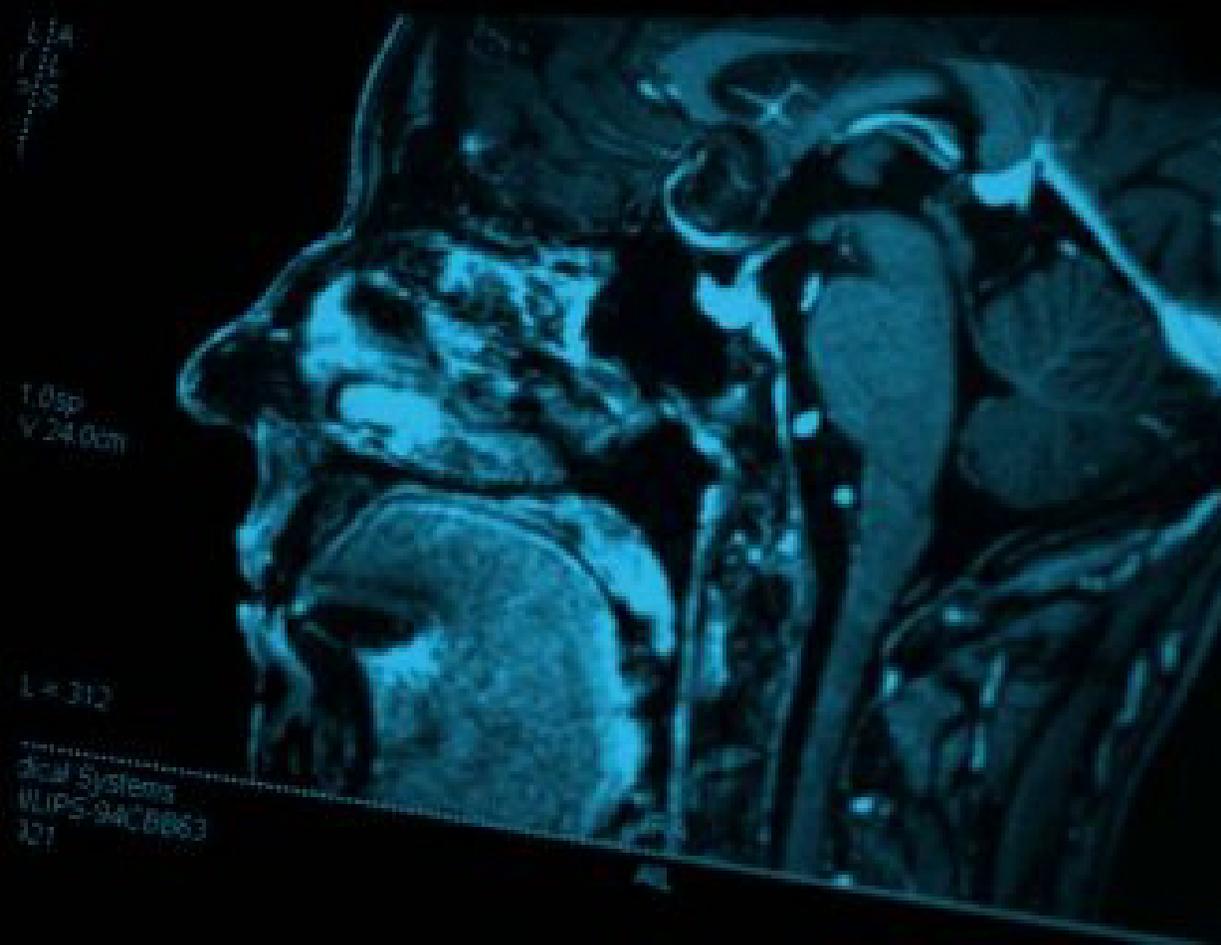


FEDERICO BASTERI



UNA NOVELA

ESTIRPE

D.J.57

ESTIRPE POR FEDERICO BASTERI

ROSTHALION

1

«El mundo se está volviendo más frío».

O eso pensó Jonathan al ver la nieve acumulada en la entrada de la casa fúnebre. El fuego de su cigarrillo luchaba por mantenerse encendido entre la ventisca helada y cargada con aguanieve de aquel viernes por la tarde. La televisión había anunciado la llegada de una tormenta de nieve como nunca antes registrada en la ciudad. Y no lo podría haber hecho en un mejor momento. Estaban a escasos días del inicio del referéndum. Al menos así lo indicaba el anuncio publicitario que ahora Jonathan veía al otro lado de la calle, adornando una parada de autobús.

«Lo Mejor de lo Mejor» era el principal eslogan, en letras grandes y rojas; perfectamente visibles desde lejos, aún a través de una neblina tempestuosa, como en ese momento. Esto no estaba pensado al azar. Los publicistas lo sabían, la gente lo sabía. El mensaje debía ser claro bajo cualquier circunstancia. Toda la población debía votar.

Hasta el último.

Más abajo del eslogan principal podía leerse con cuidada tipografía la información de mayor importancia:

«Martes 11 de mayo de 2032» «VOTA SÍ»

«Referéndum Oficial e Histórico»

Anuncios de este tipo no eran los únicos que empapelaban la ciudad. Variaciones con el mismo mensaje podían encontrarse poblando las escuelas, el transporte público, las tiendas y comercios y los medios de comunicación locales. Todos con un único objetivo: que la gente hiciera uso de su derecho a votar. Y que ganase el «SÍ». La gran mayoría de los ciudadanos estaba a favor. Incluso colocaban en sus casas particulares, en sus ventanas y en sus balcones, banderas y carteles con la palabra «SÍ» para demostrar su total apoyo.

Existían los detractores de la propuesta, por supuesto y conformaban una dura minoría. Su escasa influencia podía notarse con total claridad en esos bares, casas o albergues que llevaban –por lo general en su entrada principal– banderas y cartones de color negro con la palabra «NO» escrita en grande.

Pero si había algo uniforme y constante en cada uno de los anuncios era su frase final. Debajo del eslogan y del mensaje principal, en letras de un tamaño preciso (ni muy grande ni muy pequeño) se podía leer una especie de firma:

«El Estado Soberano de Rosthalion».

Más todos sabían que ése no era el nombre real de la ciudad. Era el nombre que la ciudad adoptaría en caso de que el referéndum tuviese mayoría positiva, algo que casi estaba dado por hecho.

Incluso se les instaba a los habitantes comenzar a referirse a la ciudad con ese nombre y aquellos necesitados de una sensación de libertad y de autonomía, abrazaron el nuevo cambio con entusiasmo. Pronto, todo el mundo llamó a la ciudad por su nuevo nombre y juntos aguardaban el inicio del referéndum para decirle «SÍ» a la independencia. Jonathan, sin embargo, no estaba seguro en qué grupo encajaba. Tampoco había tomado su decisión. Tenía tiempo. Al menos una semana.

Lo único que le preocupaba ahora era la nieve y la creciente tormenta.

«Será un fin de semana interesante en la ruta» pensó.

Oyó un ruido agudo, como una bisagra a la cual le falta aceite. Miró hacia arriba y notó el cartel encima de él, con letras gastadas pero todavía legibles: «Pastrunni Funerales». Una fuerte ventisca había hecho que crujiese y se tambalease. Si el viento se hacía más fuerte, podría derrumbarse.

Sin embargo, se despreocupó y continuó fumando, luchando tanto contra el frío como contra el aburrimiento.

Hacía media hora que esperaba, con total indiferencia. Al ya tener veintiocho años — pronto a cumplir los veintinueve— y ante el hecho de que conducir coches fúnebres era lo mejor que podía hacer, consideraba que no había razón por la cual preocuparse de maximizar el uso del tiempo. «Los muertos pueden esperar... y yo también» se decía para sacarle una falsa sonrisa a su situación.

Cuando la puerta de la casa se abrió, Jonathan arrojó el cigarrillo y notó que el cielo se había hecho más gris.

Quien abrió la puerta era Teresa, una de las dos hijas del viejo Pastrunni.

— ¿Ya es hora?—dijo Jonathan incorporándose.

— Quiere verte antes —exclamó Teresa y regresó hacia el interior del edificio, quizás ahuyentada por las gélidas temperaturas.

Jonathan atravesó la entrada de vidrio y al sentir la calefacción del interior abrumarlo de repente, se vio obligado a quitarse su abrigo barato y su bufanda.

— Por aquí —le indicó Teresa luego de cerrar la puerta y echar a andar. La casa por dentro era poco cálida, asemejándose más a un espacio institucional de oficinas y pasillos. Y no era más que otra cosa; un lugar de trabajo.

En el trayecto hasta el despacho de Pastrunni, Jonathan echó una mirada desinteresada a la figura de Teresa que se movía adelante. Quizás ella era mayor que él, o de la misma edad, no estaba seguro. Sin embargo, no era su tipo porque Jonathan no tenía tipo. Ya no le interesaban esas cosas. Las consideraba un

aburrido pasatiempo.

Subieron una pequeña escalera que los guio derecho a la pequeña oficina donde de seguro Victor Pastrunni no recibía a sus mejores clientes, sino a personas como Jonathan, que no merecen tanto lujo o ceremonia después de todo. Pero que lo haya llamado sólo podía significar una cosa: un nuevo trabajo. Y éste debía hacerse con total discreción.

Teresa se frenó antes de ingresar, empujó apenas la puerta entreabierta y luego se volvió a Jonathan, invitándolo a entrar.

Cuando ingresó el primer pie, Jonathan clavó los ojos en Pastrunni y reparó en la expresión consternada de su rostro mientras leía unos papeles que no tuvo idea de qué eran.

El viejo levantó la cabeza y lo miró a través de sus lentes cuadrados.

— Adelante—le dijo a Jonathan—. Toma asiento.

Jonathan obedeció y arrastró una silla que colocó delante del escritorio ordenado.

— Afuera es un verdadero temporal —continuó Pastrunni—. Algunos ya lo llaman el «apocalipsis de nieve».

— Dicen que alcanzará su máxima intensidad el domingo y luego disminuirá—comentó Jonathan—. Quizás nos dé tregua a los votantes, después de todo.

— Esperemos que así sea.

Pastrunni lanzó una pequeña sonrisa, tan amplia y tan cálida como el dueño de una casa fúnebre podía poner ante sus clientes.

— Mientras tanto... Tenemos una entrega que hacer —dijo.

Jonathan lo miró seriamente y habló:

— ¿Cuál es el destino?

— Un pequeño pueblo en las afueras, de nombre Tinetele.

Jonathan asintió.

— Lo conozco. Está pasando la frontera.

— No tienes que preocuparte por eso. El cliente ya ha hecho todos los arreglos necesarios. Debemos cumplir con nuestra cuota de discreción, dada la situación tan delicada.

— Naturalmente. ¿Cuándo parto?

— Esta noche. A las nueve. Puedes esperar aquí hasta entonces.

— ¿Quién se encargará del servicio una vez que llegue allí?

— No nosotros, por supuesto. Correrá a cargo del cliente. Tan sólo tenemos que hacer la entrega.

— De acuerdo.

— Teresa te dará el itinerario con toda la información detallada. ¿Tienes alguna otra pregunta?

— No. Con el destino final ya me conformo.

Jonathan se puso de pie.

— Tú sólo dime cuándo cargamos el cuerpo en la camioneta —agregó. — Lo haré.

Dicho esto, Jonathan salió del despacho, intercambió miradas con Teresa y bajó las

escaleras. Había una pequeña sala de espera destinada para los mejores clientes que

Pastrunni tenía en su extensa cantera. En ese momento se encontraba vacía, con toda

probabilidad debido a la severa tormenta. Se ubicó en uno de sus asientos recubierto de

cuero y se entretuvo observando la nieve acumularse sobre las ventanas. Durante el

breve lapso que estuvo dentro del despacho de Pastrunni, el día se había oscurecido.

Pronto tendría que salir en camino.

2

Gabrielle Blake detuvo el auto. Afuera la neblina de la tormenta no llegó a ocultar del todo la realidad de la escena. Lo que en verano solía ser un parque lleno de personas echadas sobre el verde césped bañándose en el cálido sol, ahora estaba repleto de nieve y autos de policía.

«Mierda» dijo para sí misma.

Apagó el auto por completo y salió para enfrentar la tormenta.

Caminó con dificultad sobre la nieve, la cual con cada paso que daba le cubría los pies por completo.

A medida que se acercaba, notó más y más detalles de la particular escena. En una reducida área perfectamente delimitada con pequeñas bengalas rojas que ardían con suavidad, se encontraban reunidos distintos agentes de policías, paramédicos y forenses. «Todos abrigados hasta el culo» pensó al reparar en ellos.

Antes de concentrar su atención en lo que las bengalas encerraban, Gabrielle distinguió a un grupo de cuatro perros de raza ovejero alemán que se encontraban quietos en la nieve espesa, los hocicos cubiertos con bozales y las correas tirantes que llegaban hasta sus respectivos entrenadores.

Pasó por al lado de ellos y sin detenerse dijo:

— Regresen estos perros a la camioneta. Se están congelando.

Dicha orden fue acatada con inmediatez por los entrenadores.

Gabrielle se frenó bruscamente, de pie entre dos bengalas bien distanciadas entre

sí y dio un vistazo a la escena. Un cuerpo masculino yacía completamente desnudo boca abajo sobre la nieve. Tenía la cabeza hundida en ella y parte del cuerpo también estaba cubierto, como si acabaran de desenterrarlo.

Un oficial regordete y calvo rodeó la escena y se unió junto a Gabrielle. Llevaba un gorro de lana en la cabeza que tenía una extraña similitud con los gorros invernales rusos. Que Gabrielle supiera, el oficial Mark Anderson no era de ascendencia rusa, pero allí en la nieve parecía sacado directamente de Moscú.

— No puede tener más de treinta años —dijo Anderson posando sus ojos sobre

Gabrielle y luego agregó: —. ¿Te preocupan los perros?

Gabrielle no respondió. Mantuvo su atención en el cuerpo, los ojos abiertos de par en par casi sin pestañar.

— Adelante—le insistió Anderson—. Echa un vistazo.

— ¿Nadie ha tocado el cuerpo?

— No.

— ¿Hace cuánto que lo han encontrado?

Anderson miró su reloj de pulsera luego de mover apenas el guante que llevaba puesto.

— Nosotros llegamos hace veinticinco minutos. Con respecto a él, no sé cuánto tiempo ha estado en la nieve.

Gabrielle se agachó para mirar de cerca el cuerpo. No tenía ni heridas ni rasguños. Estaba «limpio».

— ¿Ha estado aquí todo este tiempo?—dijo ella.

— Un tal Aidan Navalos afirma que se tropezó con un bulto en la nieve cuando regresaba de la última tienda abierta antes de la declaración de emergencia. Estaba enterrado casi por completo allí.

— ¿Fue él quien lo desenterró?

— No, esos fuimos nosotros.

Gabrielle se puso de pie y se ubicó del otro lado del cuerpo, observando la cabeza rasurada al ras. Notó que el cuerpo tenía un color particular.

— Hipotermia es la mejor opción —se adelantó Anderson.

— Este hombre no ha muerto de hipotermia.

— ¿Qué dices?

— Míralo.

Anderson estudió el cuerpo con una mueca de extrañeza que en ningún momento logró deshacerse.

Gabrielle se agachó una vez más para ver mejor de cerca.

— ¿No lo han dado vuelta aún?

— Esperábamos por ti —replicó Anderson.

— Sujétale las piernas —le ordenó ella.

El oficial regordete obedeció luego de resistirse un poco a la idea. Se ubicó detrás del cuerpo, opuesto a Gabrielle. Ella extendió una mano hacia el cuerpo para tocarlo cuando éste se sacudió violentamente.

Tanto Anderson como Gabrielle se sobresaltaron hacia atrás, presas de la sorpresa. El presunto cadáver se revolvió en la nieve y sacó su cabeza lanzando un grito de ahogo.

— ¡Sosténgalo! —gritó Anderson mientras intentaba tomarlo de las piernas. Gabrielle recuperó su estabilidad y preparó el arma. Dos policías más se unieron a Anderson para sostener lo que antes era un cadáver. Ahora era un hombre vivo, de treinta años y desnudo en medio de la mayor tormenta de nieve en la historia de la ciudad.

En una de sus sacudidas, el hombre logró ponerse de pie, todavía cubierto de nieve. Tenía los ojos rojos, pero el resto del cuerpo no evidenciaba ningún tipo de indicio de haber estado enterrado en la nieve.

Gabrielle levantó el arma tan pronto como el «cadáver» estuvo de pie y le apuntó.

— ¡Tranquilícese! —le ordenó—. ¡No se mueva!

Pero su voz se perdía en los gritos frenéticos del «muerto viviente».

Otros policías desenfundaron sus armas y las apuntaron sobre el hombre. Anderson, quien se había echado para atrás, buscaba torpemente sacar su pistola. Gabrielle reparó enseguida en la actitud de sus compañeros y gritó:

— ¡No, no! ¡No disparen! ¡Lo necesitamos vivo!

Anderson logró sacar su arma después de un fuerte tirón y se unió al resto de sus compañeros. El «muerto viviente» reparó en Gabrielle y le clavó una mirada letal. Los

policías mantuvieron los dedos ligeramente sobre el gatillo. Un mínimo movimiento y

habría fuego en la nieve.

— Necesito que se tranquilice—le dijo Gabrielle al sospechoso—. Queremos ayudarlo.

Sin mediar una palabra, el «muerto viviente» se acercó un paso. Los policías lo siguieron con la mira.

— Quédese donde está —dijo Gabrielle—. ¿Cuál es su nombre? ¿Quién es usted?

El «muerto viviente» dio otro paso más. Anderson se desesperó.

— Está demasiado cerca, Gab —le dijo.

— No se lo diré otra vez—continuó ella sin quitarle los ojos de encima.

Al tercer paso del cadáver en vida, Gabrielle no dudó. Bajó el arma en un instante y

apretó el gatillo. La bala impactó contra la pierna del sospechoso y lo tumbó sobre sus rodillas. Cada uno de los presentes allí vio cómo la sangre fresca—y viva— salía de lo que hace minutos habían pensado era un fiambre más en la nieve. No hubo grito de dolor. Los cadáveres no sentían dolor. Pero sí podían sangrar. Los policías se cerraron en círculo sobre el sospechoso y lo aprehendieron. Gabrielle bajó el arma y exhaló en alivio. Anderson se le acercó, aun sosteniendo en su mano el arma que tanto trabajo le había costado sacar.

— ¿Qué carajo acaba de pasar?

Gabrielle intercambió miradas con él, sin decir una palabra. Anderson adivinó su pensamiento.

— Estaba muerto, Gab —dijo él—. Sé que estaba muerto. No pudo haberse levantado.

— ¿Te aseguraste? ¿Te asegurarse que estuviese muerto?

Anderson se encogió de hombros.

— La temperatura es de diez grados bajo cero—dijo—. No hay forma de que un ser humano normal sobreviva desnudo enterrado en la puta nieve en el medio de la tormenta más severa de los últimos tiempos.

Gabrielle enfocó la mirada en el fuego de la bengala que se extinguía.

— Identifíquenlo —ordenó ella.

3

Las manos de Gabrielle estaban rojas por el frío. Apenas se quitó los guantes dentro de su despacho en la comisaría, no pudo evitar recordar todos los inviernos pasados en los que lidiaba con el mismo problema. «Algo de la piel» según recordaba ella de sus numerosas visitas al dermatólogo. Pero dudaba que fuese así. La respuesta más simple era casi siempre la correcta. Y en este caso, la respuesta había sido que su piel era más sensible que ella misma. Mientras se frotaba una mano con la otra para entrar en calor, observó a través de la pequeña ventana de su despacho que la tormenta se había tragado los últimos rayos de luz que quedaban. Estaban sumidos en la oscuridad. Abrió el cajón de su escritorio y sacó un pequeño tarro de crema que untó sobre sus nudillos enrojecidos, para luego esparcir por el resto de ambas manos. Esto le dio apenas algo de alivio al ardor.

Para cuando el teléfono sonó, la nieve había comenzado a tapar su ventana.

— ¿Sí?—dijo al teléfono y oyó por unos breves instantes—. Estaré

enseguida. Minutos después se presentó junto a Anderson en la sala de detención. Miraron al sospechoso esposado a la mesa, inmóvil y con su aspecto demacrado. Llevaba ropas provisorias de detención pero todavía guardaba una especie de aire cadavérico. Después de todo, lo había sido por unos minutos.

— Muéstrame —le dijo Gabrielle a Anderson.

Su compañero se ubicó detrás del sospechoso, quien le siguió con la mirada enervada. Pero cuando no pudo girar más, Anderson lo tomó de la mandíbula y lo forzó a abrir la boca.

Gabrielle se acercó y con una pequeña linterna inspeccionó el interior de la boca para encontrar que la lengua había sido cortada.

— Parece casi quirúrgico —dijo Gabrielle.

Anderson hizo más fuerza para sostener la cabeza del sospechoso en su lugar. — ¿Y eso qué nos dice?—dijo Anderson.

— El médico tiene que examinarlo más detenidamente —replicó ella—. Pero puedo

asegurarte que esto no fue tortura.

— ¿Quieres decir que este tipo quiso que le cortaran la lengua?

— Tal vez. Pero quien sea que lo haya hecho, hizo un trabajo preciso y cuidado.

— Es imposible.

Gabrielle se puso de pie y apagó la linterna. Anderson soltó al sospechoso, quien se sacudió en su lugar. Sin embargo, ninguno de los dos policías se inmutó.

— El médico podrá decirnos mejor, pero no veo señales de infección —prosiguió Gabrielle guardando su linterna—. La extracción fue hecha por un profesional, quien se tomó el cuidado de cicatrizar la herida.

Anderson reparó en el sospechoso. Luego Gabrielle sacó un anotador y un bolígrafo, a los cuales apoyó sobre la mesa y arrastró cerca del hombre.

— ¿Quién te hizo esto?—dijo ella—. ¿Quién te dejó en el medio de la nieve? No hubo respuesta. Los ojos del sospechoso parecían desorbitados.

Gabrielle se volvió a Anderson.

— ¿Todavía no lo han identificado?

— Sea quien sea, no está en nuestra base de datos —replicó él.

— ¿Nada?

— Por el momento...

La oficial se volvió al sospechoso, quien le devolvió el anotador con algo escrito en él. Tanto Anderson como ella se vieron sorprendidos y miraron el pedazo de papel con creciente expectativa.

Gabrielle leyó rápido lo escrito en una letra rota, casi como la de un niño pero su mensaje era tan claro como el agua: «púdranse».

— Al menos sabe escribir—comentó Anderson—. Y dice lo que siente. Pero

Gabrielle tenía la cabeza en otra cosa. Algo parecía haber hecho clic. Una posible asociación de hechos e ideas.

— Ven conmigo —le dijo ella.

Ambos salieron de la sala de detención. Antes que Gabrielle dijera algo, Anderson se adelantó.

— Le pediré al médico que lo examine a fondo. Que averigüe cómo diablos ha podido sobrevivir al frío en esas condiciones. Y de qué demonios se trata todo ese asunto de la lengua.

Gabrielle se frenó.

— Escucha—le dijo—. Creo que sé quién está detrás de esto.

— ¿Quién?

Ella se tomó un respiro antes de hablar, como si alguien la estuviera oyendo.

— El «Albino»—dijo.

— ¿El «Albino»? Creí que tu padre lo había mandado a la cárcel hace treinta años. — No. Los cargos se levantaron por falta de evidencia. Mi padre siempre creyó que

el «Albino» había mandado a alguien a borrar todo rastro que lo incriminase. — ¿Y crees que ahora está de regreso?

Gabrielle asintió.

— ¿Por qué lo haría?—dijo Anderson algo incrédulo—. Debe ser un pobre anciano ahora. No creo que tenga la fuerza y los recursos. ¿Y qué diablos puede tener que ver el «mudo» allí adentro con el «Albino»? ¿Cuál es la conexión?

— He visto los expedientes que dejó mi padre. Algunas cosas cuadran. — ¿Cómo qué?

— El «mudo» como tú lo llamas, sobrevivió temperaturas bajo cero sin ropa por un

lapso de tiempo importante. Eso no es normal. Tampoco fue normal treinta años atrás cuando el «Albino» fue acusado de secuestrar personas, algunos mentalmente discapacitados, para someterlos a experimentos físicos similares a los nazis durante el Holocausto.

— Entonces, el «Albino» experimentó cortándole la lengua al «mudo» y luego enterrándolo en la nieve, ¿para qué? ¿Para ver cuánto lograba sobrevivir sin poder gritar por ayuda? Podría simplemente haberse puesto de pie y huido.

— Debemos encontrarlo e interrogarlo.

— De acuerdo, ¿dónde está?

Gabrielle sacudió la cabeza.

— Ha estado oculto los últimos veinticinco años. Nadie sabe nada de él. No hay registros, no hay fotos actuales. Nadie quien lo identifique.

— Como el «mudo» allí dentro.

Jonathan observó cómo dos hombres fornidos y de estatura baja levantaban el pesado féretro recubierto de acero de color negro.

La bodega de carga de la casa fúnebre «Pastrunni» no era un lugar particularmente limpio y la mayoría de las veces —o al menos aquellas en las que Jonathan había estado— reinaba un hedor que si bien uno hubiera asociado con la naturaleza mortecina del lugar, era sencillamente demasiado insoportable para pertenecer sólo a los muertos. La camioneta era más bien una van de color blanco gastado y un par de abolladuras que si Jonathan tomaba las rutas más transitadas, de seguro no pasaría los controles. Pero eso era cuando no había una tormenta sin precedentes azotando a la ciudad en su totalidad y dejándola casi paralizada.

Los dos hombres fornidos, a quienes Jonathan reconocía de antes como Vitti y Carlo — aunque no recordaba cuál era cuál— terminaron de cargar el ataúd con esfuerzo y cerraron la puerta de la van. Luego, uno de ellos pasó a reemplazar las patentes del auto por otras de un cajón lleno de ellas.

Teresa se acercó por detrás de Jonathan, quien observaba todo con ambas manos en el bolsillo y una mirada impasible.

— Aquí tienes —le dijo ella y él se volteó.

En sus manos, Teresa sostenía una pequeña carpeta que extendió a Jonathan.
— Tienes todo lo que necesitas allí dentro —continuó ella—. Nadie debería darte problemas ni notar nada extraño. Si lo hacen, es porque has tomado otro camino, más vigilado y estricto.

— Dile a tu padre que no se preocupe. El paquete llegará a destino. Jonathan se volvió a la van y notó que la patente trasera falsa ya estaba instalada. Luego reposó sus ojos sobre Teresa.

— Sólo una pregunta. ¿No creen que un féretro hecho de acero oscuro llamará demasiado la atención?

— No se supone que lo haga. Si alguien te pregunta, tienes las respuestas que se te han dado allí. Sugiero que te las memorices.

De su bolsillo, Jonathan sacó otro cigarrillo y se preparó para encenderlo cuando Teresa lo frenó con un leve movimiento de mano.

— No aquí dentro. Espera a estar afuera.

Esbozando una pequeña sonrisa irónica, Jonathan obedeció y guardó el cigarrillo en el paquete arrugado.

Minutos después la van estaba lista y Teresa se había marchado, quedando tan sólo Vitti y Carlo en la bodega de carga.

Jonathan abrió la puerta del vehículo y se introdujo con lentitud. Encendió el motor y pisó el acelerador varias veces para calentarlo. El tubo de escape disparó

un humo negro acompañado de un ruido que se volvió ensordecedor gracias a la acústica del lugar. La puerta de la bodega se abrió y Jonathan notó, a través del parabrisas, que la ventisca de la tormenta se abalanzaba hacia el interior, como si tuviera vida propia. En pocos segundos después de abrir la puerta, el viento chocó contra el vidrio y éste se condensó. Jonathan puso la palanca de cambios en primera, pisó el acelerador suavemente y con lentitud se introdujo en la tormenta.

Cuando el vehículo atravesó la salida, Vitti y Carlo se apresuraron en cerrar la puerta y Jonathan los vio desaparecer detrás de ella a través de su espejo retrovisor. Ya estaba en camino.

Bordeó la casa fúnebre y notó que las luces del interior la tornaban de un color cálido entre el frío paisaje de la noche cerrada. El cartel superior, de «Pastrunni Funerales» había desaparecido en una neblina espesa.

Giró a la izquierda y salió a una intersección que conducía directamente a la ruta interestatal número 15. La misma sufría importantes baches en su trecho más largo y estaba pobremente señalizada, además de que todo el sistema de iluminación había sido quitado debido graves fallas que terminaron por hacer de él un gasto desproporcionado e innecesario.

Pero además de eso, su existencia se volvió redundante unos cinco años atrás gracias a la finalización de una autopista mucho más amplia y sofisticada que terminó por acaparar la mayoría del tráfico. Esto tenía dos ventajas: pocos controles y un camino oscuro perfecto para pasar desapercibido. Pastrunni no era el único que la usaba, otros también se habían percatado de su beneficio y transitaban a la par, sin mayores conflictos siempre y cuando se respetasen el uno al otro.

«Pero eso era antes» pensó Jonathan mientras encendía su cigarrillo pendiente. «Antes de la guerra».

El primer pensamiento que tuvo ni bien empezó a transitar la ruta 15 fue que no había antecedentes a una guerra como ésta. Nunca antes las organizaciones se habían visto tan enemistadas, pisándose los talones por todo negocio habido y por haber que dejara una ganancia alta. El número de pequeños competidores aumentaba a cada día y la entrada del narcotráfico terminó por ensuciar un asunto ya delicado de por sí. Las viejas alianzas entre los sindicatos o «familias» no existían más. O si lo hacían, su lazo era frágil y tibio. Ahora todos iban por todo, y lo querían ahora, sin importar quiénes habían sido aliados en el pasado o enemigos. «Cada uno por su cuenta».

Nunca se supo quién había iniciado la guerra, ni tampoco se podía determinar una fecha específica de comienzo. Pero tampoco a nadie le importaba saberlo. Muchos eran de la creencia que la guerra simplemente fue la consecuencia

máxima de un conflicto eterno entre las organizaciones que fue escalando paulatinamente hasta convertirse en guerra total.

Jonathan oyó que el motor hacía ruidos forzados, producto del pobre estado de un vehículo cuya mejor época había sido unos diez años atrás. Sin embargo, le llevaría adónde tenía que llegar sin demasiados inconvenientes.

Miró el reloj. Veinte minutos después de las nueve.

5

Gabrielle revisó uno por uno los reportes entregados por el ahora retirado detective Edward Nicholas Blake durante la ola de secuestros perpetrados supuestamente por el criminal Antonio «el Albino» Vopreko. En los mismos, el detective informaba que se había encontrado evidencia parcial que sugería la idea de vincular a Vopreko con el secuestro de trece personas a lo largo de dos años. Las víctimas pertenecían al Hospital Psiquiátrico Público y su abducción fue facilitada gracias a la complicidad de seleccionados miembros del personal médico —algunos de autoridad— cuyos nombres fueron entregados a la justicia y un eventual juicio por conspiración fue iniciado. Sin embargo, los cargos debieron ser desestimados debido a la insustancialidad de las pruebas y la investigación se dio por cerrada al poco tiempo.

Pero a Gabrielle sólo le interesaba conocer una cosa: qué tipos de experimentos el «Albino» había realizado sobre sus víctimas. La información disponible era escasa y gran parte se basaba en especulación sin verdadero sustento de pruebas. Según el detective Blake, las víctimas habían sido sujetas a cirugías sin anestesia, a terapias experimentales con electricidad y a escenarios de tortura psicológica entre otras cosas. Las víctimas jamás fueron encontradas.

Gabrielle detuvo su lectura por un instante y pensó en silencio. Luego levantó el teléfono y marcó. Cuando fue atendida, habló sin levantar la voz.

— Soy yo —dijo—. ¿Está despierto?

Levantó la mirada y observó el reloj del escritorio.

— ¿Puedes despertarlo?—continuó—. Debo hablar con él.

Volvió a escuchar por unos segundos y luego se puso de pie, aún con el teléfono pegado

a su oreja.

— De acuerdo. Estaré allí en breve.

Gabrielle colgó y se quedó pensando con la mirada perdida en los números del teléfono. — No existe —exclamó de repente la voz de Anderson y la sacó de sus cavilaciones.

Ella movió la cabeza para verlo, allí del otro lado de su escritorio. En ningún momento

lo había oído entrar.

— ¿Cómo dices?

— El «mudo» no existe—replicó él—. Al menos, no para el sistema. — ¿Es definitivo?

Anderson asintió.

— ¿Qué significa eso entonces? —prosiguió Gabrielle—. ¿No tiene huellas dactilares?

— Claro que las tiene. También tiene tipo de sangre B+.

— Eso debería ser suficiente para identificarlo.

— Debería, pero no en el caso de este tipo. No hay registros de él, de ningún tipo. Su ADN no se encuentra en ninguna base de datos.

— ¿Ni siquiera mundial?

Anderson sacudió su cabeza.

— Podríamos chequear en otras bases de datos de ADN internacionales, pero llevará su tiempo. Es posible que no encontremos nada tampoco. Es como si jamás hubiera nacido.

Gabrielle negó con la cabeza intentando comprender.

— Lo sé—dijo Anderson—. Pero te aseguro que el «mudo» es humano, no un extraterrestre. Sólo que... ha caído de la nada. Es como si la nieve lo hubiese escupido.

— ¿Han chequeado con otras agencias gubernamentales?

— ¿Crees que tenemos a un agente secreto en nuestras manos?

— No dije eso. Pero es una posibilidad. Esos tipos son entrenados para no existir. Nacen como alguien, una persona con nombre y apellido como tú y yo, pero luego su identidad es borrada por completo.

— Dudo que el «mudo» sea un agente secreto. ¿Por qué entonces se dejó aprehender tan fácilmente?

— No lo sabemos si en verdad lo hizo o no. Tal vez ésta es su movida. Tal vez hay algo que no estamos viendo.

— Pero si este tipo no quiere existir, entonces puede no existir. No tendremos forma de saber quién es verdaderamente.

La mano que Gabrielle usó para acomodarse el pelo hacia atrás todavía mantenía el rojo

ardor de la piel.

— Todos tienen un padre y una madre, ¿verdad?—dijo ella.

Anderson asintió incrédulo.

— Me pondré a buscarlos —dijo él.

— De acuerdo. Debo irme por un momento, pero volveré enseguida.

Un suave golpe en la puerta los interrumpió en mitad de conversación. Se voltearon y se

encontraron con Clive Stevens, doctor en medicina.

— ¿Tienen un minuto?—dijo sin entrar del todo al despacho.

— Adelante—dijo Gabrielle y el doctor entró.

— ¿Han terminado de revisar al sospechoso?—se adelantó Anderson. — Sí.

— ¿Qué encontraron?

Stevens no respondió enseguida.

— ¿Y bien?—insistió Anderson.

— No hay indicaciones de que el sujeto haya sufrido por estar expuesto al frío de esa manera. Ni siquiera en su piel. Es como si jamás lo hubiera hecho. —

¿Dice entonces que no ha estado enterrado en la nieve todo este tiempo?—dijo Gabrielle.

— No. Claro que ha estado. Pero su cuerpo parece haberlo superado con gran facilidad.

— ¿Entonces qué? Es un hombre que puede soportar bajas temperaturas. No nos dice nada.

— No temperaturas de ese tipo —dijo el doctor—. Debería tener al menos un mínimo cuadro de hipotermia. Pero no.

— ¿Cuál es su opinión, doctor?—dijo Gabrielle.

— No estoy seguro aún. Pero no hay forma que una persona normal logre sobrevivir de esa manera.

— Entonces es «un raro»—dijo Anderson—. Como los tipos esos que aparecen en el Discovery Channel y los ves que son capaces de hacer cosas sobrehumanas, sobrevivir en el frío extremo siendo una de ellas. Esos también son unos «raros».

— No creo que este hombre haya salido del Discovery Channel, oficial —dijo irónico Stevens.

— ¿Qué hay de su lengua?—dijo Gabrielle.

— No hay dudas. Fue resultado de un trabajo quirúrgico impecable. Sin infección y sin dolor.

— Eso descarta tortura entonces —concluyó Anderson.

— Doctor, no hemos podido determinar aún con exactitud la edad del sospechoso —dijo Gabrielle—. ¿Hay forma de que sus estudios le hayan permitido acercarse a una edad aproximada?

El doctor se pasó una mano por la barbilla.

— No hay forma exacta de determinar la edad del sujeto. Podemos realizarle análisis con rayos X, escanear su composición dental así como también un escaneo óseo de las muñecas. Pero estos estudios no presentan resultados precisos y un gran porcentaje de los mismos desembocan en error. Incluso si quisiera realizar dichas pruebas, la estación de policía no dispone del equipo

necesario. El sospechoso debería ser trasladado a un hospital. Pero dada la baja credibilidad de los resultados, no recomiendo desperdiciar ese tiempo.

— Entonces, sólo puede estimar su edad, ¿no es así?

Stevens asintió.

— De acuerdo, doctor —dijo Gabrielle—. Haga todos y cada uno de los exámenes que considere necesarios con lo que tiene aquí. Cuanto más sepamos del sospechoso, mejor podremos averiguar lo sucedido.

El doctor Stevens asintió y se retiró. Anderson se volvió hacia Gabrielle.

— ¿Qué hacemos con él? No podemos mantenerlo aquí por mucho más tiempo.

— ¿Por qué no?—dijo ella.

— ¿Bajo qué cargos lo vamos a detener? ¿Dormir en la nieve? ¿Exhibición indebida?

— Resistirse al arresto, en primer lugar. ¿Qué tenemos, veinticuatro horas? Anderson volvió a asentir.

— Usemos ese tiempo para averiguar quién demonios es y qué estaba haciendo aquí.

— Mantén tu teléfono encendido cuando salgas —le pidió él y se marchó. Pasadas las diez de la noche, Gabrielle llegó a destino. Detuvo el auto a tan sólo metros de la entrada principal y se tomó un instante para contemplar la casa iluminada en el medio de la tormenta. Antes había sido un lugar de frecuentes reuniones, tanto familiares como sociales, y un ambiente de amistad y calidez. Ahora sólo albergaba el triste despojo de algo que una vez había sido. La única vida que poblaba aquel hogar era el de una leyenda que se extinguía poco a poco tan rápido como una vela al viento. Pero era una leyenda que el resto del mundo jamás había llegado a conocer del todo —ni le importó hacerlo. Una leyenda que ahora sólo existía dentro de los límites de un mundo subjetivo, interno. Ése pertenecía a Gabrielle, y en su mundo, la leyenda de su padre el Detective Edward Nicholas Blake todavía pisaba fuerte, levantando monumentos y estatuas. Nadie podría restarle mérito ni opacar su nombre.

Con ese reconfortante sentido de orgullo renovado, Gabrielle salió del auto y transitó el breve sendero que conducía a la puerta principal de la casa. Ésta era su única manera de hacerle frente a una situación en la que no tenía control alguno. No podía resolverlo con astucia, ni con investigación ni con pruebas. No era un «caso». Era tan sólo la realidad de la vida. Y para poder lidiar con ella, debía tener en cuenta casi de manera constante que el presente no deshacía el pasado. Lo que uno había sido antes no dejaba de existir ni perdía significado alguno, incluso si el presente fuese la verdadera antítesis del pasado. Nadie dejaba de ser lo que había sido sólo por ser ahora otra cosa. «Recuerda quién fue él» se decía a sí misma cada vez y de ese sólo pensamiento era capaz de

construir la fortaleza necesaria que le permitía día a día mantener viva la leyenda.

Golpeó la puerta y esperó bajo un pequeño techo que no le era suficiente para protegerla de la ventisca.

Una mujer el doble de edad que ella la recibió en la puerta.

— ¿Los desperté?—dijo Gabrielle.

— Estábamos a punto de irnos a dormir cuando llamaste —dijo la otra mujer. — Lo siento, sólo necesito hablar con él un momento.

— Adelante.

Gabrielle ingresó a la casa y la mujer cerró la puerta detrás.

La sala de estar estaba ordenada a la perfección y tan limpia como si recién se hubiese

construido. Ése era el tipo de detalle que Gabrielle se alegraba de notar cada vez que

visitaba a su padre. Una cualidad de su personalidad que no se había visto erradicada

por la enfermedad, estuviese él consciente de ello o no.

Cuando giró para entrar al comedor principal, se encontró con la figura de su padre y se

detuvo en seco. Él estaba sentado en el mismo sillón que ella le había comprado unos

cinco años atrás cuando decidió remodelar la casa para cumplir con sus necesidades.

Manténía el porte de siempre cuando estaba sentado, como si aún compartiera esas

anécdotas increíbles sobre sus mejores días en la profesión. Los grandes cambios estaban, sin embargo, por dentro y ocultos para quien no se animaba a echar una mirada

más cercana al otrora tenaz detective. Ahora esa tenacidad sólo se mantenía viva en el

recuerdo, como muchas otras cosas.

— Hola, papá—dijo Gabriel sonriendo.

Edward Nicholas despegó los ojos desorbitados de la televisión, los paseó por la totalidad del comedor principal hasta posarlos en el fresco rostro de su hija. —

Hola... —dijo unos segundos después, con cierto tono de sorpresa.

Gabrielle observó que la mano derecha de su padre temblaba sobre la pierna, como si

siguiera el ritmo de una melodía inexistente.

Pero podía ver en los ojos del viejo que había quizás una alegría inocente, y lo

más

importante de todo, reconocimiento.

— ¿Cómo te encuentras hoy?—le dijo Gabrielle.

— Muy bien—replicó él todavía moviendo su mano al ritmo de la música invisible—. Hola, querida...

— Hola, papá—volvió a decir ella y se adentró en el comedor.

Siempre que podía, Gabrielle procuraba no inquietar a su padre. Su trabajo había sido

estar alerta todo el tiempo, ejercitar la mente para resolver verdaderos rompecabezas,

buscar pruebas, evaluar evidencias, analizar perfiles psicológicos y examinar a las

personas. Todo esto había generado en él una programación de puro escrutinio y Gabrielle prefería no invadir el espacio personal de un hombre así hasta que ella se identificase y fuese reconocida correctamente. A veces su padre tardaba más en saber quién era ella, y necesitaba de una conversación un poco más extensa y trivial que le permitía a su mente fragmentada hacer sinapsis y encontrar los hechos. Era una práctica que Gabrielle había instaurado en todo aquel que quisiera interactuar con su padre. Sólo de esta manera podía evitarle a ambos un mal momento, en especial a su padre cuyas reacciones no eran posibles de predecir del todo. El gran temor era que reaccionara violentamente, cosa que sucedió pocas veces pero fue más que estresante. Por esta razón en principal, Gabrielle se aseguró que ninguna arma que su padre solía tener permaneciera en la casa, por más que él supiera de su ubicación o no. También procuraba que ningún elemento cortante o de posible daño estuviera cerca de él. Pero sólo por las dudas. Confiaba que la naturaleza precavida de su padre todavía se mantuviera viva en algún rincón de su mente.

— Gaby querida... —dijo él, esbozando una sonrisa de verdadero abuelo, aunque ni Gabrielle ni su hermano Maurice tuviesen hijos aún—. ¿Cómo estás?

— Estoy bien, papá—dijo ella acercándose hasta ubicarse en frente de él—. He venido a visitarte.

La mano de su padre se detuvo un instante, pero al poco tiempo volvió a temblar.

— Te ves bien, Gaby—continuó él—. Eres la hija más linda que tengo. — Tienes sólo una hija—dijo Gabrielle en forma de broma—. ¿Lo sabes verdad? — Claro que sí... Tengo una hija y un hijo...

Una pava comenzó a chillar en el fondo. La mujer diez años mayor corrió para apagarla.

Edward Nicholas la siguió con la mirada, los ojos igual de perdidos. Luego, se volvió a

Gabrielle.

— Gaby... —le dijo—. ¿Quién es esa mujer?

— Es la señora Moore. ¿No la reconoces?

— ¿La señora Moore?

— Ella te hace compañía. Y te cuida.

— ¿No es mamá?

— No. Mamá no está. ¿Recuerdas?

Su padre le sonrió de manera pícaro y se acomodó en su asiento. Físicamente se mantenía bien, lograba desplazarse por cuenta propia y tenía momentos en los que disfrutaba de salir a caminar. Todo bajo la supervisión de la señora Moore, por supuesto.

— Yo la veo a veces —dijo su padre—. Seguimos hablando.

Gabrielle asintió y sonrió para sí misma. Le siguió la corriente.

— ¿Y cómo se encuentra? ¿Qué dice?

— Hablamos. Me cuenta cosas.

— ¿Cómo qué?

— Me dijo que tú deberías casarte.

— Suena a ella—dijo sonriendo Gabrielle.

La señora Moore terminó de servir el té y se acercó con dos tazas. Gabrielle tomó la

suya y cuidó que su padre sostuviera la suya con fuerza.

— Bebe despacio —le dijo ella—. No querrás quemarte la lengua.

Luego se volvió a la señora Moore.

— Está bien por ahora—le dijo y la señora Moore se marchó de la sala.

Su padre bebió el primer sorbo y tragó con dificultad.

— Prefiero el té frío —dijo él.

Gabrielle dejó apoyar su taza sobre la mesa.

— Lo sé...

— Y azúcar. Mucha azúcar.

— Escucha, papá—dijo Gabrielle—. ¿Te gustaría hablar de casos?

— ¿Casos? ¡Claro que sí! —dijo él con repentino entusiasmo—. Dime, ¿ya eres detective, querida?

— No aún. Estoy trabajando en ello.

— Sigue y lo lograrás. Estoy seguro. Sí, estoy seguro. El Detective Blake y la Detective Blake. Suena bien. ¿De qué quieres hablar?

— Necesito tu ayuda. ¿Crees que podrás ayudarme?

— Si... claro que sí.

Gabrielle pensó un instante qué decir y dudó si seguir adelante con su idea o no.

Tal vez no debería molestar a su padre, apenas lúcido, con este tipo de cosas. Podría no servirle para nada y en todo caso, no le haría nada bien.

— ¿Gaby?—dijo él.

— Papá... ¿te acuerdas de tu último caso? ¿Antes de retirarte?

— He tenido muchos casos. Sí, muchos.

Gabrielle se preparó antes de volver a hablar.

— ¿Te acuerdas de alguien... llamado Vopreko?

— ¡Vopreko! ¡Claro que sí! ¡Ese maldito!

La repentina exaltación de su padre no fue suficiente para alterarla. Quizás la señora Moore se hubiese puesto más nerviosa y hubiese intentado calmarlo enseguida, pero Gabrielle conocía demasiado bien a su padre y sabía reconocer una alerta roja en su estado de ánimo.

— ¿Sabés qué le sucedió?—dijo ella.

— Se escapó, se escapó... se escapó de mis manos. Lo tenía... Lo tenía.

— ¿Dónde? ¿Dónde lo tenías? ¿Cuándo fue la última vez que lo viste? Su padre volvió su mirada a la televisión, luego a su hija. La miró y sonrió.

— Dime, Gaby—dijo él—. ¿Cómo está Maurice?

Gabrielle sonrió y comprendió.

— Él está muy bien, papá. ¿Cómo está tu té?

Edward Nicholas reparó en la taza en su mano. Casi como confundido, lo levantó y bebió otro sorbo. Clavó los ojos nuevamente en la televisión. Gabrielle lo siguió con la mirada.

En la pantalla pudo ver varios reportajes acompañados del título: «Referéndum histórico espera a la ciudad». No era nada nuevo. Lo mismo se transmitía en todos los canales, de distinta forma y con material diferente. Pero la noticia no cambiaba. La cita era el martes siguiente. Un antes y después.

Quien ahora aparecía en pantalla era nada más que el intendente Olaf Grittver, esbozando una grata sonrisa. Y tenía razón para sonreír. De ganar el referéndum, su suerte se vería muy cambiada. Y con ella la del resto de los ocho millones de habitantes que conformaban la población total de Rosthalion.

Pero Gabrielle no estaba realmente prestando atención al televisor ni a las noticias. De cualquier manera, ya sabía todo lo que tenía que saber sobre el referéndum y los cambios que traería su casi segura aprobación. En varias ocasiones esa certeza le había hecho preguntarse si todo lo que estaba haciendo en su trabajo seguiría teniendo valor una vez que la nueva configuración política y social entrase en efecto.

Se volvió hacia su padre y lo miró detenidamente. Los ojos del viejo se habían vuelto más expresivos que nunca antes en toda su vida. Tan sólo un reparo en ellos era suficiente para comprender que la mente estaba a millones de

kilómetros de distancia, posiblemente perdiéndose en su propia memoria y en el renacer y revivir de viejos recuerdos y viejos amigos o familiares que ya no estaban. Entre ellos, su propia madre.

— Yo lo encontraré, papá—dijo Gabrielle sin quitar la mirada de su padre por un instante.

Intentó sonar lo más determinada que le fuese posible.

— ¿A quién?—dijo su padre.

— A Vopreko. Lo encontraré por ti.

— Vopreko... ese maldito. ¿Dónde está?

— No lo sé. Pero lo encontraré. Lo prometo.

Su padre volvió a mirar el televisor y continuó tomando el té con dificultad.

6

El cartel de «Pastrunni Funerales» estaba apagado. La casa se mantenía cerrada, casi hermética, recibiendo los duros golpes de la tormenta de nieve.

Por dentro, Otto Pastrunni se reclinaba en la silla dentro de su despacho, hablando por teléfono mientras observaba el frío exterior a través de la ventana.

— No hay manera de saberlo —dijo al teléfono—. No hasta que hayamos probado por nuestra cuenta. Lo sé, señor Maruni. Pero yo sólo me limito a entregarle una parte. Ya sabe cómo es esto. Si quiere que la alianza se refuerce, tenemos que empezar a confiar de nuevo. Eso es lo que hace falta ahora mismo: confianza. Si la hubiéramos respetado, la guerra jamás habría llegado a esta instancia.

De repente las luces diacrónicas amenazaron con cortarse, pero volvieron enseguida después de varias intermitentes atenuaciones. Pastrunni observó por encima de su hombro mientras oía y luego regresó a la conversación.

— Lo sé—dijo—. Por mi parte, no quiero saber nada con el sindicato ruso. Pueden irse al demonio. A mí sólo me importa una cosa y usted lo sabe. No quiero que se apoderen de mi territorio.

Por fuera del despacho, la segunda hija de Pastrunni oía con atención pegada a la puerta. Teresa la sorprendió en el acto.

— ¿Qué haces?—le dijo—. Ven para aquí.

Lara Pastrunni se volvió a su hermana mayor. Teresa la tomó del brazo y la alejó de la entrada al despacho.

— Papá está bajo mucha presión —le dijo—. Si nos metemos en sus asuntos, será peor. Deja que él maneje esto de la manera que sabe.

— Creo que él no sabe qué hacer —replicó Lara—. Está dudando. Está probando a los demás jefes de familia, viendo quién de ellos meterá la pata primero. Pero no sospecha que él también pueda hacerlo. Nos necesita, Teresa.

— Papá no necesita nada más que a sí mismo y nuestro apoyo. Él sabe qué

hacer. Se detuvieron en mitad del lobby, mirándose la una a la otra como si de un espejo se tratase. Había tres años de diferencia, y una llevaba el pelo corto mientras que la otra lo llevaba largo hasta los hombros, pero eran el calco perfecto de cada una. Y por supuesto, iguales a su madre, Leonora.

— Dijo que tenía una forma de asegurarse que nada nos pase—prosiguió Teresa—. Confía sólo en eso.

De repente oyeron un extraño ruido provenir de la puerta principal. Con cierto temor, se volvieron hacia la entrada y oyeron en silencio.

— ¿Estamos esperando a alguien?—dijo Lara pero su hermana no respondió. A su confusión se le agregó el metálico sonido del vaivén de una puerta.

— Debe ser una puerta abierta por el viento —dijo Teresa.

— Llama a Vitti y a Carlo.

Teresa asintió y sacó su teléfono móvil. Marcó y aguardó.

Pasados unos segundos, dijo:

— No contestan. Deben estar en la bodega de carga todavía. Iré a ver. —
¿Quieres que te acompañe?

— No —dijo Teresa y endureció la mirada—. Avisa a papá.

Lara la miró confundida. Su hermana entendió y aclaró:

— No podemos ser descuidados.

Dicho esto, Teresa se marchó en dirección a la bodega de carga. Lara echó una última

mirada a la puerta principal, aun oyendo el metálico vaivén.

Cuando Teresa llegó hasta la bodega de carga, las luces estaban apagadas. Buscó en la

pared y encontró el interruptor enseguida. Al encenderlo, notó que la bodega estaba

vacía. Se adentró con pasos cuidados y se detuvo a escasos metros. Estudió el lugar, y

rápida, tomó el teléfono y llamó.

En su despacho, Otto Pastrunni vio que su teléfono móvil vibraba y la foto de su hija

Teresa en la piscina de su casa privada aparecía en pantalla.

— Señor Maruni, debo atender otra llamada—dijo al teléfono—. Entiendo. Sí, señor.

Pastrunni terminó una llamada para atender la siguiente...

— ¿Teresa?—dijo al móvil.

— Padre—contestó ella del otro lado—. Creo que está aquí. No encuentro a Vitti ni a Carlo.

— ¿Dónde estás ahora?

— En la bodega de carga.

— Enciérrate allí. No dejes que te vean.

— De acuerdo...

— Y quiero que llames al tío Silvio. Dile que mande sus hombres, ahora mismo.

— Sí, padre.

— No tengas miedo. Recuerda, si nos atrapan, no debemos hablar. Es lo único que nos mantendrá con vida hasta que el tío Silvio llegue.

— Sí... entiendo —la voz de Teresa no sonaba confiada en absoluto.

Pastrunni sintió deseos de decir algo más, pero como no se le ocurrió exactamente qué

decir, cortó la llamada. Al instante oyó un ruido en la puerta. Se apresuró en abrir el

cajón de su escritorio en busca de su revólver .38.

Pero cuando la puerta se abrió, su hija Lara apareció en el umbral, con una expresión de

temor en su rostro. Pastrunni se detuvo, tocando el revólver dentro del escritorio apenas

con sus dedos.

— Lara—dijo él con cierto alivio.

Más su alivio pronto se vio deshecho. Su hija dio unos pasos hacia adelante y reveló una

figura oscura que se adentraba en el despacho junto a ella. Pero la figura oscura era

oscura por el color de sus ropas; su piel blanca y su cabello amarillo blanquecino brillaron bajo las luces diacrónicas.

Pastrunni no necesitó más. Lo reconoció al instante.

Se apresuró en sacar el arma del cajón pero Vopreko fue mucho más rápido.

Movió su

mano y atinó el arma contra Pastrunni, disparándole primero en el hombro izquierdo.

Pastrunni se echó hacia atrás, gritando de dolor.

Vopreko apuntó a la cabeza de Lara y disparó, matándola al instante. Luego se volvió al

malherido de Pastrunni.

— ¿Dónde está?—dijo el «Albino» con una voz tétrica, desganada.

Era más viejo de lo que su cuerpo aparentaba y sin embargo sostenía una vitalidad que

parecía inexistente en personas de su edad.

— ¡Vete a la mierda! —le gritó Pastrunni por encima de su dolor.

Vopreko lo observó ahogarse en una tos seca. El viejo Pastrunni tenía los ojos llorosos del dolor y entrecerrados, pero trataba de estar atento a los movimientos de su enemigo,

los cuales por ahora eran nulos.

— No tienes... idea... lo que estás haciendo —le dijo Pastrunni intentando articular una sonrisa soberbia pero sin éxito—. Te destruiremos...

Sin embargo, el «Albino» no le prestó atención y concentró su mirada en el charco de

sangre que se había formado alrededor de la cabeza de Lara Pastrunni.

— ¿Cuánto hubiera vivido ella, de todas formas?—dijo en voz alta Vopreko y luego miró a Pastrunni—. ¿O usted? ¿O yo?

Vopreko elevó su mano y apuntó el arma de nuevo a Pastrunni, apretando el gatillo y

disparándole en el estómago. El viejo gritó de dolor y se retorció hacia adelante y hacia

atrás. El grito fue acompañado de un escupitajo de sangre que se elevó para volver a

caer sobre su mandíbula.

El «Albino» se le acercó, bajando el arma con la tranquilidad de que Pastrunni no

presentaría una amenaza ahora. Las probabilidades de que el dolor le permitiese esforzarse para tomar el arma del cajón eran bajas.

— ¿Qué puede ver?—dijo Vopreko—. ¿Acaso ve algo?

Pastrunni intentó hablar pero se ahogó en su propia sangre. Vopreko se mantuvo allí

observándolo hasta que la vida del viejo se extinguió por completo en cuestión de

minutos.

En la bodega de carga, Teresa oyó cómo golpeaban la puerta para derribarla. No les

llevó más de unos minutos a aquellos corpulentos y extraños hombres atravesarla.

Encontraron a Teresa de pie a mitad de la sala, inmóvil y mirándolos de frente.

Enseguida la obligaron a moverse a punta de pistola. Pero a Teresa no le importó. La

llamada había sido realizada con éxito y pronto su tío Silvio estaría aquí. Sólo debía

mantenerse viva, hasta entonces.

Notó que uno de los hombres llevaba un tatuaje que comenzaba—o terminaba,

según
cómo lo mirase— a la altura de su sien derecha y bajaba por el cuello hasta perderse
debajo de su abrigo de color oscuro. Teresa lo reconoció al instante. El tatuaje simulaba
una especie de garra de animal mezclada con una llamarada de fuego, y si las historias
que su padre le había contado poco después de cumplir dieciocho eran verdad, esos
tatuajes eran realizados en prisión y tenían por significado o función «envolver»
a la
persona y apoderarse de ella. Pero Teresa no pensaba en eso ahora. No le importaba el
origen simbólico de la garra/llama, sino a quiénes pertenecía. «En las oscuras prisiones
de la Siberia» recordó decir a su padre durante una de sus historias.
Fue llevada hasta el lobby principal de la casa fúnebre. En ese trayecto lo único
que ella
pudo pensar fue en su padre y en su hermana Lara. Al no verlos en el lobby, se desesperó. Tuvo el resguardo de mantenerse a raya, pero su preocupación aumentaba
con el paso de los minutos. No quería imaginárselo.
De pronto, arrodillada como estaba sobre el frío suelo de la casa fúnebre que había
estado activa por década y media, Teresa vio que una persona salía del despacho de su
padre. No era tan corpulento como sus captores; al contrario, rozaba la desnutrición. Fue
cuando lo tuvo enfrente de ella que reparó en su cabello y en su piel extremadamente
blanca, a tal punto que sólo los ojos, tan vidriosos como esmeraldas, eran lo único
visible entre toda su palidez.
«Un albino» pensó enseguida y reparó que jamás en sus 33 años había visto a uno.
Hubiera preferido que se mantuviera así.
Vopreko la estudió como quien estudia una grieta en la pared: impasible. — Tu padre y tu hermana están muertos —le dijo el «Albino»—. Yo sólo tengo una pregunta.

Pero Teresa dejó de oírlo al instante que terminó de asimilar la primera oración. «Esto no está pasando» se dijo a sí misma.

— ¿Dónde está? —dijo el «Albino» inadvertido de los pensamientos que se retorcían en la cabeza de Teresa.

Ella desvió la mirada y la dirigió hacia el despacho de su padre. La puerta estaba abierta

y por lo poco que se podía ver, el interior se encontraba vacío. Más esto no la tranquilizó; no dudó un segundo de las afirmaciones del «Albino». Éste no parecía una

persona que perdería el tiempo diciendo mentiras para tratar de extorsionarla. Con

tristeza aceptó que detrás de las paredes del despacho, el cuerpo de su padre y el de su

hermana menor estarían tumbados en el suelo, desangrándose.

Sintió la presencia del «Albino» posarse sobre ella y presionarla como una aplanadora.

Pero tardó en reparar que el asesino de su familia no había vuelto a hablar y esperaba

una respuesta.

Fue con cierta timidez que Teresa regresó la mirada hacia el centro del lobby y clavó los

ojos en la pálida figura.

— No... —comenzó a decir ella—. No sé de qué estás hablando...

— Por favor... —dijo el «Albino»—. No deseo matarla. Por eso con usted repetiré la pregunta y le daré otra oportunidad.

Teresa sintió que las manos le temblaban. Se había preparado para este momento, y

hasta se había sentido algo confiada en la bodega de carga. Pero ahora el pánico comenzaba a afectarle su capacidad de pensar.

— Si me respondes —dijo Vopreko—, dejaré que entierres a tu familia como es debido. Un funeral adecuado.

Las gotas de sudor se acumularon en la frente de Teresa y pronto empezaron a resbalar por sus mejillas hinchadas.

— Ahora... ¿dónde... está? —volvió a decir Vopreko.

No hubo respuesta. Teresa mantuvo la cabeza gacha, quizás más baja que antes, y los

ojos clavados en el frío piso de cerámica reluciente.

Vopreko la estudió, luego dejó escapar un suspiro cansino y se volvió a sus hombres,

asintiendo ligeramente.

Dos de ellos, incluido el del tatuaje de garra/llama, sujetaron a Teresa por debajo de los

brazos y la obligaron a ponerse de pie. Ella se resistió, tan fuerte como pudo frente al

agarre casi sobrehumano de los dos hombres que le llevaban dos cabezas de altura. — ¿Se da cuenta cuán rápido pasa la vida?—exclamó el «Albino»—. Se nos escapa con cada respiro.

Teresa volvió a forcejear. El hombre de la garra/llama la apretó tan fuerte que ella sintió

como si le hubiera quebrado el brazo.

— Me desespera perder tiempo que sé que no tengo —continuó Vopreko y extendió su mano hacia otro de sus hombres, ubicado a la derecha de él y siendo simplemente un espectador de la escena.

Sobre la mano de Vopreko se apoyó el mango de un cuchillo corto y dentado. —

La compasión ha sido nuestra gran debilidad en la historia—dijo el «Albino».

Acto seguido, flameó el cuchillo delante de Teresa y lo clavó en el abdomen de la mujer

sin el menor miramiento.

Teresa lanzó un grito agónico que fue el doble de ensordecedor gracias a la reverberación del lobby.

Vopreko extrajo el cuchillo luego de retorcerlo por dentro y los hombres dejaron caer a

Teresa, quien adoptó una posición fetal en el suelo, mientras la sangre le emanaba a

través de los nudos de su sweater de lana.

— Ahora tendrás los minutos más valorables de tu corta vida —dijo el «Albino», sin quitar los ojos de ella.

7

Cuando la policía arribó a «Pastrunni Funerales», la nieve había crecido fácilmente cinco centímetros y la tormenta no daba señales de cesar en el futuro inmediato. Gabrielle iba en auto cuando oyó el reporte en la radio de policía. Informó que tomaría la llamada y se dirigiría allí. Luego le avisó a Anderson que no volvería directamente a la estación y él le dijo que también habían recibido la misma llamada y que en cuestión de minutos podría estar allí con ella. Gabrielle estuvo de acuerdo y colgó. Durante el breve trayecto, repasó los últimos minutos de su vista a su padre. La manera en la que el hombre se había puesto al oír el nombre de Vopreko fue cuanto menos llamativa. No pensó que la mención del «Albino» resonaría tanto en su mente confundida, y aún a pesar de que Gabrielle

abandonó enseguida su intención de resucitar el caso Vopreko a través de las propias palabras de su padre, éste no soltó la idea tan rápido. En la conversación final, en la cual tan sólo tocaron temas triviales como el último programa de preguntas y respuestas en la televisión, qué vecino conocido se había mudado de barrio o las últimas novedades de Maurice en el extranjero, su padre mencionó esporádicamente el nombre de Vopreko y recordó casi con los dientes apretados lo «cerca que estuvo de atraparlo».

Con toda seguridad, Edward Nicholas había olvidado por completo la promesa de su hija, pero Gabrielle estaba decidida a mantener su palabra. Encontraría a Vopreko. Vivo o muerto, lo haría.

Al arribar, agradeció que la tormenta fuese lo suficientemente intensa para ahuyentar cualquier espectador curioso con un teléfono en busca del perfecto video morboso para colgar en internet y ganarse unas cuantas vistas y menciones. Sin embargo; el frío no fue suficiente para alejarlos a todos, en especial a los reporteros que se encontraban ahora interrogando a los oficiales custodiando la entrada principal de la casa Pastrunni. Gabrielle se abrió paso entre ellos y evitó cualquier contacto visual.

— Traigan las vallas si esto se llena más —dijo Gabrielle al primer oficial que vio en la puerta. Luego, la atravesó e ingresó al lobby.

Allí la sangre todavía estaba fresca y se había esparcido como un pequeño arroyo, más no se distanciaba mucho del cuerpo femenino al cual pertenecía. Un forense tomaba fotos procurando no pisar el charco, mientras un policía de nombre Simmons escribía en una pequeña libretita. Se volteó al sentir a presencia de Gabrielle, pero ésta solamente se limitó a otorgarle un ligero cabeceo y continuó observando el cadáver.

— Herida de cuchillo —dijo el forense, flaco y alto, sin pelo y narigón—. Directo al estómago, sin margen de error.

Gabrielle lo miró. El forense pareció divertirse y continuó tomando fotos.

— Tal vez quiera ver dentro del despacho, oficial —le dijo Simmons que ahora estaba agachado, observando lo que quizás era una huella de zapato en el suelo. Después de reparar un instante más en el cuerpo desangrado de Teresa Pastrunni, Gabrielle se dirigió hacia el despacho. Dentro del mismo se encontraba Conrad, otro oficial de la misma calaña que Simmons.

Pero no fue el oficial en quien Gabrielle posó su atención, sino en los dos cuerpos tumbados sobre el suelo en el rincón de la oficina, uno encima del otro y hundidos en un mutuo charco de sangre. El hombre estaba boca abajo, encima de la joven mujer, como si fueran amantes.

Gabrielle recorrió el despacho con la mirada. El escritorio tenía todos sus cajones abiertos, algunos arrojados al suelo. Sobre la superficie vidriada del

mueble se posaban papeles y cajas revueltos: «Alguien estuvo buscando algo aquí» fue lo primero que Gabrielle pensó.

De repente oyó la voz de Simmons que la sacó de sus pensamientos.

— Tenemos problemas —dijo el oficial mientras pasaba de largo en dirección a la entrada principal.

Gabrielle lo siguió con la mirada y luego se asomó a través de la puerta. A escasos metros, en la entrada principal, vio a un grupo de cuatro hombres que intentaban ingresar a la casa a la fuerza. Simmons se unió al esfuerzo de sus compañeros por detener al grupo revuelto.

Pero Gabrielle supo enseguida que no se trataba de simples alborotadores. Con sólo reconocer a uno de ellos, al más importante quizás, le fue suficiente para saber de qué se trataba.

Silvio Pastrunni utilizaba su enorme figura—enorme no gracias a una musculatura imponente, sino a su buen comer— para empujar hacia dentro de la casa. Sin embargo, los oficiales se mantenían firmes, hasta que finalmente lograron que tanto él como sus hombres quedasen fuera del edificio, por más protestas y alegaciones de relación directa con las víctimas hubiesen hecho. «Eso vendrá más tarde...» pensó Gabrielle «... y me tocará a mí».

Minutos después lograron ubicar un vallado para detener las pocas personas que tenían el espíritu de soportar las gélidas condiciones de la tormenta. Fue en ese momento que Anderson arribó a la escena y se unió a Gabrielle en el medio del lobby.

— Esto traerá consecuencias —dijo una vez que terminó de ver las escenas de crimen—. Acaban de agitar el avispero de nuevo. Y a tan sólo días del referéndum.

— También encontraron los cuerpos de dos hombres en la parte trasera de la casa —comentó Gabrielle—. Fueron ejecutados.

— Profesionales, sin duda.

Gabrielle asintió.

Anderson observó el cuerpo de Teresa siendo cubierto con una sábana por paramédicos y forenses, que se preparaban para mover el cadáver. Afuera, la ambulancia esperaba.

— ¿A quién le atribuimos esto?—dijo Anderson—. ¿Quién está entre los mayores candidatos? ¿Los Orsini? ¿Los Tanavella?

— Hay al menos cinco organizaciones que podrían haber lucrado con este ataque —replicó Gabrielle—. La brutalidad de las muertes es... Pero no vinieron sólo a matar. Querían saber algo. Esto también fue por información.

— ¿Por qué aquí? ¿Por qué hoy de todos los días?

Gabrielle no respondió y observó al oficial Simmons hacer espacio para que los

paramédicos lograsen pasar con la primera de las camillas. Por la contextura del cuerpo debajo de la sábana, Gabrielle intuyó que se trataba de uno de los matones descubiertos en la sala de cremación.

— ¿Cómo se encuentra nuestro invitado?—dijo ella.

— Nada nuevo —dijo Anderson acompañado de un suspiro—. O'Malley quiere liberarlo pronto. Tiene la sensación de que las preguntas no irán a ningún lado con este tipo. Y por supuesto que está preocupado por esta semana. Y cómo todo cambiará.

Anderson volvió a repasar la escena del crimen, pero en su mente reparaba en las horas pasadas junto al «mudo». Cuánto tiempo desperdiciado parecía ahora.

— ¿Cómo interrogas a un sospechoso que no puede hablar?—dijo casi fastidiado.

— Alguien en algún lado tiene que saber quién es—replicó Gabrielle—. De dónde viene.

— Intenté buscar a los padres, pero no hay caso. Ni siquiera tenemos información suficiente para realizar un test de ADN biológico. Diablos, ni siquiera tenemos tiempo para hacerlo aún si tuviésemos todos esos datos. No parece existir nada registrado con este tipo.

— Pudo haber sido abandonado de bebé. En algún maldito basurero o caja de cartón. Quizás fue adoptado por otra familia.

— Probablemente creció en un orfanato también. Puedo buscar la base de datos de centros de adopción, orfanatos estatales y privados. Ver qué aparece. Gabrielle asintió, de acuerdo.

— Su foto fue enviada a todas las agencias de inteligencia conocidas y hasta ahora nadie ha respondido —agregó Anderson.

— ¿Internacionales?

— Nada aún. Dudo que este tipo sea siquiera extranjero.

— Ni nacido aquí tampoco —agregó ella y Anderson asintió—. ¿Qué hay de las cámaras de seguridad? ¿El CCTV?

— Tránsito y Seguridad Civil han sido alertados. Tienen la información. Deberían dar una respuesta pronto, si es que encuentran algo.

— Al menos que este tipo haya estado viviendo bajo tierra toda su vida, alguna cámara eventualmente debe haberlo registrado.

— ¿En toda su vida?—dijo Anderson incrédulo—. Estamos hablando de millones y millones de datos para revisar. Llevará meses, si tenemos suerte. Ambos callaron, tomándose una pausa que no hizo nada más que acentuar su total desconcierto ante la extrañeza del caso; del «mudo» y de la matanza en la casa fúnebre.

— ¿Qué quieres hacer aquí?

— Nada. Dáselo a Simmons —replicó Gabrielle.

Anderson asintió.

— Regresemos y aprovechemos nuestras veinticuatro horas —agregó ella. Al volver a la estación, el «mudo» estaba impávido, mirando con ojos muertos la pared de la sala de interrogación.

Anderson chasqueó los dedos enfrente de él y por un momento éste pareció reaccionar. Posó sus ojos neutros sobre el desconcertado agente. Gabrielle, por otro lado, se cruzaba de brazos y aguardaba apoyada contra la pared.

— No eres sordo —le dijo Anderson—. Por lo cual me has oído la primera vez. ¿Qué estabas haciendo afuera en la nieve?

Gabrielle intercambió miradas con su compañero y éste asintió.

— ¿Sabes qué le pasa a los raros como tú?—le dijo Anderson—. Se vuelven la puta de alguien en prisión. Y considerando lo que hemos visto de ti... te harán un nuevo orificio en poco tiempo. Puedes contar con eso.

El sospechoso lo ignoró completo. Anderson se alejó un instante y luego fue Gabrielle quien sacó de una carpeta un par de fotos y las arrojó encima de la mesa, enfrente del «mudo».

— ¿Lo conoces?—dijo Gabrielle.

Anderson miró por encima las fotos y vio en ellas a un no tan joven Antonio Vopreko, alias «el Albino».

— ¿Lo has visto antes?—continuó Gabrielle—. Sólo necesito un sí o un no. No hubo respuesta. Gabrielle esperó. Anderson rodeó la mesa y se acercó al oído de su compañera, susurrándole.

— No hay nada que ligue a este tipo con Vopreko —le dijo—. Es inútil.

Pero Gabrielle continuó.

— Es a él a quien quiero —dijo ella—. No a ti.

Silencio.

Minutos después salieron de la sala igual que al entrar: con las manos vacías.

Anderson

llenó dos pequeños vasos de plástico con agua de dispensador y le ofreció uno a Gabrielle. Él lo bebió de un gran sorbo y lo volvió a llenar, mientras que ella sólo se

limitó a sostenerlo en la mano, pensativa.

— No estoy tratando de forzar esto, Anderson —dijo Gabrielle—. La situación alrededor de este tipo suena a Vopreko.

— Quizás sea sólo eso —replicó él—. Quizás sólo parezca, pero no lo es. No tiene relación alguna.

Al terminar su segundo vaso, Anderson vio acercarse al Jefe O'Malley.

— Aquí vamos—dijo por lo bajo.

O'Malley habló sin acercarse del todo a ambos oficiales.

— ¿Qué tienen hasta ahora?—dijo.

— Una gran nada—dijo Anderson—. No hay evidencia de crimen de ningún tipo, no hay signos de violencia ni juego sucio. Simplemente, no tenemos punto de partida.

— Tienen a un testigo —replicó el Jefe—. Aidan Navalos se encuentra aquí para dar su testimonio de los hechos. Sugiero que hablen con él y luego cierren el maldito misterio.

Gabrielle se adelantó.

— ¿Quiere decir olvidarlo?

— Si no tenemos nada, no tenemos nada—replicó el Jefe—. Pueden intentar cargarlo con algo, pero dudo que se mantenga.

— ¿Qué hay de resistirse al arresto?—dijo ella—. ¿O agresión? Maldita sea, incluso hasta de exhibición.

— ¿Quieres mantener a este tipo aquí por más tiempo? ¿Para qué?

Gabrielle pensó un instante, pasando una mano por su nariz fría.

— Hay algo raro aquí —dijo—. Este tipo no es normal.

— Por supuesto que no lo es. Le falta una lengua y fue encontrado desnudo en la nieve. Pero sólo porque sea un fenómeno de la naturaleza, no significa que sea un criminal. No al menos que tengamos algo con lo cual probarlo.

O'Malley se tomó un minuto antes de volver a hablar. Trató de adoptar un tono mucho

más serio y se esforzó para que sus palabras tuviesen peso.

— Escuchen, muchas cosas cambiarán si el referéndum es aprobado esta semana. No pierdan de vista eso. Tendremos una reestructuración importante. Algunas leyes se cambiarán y otras nuevas vendrán. No quiero que esto caiga en un punto ciego.

— De acuerdo, todavía tenemos algunas horas más para retenerlo —dijo Anderson y miró a Gabrielle—. ¿Qué dices si nos dividimos y seguimos presionando a este tipo?

Gabrielle asintió pero no mencionó otra palabra. Bebió de su vaso de agua. — Muévanse rápido —dijo O'Malley—. No quiero que tener que seguir lidiando con esto cuando la tormenta se haga más intensa.

«Quieres irte directo a casa» pensó Gabrielle pero no abrió la boca.

O'Malley se marchó y ambos policías lo observaron irse.

— No te preocupes por él, Gab —dijo Anderson

8 Los focos antiniebla de la van hacían poco honor a su función en ese momento. Lo único que permitía tener una noción del camino era la pantalla del GPS. Jonathan había insistido en llevarlo consigo, anticipando que estaría

deliberadamente metiéndose en un infierno blanco. Confiaba—quizás demasiado— en la sabida soledad de la ruta 15, pero una pequeña parte lo empujaba a tener el resguardo suficiente. ¿Cuáles eran las probabilidades de toparse con otro auto en aquel camino despoblado? La respuesta era que casi nulas. Pero no estaba del todo seguro. Una breve probabilidad existía. Y eso era suficiente para ser precavido.

La radio informó de las medidas de emergencia puestas en acción por el gobierno de la ciudad para contrarrestar la tormenta. Sus locutores lanzaban un especial mensaje de parte de las autoridades máximas dedicado a aquellos que debían transitar las rutas del país, ya sea por razones inevitables de trabajo (o por encontrarse en el lugar equivocado en el momento equivocado) así como también para aquellos que lo hacían por otras razones, como Jonathan.

Cuando en su cabeza reparaba lo bien que había hecho al haber comido lo suficiente antes para no tener que detenerse, su teléfono sonó.

Se quitó el guante de su mano derecha mientras sostenía el volante con la otra. Buscó el teléfono y atendió.

— ¿Sí?—dijo. La garganta estaba seca.

— ¿Tú eres Jonathan?—le dijeron del otro lado—. ¿Jonathan Gletzer? — ¿Quién habla?

— Mi nombre es Silvio. ¿Sabes quién soy?

Jonathan asoció enseguida ese nombre con un rostro.

— Sí...

— Tenemos un problema.

— ¿Qué tipo de problema?

Silvio no desperdició un instante y pareció vomitar la noticia.

— Alguien ha matado a mi hermano y mis dos sobrinas —dijo.

Se produjo un silencio espeluznante y Jonathan creyó ver figuras en la neblina. No creía

en esas cosas, pero no comprendió por qué lo hizo en ese instante.

— No sé quién lo hizo —prosiguió Silvio—, pero sospecho por qué.

Jonathan no encontró qué palabras decir. No porque le angustiara la muerte del viejo

Pastrunni y sus hijas, sino por lo que esto podía significar ahora. Las ramificaciones de este sólo acto.

Silvio continuó.

— Tienes que tener cuidado ahora. Puede que ya estén siguiéndote. — Comprendo.

— Asegúrate de llegar a destino. El paquete no puede quedar en manos de ellos.

¿Entendido?

— Por supuesto.

— Haz lo que tengas que hacer. Hablaremos de nuevo.

Y sin más, Silvio colgó. Jonathan pensó un instante y comprendió que las sospechas del

otro Pastrunni tenían base; simplemente no había forma de saber si Teresa, Lara o el

propio viejo habían dicho algo a sus asesinos antes de morir. No podían descuidarse.

Aunque sabía que tenía varios kilómetros de distancia con la casa fúnebre, no logró

sacudir la sensación de que ya estaban detrás de él, mirándolo y esperando para actuar.

Se apresuró en sacar de la guantera una pequeña pistola de reluciente acero grisáceo y la

apoyó en el asiento del conductor. No serviría de mucho, pero al menos le daba cierta

sensación de protección necesaria para continuar.

Miró hacia atrás, en dirección al féretro y luego volvió a posar su atención en el camino tormentoso que tenía adelante.

Un escalofrío lo invadió. Tuvo la sensación de que el ataúd se abría y algo salía de él. Algo innombrable en la nieve.

9

Aidan Navalos acarreaba un resfrío de varios días, agravado ahora por las extremas temperaturas de la última semana.

No dejaba de estornudar y llevarse un pañuelo a la nariz para limpiarse. Anderson lo miraba desde el otro lado de la mesa que los dividía, en el medio de una sala de interrogación. En varias ocasiones debía interrumpir sus preguntas a causa de los estornudos, o escuchar las respuestas a través del pañuelo que Navalos ponía en su boca.

— ¿Y está seguro que no había nadie más que usted en ese momento?—dijo Anderson.

— No vi a nadie —respondió Navalos—. El lugar estaba desértico por la tormenta. — ¿Tocó el cuerpo luego de tropezar con él?

Navalos sintió cosquilleos en la nariz, pero antes logró responder:

— No.

Estornudó y se limpió, esta vez sólo con la mano.

— Cuando me di cuenta que no era un bache ni un animal, le grité para llamar su atención. No respondió.

— ¿Pudo notar si estaba respirando o incluso despierto?

— No estoy muy seguro. No se veía muy bien.

— ¿Qué pensó en ese entonces?

— Pensé que no respiraba. Que había quedado atrapado en la tormenta. Pero... estaba desnudo.

Otro estornudo lo atacó, esta vez con un cosquilleo de nariz más instantáneo.

Cuando se

recuperó, continuó:

— Podía ver quizás menos de la mitad de su cuerpo, pero... Lo podía ver. Estaba desnudo allí en la nieve. Me dije a mí mismo que nadie podría haber sobrevivido.

— Y después de eso usted llamó a la policía desde la tienda, ¿no es así? — Es correcto.

— ¿Regresó al lugar del cuerpo en el tiempo que le llevó a las autoridades llegar? — Esperé en la tienda unos diez minutos—replicó Navalos acompañado de un leve negamamiento de cabeza—. Cuando finalmente retorné, ustedes ya estaban en el lugar.

Anderson calló y distrajo la mirada de Navalos por un instante. Éste último estornudó

dos veces más, una detrás de la otra y luego exclamó para sí mismo, por encima de la

pausa reflexiva del oficial:

— Maldito resfriado.

El policía volvió a reparar en él y en su estado.

— ¿Qué estaba haciendo exactamente en el medio de la tormenta?

— Consiguiendo comida debido a la tormenta —replicó Navalos—. Es lo que dijeron en televisión cuando anunciaron la emergencia; abastecerse lo más posible y quedarse en casa. Pan y leche. No sé por qué esas dos cosas principalmente.

Anderson no se divirtió con el aparente comentario irónico de Navalos. El testigo reparó

en la nula reacción del policía y enseguida se puso serio.

— La verdad es que no había logrado hacerlo con tiempo —dijo—. Y somos una familia de cuatro, más mi madre. Debía procurar de una manera u otra. Otro estornudo. Pero Anderson ya no les prestaba atención. Ahora sólo pensaba una cosa; tenía un cierto margen de tiempo —por más mínimo que fuera— entre que Navalos dejó el cuerpo para ir a la tienda a realizar la llamada hasta que las autoridades llegaron al sitio. Si encontraba algo en el medio, quizás sería la clave.

Un piso más abajo, Gabrielle se enfrentaba cara a cara con el cadavérico rostro del «mudo». En los últimos minutos no había logrado llegar a nada nuevo y comenzaba a sentir que el tiempo se le acababa. Y el misterio alrededor de esta persona se hacía cada vez más turbio.

Gabrielle se mantuvo callada y pensativa. Miró un instante el pequeño anotador que el «mudo» tenía cerca para escribir sus respuestas, algo que hasta ahora se había mostrado inútil. Sin embargo, volvió a leer las palabras «púdranse» que habían quedado escritas del interrogatorio anterior. Esto la hizo preguntarse dónde podría haber aprendido a escribir el sospechoso y consideró la posibilidad de averiguarlo, pero pronto desestimó la idea. Podría haberlo hecho en cualquier lugar antes, y eso no conduciría a nada. Sin embargo, se le ocurrió otro ángulo.

— ¿Qué es lo último que te acuerdas antes de despertar en la nieve?—dijo—. ¿Recuerdas estar en otro lugar? ¿Quizás una habitación?

Los ojos del «mudo» eran tan inexpresivos como su voz.

— Como te dije antes, sólo quiero un «sí» o un «no»—continuó Gabrielle—. No eres culpable de nada, pero si me ayudas, puedo atrapar a quien te hizo esto. Lo ha estado haciendo por décadas, tú no serías el primero. Pero tiene que ser detenido.

Aunque no estuvo segura del todo, Gabrielle creyó que el «mudo» realizaba una mueca de consternación. Pero quizás era sólo su rostro.

— Lo único que tienes que hacer es escribirlo —dijo Gabrielle y acercó aún más el pequeño anotador hacia el sospechoso—. ¿Vopreko te ha hecho esto? ¿Sí o no? Silencio total.

Gabrielle trató de ver más allá del hermetismo del «mudo», buscando algún tipo de debilidad en su armadura, un hueco a través del cual pudiera presionarlo lo suficiente. Pero tal vez un acercamiento agresivo no era el adecuado. ¿Qué pasaba si era amable con él, si era comprensible?

— Sabes —comenzó a decirle—, probablemente estaremos levantando numerosos cargos contra ti. ¿Hay alguien a quien quisieras llamar?

No hubo respuesta, aunque Gabrielle no estaba buscando una.

— Necesitarás un abogado, de eso no caben dudas —continuó ella—. Entonces... ¿a quién llamamos? ¿A tu esposa? ¿Hijos? Quizás un hermano o una hermana... ¿Qué hay de tus padres? ¿Todavía están vivos?

Gabrielle clavó una mirada inquisitiva en el rostro impávido del «mudo». Sin embargo, éste no hacía contacto visual alguno. O ignoraba totalmente lo que ella decía o las palabras de Gabrielle surgían algún efecto en él.

— ¿Quiénes son tus amigos?—siguió ella—. ¿Dónde se encuentran las personas en las que confías? ¿Aquellos que podrían y querrían ayudarte? Debe haber alguien. Porque no encontrarás amigos aquí, al menos que nos ayudes.

Nada.

Minutos más tarde, Gabrielle daba un portazo al salir de la sala de interrogación. La situación ya empezaba a irritarla.

Pero dentro de la sala, el «mudo» tardó unos minutos en decidirse a actuar. Trajo el anotador para sí, levantó el bolígrafo y comenzó a escribir, inclinando el torso completo y encorvándose sobre la mesa.

Escribió y escribió. Pero al terminar lo dejaría como estaba. Pondría en prueba la capacidad de atención de los policías.

Como un juego.

Gabrielle caminó casi aislada por completo de su alrededor. Tampoco había mucho movimiento en la estación. La mayoría que no tenía asuntos importantes se había marchado a casa a pasar la noche de la tormenta. Tan sólo el personal obligatorio permanecía, junto a aquellos como ella y Anderson que todavía debían cerrar algunas cosas. Gabrielle pensó si el Jefe O'Malley había logrado escabullirse a su casa sin ser visto o no. Faltando quince minutos para las tres de la mañana, esa posibilidad era alta. Apoyada sobre la pared, absorta en el silencio de la estación y de sus pensamientos, Gabrielle daba vueltas y vueltas alrededor de la figura del «mudo». Trataba de buscar la lógica, como siempre le había instruido su padre, pero en este caso deseaba que el Alzheimer no estuviese tan avanzado y que tan sólo le diera una oportunidad de preguntarle a su padre dónde estaba la lógica en todo este asunto.

«Recuerda quién fue» se volvió a decir a sí misma y sintió deseos de llorar. Pero se contuvo. No podía haber lágrimas. No hasta que Vopreko estuviese detenido y pagase por todo. Ahí entonces las lágrimas no serían de tristeza por su padre, sino de felicidad por haber atrapado a quien le había jodido la vida.

Para su sorpresa, O'Malley abrió la puerta de su despacho y sus miradas se encontraron a escasos metros de distancia. No se había marchado aún, pero llevaba su abrigo encima y en las manos sostenía unos guantes y un gorro de lana.

El Jefe se acercó.

— Puedes quedarte aquí cuanto quieras y seguir interrogándolo —le dijo—. Pero si quieres, también puedes pedirle a un oficial de turno que se quede vigilando al sospechoso.

Aunque Gabrielle no respondió, entendió a la perfección el sentido de las palabras de su

Jefe.

— No hay nada de malo en que te vayas a casa, Gabrielle—continuó él—. No hay nada aquí. Sólo un error.

O'Malley terminó de ponerse los guantes.

— Ve a casa. Espera a que la tormenta pase y concéntrate en asegurar que la votación de esta semana se lleve a cabo de la mejor manera posible. Eso es lo que le pido a todos. Ése es nuestro trabajo.

Al no tener respuesta, el Jefe dio media vuelta y comenzó a marcharse, aceptando que no había logrado convencerla. Pero Gabrielle le habló desde la distancia, obligándolo a frenarse a mitad de camino.

— Si lo dejamos ir —dijo ella—, no lo encontraremos de nuevo.

— Cualquiera puede ser encontrado hoy en día, Gabrielle —replicó él sin voltearse—. Ya no existe la privacidad en este mundo. ¿Acaso no te has dado cuenta?

Gabrielle lo ignoró por completo. Lo oyó marcharse pero pensaba en otra cosa. En su

padre. Si él no podía ayudarlo, quizás otro detective.

Fue hasta su despacho y accedió a la base de datos en su computadora. Buscó en los

expedientes redactados por Luther Hardy, el compañero de Edward Nicholas Blake. En

sus informes, Hardy afirmaba lo mismo que su padre, pero también con falta de evidencia contundente capaz de sostenerse en un juicio. Pero ambos detectives, ahora

retirados, creían lo mismo. Y habían sido incapaces de atrapar a Vopreko. Debajo del perfil de Hardy había una dirección y un número de contacto. Gabrielle dudó si molestar o no al detective a esta hora de la noche. Pero no disponía de mucho tiempo. Pronto tendría que dejar ir al «mudo» y éste desaparecería del mapa por completo. Menos aún disponía de tiempo para repasar en detalle cada uno de los informes realizados por ambos detectives sobre el caso Vopreko. Contaba con una información base, pero si quería los detalles o los puntos de vista desde adentro, debía hablar con Hardy.

Levantó el teléfono. Copió el número en pantalla y marcó. Al hacerlo, notó que los nudillos de su mano seguían rojos y ardían; un dolor punzante que por momentos olvidaba pero cuando reparaba en él, regresaba con tal crudeza que debía aplicarse capas y capas de crema para manos.

El teléfono sonó dos veces y Gabrielle, convencida de que estaba errada en molestar a un hombre ya grande a altas horas de la noche, cortó rápidamente. Se resignó al hecho de que tendría que repasar línea por línea los informes, buscando el punto exacto en el que todo conectaba.

Se puso de pie, decidida a regresar con el «mudo» y continuar el interrogatorio.

Quizás también podía pasar por la sala donde se encontraba Anderson junto al testigo Navalos y ofrecerle ayuda.

Pero cuando estuvo por atravesar la puerta, el teléfono sonó. Tuvo intenciones de seguir

de largo, pero se volvió hacia el aparato y atendió.

— Agente Blake—exclamó.

— ¿Blake?—dijo la voz del otro lado—. ¿La hija de Ed Blake?

— ¿Quién habla?

— Luther Hardy. Usted me llamó recién.

Gabrielle tomó asiento.

— Sí... —dijo—. Lamento haberlo despertado y llamarlo tan tarde. — No te preocupes, ya no duermo tanto. Reconocí el número de la estación en el identificador de llamadas. Hace mucho tiempo que no recibo una llamada de allí. Dime, ¿tú eres la hija de Ed?

— Sí, lo soy.

— Me alegra oírte de nuevo. ¿Qué te ha hecho llamarme?

— Necesito hablar con usted. Personalmente.

— Con gusto. Por desgracia, ya no me muevo tanto como antes, por lo cual tendré que pedirte que vengas tú a verme. Podemos arreglar una reunión para cuando pase un poco esta maldita tormenta.

— No creo que tenga tanto tiempo.

— Entiendo. Te esperaré aquí entonces. Puedes venir cuando quieras. Dormir ya está fuera de la cuestión para mí.

Unos minutos después, llamó a Anderson fuera de la sala de interrogación. Su compañero estaba cansado pero la oía con suma atención.

— Debo irme—le dijo ella—. Quizás vuelva en una hora o dos. Necesito que sigas interrogando al «mudo». Continúa averiguando lo más que puedas de él mientras hago esto.

— ¿Y qué es exactamente lo que estás haciendo, Gab?—dijo Anderson. — Buscando puntos de partida. Créeme, valdrá la pena. Sólo mantelo despierto, sigue haciéndole preguntas. Lo importante es que en ningún momento se sienta que está en control.

Anderson asintió.

— ¿Qué averiguaste con Navalos?—preguntó Gabrielle.

—Acaba de confesarme que se ausentó el breve tiempo que le llevó a la policía arribar a la escena. Quizás haya testigos que coincidan con ese lapso, no lo sé. Pero lo que sí es

seguro es que tenemos un punto ciego en la cronología de eventos.

— ¿Lo dejarás ir?

— En poco tiempo, sí. Está limpio.

— De acuerdo. No te despegues del «mudo». Volveré enseguida.

Y acto seguido, Gabrielle estuvo en camino.

10

El olor a tabaco todavía se mantenía impregnado en el aire del salón. La mesa de pool y la mesa de cartas todavía estaban calientes del último juego.

Debajo de uno de los tantos reflectores que teñían de calidez a todo el lugar, se encontraba Alexander Maruni. De pie, enfrente de una pequeña mesa recubierta de tela roja, ordenaba unas fichas de póker. A su derecha continuaba humeando un cigarrillo de nicotina en un cenicero, pero éste no había sido tocado por unos buenos minutos. Un teléfono distante sonó en otra habitación y al cabo de tres timbres se interrumpió y fue atendido. Sin embargo, Maruni no se distrajo un segundo de su actividad, la cual llevaba a cabo con cuidada parsimonia.

Oyó que la puerta que daba acceso al salón se abría. Un hombre bajó la pequeña escalera empinada que lo recibía a uno con la totalidad del espacio.

Fue en ese momento que Maruni levantó la cabeza y enfocó la mirada en uno de sus varios «asistentes», como él los llamaba. El hombre se detuvo a escasos metros enfrente de Maruni, cuyo rostro se contrastaba debajo de la luz, marcando aún más las sombras de sus arrugas.

— Una llamada para usted —le dijo el asistente.

Maruni asintió y dejó posar sobre la mesa el estuche de las fichas. Se movió hacia su izquierda, hasta llegar al teléfono atornillado en la pared detrás de la mesa de pool. Al recoger el auricular, se volvió y el asistente se alejó unos pasos, dándole la tácita privacidad necesaria.

— Hable —dijo Maruni y escuchó con atención.

En los siguientes segundos su rostro no cambió, como si estuviera paralizado y sólo pudiese oír a través del teléfono.

Al cabo de un instante, habló.

— ¿Hace cuánto ya?

Luego de oír la respuesta, consultó el reloj del salón; redondo y antiguo, ubicado exactamente por encima de una pequeña barra de bar en el extremo opuesto del salón.

— Entiendo —replicó—. ¿Y su muchacho es de confianza?

Otra pausa. Después, concluyó:

— Lo mantendré al tanto.

Colgó sin la menor excitación. Sin embargo, por dentro la preocupación se apoderaba

de él de tal manera que su rostro se había endurecido aún más, casi adoptando el tono

grisáceo de una piedra.

Se volvió a su asistente.

— Ve a buscar a Marco —le ordenó—. Y llama a todos para una reunión de emergencia. No podemos desperdiciar un minuto.

El asistente obedeció y se marchó con prisa.

11 La casa de Luther Hardy era una de las tantas prefabricadas por el Estado, y por esta razón, guardaba una molesta semejanza con las casas vecinas.

A simple vista, y más aún en la densidad de la tormenta de nieve, todas las casas eran iguales y no había forma de distinguirlas más que por su número.

Gabrielle lo había anotado antes de salir: «Número 142». Pero le resultó mucho más fácil reconocerla entre todas las otras gracias a que era la única con la luz encendida a horas tan altas de la noche.

Le llevó aproximadamente cuarenta y cinco minutos llegar de la estación a la casa. No sólo por la distancia, sino porque la tormenta cada vez imposibilitaba más y más el traslado de un punto al otro, y los caminos estaban atestados de nieve. Muy pronto, no podrían salir a ningún lado al menos que alguien barriese con toda esa mugre blanca y liberase las calles.

Apagó el motor y deseó que éste no tardase tanto en arrancar cuando volviese a la estación.

Intuyó que había un sendero que conducía a la ciento cuarenta y dos, pero éste estaba enterrado bajo la nieve. Lo mismo que el resto del patio de la casa; un manto blanco rodeaba la puerta principal y se colaba por sus ventanas más bajas, tapándolas hasta la mitad. Le resultó más que claro que Luther Hardy vivía solo, y posiblemente sin una «Señora Moore» que lo ayudase, fuera discapacitado o no. Nadie limpiaba el lugar, y no sólo debido a la tormenta, sino que se mantenía así el resto del año, juntando polvo y suciedad.

Tocó timbre y Hardy abrió la puerta. No lo recordaba tan avejentado. Llevaba anteojos para leer y estaba arropado hasta el cuello, pero su aspecto no era el mejor. Como veía en su propio padre, Gabrielle vio en Hardy los efectos del trabajo: un espíritu aparentemente roto, una disminución de la movilidad y un anhelo incumplido, un asunto pendiente. Al menos, eso fue lo que vio, a excepción de la demencia senil que parecía atribuida exclusivamente a su padre, el otrora suspicaz detective Edward Nicholas Blake.

Hardy la recibió con un gran aprecio y su aspecto acentuó aún más su imagen de abuelo que se ponía feliz de volver a ver a su nieta preferida. Y quizás en cierta forma era así, una especie de «tío abuelo».

Antes de decir nada, él se apresuró en dejarla entrar y cerró la puerta con tal vehemencia que parecía querer dejar algo afuera.

— No puedo creer lo grande que estás —dijo Hardy mientras la guiaba hasta

una sala de estar amena y bien calefaccionada—. Sé que todos los amigos de tu padre o aquellos que hace mucho no te ven deben decirte esto, pero lo digo de verdad.

— Es el primero en decirlo, créame.

Hardy rió consciente de la broma y llegó hasta su sillón, pero para sorpresa de Gabrielle, se lo ofreció a ella y luego él pasó a desplomarse en una silla de ruedas. Al echarse sobre la silla, lanzó un suspiro de alivio.

— Caminar se ha convertido en una verdadera tortura para mí—dijo él—. Siento como si a cada paso, me golpeasen con un pesado mazo.

— Siento tener que molestarlo.

— Para nada—dijo Hardy negando con la cabeza—. Si hubieses sido alguien más y no la hija de Ed, probablemente no estaríamos teniendo esta conversación ahora.

Gabrielle asintió, agradecida, aunque no logró deshacerse de la sensación de estar molestando a un pobre anciano en plena madrugada.

— Te ofrecería algo, pero ya no me moveré de aquí por un buen tiempo — continuó él—. Si quieres algo, siéntete libre de pararte e ir a buscarlo.

— Se lo agradezco, pero no dispongo de mucho tiempo.

— Así has dicho, sí. ¿De qué querías hablar?

— Mi padre y tú trabajaron un caso hace treinta años...

— Vopreko —la interrumpió él, para su sorpresa—. Es el único del que vale la pena hablar de toda nuestra ya extinguida carrera profesional. ¿Por qué estás interesada él?

— Porque creo que ha regresado.

— ¿Te refieres a que ha regresado ahora?—dijo casi escéptico Hardy. Gabrielle asintió ligeramente.

— Y creo que puede estar preparando algo—agregó—. Por eso necesito que usted me diga todo lo que sabe sobre él; todo lo que mi padre y usted usaron para construir el caso.

— ¿Has leído los expedientes?—dijo él con paciencia—. Esta todo allí, registrado. Todo lo que averiguamos, lo que dijimos, la evidencia insuficiente. Incluso el último paradero conocido de Vopreko en esa fecha, un dato que tu propio padre se encargó de constatar.

Con sumo respecto, Gabrielle desestimó la respuesta del hombre.

— Tengo bajo mi custodia a un sospechoso que puede ser mi única conexión con Vopreko. En las próximas horas tendré que dejarlo ir al menos que encuentre con qué retenerlo por más tiempo.

Hardy escuchó con atención, los ojos duros y la expresión seria, como si estuviese de regreso en el trabajo en uno de sus mejores días.

— ¿Comprende por qué lo llamé? —continuó Gabrielle—. No puedo revisar cientos de reportes y testimonios. Necesito que me diga todo lo que sabe, y rápido. Un curso acelerado.

— Vopreko no puede estar de regreso —dijo en tono casi seguro Hardy—. Dudo que esté vivo. Debe tener la edad de tu padre ahora.

Gabrielle trató de ignorar ese comentario y continuó.

— ¿Cuándo fue la última vez que lo vieron? ¿El día que se liberaron los cargos contra él?

Hardy negó con la cabeza.

— El expediente dice que ustedes dieron por finalizado el caso unos días después de su liberación —continuó Gabrielle.

— Tuvimos que cerrarlo. Nuestras manos estaban atadas. Pero lo volvimos a ver cerca de dos meses después, en una vigilancia no oficial que manteníamos sobre él.

— En otras palabras, lo estaban espiando y se jugaban la carrera al hacerlo.

— Sólo fue porque tu padre y yo sabíamos que era culpable, pero el maldito cubría bien sus rastros. Lo vimos subir a un auto, el auto ingresó a un túnel en plena hora pico y cuando salió del otro lado, pudimos confirmar que Vopreko no se encontraba en él. En algún lugar del túnel había logrado escapar.

— ¿Y nunca volvieron a oír de él desde entonces?

— Un tiempo después yo me retiré—replicó Hardy—. Pero continué buscándolo, sin éxito. Finalmente había logrado desaparecer del mapa.

Gabrielle pensó un instante.

— ¿Mi padre también lo siguió buscando?

Hardy le respondió con una mueca de extrañeza.

— ¿No te contó él?—dijo—. Una vez me llamó diciéndome que había encontrado nueva información sobre Vopreko. Que esta vez estaba metido en algo aún peor, algo que podría conectar toda la evidencia insuficiente que teníamos recopilada desde el principio y encerrarlo por una maldita vez.

— Nunca me contó eso —dijo ella—. ¿Hace cuánto fue esta llamada?

— Ya ni me acuerdo. Pero debe haber sido casi cuatro o cinco años atrás. No lo sé, tal vez fueron seis.

— Mi padre comenzó a mostrar síntomas de Alzheimer cerca de ese tiempo. Hardy la miró fijo, en profundidad, como si él ahora hubiese asumido una figura paternal hacia Gabrielle.

— Por eso no le di tanta importancia —dijo él—. Simplemente me limité a pedirle que me mantuviese al tanto y que si necesitaba ayuda, estaría disponible. Pero ambos estábamos retirados en ese entonces... y creo que tu padre sufría del letargo de una obsesión que admito tuvo su gran impacto en mí también. Aún lo

hace hasta el día de hoy, pero con menor intensidad.

— Creo que si mi padre hubiese tenido información nueva al respecto de Vopreko en ese entonces, la hubiese divulgado de alguna manera. Se la hubiera hecho llegar por algún medio o dejar constancia.

— Me temo que cualquier cosa que eso haya sido, ahora está perdido dentro de su mente.

Gabrielle consideró por un instante aquella posibilidad. ¿Habría llegado su padre a tener información crucial para la captura del criminal? ¿O era una fabricación de su estado mental obsesivo y en las primeras etapas del Alzheimer?

— ¿Qué hay de las primeras víctimas?—dijo Gabrielle—. ¿Qué creían ustedes que Vopreko hacía con ellas?

Hardy pareció incomodarse por un instante. Gabrielle leyó la mueca de odio que dibujaba en su rostro.

— Jugaba al doctor—contestó Hardy—. Al maldito «Mengele» por todo lo que sé.

— Sé lo que puso en el expediente. Mi padre hizo lo mismo de su parte. Ambos declararon de manera oficial que Vopreko era el responsable directo de la desaparición de pacientes mentales, pero en ningún momento quisieron informar sobre la naturaleza de esos secuestros. Ustedes sabían, ¿verdad?

— Sabíamos lo suficiente. Nunca pudimos probarlo porque una parte de nuestra evidencia se basaba en el testimonio de testigos con poca credibilidad.

— Te refieres a otros pacientes mentales, iguales a las víctimas.

Hardy asintió y agregó:

— Sin embargo, ellos confirmaron haber visto a Vopreko entablando con los médicos principales, posiblemente diseñando el secuestro sistemático de las víctimas sin que nadie lamentase mucho su desaparición. Eran llamados «locos» por la gente común, entonces, ¿por qué alguien se molestaría en tomar su palabra de manera literal?

— ¿Qué hay de los doctores?—inquirió Gabrielle—. ¿Los que ustedes llevaron a juicio?

— Ellos fueron los chivos expiatorios. La evidencia era insuficiente para probar nuestro caso entero que vinculara a Vopreko con todo. Tan sólo fueron sentenciados por conspirar para secuestrar a sus propios pacientes. En ese momento, Hardy se detuvo y realizó una pausa para hundirse en sus pensamientos, posiblemente perdiéndose en el recuerdo.

Pero enseguida regresó y retomó la conversación.

— Sin embargo, confesaron las atrocidades cometidas bajo órdenes específicas de Vopreko. Admitieron haber torturado y experimentado con los trece pacientes secuestrados. Y cada uno nombró a Vopreko como el máximo responsable

intelectual de los experimentos. Quizás él no los llevó a cabo personalmente, pero guio la mano de los doctores y les dijo qué hacer y qué resultados esperaba de las pruebas. Como un genocida burocrático, que decide sobre la vida de personas con el levantar de un bolígrafo y una firma.

— Entonces obtuvieron la verdad a partir de ello.

Hardy realizó una mueca de insatisfacción.

— Sólo de manera extraoficial. Lamentablemente, no sirvió de mucho. Debe entender que sólo teníamos un puñado de confesiones que, a pesar de ser sólidas y casi irrefutables, no lograban sostenerse por sí solas y requerían de evidencia real que las avalara.

— En otras palabras, no podían hacer nada con esos testimonios al menos que algo vinculase a Vopreko directamente.

Hardy asintió y continuó.

— Cuando fuimos al lugar de cautiverio, se encontraba vacío. No había víctimas, ni equipos médicos ni señales de crimen de ningún tipo. Estaba limpio. Demasiado limpio. Por eso no fuimos capaces de mantener los cargos y lanzar una búsqueda masiva por Vopreko. La falta de evidencia lo exoneraba por completo de cualquier crimen.

Gabrielle pareció compartir su misma frustración. Sin embargo, debía intentar reavivar el rastro de Vopreko.

— ¿Alguno de los doctores sigue vivo?

— Sólo uno, creo —replicó Hardy—. Debe ser un viejo ahora, como Ed y yo.

— ¿Qué les pasó a los otros?

— Eran tres en total los que confesaron. Uno murió en prisión asesinado por otros presos. Un crimen de raza, creo que lo llamaron.

— ¿Y el segundo?

— Sirvió dieciocho años hasta que le concedieron libertad condicional. Tres días después intentó atravesar la frontera estatal y fue baleado y derribado por agentes de policía. Murió de camino al hospital.

A pesar de saber adónde la llevaría su siguiente pregunta, Gabrielle se vio obligada a hacerla, conociendo que quizás era el único punto de partida que tenía.

— ¿Qué tipo de atrocidades confesaron los doctores?

Hardy se echó hacia atrás en su silla y con cierta dificultad, hundió su mano en el bolsillo de su pantalón. Acompañó su búsqueda con una mueca casi grotesca, mostrando los dientes y arrugando las cejas.

Finalmente logró liberar su mano y reveló un manojito de llaves pequeñas, el cual deslizó sobre la mesa en dirección a Gabrielle.

La oficial miró las llaves con desconcierto, luego se volvió a Hardy sin entender.

— Abre el segundo cajón de mi escritorio en la habitación de al lado —le pidió él. Ya sospechando de qué iba la cuestión, Gabrielle accedió, tomó las llaves y se puso de pie. La habitación contigua era un despacho reducido, donde apenas si cabían dos o tres personas a la vez. Estaba atiborrado de muebles viejos y rasgados. Sobre sillas de madera se sostenían, con pobre estabilidad, pilas de diarios viejos llenos de tierra. Al fondo se ubicaba un escritorio con un viejo televisor de tubo encima, también recubierto de polvo. A su alrededor había más papeles, no sólo ejemplares de diario, sino revistas, libros y retratos familiares. Con una leve ojeada, Gabrielle notó la temática policial y forense de los libros. Los diarios, en su mayoría tenían en primera portada algún que otro crimen destacable y tan sólo algunas revistas eran de interés general, como deportes o autos o hasta incluso pesca recreativa.

Gabrielle rodeó el escritorio, movió apenas la silla y sintió que sus dedos se llenaban de polvo. Ubicó el segundo cajón con una clara cerradura e introdujo la llave. Tiró de la manija y lo abrió. Al hacerlo, reveló el contenido de su interior. Un cuchillo antiguo, ya sin filo, se posaba por encima de una carpeta de color verde, de fino espesor pero con el indistinguible sello de «evidencia» estampado ligeramente inclinado en la mitad inferior.

Gabrielle lo levantó y al hacerlo, notó que por encima del escritorio se encontraba un retrato con la foto de Hardy y su padre afuera de la estación de policía, posiblemente el día que uno o el otro había sido ascendido. A pesar de estar cubierto bajo la espesa capa de polvo y tierra, Gabrielle reconoció el joven rostro de su padre, ignorando por completo aquello en lo que se convertiría después, del irremediable estado al cual lo conduciría su carrera profesional.

No le dio mayor importancia ni se atrevió a recoger el retrato para darle una mirada más de cerca. Cerró el cajón, echó llave y regresó con el expediente en mano, ante la imagen de un agitado Luther Hardy.

— ¿Sabe cuántos problemas puede tener por haberse quedado con esto?—dijo ella luego de reparar en lo que había encontrado.

— Nadie iba a hacer nada con ella—replicó Hardy sin molestarse—. Era una confesión que no logró sustentarse con pruebas reales. Un callejón sin salida.

— ¿Por qué la robó entonces? ¿Por qué conservar la confesión de estos doctores? Sin gran sutileza, Hardy evitó la respuesta y comentó:

— Siéntete libre de llevártelo contigo.

Gabrielle lo miró confundida.

— Hay una razón por la cual ése despacho de allí está como está —prosiguió Hardy—. No he abierto ese cajón en años. Ni planeaba hacerlo pronto tampoco. Gabrielle se mantuvo de pie y en silencio. Volvió su atención sobre la carpeta verde y dudó un instante si abrirla en ese momento o no.

Hardy notó su vacilación y se adelantó.

— Te aconsejo que te tomes tu tiempo al leerlo —dijo—. Me llevó a mí varias lecturas poder comprender de verdad lo que estos doctores afirmaban. Sin embargo, la oficial no dijo nada.

— Cuento con que puedo confiar en ti—dijo él y no sintió necesidad de explayarse sobre lo que esa confianza significaba.

Gabrielle entendió el verdadero significado, pero no hizo mención al respecto.

— ¿Interrogaron a Vopreko?—dijo ella al cabo de unos segundos.

— Sólo una vez—replicó Hardy—. Y también lo hicimos pasar por el polígrafo.

— ¿Y?

— Nada. Estaba limpio, al menos lo suficientemente limpio para que la ley lo dejase ir. No fue una experiencia que me hubiese gustado repetir. Y creo que a tu padre tampoco.

— ¿Por qué lo dices?

— Este tipo era como ningún otro que hubiéramos visto antes. Por lo general, esa clase de personas (en especial los culpables) se muestran nerviosos y alterados, más aun los que lidian con sentencias severas. Usualmente su comportamiento es atribuido a los efectos de la droga o de la abstinencia. Pero este tipo estaba demasiado calmo.

— ¿Nunca confesó nada?

La respuesta podía verse con claridad en sus ojos, sin embargo Hardy negó levemente con la cabeza.

— Pero lo vi en sus ojos —continuó—. Él hizo todas esas cosas.

— ¿Con qué fin?

Pero Hardy no supo formular una respuesta. Tanto él como Ed habían pasado una gran parte de sus carreras intentando descifrar exactamente qué era lo que estaba haciendo el «Albino».

— Eso fue lo que nunca supimos —dijo Hardy—. Es como si siempre veíamos lo que él dejaba atrás... Como el humo y las cenizas del fuego de lo que sea que estaba quemando.

— ¿Los doctores nunca dijeron por qué lo hicieron? ¿O qué buscaba exactamente el «Albino» con estos experimentos?

— Sólo admitieron que lo hicieron por el dinero. Y tal vez por un grado de curiosidad médica e intelectual. Si Vopreko o ellos tenían un objetivo en concreto, algo a qué aspirar a través de los experimentos y un significado trascendente, no lo dijeron. Y creo que esto fue deliberado. Mantuvieron ese secreto bien guardado.

Gabrielle necesitó de un instante para repensar y acomodar toda la nueva información. Trató de esbozar una especie de mapa mental que le sirviera de

organización y de guía. Buscaba el eslabón específico en el cual su padre encajaba en la historia. Pero más aún, qué papel podía jugar el «mudo» en todo esto.

— ¿Qué te hace pensar que está de regreso?—dijo de repente Hardy—. Vopreko es un hombre viejo y roto, como tu padre y yo. Si aún está vivo, algo que dudo, no creo que esté preparando algo.

Gabrielle calló un instante y se preguntó exactamente cuánto sabía de Vopreko, su historial y su perfil psicológico. Decidió que cuando regresara a la estación le daría otra mirada.

— El sospechoso que tengo sentado en la sala de detención fue encontrado hace unas horas desnudo en la nieve bajo temperaturas congelantes.

Hardy abrió los ojos de par en par.

— Y su lengua fue quirúrgicamente cortada—continuó Gabrielle—. ¿Eso suena como algo que haría el «Albino»?

— Yo... eh... No estoy seguro —titubeó Hardy—. Creo que deberías leer el archivo.

Gabrielle lo miró, algo confundida ante la reacción del ex detective.

— Pero ten en cuenta una cosa... —agregó él—. Es mi intención mantener ese despacho juntando polvo. Y los cajones cerrados.

Gabrielle no necesitó más explicación. Minutos después se encerraba dentro de su auto y justo antes de arrancar, abría el expediente etiquetado como «evidencia».

12

La pantalla estaba dividida en cuatro cuadrantes. Cada uno de ellos mostraba a un hombre diferente, pero con un rasgo en común; los cuatro tenían el pelo blanco de canas. Sentado cada uno en su despacho privado, ya sea en sus casas o en sus oficinas, ninguno mostraba demasiado entusiasmo por haber sido llamados a esa hora tan tarde de la noche. Sin embargo, todos estaban vestidos como empresarios eternos, desprovistos de sueño y en constante vigilia.

Cuando Maruni entró al cuarto y tomó asiento a la punta de la mesa, se convirtió oficialmente en el único en romper esa seguidilla de cabelleras blancas. Frente a él, en el otro extremo de la mesa rectangular se encontraba el televisor con los cuatro rostros de sus socios más importantes y a quienes deseaba ver lo menos posible, al menos que fuese absolutamente necesario como ahora.

— Caballeros —comenzó a decir Maruni—. Nuestro negocio está comprometido. No hubo respuesta más que un silencio reflexivo. Luego habló el hombre del cuadrante Uno.

— ¿Dónde se encuentra el paquete ahora mismo?—dijo.

— Se encuentra en camino a Tinetele por la ruta 15 —replicó Maruni—. Está

siendo transportado por un tal Jonathan Gletzer, un asociado de los Pastrunni. — ¿Podemos confiar en él para que haga la entrega a tiempo?—dijo el cuadrante Tres.

— Según Silvio Pastrunni, sí podemos. Pero ése no es el problema. Alguien tal vez

sepa la ubicación del vehículo y esté detrás de él en este momento. — ¿Con quién estamos lidiando aquí?—dijo el cuadrante Dos.

Maruni se tomó un respiro y luego respondió.

— Con el hombre a quien le pertenece el paquete.

Los cuatro cuadrantes quedaron sumidos en un mutismo preocupante.

— ¿A quién le hemos robado, Alexander?—dijo el cuadrante Uno, resentido. —

Todos lo conocemos —replicó Maruni—. Se hace llamar a sí mismo el «Albino».

— El Sindicato Ruso... —suspiró el cuadrante Cuatro.

Maruni se apresuró en negar con la cabeza.

— Solía trabajar para el Sindicato Ruso —dijo—. Pero ya no. Está por su cuenta ahora.

— ¿Entonces no está afiliado con ninguna otra organización? —preguntó el cuadrante Dos.

— No es un partícipe de la guerra—dijo seguro Maruni.

— No se puede negociar con él, entonces —sentenció el cuadrante Cuatro. —

¿Te das cuenta lo que esto significa, Alexander?—dijo el cuadrante Uno—.

¿Especialmente a días de iniciar el referéndum? ¿Alguno tiene idea cuánto nos puede dañar esto?

Maruni apretó los dientes, pero se contuvo de responder de manera volátil. Al no haber respuesta de ningún otro miembro, el cuadrante Uno continuó hablando, manteniendo su tono áspero.

— Creo que cada uno de nosotros sabe lo valioso que es el contenido del paquete

para esta guerra. Debemos protegerlo y hacerlo llegar a destino. En lo posible, antes del referéndum.

— ¿Qué opciones tenemos?—dijo el cuadrante Tres.

Maruni volvió sus ojos al cuadrante Dos.

— Baruzzo, tú tienes gente en Tinetele—dijo—. ¿Cuán rápido crees que puedas mandarla para encontrarse a mitad de camino con Gletzer?

— Puedo enviarlas ahora mismo —replicó Baruzzo—. Pero dudo que lleguen a tiempo. Si Vopreko ya ha salido en persecución de la van, tiene ventaja sobre nosotros.

— Todavía no sabemos con seguridad si la hija de Pastrunni confesó la

ubicación

del vehículo o no. Por tanto, no tenemos manera de confirmar si en efecto Vopreko se encuentra tras ella.

— Asumamos que lo está, señor Maruni —replicó el cuadrante Tres. — Si se dirige hacia ella, no tiene mucha ventaja sobre nosotros —dijo Maruni—. Quizás una hora o dos. Todavía podemos alcanzarlo.

En el cuadrante Dos, Baruzzo movió su brazo con cierto frenesí y miró hacia arriba de la pantalla. Luego volvió la mirada hacia el frente.

— Mi gente ya está en camino —dijo—. Creo que todos aquí estarán de acuerdo en

que esta situación requiere la participación de sus hombres, señor Maruni. Nadie se animó a asentir, pero los cuatro cuadrantes pensaban lo mismo. — Su «grupo especial»—agregó Baruzzo con marcada ironía.

Sin embargo, Maruni ni se mosqueó.

— Mis hombres están listos y actuarán cuando el momento llegue—replicó con tono severo.

Todos los hombres de los cuadrantes estuvieron de acuerdo.

— No podemos correr riesgos innecesarios, caballeros —continuó Maruni—.

Debemos asumir que Vopreko hará lo mismo.

— ¿Se ha confirmado que Vopreko fue el encargado de matar a Otto Pastrunni y sus dos hijas?—preguntó el cuadrante Tres.

— No por la policía —replicó Maruni—. Todavía están investigando. Pero Silvio

Pastrunni está seguro de eso.

— ¿Podemos confiar en él?—dijo el cuadrante Uno.

— Tanto como podemos confiar en cualquier persona en esta guerra. En un momento, Maruni distrajo su mirada y notó a un hombre ubicarse al pie de la puerta, aguardando con paciencia. Lo reconoció al instante.

— Por el momento —continuó—, no hay mucho más que podamos hacer a excepción de proteger a nuestras familias y a nosotros mismos como lo hemos estado haciendo en los últimos años de confrontación, caballeros. — Estoy de acuerdo —replicó el cuadrante Tres—. Reforcemos la seguridad a partir de este momento. Vopreko puede apuntar a nosotros como lo hizo con Pastrunni.

— Lo único que le importa ahora es el paquete—dijo el cuadrante Uno—. Pero habrá consecuencias. No cabe duda de eso.

Maruni volvió a enfocar su mirada en Baruzzo, el cuadrante Dos.

— Avísanos tan rápido como tu gente haya asegurado el paquete —dijo—. No desperdiciemos tiempo. Volveremos a hablar en las próximas dos horas. Dicho

esto, Maruni se puso de pie y paulatinamente, una por una las pantallas se fueron cortando a negro, hasta que la video llamada fue terminada por completo. Maruni se dirigió hacia el hombre en la puerta.

— Marco —dijo y lo invitó a acompañarlo.

Se desplazaron por el amplio corredor que se ubicaba exactamente por encima del salón de juegos subterráneo.

— Necesito que prepares a los demás —continuó Maruni—. Estamos en alerta máxima por un posible ataque. Tú y tus hombres son los únicos que pueden garantizar nuestra seguridad. Los excepcionales.

Marco asintió.

— Se los haré saber —respondió.

Dicho esto, Marco se retiró con suma seriedad. Maruni se quedó pensando un instante tratando de imaginar cómo se desarrollaría toda la situación. Tan así que no se percató enseguida de una presencia cercana que habló con voz resentida.

— ¿Lo enviarás a él?—dijo la joven voz.

Maruni se volvió y desde otra habitación apareció su hijo Fabrizio, portando su indudable semejanza que no sólo le recordaba a sí mismo, sino también a su propio padre.

Pero el tono de su hijo era ácido, cargado de resentimiento e impotencia.

— Podrías haber enviado a cualquier otro... —continuó Fabrizio—. Podrías haberme enviado a mí o a los otros que fueron fieles a ti sin ninguna condición. Maruni no respondió, pero comprendía las intenciones de su hijo con absoluta seguridad.

— ¿Por qué?—dijo Fabrizio—. ¿Por qué confías en él y no en mí?

— Confío en tu hermano tanto como en ti—dijo Maruni buscando evitar la confrontación.

Fabrizio se acercó aún más a su padre, a paso lento y hablando pausado.

— Él... no es... mi hermano.

Acompañando estas palabras, Fabrizio levantó un brazo y a modo despectivo señaló con su dedo índice en dirección hacia donde se había alejado Marco.

— Él es...una cosa—continuó.

Pero ello fue suficiente para que Maruni estallara en bronca. Se abalanzó sobre su hijo y le profirió una cachetada que casi lo lanza al suelo.

Fabrizio se cubrió la cara y miró desde abajo a su padre, envuelto en cólera. Le habló con tono tajante.

— No hables así de tu hermano —le dijo su padre—. Ahora ponte de pie y hazte útil.

13

Lo primero que Gabrielle hizo al regresar a la estación fue adentrarse en su

despacho, cerrar la puerta sin mencionar una palabra a nadie y sentarse en su silla frente a la computadora.

Todavía repasaba en su cabeza las cosas que había leído en aquella carpeta de color verde. Tan así que apenas terminó la primera lectura se quedó inmóvil dentro del auto, afuera de la casa de Luther Hardy. Perpleja y con los ojos perdidos, reaccionó solamente cuando la única luz encendida en la casa de Hardy se apagó bruscamente y la sacó de sus pensamientos. El abrupto cambio le sirvió para entender dos cosas: que Hardy estaba dispuesto a dejar atrás el caso de Vopreko de una vez por todas y que ella debía moverse con rapidez.

Inició su computadora y aún con la descripción de los experimentos cometidos por el «Albino» fresca en su mente, accedió a los antecedentes de Antonio Vopreko. El primer incidente registrado fue a los veintitrés años de edad, cuando Vopreko fue sospechoso de haber violado la propiedad privada de un profesor universitario de nombre Charles Keeler. Esta primera detención le permitió a Gabrielle intuir que el «Albino» había mantenido un perfil extremadamente bajo en sus años más jóvenes. O no había cometido ningún delito —menor o grave— durante su temprana edad, o sí lo había hecho pero no existía registro alguno, ni de cargos o condenas que lo llevaran a un reformatorio para jóvenes.

No parecía ser ese tipo de criminal. Su infancia estaba marcada por las dificultades de crecer en un hogar atravesado por la crisis económica que golpeó a la ciudad de Rosthalion en el año 1964.

Después de ese incidente menor, hubo otras investigaciones que se llevaron a cabo donde su nombre se destacaba entre tantos otros. Fue en el año 1992 que se registró el posible vínculo de Vopreko con el crimen organizado. Su conexión con el denominado «Sindicato Ruso» fue establecida gracias a diversas escuchas telefónicas e investigaciones paralelas que resultaron en actividades ilegales en las que Vopreko estaba involucrado de manera directa. Lo que el agente a cargo del caso en ese momento pudo determinar fue que el sospechoso realizaba tareas de extorsión y contrabando para el Sindicato, en especial de estupefacientes de distinta índole, drogas alteradas y reclutamiento de personal.

Por estas alegaciones, Vopreko fue oficialmente arrestado y sometido a juicio, recibiendo una condena de seis años en la prisión federal. No se especificaba si al salir de prisión Vopreko restableció contacto con el Sindicato Ruso o no, pero Gabrielle sospechaba que así había sido.

Después de ser liberado, hubo un lapso de cinco años en los que no se supo nada nuevo de él. Ningún registro, ninguna denuncia, ni siquiera una escucha indirecta o un rumor en la calle. En todo sentido de la palabra, Vopreko había desaparecido del mapa por un tiempo.

Fue en el año 2002 que comenzaron las investigaciones de los detectives Hardy

y Blake sobre el denominado «Albino». Un año después, trece pacientes de un instituto mental fueron reportadas desaparecidas y Vopreko se vio una vez más acusado, pero como Gabrielle bien sabía, los cargos no lograron sostenerse.

De repente vio interrumpida su lectura cuando Anderson se adentró en su despacho, sin golpear y portando una expresión de total desconcierto en su rostro.

— ¿Has regresado?—dijo él—. ¿Por qué no me avisaste?

Gabrielle no supo qué responder, todavía repasaba en su cabeza lo recién leído. — He estado con el maldito «mudo» por dos horas y la cosa no ha cambiado aún — dijo él—. Me haría bien un descanso y un poco de ayuda. ¿Dónde has estado? — Lo siento —dijo ella—. Había algo que necesitaba averiguar por mi cuenta. ¿No has podido sacarle nada nuevo?

Anderson tomó asiento delante de ella.

— Tengo más suerte hablando con una roca. Tenemos que admitir que estamos fritos. No hay nada con qué retener a este tipo.

Gabrielle se reclinó sobre su asiento. Anderson echó una ojeada a su escritorio. — ¿Qué has estado haciendo todo este tiempo, de cualquier manera? — Leyendo sobre el «Albino».

— ¿Hemos hecho algún progreso? ¿Algo que conecte todo esto?

Recapacitando un instante, Gabrielle se puso de pie y fue en búsqueda de la carpeta verde rotulada con la palabra «evidencia». La tomó y la dejó caer sobre las piernas de Anderson.

— ¿Qué es esto?—dijo él y sostuvo la carpeta en sus manos. Leyó la etiqueta. — Aunque nunca pudo ser probado con evidencia confiable... — comenzó a decir Gabrielle, dando vueltas en su despacho— Vopreko secuestró a trece pacientes mentales con el objetivo de realizar sobre ellos experimentos médicos, incluyendo cirugías plásticas, el selectivo trasplante de aquellos órganos y/o extremidades considerados «fuertes y en buen estado» de un paciente a otro y el sometimiento de los sujetos operados a pruebas tanto físicas como psicológicas en un intento por «demostrar sus capacidades de adaptación y sobrevivencia en condiciones extremas».

Mientras oía, Anderson hojeó el expediente, cada vez más disgustado por lo que leía con los ojos y escuchaba con sus oídos.

— Uno de los doctores cuyo testimonio se encuentra en ese expediente— continuó Gabrielle—, realizó la siguiente confesión: «Los pacientes eran sometidos a la intemperie o a temperaturas extremas de calor y frío. También se les instruía mediante terapia de electroshock, condicionamiento y tortura psicológica llevar a cabo el asesinato automático de otros pacientes. El objetivo

final de estas medidas y de las estrategias de hipnosis y condicionamiento era «forzar la voluntad de los pacientes y hacerla nuestra».

Anderson sintió que el estómago se le revolvió. Gabrielle continuó, casi sin piedad. — Otro doctor afirmó: «Las luchas por la supervivencia personal fueron otro escenario familiar de los experimentos. Mi persona, junto a otros profesionales colegas, fuimos ordenados a instigar el enfrentamiento entre pacientes asegurando la salvación de uno si le daba muerte al otro. Un sistema de castigo y recompensa fue implementado en la breve convivencia de los pacientes. Aquel que no se sometía a la voluntad del experimento, era negado de alimentos y de agua, a la vez que le privábamos de sueño y descanso adecuado». Anderson leyó una línea por encima que pareció agregar aún mayor morbosidad al

relato: «Aquellos pacientes bajo previo tratamiento y con necesidades de medicamentos

específicos eran negados de tal privilegio al menos que cometiesen el asesinato consciente de uno de sus compañeros. Los que obedecían y mataban, eran recompensados en gran forma».

Pero Anderson no pudo continuar leyendo.

— De acuerdo... detente —le pidió y cerró la carpeta.

Gabrielle se detuvo y comprendió que el expediente le había causado tal impacto que

ahora los testimonios parecían haberse grabado en ella con fuego, haciéndola capaz de

recitarlos casi de memoria. Se horrorizó ante la idea.

— ¿De dónde has sacado esto?—dijo Anderson.

— Eso no importa ahora. ¿Sabes lo que significa?

— No estoy seguro aún.... A decir verdad, no sé qué pensar. Es retorcido. Malditamente retorcido.

Anderson miró a los ojos de Gabrielle. Parecía haber algo de ansiedad en ellos.

— ¿Quieres usar esto para atrapar al «Albino»?—dijo él.

— No —se apresuró en decir Gabrielle—. Los cargos no lograron mantenerse.

Las víctimas siguen desaparecidas hasta el día de hoy y no hay ninguna evidencia real más que la confesión de los doctores sentenciados por facilitar el secuestro de sus pacientes. Ninguna prueba ha sobrevivido. Todo fue destruido. El supuesto lugar de los experimentos estaba limpio, sin un rastro.

— ¿Y cómo se relaciona Vopreko con todo esto?

— Los tres doctores lo nombraron como el autor intelectual. Pero salió libre. — ¿Entonces?—dijo él incrédulo.

— Este es un punto de partida.

— De acuerdo —suspiró Anderson—. Si Vopreko está detrás de todo esto, ¿de dónde ha sacado la infraestructura y el financiamiento para llevar a cabo estos experimentos?

— El Sindicato Ruso. O quizás una alianza de varias familias. Está en su expediente que ha trabajado con ellos en el pasado, alrededor del mismo tiempo en el que los secuestros tomaron lugar.

— Entonces debemos presionar al «mudo» para que nos diga dónde se encuentra. ¿Crees que él es uno de los pacientes mentales secuestrados y que de alguna manera sobrevivió?

Gabrielle negó con la cabeza.

— No, las edades y los años no coinciden —dijo—. Pero creo que es algo incluso mejor que eso.

— ¿Qué?—dijo Anderson con cierta curiosidad.

— Preguntémosle antes de tener que dejarlo ir.

— Bien. Es tiempo de ponernos firmes.

Minutos después estaban de regreso en la sala de detención junto al «mudo». Anderson,

como bien había adelantado antes, adoptó una actitud severa hacia el sospechoso y no

reparó en formalidades.

— No tenemos más tiempo para seguir jugando este juego —le dijo Anderson—. Te queda una oportunidad... y sólo una oportunidad. Y se empieza a vencer ahora.

Al terminar de decir esas palabras, Anderson le clavó una mirada que Gabrielle nunca

antes había visto en su compañero. Le sorprendió darse cuenta de lo que era capaz si las

circunstancias lo ameritaban. Por otro lado, pensó que tal vez su compañero estaba

«cargado» debido al contenido de la carpeta verde. Quizás las confesiones de los doctores lo dejaron más afectado de lo que estaba dispuesto a admitir y esta nueva

agresividad era tan sólo una manera que tenía de canalizar su impotencia. Por un breve

instante, se lamentó haber revelado esa información si hubiera sabido cómo reaccionaría

Anderson.

Sin embargo, no hizo mención alguna y se volvió hacia el «mudo».

— Dinos dónde está Antonio Vopreko—dijo ella—. Y te aseguro que podrás

salir de aquí sin ni siquiera una multa.

— Escríbelo —le ordenó Anderson sin quitarle los ojos de encima.

— Una cosa que debes entender —continuó Gabrielle— es que estás más seguro aquí que afuera. ¿Qué crees que te pasará una vez que te dejemos libre? Vopreko te buscará y se encargará de hacerte desaparecer. Fue un accidente que te hayamos encontrado. Considérate afortunado.

— Te queda un minuto —le advirtió Anderson.

Sin embargo, el «mudo» parecía no preocuparse por las reales amenazas de Anderson.

Gabrielle lo sabía con seguridad; su compañero no estaba mintiendo. No se trataba de

un truco. Tan sólo un empujón más y Anderson se desbordaría. Consideró tratar de

calmarlo y evitar un exabrupto, pero sabía que la información que necesitaban era más

importante. Estiraría la jugada tanto como pudiese sin que explotara del todo.

Anderson se mantuvo inmóvil, a la espera. Tenía los hombros tensionados, al igual que

su espalda y sus brazos. Estaba a punto de atacar. Sólo necesitaba que le liberasen la

correa.

Finalmente el «mudo» decidió ignorar a ambos oficiales por completo y distrajo la

mirada, manteniéndose firme.

Anderson intercambió miradas con Gabrielle y comprendió enseguida que tenía vía

libre. Rodeó el escritorio y se ubicó al lado del sospechoso, observando su pierna derecha vendada por la herida de bala puesta allí por Gabrielle horas atrás. Con un sutil

movimiento reveló la mano que sostenía su arma y sin pensarlo dos veces, apoyó la

punta sobre la herida e hizo presión hacia abajo.

La reacción al dolor no fue instantánea. Anderson presionó más fuerte. El «mudo» lo

miró fijo, desafiante. Gabrielle observó toda la acción y compartió la sorpresa de su

compañero cuando de la herida empezó a emanar sangre sin efecto alguno en el sospechoso.

— ¿Qué diablos...? —exclamó Anderson.

En una fracción de segundo, el «mudo» se puso de pie con un ímpetu sobrenatural.

Arrancó las esposas que lo sujetaban a la mesa y se abalanzó sobre un estupefacto

Anderson.

Gabrielle no logró reaccionar a tiempo para evitar que el «mudo» empujase a Anderson

contra una pared, haciendo que éste accidentalmente disparase su arma y la bala rebotase sobre el suelo. Con una fuerza desmedida, el «mudo» sostuvo a Anderson por el cuello. La mano del oficial se aflojó y su arma cayó al suelo.

Gabrielle gritó pero tardó en sacar su arma.

— ¡Suéltalo! —le dijo.

La mano del «mudo» se prendió de la tráquea de Anderson como si fuese la mandíbula

de un animal salvaje. El rostro del policía se volvió hinchado y no lograba librarse.

Gabrielle desenfundó su arma y la apuntó directo a la cabeza del «mudo». — ¡Suéltalo ahora! —volvió a decir.

El «mudo» se volvió hacia ella, sin aflojar su agarre. Anderson liberó una mano y trató

de tomar al sospechoso por el rostro, pero éste reforzó su agarre. Poco a poco Anderson

se quedaba sin oxígeno.

Gabrielle dudó un instante. Si lo mataba, mataría también su única oportunidad de

encontrar a Vopreko, si era que en efecto el «mudo» tenía vínculo alguno con él. Debía

decidir rápido.

Los ojos del «mudo» eran desafiantes y oscuros. Su figura casi esquelética se contrastaba con la inconcebible fuerza que demostraba.

La puerta de la sala se abrió de una fuerte patada y dos oficiales se adentraron con

apremio. En ese preciso momento, el «mudo» aflojó su agarre y se abalanzó sobre el

arma caída de Anderson.

— ¡El arma!—gritó Gabrielle.

El «mudo» se irguió sosteniendo el arma. Los dos oficiales desenfundaron también y le

apuntaron, mientras Anderson caía al suelo y tosía ahogadamente para recuperar

el

aliento.

Con una rápida mirada, Gabrielle pudo anticipar las intenciones del sospechoso.

Lo vio

sostener el arma y levantarla lentamente hacia él, en dirección a su cabeza. Sabía lo que

significaba. No lo usaría contra ellos. Pero si se mataba ahora y allí mismo, sería el fin

de la investigación. Y el «mudo» lo sabía. Contaba con ello.

Frente a los gritos casi guturales de los oficiales ordenándole que baje el arma, el «mudo» mantuvo la mirada puesta en Gabrielle, desafiándola para ver quién disparaba

primero. Ella dudó un instante, pero enseguida supo qué hacer.

Cerrando uno de los ojos, agudizó su mirada y concentró su puntería en la mano del

«mudo» que sostenía el arma. Cuando estuvo segura, presionó el gatillo y la bala dio en

el blanco.

La mano del sospechoso pareció estallar en sangre. Dejó caer el arma de entre sus dedos

como si fuese una sartén caliente, pero no hubo un gemido dolor, sino una mueca en su

rostro.

Más la pequeña victoria de Gabrielle duró poco. Apenas el arma del sospechoso tocó el

suelo, uno de los oficiales lanzó un grito y seguido de ese grito se dispararon tres balas

que fueron a impactar con el pecho del sospechoso.

— ¡No! ¡No! —gritó Gabrielle, casi desesperada.

Sin embargo, sus gritos no llegaron a tiempo para evitar que los policías disparasen dos

veces más hasta que el sospechoso cayó en el suelo.

— ¡Alto el fuego! —gritó Gabrielle y pareció abalanzarse sobre los oficiales—. ¡Alto el fuego, carajo!

Fue entonces que el estruendo cesó y los oficiales vieron lo que acababan de hacer. Pero

Gabrielle no les prestó atención. En cambio, se volvió hacia el aparente cuerpo sin vida

del «mudo» y se acercó. Había recibido un disparo en la cabeza, el cual con toda

seguridad había terminado de matarlo. Luego posó su mirada en Anderson, quien acababa de ponerse de pie y todavía se esforzaba por recuperar del todo su aliento. Comprendiendo lo que esto significaba, Anderson se volvió hacia los oficiales y con tono severo les ordenó:

— Llamen a la maldita ambulancia —dijo—. ¡Ahora!

Los oficiales se retiraron. Gabrielle y Anderson contemplaron el cuerpo y supieron con seguridad que esta vez el «mudo» permanecería muerto. Minutos después, los paramédicos confirmaron su fallecimiento y se disponían a ubicarlo sobre una camilla. Gabrielle se mantuvo inquieta y pensativa, observándolos en cada momento hasta que cubrieron el rostro del «mudo» con una sábana y lo sacaron de la sala de detención. Exhaló preocupada y echó un vistazo general al desorden de la escena. La sangre todavía estaba fresca sobre la pared y el suelo. Notó el color rojizo de la misma, al igual que cualquier otro tipo de sangre. El «mudo» seguía siendo humano después de todo, pero un humano quizás no como otros. Eso la desconcertaba. Dio media vuelta y levantó la silla caída. Al terminar de hacerlo, reparó en el pequeño anotador donde horas antes el sospechoso había escrito un casi ilegible «púdranse». Lo acercó para sí y estudió la letra. Luego levantó el grueso de las hojas y notó que había cosas escritas en la última página, pero sólo eran galimatías. Sin embargo, esto la llevó a hojear el resto de las hojas. Fue entonces que su asombro se acentuó. Había palabras al azar, nombres propios o de lugares, y símbolos de todo tipo. Pero algo se destacaba entre todo, repitiéndose en cada una de las hojas.

«33044604844»

14

— ¡Allí! —exclamó Gabrielle cuando vio el momento exacto en el que el «mudo» tomaba el anotador sobre la mesa y comenzaba a escribir casi desafortunadamente, llenando las páginas blancas con palabrerías, símbolos y aquel

extraño patrón: «33044604844».

El cuarto de seguridad de la estación no era muy grande y las personas allí presentes, entre ellos dos técnicos informáticos, un oficial y la propia Gabrielle, tenían dificultades para no sentir la falta de aire.

Sin embargo, eso no era lo importante en ese momento. La atención estaba puesta sobre las pantallas, repasando una y otra vez la grabación de la cámara de seguridad instalada en la esquina superior izquierda de la sala de detención.

— ¿Cómo nadie notó esto? —dijo Gabrielle—. Pensé que las cámaras eran supervisadas constantemente en tiempo real.

Uno de los técnicos realizó una mueca que no sirvió para disimular su vergüenza.

— Debe haber sido un breve momento de distracción... —dijo—. No tenemos mucho personal y la tormenta y...

— Ahórratelo. Alguien debería haber estado vigilándolo en todo momento y avisarme de esto.

— Lo siento, es que...

— ¿Quién estaba a cargo?—exigió saber Gabrielle con una mirada severa—. ¿Tú?

— Como dije... no tenemos mucha gente. Somos sólo yo y él —dijo el técnico señalando a su compañero al lado.

Gabrielle le echó a ambos una mirada llena de furia.

— Espero que ambos se den cuenta cómo han interferido y perjudicado una investigación oficial —dijo ella—. Por su incompetencia, perdimos la posibilidad de acercarnos a un sospechoso de valor y ahora tenemos un civil muerto en nuestras manos.

Los técnicos bajaron la mirada, casi como si fueran niños—y quizás lo eran, estaban en

los comienzos de sus veinte.

— Quédense seguros que se tomará nota de esto—dijo Gabrielle— y repercutirá en el futuro de sus carreras.

Luego, la oficial se volvió a la pantalla.

— Quiero una copia del video.

En ese instante, Anderson abrió la puerta y se encontró con la mirada de Gabrielle. Con

un ademán silencioso, la invitó a salir del cuarto de seguridad. Ya conocía el tufo que se

generaba entre aquellas cuatro paredes.

Una vez fuera, Anderson suspiró.

— Bueno, oficialmente O'Malley está hecho una fiera —dijo— y quiere que

hagamos un informe completo sobre nuestro procedimiento.

— ¿Está aquí?

— Diablos, no —replicó Anderson moviendo la cabeza—. Me ha taladrado el oído por el teléfono una vez que supo lo transcurrido.

— Bueno, no vendrá hasta mañana temprano, si es que la tormenta no empeora. En ese caso, estoy segura que no moverá un pelo.

Intercambiaron sonrisas y luego se tomaron un instante en silencio. Anderson se rascó

la parte de atrás del cuello.

— ¿Cómo te sientes?—le dijo Gabrielle.

— Estaré mejor—se apresuró en decir Anderson y enseguida fingió que su garganta no le ardía—. Ni siquiera sé por dónde empezar.

— Yo tampoco.

— He lidiado con tipos duros antes, por lo general supremacistas blancos o sencillamente esposos abusadores con un porte macizo. Pero este tipo... es un maldito escarbadien y rompió las esposas como si tirara de una bandita. Ningún hombre podría haber hecho eso. Al menos, ninguno que yo conozca.

Gabrielle se mantuvo pensativa, casi sin mirar a su compañero pero compartiendo el

mismo desconcierto.

— Sé que deberíamos haberlo mantenido con vida —continuó él—, pero creo que nunca habiésemos podido controlarlo.

— Se mantuvo quieto y en calma por horas —dijo Gabrielle—, cuando podría fácilmente haberse liberado y quebrarte la tráquea en cualquier momento que lo quisiera. Incluso cuando estuviste solo con él.

— ¿Qué estás diciendo entonces?

— Creo que esto fue preparado. Esperó todo este tiempo para hacer su movida.

— ¿Qué movida?

Gabrielle miró fijo a los ojos de Anderson. Todavía estaban algo hinchados por el

ataque y Gabrielle creyó ver que todo el rostro de su compañero mantenía cierto tinte

azul morado.

— Hacer que lo maten —dijo ella.

— ¿Para qué?

Pero Gabrielle no supo qué responder.

Anderson volvió a sentir un dolor agudo en su garganta y pasó la mano por ella, rascándola como si eso le trajera algún tipo de valor. Luego, agitó los brazos en total

resignación.

— De acuerdo—dijo él—. Estoy contigo. El «Albino» está detrás de todo esto, lo creo. No tengo idea qué significa, qué es lo que se trae entre manos ni cómo mierda el «mudo» encaja en todo el tema, pero te sigo. ¿Qué tenemos? Gabrielle buscó entre sus bolsillos y sacó el pequeño anotador. Lo sacudió delante de la mirada confundida de Anderson.

— ¿Qué es eso?—dijo él.

— Aparentemente, el «mudo» se dedicó a la escritura todo el tiempo que no lo veíamos. Una incompetencia del personal de seguridad.

— ¿Algo de importancia?

— No lo sé aún. Todo parece bobadas y palabras sueltas. Pero este número se repite.

Gabrielle levantó el anotador y lo sostuvo en el aire para que Anderson pudiera leer con

claridad.

«33044604844»

— ¿Qué crees que sea?—dijo él—. ¿Un código de algún tipo? ¿Un número de teléfono?

— Le sobran dígitos para ser un número de teléfono —replicó ella—. Y no es ningún código de área que yo conozca.

— Bueno, no es un número de seguridad social tampoco. O una cuenta bancaria. ¿Qué otra cosa puede ser?

Gabrielle negó con la cabeza. Miró de cerca el anotador y volvió a leer los números, uno por uno.

Entonces se le ocurrió una idea, justo en el momento que Anderson le hablaba.

— ¿Una contraseña de computadora?—dijo su compañero.

— Quizás —replicó Gabrielle y sacó un bolígrafo con cierto entusiasmo—. O... si le agregas grados aquí y aquí...

Gabrielle terminó de escribir sobre la hoja y volvió a mostrársela a su compañero.

— Se convierten en coordenadas —dijo ella, complaciente.

Anderson arqueó las cejas. Miró fijo el papel y en efecto los números se habían convertido en coordenadas ahora.

«33°04'4"» «60°48'44"»

— ¿Coordenadas?—dijo Anderson—. ¿De qué?

— GPS—dijo ella—. Averigüémoslo.

En pocos minutos estuvieron en el despacho de Gabrielle. Ella se ubicó enfrente de la computadora y Anderson se apoyó sobre el escritorio, inclinándose para ver de cerca el monitor.

Gabrielle copió las coordenadas en el mapa web oficial del Departamento de Policía y presionó «ENTER» en el teclado.

Ambos policías contuvieron, quizás inconscientemente, la respiración hasta que los resultados de la búsqueda se mostraron con asombrosa rapidez.

La página web cargó los resultados y mostró el dibujo de una gota de agua pequeña posicionarse sobre un amplio rectángulo de color beige.

Anderson frunció el ceño. A ninguno de los dos le tomó mucho tiempo comprender qué significaba el mapa que veían.

— Eso es en el medio de la nada—dijo Anderson.

Gabrielle movió la rueda del «mouse» y alejó la vista amplificada del mapa. Esto le permitió ubicarse mejor con respecto a la posición de la gota de agua y la ciudad. Un gran estrecho —al menos digital— separaba ambos puntos.

— Se encuentra en las afueras de la ciudad —agregó Gabrielle.

Por un instante, ambos notaron enseguida las referencias que el mapa les mostraba. Cerca de la gota de agua se extendía lo que representaba un camino. Una ruta o una autopista, no especificada. Pero si se seguía por allí, se entraba en una zona limitada que el mapa denominaba con el nombre «Tinetele».

— Esto no tiene mucho sentido —dijo Anderson.

Gabrielle continuó mirando el mapa. Calculó las distancias entre su ubicación en la estación y la gota de agua. No muy lejos uno del otro.

— No creo que sean coordenadas, Gab —continuó Anderson—. No hay nada allí.

— Quizás lo haya.

— Creo que nos tomó de idiotas.

Anderson se irguió, despegando su atención de la pantalla y exhalando cansinamente.

— Esos números no significan una mierda—continuó él—. Como el resto de esas otras palabras.

Sin embargo, Gabrielle no se movió de su silla.

— Entonces, ¿crees que es pura coincidencia que sean coordenadas?—dijo—. ¿El «mudo» simplemente escribió números al azar que si los separabas formaban latitudes? ¿Puede ser así?

Anderson no supo qué responder. Gabrielle se giró para ver a su compañero a los ojos. En un minuto, él comprendió sus intenciones.

— No, no —se apresuró a decir—. No iremos allí. No ahora. La tormenta se está poniendo peor. Hemos tenido suerte hasta ahora, pero no creo que logremos llegar más lejos. Esperemos a que pase.

— Con cada hora perdida, el «Albino» nos saca ventaja.

— Es una locura allí afuera, Gab. No podríamos ir aunque quisiéramos.

Gabrielle no disimuló su molestia, a pesar de que una vez más su compañero tenía razón. La tormenta se había intensificado con el pasar de las horas y regresar de la casa de Luther Hardy probó ser una especie de travesía. Y eso era en la ciudad. En las afueras, la tormenta tendría mayor peso.

Pero si dejaban pasar el tiempo...

— Lo que sea que el «Albino» esté planeando no lo hará enseguida —dijo Anderson—. No en este preciso instante. Creo que podemos esperar un día o dos para ir. Necesitamos construir un caso. Asegurarnos de que hay algo aquí y no sólo conexiones arbitrarias y conjeturas. Me refiero a evidencia de verdad. Pruebas de que lo que decimos puede sostenerse.

— ¿Qué pasa si nos estamos perdiendo una oportunidad? ¿Qué pasa si algo está por suceder en este momento y el «mudo» nos quiso alertar?

Anderson se movió hasta el otro lado del escritorio, cerca de la puerta principal.

— Todo esto suena demasiado elaborado, Gab —dijo.

— Lo sé—dijo ella—. Pero no tenemos otra cosa con lo cual guiarnos. Si no seguimos esto y vemos adónde nos conduce, entonces tendremos que empezar de nuevo. Buscar al «Albino» desde otro ángulo.

— ¿Por qué estás tan apresurada por atraparlo?

Gabrielle no respondió, aunque tenía motivos y razones suficientes para no detener la búsqueda por el «Albino».

— ¿Estás segura de que no estás viendo lo que quieres ver?

— ¿Qué demonios quieres decir con eso?—dijo ella sin disimular su actitud defensiva.

— ¿Esto no tiene nada que ver con tu padre?

Gabrielle se alejó del escritorio y echó una mirada helada a su compañero. — Esto se trata de atrapar a un criminal. Un sádico y un torturador que ha estado libre por los últimos treinta años.

— Entonces sí se trata de tu padre.

— Mira, puedes creer lo que quieras. Pero yo quiero atrapar a este hijo de puta.

¿Tú

no?

Anderson calló por un instante y dejó que su compañera se calmase. Sabía que ella tenía un carácter fuerte y su naturaleza temperamental no era ningún secreto, pero nunca se mostraba irracional ni dejaba que las emociones la controlasen.

Pero esta vez vio algo en sus ojos que no había visto en mucho tiempo, o quizás nunca desde el tiempo que la conocía. Para ella, el «Albino» no era un simple criminal con una libertad condicional de treinta años que debía ser atrapado. Era algo más, algo que Anderson no lograba discernir del todo aún.

— De acuerdo—dijo él—. Lo haremos.

Gabrielle se puso de pie y le dio la espalda, enfocando la mirada a través de la ventana. En efecto, la tormenta se había intensificado.

— Pero no ahora—continuó Anderson—. En cuanto esté despejado, iremos allí y veremos qué encontramos. ¿De acuerdo?

Gabrielle asintió. No tenía sentido discutir más.

— Mientras tanto —dijo él—, estemos seguro que esos números no significan otra cosa además de coordenadas.

— Bien —dijo ella al cabo de unos segundos.

— Encontraremos a este tipo, Gab. No te preocupes. Aun cuando sea como si buscáramos un fantasma... Uno que existió cuando nosotros éramos tan sólo bebés.

Gabrielle pretendió oírlo, pero por dentro no dejaba de pensar un instante. En el «mudo», en el «Albino», en el expediente etiquetado como «evidencia» conteniendo los testimonios espeluznantes de los médicos. Y ahora, en esta nueva pista. Pero lo único en que no podía dejar de pensar era su padre.

15

El velocímetro estaba clavado en ciento veinte kilómetros por hora. Era lo más rápido que aquella maldita van podía desplazarse. Su consumo de nafta tampoco era el más eficiente. La aguja marcaba el tanque mitad lleno. Pero nada de eso preocupó a Jonathan tanto como la llamada de Silvio Pastrunni.

Según el último cartel indicador que había visto, quedaban tan sólo cincuenta kilómetros para llegar a Tinetele. O al menos, al territorio delimitado como perteneciente al pueblo.

Esto lo animó quizás un poco, pero no fue suficiente para calmar su ansiedad. El arma reluciente todavía yacía a su lado en el asiento acompañante, rebotando de vez en cuando sobre el cubre de terciopelo con cada bache del camino.

Sin embargo, Jonathan concentraba su atención no sólo en el neblinoso y oscuro paisaje que había envuelto por completo a la ruta 15, sino en los espejos retrovisores. Clavaba su mirada sobre ellos como esperando que algo apareciese por detrás.

«Advertencia: Los objetos están más cerca de lo que aparentan» leyó. No sabía exactamente qué esperar, pero no lograba deshacerse de aquella insidiosa sensación de que alguien lo estaba siguiendo en esa noche oscura. Quizás era la tormenta, habiendo adquirido voluntad propia y forma corpórea.

«Unos kilómetros más» se dijo a sí mismo. Con el correr de los minutos, había caído presa de los nervios al dejar que una pequeña voz interior lo convenciera de que pronto él sería alcanzado por los mismos que habían ejecutado al viejo

Pastrunni y a sus dos hijas. Esa idea comenzaba inquietarlo. No tenía deseo alguno de morir haciendo el trabajo sucio de un viejo mafioso que ya era comida para gusanos.

En más de una ocasión se había volteado hacia atrás para ver no sólo las penumbras profundas que se tragaban el camino junto a un temblor tenue, sino para echar un vistazo intranquilo a quien era su acompañante. Un huésped de la van. Un pasajero que había alquilado el mejor asiento del vehículo —estirado de pies a cabeza, un suave lecho y una reforzada cobertura de acero contra el frío.

¿Qué se escondería dentro de aquel extraño féretro cuyo valor era inmenso tanto para sus remitentes como para sus destinatarios? ¿Lo suficiente para matar por él? Más allá de sus imaginaciones esotéricas y miedos manifestados, Jonathan estuvo convencido de una cosa: sea lo sea, no estaba transportando un muerto. De eso estaba seguro.

Puso su mente en el camino y trató de calmar su paranoia. Pensó qué haría exactamente cuando llegase a Tinetele. Tenía una dirección donde detenerse y en donde realizar la entrega. Pero no sabía qué tipo de lugar era, a quién pertenecía ni quién era exactamente el destinatario por quien ya habían muerto tres personas (y ahora pensándolo, quizás Vitti y Carlo seguramente también) para tratar de entregarlo a tiempo. «Más vale que esto valga la pena» se oyó decir en voz alta, sólo en la camioneta, acompañado nada más de su pistola de acero reluciente.

Pronto el camino de frente dejó de asemejarse a un agujero negro. Pequeñas luces, o pequeños focos de luz comenzaron a asomar entre ella, pero Jonathan no estaba seguro aún. Todo se había tornado de un color azulado apagado, como si fuese un mero reflejo de las temperaturas gélidas del llamado «Apocalipsis de nieve».

Consultó su reloj. Faltaba para el amanecer, por lo cual aquella luz no era natural y dudaba que el pueblo de Tinetele irradiara una luz tan brillante y blanca a estas horas de la noche y en esta ruta en especial.

Pero pronto descubrió la verdad. Se inclinó hacia adelante sobre el volante, en un intento por ver más de cerca. No necesitó desempañar el vidrio; veía lo suficiente. Eran luces de auto. Estaba seguro. No podía distinguir cuántos eran, pero no se trataba de uno solo. Venían directo hacia él.

¿Pero quiénes eran? ¿De dónde venían? En esa dirección, sólo podían provenir del propio Tinetele. No había otro lugar, otra pequeña aldea en varios kilómetros a la redonda. ¿Entonces?

Sin embargo, descartaba que se tratase de los asesinos de Pastrunni. Tendrían que venir por detrás y los habría visto. No había otro camino que condujera a la ruta 15, ninguna intersección, bifurcación o salida.

Casi como un acto reflejo, comenzó a disminuir la velocidad a medida que las luces (y posiblemente los autos) se acercaban más y más hasta que su forma pudo distinguirse en la tormenta.

El velocímetro estaba en noventa kilómetros por hora y bajando. Los autos no parecían haber reducido su velocidad.

Más rápido de lo que pensó, se vio enfrentado a dos camionetas 4x4 negras cuyos faroles parecían los de un avión.

En un ágil reflejo, Jonathan soltó el acelerador y empezó a pisar el freno. Pero no fue suficiente. Las camionetas fueron más rápidas y lo obligaron a pisar hasta el fondo el pedal para evitar una colisión segura.

Las ruedas chillaron sobre el asfalto y por un instante, el volante se le descontroló. Cuando logró retomar el control, la van había girado levemente de perfil a las dos 4x4 negras. Gracias a su cinturón de seguridad, Jonathan amortiguó la sacudida. El arma se cayó al suelo y quedó trabada con la alfombra de goma.

Jonathan estudió las camionetas 4x4; estáticas, con el motor en marcha y las luces cegadoras todavía encendidas. Con cuidado, se quitó el cinturón de seguridad y extendió el brazo hasta encontrar el arma caída. En ningún momento despegó la mirada de las camionetas delante y sabía con certeza que ellas lo observaban también a él. Al terminar de recoger el arma, se irguió en su asiento y aguardó con la pistola sobre su pierna, lista para disparar.

Pasaron unos minutos hasta que hubo movimiento. Las puertas de los vehículos se abrieron y figuras masculinas salieron a la luz. Jonathan no logró distinguir ninguna en especial, sólo eran siluetas oscuras y altas. Un total de cinco.

Comenzaron a acercarse hacia él. Por alguna razón, Jonathan miró la pantalla del GPS, el ícono del auto clavado en el medio de la línea que representaba la ruta 15. En un instante las figuras humanas se detuvieron en seco. Una de ellas pareció decir algo que Jonathan apenas alcanzó a oír entre el fragor de la tormenta y la insonorización de la camioneta. Pero se oía algo similar a su nombre.

«Jonathan Gletzer» escuchó por segunda vez y esta vez fue más claro.

Una de las figuras se acercó hasta ubicarse al lado de su ventanilla. A través del vidrio condensado por la nieve y el frío, logró ver el rostro de un hombre de su misma edad, quizás con un porte mucho más firme y sano que el suyo. Pero lo que más le llamó la atención, más allá del extraño acontecimiento con las camionetas y que llamaran su nombre, fue que la persona no parecía muy abrigada. Y afuera de la van, era el «Apocalipsis de nieve».

— Señor Gletzer —dijo el hombre mirándolo a través del vidrio—. Todo está bien.

Trabajamos con usted. Con el señor Pastrunni. Mi nombre es Clapham.

Jonathan, sin embargo, no despegó sus dedos de la pistola y fingió que oía poco debido a la tormenta.

— Abra la puerta, por favor —le dijo el hombre—. No tenemos tiempo que perder. Sin disminuir su desconfianza, Jonathan se limitó a bajar el vidrio de la puerta para poder hablar mejor. Apenas lo hizo, sintió el helado viento penetrar en el interior de la van y succionar todo el calor no sólo del vehículo, sino también de su propio cuerpo. Sin embargo, el tal Clapham seguía inmutable, al igual que el resto de las otras figuras.

— Quiero hablar con Silvio Pastrunni —dijo Jonathan.

— Me temo que no es posible. Fuimos enviados directamente desde Tinetele por el señor Baruzzo, asociado de Pastrunni. Estamos aquí para asegurar que nada salga mal con la entrega.

— Todo estaba bien hasta que ustedes me detuvieron aquí sin ningún tipo de aviso —replicó Jonathan—. Y casi me mato al tratar de esquivarlos.

— Por favor. Debemos movernos. Déjenos asegurar el paquete y lo trasladaremos a salvo hasta su destino final en Tinetele. Debe comprender, como ya el señor Pastrunni le adelantó, que usted y su vehículo han sido comprometidos. Alguien está detrás del paquete y en busca de esta van. Tenemos que sacarlo de esta ruta enseguida.

Jonathan se detuvo a pensar un instante. Miró hacia los otros hombres. Convenciéndose de que no había ninguna aparente amenaza, asintió y soltó el arma en el asiento del acompañante.

Justo antes de expresar su decisión, algo captó la atención de Clapham y subsecuentemente la de los otros hombres.

Jonathan también lo había oído. Un temblor en aumento. Pensó que era la tormenta, pero al ver cómo Clapham clavaba su mirada hacia el camino detrás y la oscuridad

densa, supo que estaba equivocado.

— Salga del auto —le dijo Clapham—. Ahora. ¡Salga!

Esta vez Jonathan no dudó de las intenciones de aquellos extraños hombres. La razón

por la cual estaba tan seguro era simple; si algo venía desde esa dirección, sólo podía

significar una cosa.

Abrió la puerta y salió de la van. Clapham hizo gestos frenéticos con la mano en dirección a sus hombres.

— ¡Saque el paquete del vehículo y asegúrenlo!

Una vez fuera, Jonathan sintió las frías temperaturas calarle los huesos. Clapham se

volvió hacia él.

— Entre en uno de nuestros autos y aguarde allí —le ordenó—. ¡Muévase!

Al mismo tiempo, tres de los hombres rodearon la camioneta. Jonathan los pudo ver.

Eran iguales de jóvenes y fornidos que Clapham. Abrieron la puerta trasera de la camioneta y comenzaron a jalar el pesado féretro de acero.

En ese instante, el temblor aumentó y cada uno de los presentes allí supo que se trataba

de algo pesado acercándose.

Clapham sacó una pistola nueve milímetros y la empuñó por lo bajo. Se acercó hasta los

tres hombres en la parte posterior de la van.

— Dense prisa, muchachos —les dijo mientras levantaba el arma y apuntaba hacia el frente.

Jonathan, quien no se había movido aún, cayó en la cuenta que estaba dejando atrás su

pistola en el asiento del acompañante. Sin desperdiciar un segundo, introdujo la mitad

de su cuerpo en la van y recogió el arma. Cuando salió, Clapham reparó en él y lanzó un

grito colérico.

— ¡Gletzer! ¡Vaya para atrás y espere allí! —luego miró al último hombre que había quedado detrás—. ¡Tú! ¡Ven aquí, ahora!

Todavía confundido por la situación, Jonathan obedeció. La creciente inquietud de lo

que sea que se aproximaba desde las tinieblas generó el suficiente temor para replegarse

y cubrirse detrás de Clapham y sus hombres.

Pronto, el pesado féretro estaba fuera de la van y siendo trasladado a las 4x4 detrás. — ¡Rápido, rápido! —gritó Clapham sin distraerse un minuto.

Cuando Jonathan estuvo al lado de uno de los vehículos, observó cómo los tres hombres

se desplazaban a paso acelerado con el féretro. Uno de ellos se desprendió del grupo y

pasó a abrir la puerta trasera de una de las camionetas. En pocos segundos, entre los

tres, lograron introducir el ataúd.

— ¡De acuerdo, vengan aquí! —exclamó Clapham.

Los tres hombres se apresuraron en cerrar la puerta y correr hacia donde estaban el resto

de sus compañeros. Pronto, las cinco figuras se habían ubicado en posición de

defensa,
en el medio de la ruta 15 y envueltos en la peor tormenta de nieve hasta la fecha. Finalmente, Jonathan agudizó su mirada y desde las tinieblas observó emerger un enorme y extenso camión desplazándose a una velocidad frenética. Sin la menor intención de detenerse, siguió de largo hasta arrasar con la van, provocando un caótico

estruendo. Clapham y sus hombres se lanzaron hacia los costados para evitar la trayectoria demoledora del pesado camión.

Jonathan observó cómo su vehículo se veía doblado y distorsionado por el impacto, para

luego volcarse sobre el asfalto de la ruta 15. Las ventanas estallaron al unísono y decoraron el camino con filosos trozos de vidrio y pequeñas astillas cortantes. Los hombres de Clapham, tumbados en el suelo, miraron con total desconcierto cómo el camión arrastraba por unos metros más la camioneta caída hasta detenerse por completo. Las luces de frente, brillantes y redondas, encandilaron por un segundo a Jonathan, quien se vio obligado a cubrirse con una mano.

Clapham fue el primero en recuperarse y acercarse con el arma empuñada hasta el camión. Sus hombres le siguieron detrás, a medida que cada uno se incorporaba luego de la caída.

Al llegar hasta la puerta del conductor, Clapham notó a través de la ventana que no había nadie dentro. Pero no podía estar vacío.

De repente, las luces frontales del camión se apagaron en un rápido parpadeo. Jonathan recuperó la vista de la escena. Ahora sólo quedaban las camionetas 4x4 como únicas fuentes de luz.

Clapham se apresuró en gritar al poco tiempo que él y sus hombres se cernieron en la oscuridad.

— ¡Fuera del auto! —dijo—. ¡Ahora!

Hizo un ademán a uno de sus hombres y éste avanzó hasta la puerta y la abrió. Pero

antes que pudieran distinguir con nitidez quién conducía el camión, alguien disparó.

Pero no fueron los hombres de Clapham. Los disparos, sucesivos y varios, se impactaron contra las luces frontales de las camionetas 4x4 en la distancia.

Jonathan saltó en su lugar al oír el estallido de los vidrios. Ahora estaban sumidos en la

total oscuridad de la tormenta.

— ¡Francotirador!—gritó uno de los hombres de Clapham.

Jonathan alcanzó a oírlo, pero perdido en la penumbra, ese grito le resultaba lejano.

Presa de los nervios, Clapham giró en dirección hacia dónde creía provenía el fuego.

Pero no veía nada. Tan sólo la densidad turbia de la tormenta.

— ¡¿Alguien lo ve?! —gritó otro.

— ¡No veo una mierda! —respondió una voz anónima.

Un nuevo disparo se sucedió y todos reconocieron, a pesar de no haber visto nada, que

pertenecía al francotirador en las sombras.

Clapham se agachó instintivamente, pero no sabía de qué se estaba cubriendo.

Oyó por

encima los gritos de sus hombres, pero no lograba discernir lo que sucedía.

Volvió a oír

otro disparo y de manera atolondrada, respondió el fuego y disparó tres balas a la oscuridad, como si luchara contra un ser invisible.

Pero de nada sirvió.

— ¡Contacto! —gritó alguien.

Y entonces comenzó la lluvia de disparos. Jonathan vio los destellos del fuego a la

distancia, acompañados de gritos afónicos y caos.

Algo no estaba bien. Desesperado, tanteó la camioneta a su lado y abrió la puerta de

acompañante. La luz del interior del vehículo le permitió ver mejor y se introdujo

torpemente. Notó que las llaves estaban puestas y el motor encendido. Debía intentarlo.

En el medio de la oscuridad, Clapham sintió que algo se movía en la oscuridad.

Alcanzaba a ver destellos de la figura, gracias al disparo frenético de sus hombres que lo

obligaba a cubrirse.

— ¡¿Qué demonios?! —escuchó que alguien decía, casi con terror en su voz. —

¡Lo veo, lo veo!—dijo otro—. ¡Está allí!

— ¡Es muy rápido!

Clapham escuchó gemidos de dolor y sonidos que le parecieron fracturas de cuello o

piernas, aunque dudaba de sus sentidos. De algo estaba casi seguro: la figura era humana.

— ¡Dispárenle! ¡Dispárenle, carajo! —gritó.

Nadie parecía atinarle. El caos se esparcía. Pronto, Clapham vio sólo una solución. Debía escapar antes de que sea muy tarde.

Jonathan se pasó al asiento del conductor y antes de prepararse para dar marcha atrás, echó una mirada al asiento trasero. Una vez más tenía al féretro de acero como equipaje. Reparó en que la mejor opción que tenía era llegar a su destino original como le fuera posible, a pesar de no tener luces delanteras, y esperar allí. Después de todo, podrían protegerlo mejor en Tinetele que allí en el medio de la ruta 15.

Se volvió hacia el frente. Los disparos se sucedieron una o dos veces más hasta detenerse por completo. Y luego los gritos también se vieron silenciados. A pesar de que todo su instinto le decía que debía largarse enseguida de allí, Jonathan se encontró inmóvil en su asiento, los ojos clavados hacia el frente donde intuía que todavía se encontraba la figura del camión. ¿Exactamente qué estaba pasando ahora? Fue entonces que alguien estrelló su mano contra el vidrio de la ventana del acompañante. Jonathan giró y reconoció a Clapham, quien había aparecido corriendo

desde la oscuridad.

— ¡Abre la puerta! —le dijo casi desesperado.

Lo pensó un instante, pero luego Jonathan accedió y destrabó las puertas. Clapham se

lanzó hacia adentro del auto, sin preocuparse enseguida por cerrar la puerta del todo. — ¡Conduce! —le dijo a Jonathan—. ¡Ahora! ¡Rápido!

Ni bien lo dijo, Jonathan puso marcha atrás y retrocedió. Al hacerlo de manera frenética, impactó con la parte de atrás de la otra camioneta estacionada. Sin embargo,

no le importó y siguió maniobrando hasta estar en la dirección opuesta.

— ¡Vamos, vamos! —le dijo Clapham una vez que estuvieran enderezados.

Jonathan pisó el acelerador y comenzaron a alejarse de la escena.

— ¿¿Qué demonios está sucediendo?! ¿¿Quién dispara?! —dijo Jonathan. — ¡Vayámonos a la mierda de aquí! —respondió Clapham.

— No iremos muy lejos sin luces.

— No importa. Sólo sigue el GPS y estaremos bien.

Clapham tosió y trabó su puerta.

— Tinetele no está muy lejos —dijo—. Pronto se hará de día. Lo lograremos.

16

Desde la oscuridad de la ruta 15 se realizó una llamada.

Argeth se mantenía inmóvil en la sombra. Pero ésta no existía para él. Podía ver con inconfundible claridad los cuerpos destrozados y sin vida que minutos atrás gritaron en desesperación al verlo moverse con rapidez sobrenatural y precisión

mortal. Ni siquiera los disparos —que habían sido varios— lograron detenerlo. Ahora ellos yacían como ganado muerto sobre el asfalto rugoso de la ruta 15.

A ojos de Argeth, la escena de la van tumbada y el camión detenido a escasos metros con su parte delantera medianamente abollada, era una especie de pintura nocturna. Como si la tormenta emitiera una luz propia similar a la de la luna en una noche despejada, Argeth podía discernir los objetos con suficiente detalle como si se encontraran a pleno rayo de sol. Tal vez más oscuros que a la luz del día normal y con cierta irrealidad, pero allí estaban, reconocibles en a la noche.

Oyó el tono de llamada con despreocupada paciencia.

A casi cien kilómetros de distancia, Vopreko notó la llamada entrante desde su teléfono móvil y atendió.

— ¿Sí?—dijo.

La voz de Argeth sonó cortante y fría, como la tormenta que lo rodeaba.

— La hija tenía razón —dijo Argeth—. Estaban en la ruta 15.

Vopreko asintió e le dio direcciones al Garra/Llama para que tomase la próxima curva. El auto se desplazaba a velocidad media, procurando no sólo evitar los accidentes derivados del intenso temporal de nieve, sino como para también despejar posibles sospechas que un vehículo de color oscuro y vidrios polarizados pudiera levantar.

— ¿Tienes el paquete?—dijo el «Albino» con tono desganado como si el hablar le demandara un enorme esfuerzo mental e incluso existencial.

— Lo cambiaron de vehículo antes de que pudiera atraparlo —replicó Argeth casi con la misma indiferencia—. Los tengo en la mira ahora. Esta ruta no conduce a muchos otros lugares. Estoy seguro que se dirigen a Tinetele.

— No estés seguro hasta saberlo.

— Puedo detenerlos desde aquí y no sabrán qué les ha golpeado. Como estos pobres bastardos.

El «Albino» guardó silencio y pensó.

— ¿Procedo?—insistió Argeth ante la falta de respuesta.

— No —replicó el «Albino»—. Deja que lleguen a su destino. Mantente sobre ellos. Y asegúrate de que no te vean.

— Eso sí puedo hacer.

Cuando Vopreko colgó, el Garra/Llama habló. Sus ojos se mantuvieron fijos en el camino, sin pestañear.

— ¿Cuánto tiempo tenemos?—preguntó.

— Lo suficiente —respondió el «Albino»—. No debemos desperdiciarlo. En la ruta 15, Argeth reparó en la distancia. Veía los puntos rojos de la camioneta como si fuesen dos semáforos uno al lado del otro. Y no había tormenta ni noche alguna que se lo impidiese. Sabía que podía apuntar con su rifle de francotirador

desde allí y atinarles. Pero Vopreko había sido claro al respecto.

No demoró un minuto en regresar al camión. Al ingresar a la cabina y trabar la puerta con seguridad, oyó una voz familiar.

«Demasiado familiar».

— ¿No nos llevaremos sus armas?—dijo la voz.

Argeth se volvió para ver su vívido reflejo. Pero no estaba mirándose a un espejo. Su contraparte era de carne y hueso, igual a él hasta en el detalle más pequeño. ¿O era Argeth quien le copiaba a su hermano Liam? Si se basaban en la hora de nacimiento, Argeth claramente era el «mayor».

Una mirada a Liam fue suficiente para reconocer el verdadero sarcasmo en la pregunta. Argeth lanzó una sonrisa soberbia y su hermano Liam pareció copiarle, sólo que no lo hacía. Su sonrisa era igual de natural.

Por un instante, fueron una perfecta simetría.

17

Jonathan luchaba por calmar su ansiedad, sin éxito. Junto a Clapham, conducían perdidos en la nada de la oscuridad y en el medio de una tormenta. Ya no era una cuestión de si tomaban el camino indicado o no; ahora se trataba de si lograban sobrevivir.

No había forma que su escape durase mucho más sin luz ni sin ninguna referencia por la cual guiarse más que el GPS, cuya aparente simpleza no hacía otra cosa que aumentar la incertidumbre.

Lo prudente en ese caso hubiera sido mantener una velocidad media, casi baja para evitar problemas más adelante. Pero no podían darse ese lujo. Si disminuía la velocidad, sea quien sea que había matado a los hombres de Clapham, los alcanzaría a ellos también.

A pesar de que conocía la ruta 15 por viajes anteriores y dudaba que la policía patrullase la zona ni que tampoco algún vehículo particular se metiera en su camino, Jonathan no logró encontrar confianza en su situación. Parecía un deliberado intento de suicidio: manejar a ciegas hasta esperar chocar con algo y morir al instante. Reparó en Clapham, callado y nervioso sentado a su lado. Sin poder contener su ansiedad, Jonathan habló.

— Tienes que decirme qué es lo que está sucediendo —dijo—. ¿Qué pasó allá atrás? ¿Qué pasó con tus hombres?

Los ojos de Clapham estaban clavados en la oscuridad, pero sólo aparentaba mirar a través de ella.

— Mantén la velocidad —le dijo.

En efecto, Jonathan había levantado el pie del acelerador apenas unos centímetros, no lo suficiente para que el velocímetro disminuyera drásticamente. Sin embargo, de alguna forma Clapham lo había notado.

— Contéstame —le insistió Jonathan—. ¿Qué pasó?

Sin mirarlo, Clapham le otorgó su respuesta. Pero era más bien una opinión suya, una idea sin verdadero fundamento. Ni siquiera estaba seguro de lo que había visto y cuánto de ello era real.

— Apenas las luces se apagaron, alguien... Alguien apareció de la nada y empezó a derribar a mis hombres, uno por uno. Pero... la forma en la que este tipo se movía... La velocidad, la fuerza, los reflejos... Nunca vi a nadie capaz de hacer una cosa así.

— ¿Qué pudiste ver?

Clapham movió la cabeza en absoluto desconcierto.

— Fue demasiado rápido —dijo—. En el tiroteo, sólo alcancé a ver destellos. Una especie de sombra quebró sus cuerpos, como palos de madera.

— ¿Había más de uno?

Pero no hubo respuesta porque Clapham no tenía una. Podían haber sido cinco, diez o veinte los que mataron a sus hombres. O, como él lamentablemente sospechaba—y estaba casi seguro— podía tratarse del trabajo de un solo hombre.

— ¿Fueron las mismas personas que mataron al viejo Pastrunni y sus hijas?— insistió Jonathan.

— Es posible, sí.

— Esto está jodido. Esto está malditamente jodido. ¿Qué diablos vamos a hacer ahora?

— Seguimos con la idea original. Entregamos el paquete a Tinetele.

— No puedo conducir de esta manera. Moriremos. Y si por algún milagro sobrevivimos, ese tipo atrás nuestro nos encontrará. Tinetele es un pueblo pequeño.

— Sólo les importa el paquete —se apresuró a decir Clapham—. Si lo llevamos donde tiene que estar, no hará ninguna diferencia si nos alcanzan o no. El señor Baruzzo prácticamente es dueño del pueblo. Él nos protegerá.

Ahora era Jonathan quien se movía nerviosamente, sin disimular su inquietud. No había nada de reconfortante o ánimo en las palabras de su acompañante, quien parecía rebozar de una confianza ajena, implementada en él por algún agente externo.

— ¿«Les»?—dijo claramente preocupado—. Creí que habías visto un solo tipo.

— No estoy seguro de que lo vi —replicó irritado Clapham—. Puede ser cualquier cosa. Tenemos que movernos con cuidado. Aumenta la velocidad —le ordenó como si no existiera peligro de accidente y muerte segura alguno—. Y continúa concentrándote en el GPS. Es nuestros ojos.

Jonathan presionó aún más a fondo el acelerador, perfectamente consciente que

cada pequeño cambio de velocidad, para arriba o para abajo, aumentaba el riesgo mortal. Estaban entre la espada y la pared.

Sin embargo, sólo él escuchaba sus propias preocupaciones.

— Debemos asegurarnos que el paquete no tenga ningún rasguño o problema — dijo Clapham al mismo tiempo que giraba hacia atrás y clavaba su mirada en la reluciente superficie metálica del inusual féretro.

Deslizó ambas manos a la altura de la mitad inferior y dejó descubrir algo que Jonathan

no había visto al principio, en la bodega de carga de los Pastrunni.

Los dedos de Clapham se posaron sobre finas ranuras que conformaban un rectángulo

con relieve, similar a la ranura de un buzón de correo. A excepción de que estas últimas

habían quedado obsoletas en la sociedad actual.

Aunque tenía la inescapable obligación de prestar suma atención al camino delante o al

menos hacia dónde intuía que el camino se encontraba, Jonathan no pudo despegar los

ojos del féretro. Algo nuevo se había revelado acerca del extraño paquete y su curiosidad era más fuerte.

Con la delicadeza de un artesano, Clapham hizo presión en la ranura y ésta se abrió

hacia arriba, tal como las antiguas aberturas postales.

Lo que reveló debajo de ella fue algo que necesitó de una larga mirada por parte de

Jonathan para comprender no sólo qué era, sino para qué estaba allí.

Los números eran digitales y de color rojo. La cuenta iba hacia atrás.

«357h 47m 52s...

357h 47m 51s

357h 47m 50s...

357h 47m 49s...

357h 47m 48s...»

— ¿Qué demonios es eso?—dijo Jonathan.

— Lo que parece—respondió Clapham sin darle mayor importancia. — ¿Y para qué diablos necesita un ataúd de un temporizador?

Pero Clapham lo ignoró por completo. Jonathan se vio obligado a regresar su atención

al temible acto de conducir a ciegas.

Después de enterarse el tiempo exacto que quedaba, Clapham pasó a revisar que

el féretro no tuviese ninguna perforación o agujero producto de alguna bala perdida o del propio proceso de traslado. Sus manos recorrieron la totalidad del ataúd desde ambos costados.

Estaba intacto.

Reparó en el cronómetro una vez más: «357h 46m 30s... 357h 46m 29s...». El tiempo pasaba rápido, después de todo.

Consultó su reloj de pulsera. Pero no miró la hora, sino la fecha. «9 de Mayo de 2032».

Sacó cálculos mentales y luego se volvió hacia adelante.

Guardó un extraño silencio.

Jonathan también lo hizo, pero por razones distintas. En su cabeza martillaba una única

pregunta: ¿Qué demonios había estado transportando todo este tiempo? Y más aún:

¿Para qué se necesitaban trescientas cincuenta y siete horas horas? ¿Qué pasaría una vez

que el cronómetro llegase a cero? Por alguna razón, no quiso saberlo.

Al continuar mirando fijo hacia adelante, creyó ver pequeños esbozos de luz. Quizás

estaba por amanecer como había dicho Clapham.

Trató de no pensar en el cronómetro.

18

Cuando Gabrielle despertó, tuvo la sensación de que había dormido mucho. Tan sólo fue cuando se levantó del hundido sofá de su despacho y miró el reloj en la pared que comprendió el poco tiempo que había pasado. Tal vez dos horas, con suerte tres en total. Pero su cuerpo había hecho un uso eficiente de ese tiempo y su descanso fue profundo. Sin embargo, no se sentía del todo con energías renovadas.

Le costó un instante incorporarse. La luz del día finalmente había regresado y le obligó a entrecerrar los ojos al principio. A través de la ventana, la luz inundaba todo de una fría tonalidad blanca. Al mirar a través de ella, Gabrielle notó la gran cantidad de nieve acumulada y las fuertes ráfagas de viento, las cuales con su rugir dotaban al paisaje de un tinte catastrófico.

«Apocalipsis de nieve, sin duda» pensó Gabrielle sin dejar de ver. No le cabían dudas ahora; el día más intenso de la tormenta había llegado.

Sola como estaba en su oficina, se admitió a sí misma que Anderson había tenido razón. La suerte estuvo de su lado las numerosas veces que estuvo obligada a abandonar la estación en el medio de la noche y aventurarse en la nieve. Ahora resultaba imposible moverse. No al menos que quisieran quedarse varados a mitad de camino, o peor aún, morir en el intento. Ninguna pista valdría tanto... ¿o sí?

Apenas terminó de pensar en ello, su ansiedad la invadió. ¿Y si estaban permitiendo que la nieve borrara lo que el «mudo» les había indicado? Algo de valor debía tener para él ése lugar de las coordenadas. Y si tenía valor para el «mudo», tenía valor para la investigación. Y por supuesto, también para Vopreko.

De repente, recordó la visita anterior a su padre. Observó la hora: 8:45 a.m. Todavía era muy temprano para llamar y con toda probabilidad, su padre estaría descansando. Pero debía asegurarse si el pronóstico meteorológico seguía acertando con la tormenta. Tal vez la Señora Moore sí estaba despierta. Y sino, tendría que despertarse. Se giró hacia el teléfono, levantó y marcó.

Tres tonos de llamada después, la Señora Moore atendió.

— ¿Señora Moore?—dijo Gabrielle y oyó—. Sí. ¿Cómo se encuentra él? En el silencio, escuchó tanto la respuesta de la Señora Moore como el silbido agudo del viento frenético.

— Bien —dijo—. No, déjelo descansar. Asegúrese de que todas las ventanas y puertas estén cerradas. Solía haber un pequeño ventanal en el sótano debajo de la cocina que siempre cedía ante la nieve y nos inundaba la casa. Fíjese que esté trabado también.

Volvió a oír a la Señora Moore afirmar y mencionar los recaudos suyos para mantener la casa a un temperatura cálida.

— Si hay algo que necesiten, me llama a mí y me lo pide. Bajo ninguna circunstancia salga de la casa. No sólo por su propia salud frente a la tormenta, sino también por el cuidado de mi padre. De alguna manera, sabe cuándo alguien no lo está vigilando y aprovecha para dar rienda suelta a su imprudencia.

Esta vez el tiempo de escucha fue mucho más breve.

— De acuerdo —continuó Gabrielle—. Avísame si necesita algo. No saldré a ningún lado de esta estación al menos que sea absolutamente necesario. Puede llamarme aquí o a mi teléfono móvil. De acuerdo. Adiós.

Al colgar, se mantuvo inmóvil de pie. Apoyó los dedos sobre la mesa, sin inclinarse o encorvarse del todo. Golpeteó la superficie del escritorio como si siguiera el ritmo de una melodía. Pero no conocía melodías a las cuales tararear. Su padre no le había enseñado ninguna. Lo que sí le había enseñado era el significado de la palabra «forense».

De repente comprendió lo que tenía que hacer a continuación. Volvió a tomar el teléfono y esta vez sólo presionó una tecla que la puso en comunicación directa con el subsuelo de la estación.

Antes de que alguien atendiera, tomó asiento.

— Habla Blake—dijo ella cuando la voz del otro lado atendió—. ¿Puedo hablar con Martínez?

La ayudante de Martínez contestó afirmativamente y procedió a buscarlo. Mientras, Gabrielle pudo oír de fondo movimientos bruscos, como si algún objeto pesado fuera desplazado con cierta dificultad.

— Aquí Martínez—dijo una voz que sonaba joven sólo al teléfono.

De fondo, los ruidos bruscos parecieron cesar por el momento.

— ¿Has hecho ya la autopsia del sospechoso muerto?—dijo Gabrielle. — Tenemos todo listo —replicó Martínez—. Empezaremos a las 9:30 a.m. — Bien. Necesito que hagas algo por mí, Larry.

— ¿Qué cosa?

— Asegúrate de que abras de punta a punta a ese hijo de puta. Es el único lugar en

el que no hemos buscado.

A pesar de ser una llamada telefónica con la total ausencia de contacto visual, Gabrielle pudo imaginarse la expresión en el rostro de Martínez en ese mismo momento. Una mezcla entre total confusión y sorpresa.

— ¿Buscado qué cosa?—dijo Martínez.

— Lo que sea que el sospechoso era. Si no tuvimos respuestas por fuera, las tendremos por dentro.

«O al menos las buscaremos por dentro» pensó en agregar Gabrielle pero no lo hizo. Sin embargo, estaba confiada de que Martínez no tendría problema alguno en seguir la orden. Por las dudas, sintió la necesidad de reconocer que no se trataba de un capricho ni nada personal.

— Es importante para la investigación —dijo ella.

— Está bien, está bien —se apresuró a interrumpirla él—. No tienes que convencerme a mí. Si quieres abrirlo como una piñata, lo haremos.

— Llámame en cuanto termines.

— No lo dudes.

Y fue Martínez quien colgó.

Gabrielle consideró por un instante la posibilidad de encontrar algo dentro del cuerpo del «mudo». Pero si lo hacían, ¿qué podía hacer? ¿Qué les diría su anatomía que su psicología no lo había hecho ya?

Tal vez por dentro el «mudo» era como cualquier persona. Pero entonces reparó que por fuera también aparentaba ser cualquier otro.

«Y mira cómo eso resultó» se dijo.

Ya convencida de que no podría hacer mucho más ese día, accedió a la base de datos. Volvió a buscar información sobre Vopreko. Esta vez se concentró en los primeros años; el paso de la adolescencia hasta la adultez joven. Para entender el futuro, la clave estaba en conocer el pasado. Y eso era lo que haría.

Al releer la fecha de nacimiento del «Albino» y volver a sacar cálculos, no pudo creer que estaba lidiando con un casi anciano de ochenta y dos años y que éste fuera capaz de lograr tanto sin importar su edad. Hizo especial hincapié en la palabra «casi»; hoy en día, ochenta y dos años no caía del todo dentro de la vejez avanzada gracias a la extendida esperanza de vida. Y lo que antes entraba en el rango de tercera edad, ahora pertenecía al «tramo final de la mediana edad».

Recordó que el doctor de su padre le había dicho que gran parte del secreto a prevenir enfermedades degenerativas de la edad y otras dificultades propias de la senilidad era la actitud de la persona. La voluntad con la cual decidían vivir sus vidas y con la cual querían llegar a sus años mayores.

Pero entonces, ¿eso dónde dejaba a su padre? ¿Acaso él no había querido vivir una vida plena? ¿Acaso no había tenido el impulsivo deseo de mejorar su calidad de vida y aumentar su longevidad? ¿No era eso lo que todos quieren, al menos una vez en su vida? ¿No quieren todos vivir para siempre? O mejor dicho, nadie quiere morir. Le costó imaginar que su padre hubiera podido desear para sí mismo su situación actual. Era tan sólo una «cuestión congénita» le había dicho el médico.

Trató de olvidarse por un instante de todo y concentrarse sobre lo que quizás tenía algo de control.

Repasó la primera ofensa del «Albino» a la edad de veintitrés años. Eso permanecía igual, nada nuevo. ¿Pero y todo el tiempo antes?

Sus años adolescentes carecían de verdadera información precisa. Eran tan inciertos y oscuros como el propio pasado del «mudo». Si alguien le preguntaba por un posible patrón en el caso, ella hubiera contestado que aquel era la ambigüedad de todo el asunto.

Realizó una correlación de información con la base de datos de varias otras agencias; de empleo social, ayudas estatales, salud pública y de seguridad.

El primer dato concreto que surgió a través de ese mar de oscuridad y anonimato, fue la firma de un contrato laboral. Tenía fecha del 15 de Noviembre de 1969. El contrato de trabajo había sido expedido por un Centro Cívico y en él se especificaba que Antonio Vopreko comenzaba a trabajar como ayudante y camillero en un geriátrico estatal. Por entonces, si los cálculos eran correctos, el «Albino» tenía dieciocho años. Y éste era su primer trabajo oficial.

Anotó el nombre del geriátrico: «Olas de Sol – Hogar para la Tercera Edad».

«Palabras bonitas para un lugar de mierda» pensó Gabrielle. Numerosas veces había considerado la posibilidad de enviar a su padre a un asilo para ancianos. Su hermano Maurice había sugerido la idea, pero ella rechazaba enormemente que un ex detective tan hábil y sagaz terminase sus días postrado en una puta silla de ruedas, rodeado de viejos rancios y olorosos igual que él, mirando la nada consumirle sus últimos minutos de vida. ¿Quién diablos querría llegar al final de su vida así? ¿Todo ese camino anterior para convertirse en un bulto de piel arrugada y de huesos débiles?

Gabrielle comprendía que la juventud se consumía tan rápido como una vela en el viento. No le cabían dudas. Con ya treinta años y a punto de cumplir treinta y uno, la noción de la fugacidad de la vida parecía reforzarse en ella cada día, a cada hora y a cada minuto.

La cuestión no sólo estaba en la decisión de uno mismo de dejarse llegar a esa instancia de tener que internarse en esas salas de espera de la muerte. En una especie de funeral en vida. La verdadera pregunta, al menos para Gabrielle, era ¿cómo alguien podría hacerle eso a un padre o a una madre? ¿Mandarlos a ese tipo de lugares y no cuidar de ellos?

Sí, algunos alegarían que muchos trabajadores allí eran personas honestas y amorosas y que ellas mismas entregaban gran parte de su vida —joven, la mayor parte de los casos— para dedicarse de manera plena a mejorar la de otros. ¿Pero quién realmente tenía la mejor vida? ¿Quién sufría más? ¿Aquellos que sólo les quedaba contar sus días finales? ¿O esos que renunciaban a cierto goce de su propia vida para dárselo a otros? Fue por estas razones que se negó a la idea propuesta por su hermano Maurice y a pesar de cierta discusión, terminó por decirle que prefería hacerse cargo ella misma del cuidado de su padre, aun sabiendo que su estado sólo iría en una dirección: para peor. Maurice alegó que no podría hacerse tiempo porque él mismo debía cuidar de su familia. Gabrielle no se lo negó. Y fue otra razón más por la cual se distanció de él. Aunque no se encargó ella de manera completa del cuidado, gracias a la ayuda permanente de la Señora Moore y de la empresa de «cuidados domiciliarios» que la había recomendado, Gabrielle logró evitarle a su padre la estadía en un geriátrico y en cierta manera creó uno a partir de su propia casa. De tal forma que podría visitarlo cuantas veces quisiera y no tener la sensación de que había dejado a su padre «abandonado en una caja hermética». Para ella, él seguía viviendo en casa. Y no estaba retirado de la vida del todo.

Volvió a lo que estaba. Releyó el nombre del geriátrico y tomó nota mental de darle una visita en cuanto la tormenta despejase. Y en cuanto hubiera revisado las coordenadas, claro está.

Según la fecha de terminación de contrato, Vopreko trabajó allí un total de once

meses. Por razones no más especificadas que «finalización de servicios prestados», Antonio Vopreko se despedía de una corta carrera como ayudante en un geriátrico. Un año después, había un nuevo registro de contrato laboral. Esta vez se trataba de algo aún más llamativo que no hizo más que aumentar el grado de misterio que rodeaba a la figura del «Albino».

Con veinte años, Vopreko entró como voluntario iniciante en una organización caritativa que se encontraba establecida en África y ayudaba a luchar contra el hambre en el mundo.

Gabrielle no lo pudo creer.

¿Por qué Vopreko habría de hacer un voluntariado en África? No era que Gabrielle cuestionase tal objetivo, en todo caso estaba a favor de las numerosas organizaciones solidarias que se mantenían vivas y activas en la actualidad. Aún más de cincuenta años después y el panorama parecía seguir siendo el mismo. Todavía había hambre en el mundo, desigualdad entre ricos y pobres, malnutrición, guerras tribales, terrorismo y genocidio. Ya transitando la tercera década del nuevo milenio, las cosas pintaban para igual o peor.

Pero la pregunta no dejó de martillarle la cabeza. ¿Por qué Vopreko ayudaba a lo más débiles y necesitados?

Debajo del geriátrico anotó el nombre de la organización caritativa: «Vida por Vida». Otro ángulo más.

Buscó en internet por información rápida de ambos lugares. Para su fortuna, la organización caritativa todavía seguía vigente, aunque al ser de carácter global y con el referéndum acechando cerca, sabía que quizás pronto dejaría de estar en la ciudad. Si quería hablar con ellos, debía hacerlo cuanto antes.

Por último buscó el geriátrico y éste, que había abierto sus puertas en 1963 cerró en el año 1990. Su director, Clarence Reville, seguía vivo y, gracias a la ironía de la vida, se encontraba ahora mismo en una casa de retiro.

Éstos eran sus puntos de partida.

19

La oscuridad de la noche había sido reemplazada por los esbozos azulados de un amanecer frío y tempestuoso. La espesa neblina envolvía la totalidad de la ruta 15 y lo único visible a través del parabrisas de la camioneta 4x4 sin luces era un manto brumoso que parecía extenderse hasta el fin del mundo.

Jonathan sintió que habían reemplazado una cortina de niebla negra por una de color blanco. No lograba distinguir cuál de los dos escenarios era peor. Si bien la claridad del día permitía intuir mejor el camino y traía consigo una falsa sensación de seguridad, se mostraba igual de cegadora que las tinieblas de las cuales acababan de salir. Como era de esperar, la tormenta cobró más fuerza y se cernió sobre ellos con una especie de maligna voracidad.

El vidrio condensado de las ventanas amenazaba con convertirse en un verdadero problema. La calefacción interna del vehículo tampoco parecía dar abasto contra las gélidas temperaturas exteriores.

Pero la mayor preocupación de Jonathan no era ninguna de esas. Sólo había una cosa de la que estaba pendiente ahora, un posible problema que veía ahora crecer de manera insidiosa adelante en el camino.

— ¿Cuánto más falta?—dijo Jonathan lanzando un tono demasiado brillante, como si quisiera llamar la atención.

Clapham ni siquiera se movió en su asiento y respondió:

— Míralo por ti mismo en el GPS—le contestó de manera ácida.

Pero Jonathan no le interesaba hacerlo. Ya lo había revisado antes y sabía que según el

GPS, sólo quedaban diez kilómetros para llegar Tinetele y quizás uno o dos más para el

destino final.

No era eso por lo que preguntaba.

— ¿Ves allí?—dijo Jonathan y señaló hacia adelante—. ¿Ves lo que pasará si la tormenta continúa de esta manera?

— Relájate —dijo Clapham de manera condescendiente—. No quedaremos varados en la nieve. Pero si te preocupa, sugiero que pises el acelerador. Llegaremos más rápido.

Jonathan clavó los ojos en Clapham de manera fulminante, pero el otro ni siquiera

pareció notarlo. A falta de respuestas, Jonathan volvió a concentrarse en manejar a

través de la tormenta azulada, no antes sin sentirse ligeramente interesado en echar una

mirada de reojo al féretro detrás y a su cronómetro descendiente. No supo con exactitud

cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo vio, pero imaginaba que habían

pasado al menos dos horas. Dos horas menos y ese cronómetro continuaba la cuenta

regresiva. La pregunta era a qué.

Clapham buscó en sus bolsillos y tomó su teléfono móvil. Marcó y realizó una llamada

que duró tan sólo treinta segundos. En ella informó del pronto arribo del «paquete». Y

le ordenó a quien sea que oía del otro lado, que tuviese todo listo.

Minutos después, Jonathan divisó un letrero casi congelado y cubierto parcialmente con nieve: «Bienvenidos a Tinetele».

A pesar del importante aumento de nieve acumulada en la ruta 15, no se vieron varados

como Jonathan temía. Los cuidados no fueron menores tampoco. Continuaban conduciendo a ciegas con nada que guiarse ni otra cosa que hacer más que mantener una

velocidad prudente y una atención imperturbable al camino.

La entrada al pueblo carecía de todo rasgo distintivo o sobresaliente. Consistía nada más

en la vieja estación de tren abandonada (ahora llena de nieve) y una seguidilla de postes

de luz ligeramente curvados. Algunos encendidos, otros apagados. Era como si el

pueblo quisiera pasar desapercibido al resto del mundo y por ello mantenía un perfil

bajo.

De las veces que Jonathan estuvo allí, casi ni recordaba haber encontrado nada de

verdadera importancia más que una avejentada población no mayor a los seis mil u ocho mil habitantes y un lugar donde la vida parecía sucederse en una dolorosa —y por momentos eterna— cámara lenta. Lo único que quizás el pueblo podría tener a su favor era la tranquilidad, casi inmaculada.

«Y el anonimato también» pensó Jonathan. Quizás ésta era la razón clave por la cual familias como los Pastrunni, los Maruni o el propio Baruzzo operaban ciertos negocios desde allí. Qué habría en verdad en el pueblo, era algo que hasta ahora sólo podía imaginar.

Al dejar atrás la estación abandonada, Jonathan se preguntó si aprobado el referéndum de esa semana el pueblo de Tinetele sería tomado en cuenta o actuaría como un territorio externo. Que él recordase, nadie les había pedido a los habitantes del pueblo que votasen por sí o por no como en Rosthalion. Por tanto, definitivamente no estarían incluidos en el nuevo proyecto.

Pero qué más le daba. No le importaba el maldito pueblo después de todo. Ni tampoco el País. Le era todo igual.

Comenzando a divisar los bajos edificios y casas austeras que conformaban la composición urbana de Tinetele, Jonathan hizo la pregunta obligatoria.

— ¿Y bien?—le dijo a Clapham—. ¿Adónde ahora?

Clapham extendió una mano al GPS y lo apagó. Luego, pasó a convertirse él

mismo en una especie de GPS humano y comenzó indicarle el camino a Jonathan. Al adentrarse en la ciudad, Jonathan notó que las casas parecían abandonadas a la merced de la tormenta, la falta de luz cálida proveniente de sus interiores no hacía más que generar una perturbadora sensación de estar conduciendo a través de un cementerio. De sus habitantes sólo parecían quedar las viejas almas atrapadas en el viento, posando sus ojos sobre Jonathan y Clapham con cada metro que avanzaban. La camioneta 4x4 circundó una pequeña rotonda en cuyo centro se posaba una fuente de agua construida de mármol. Su disco principal hacía de sostén de dos estatuas con formas infantiles, aparentando jugar con el agua. Pero la fuente se encontraba seca ahora y totalmente cubierta de nieve. Clapham le indicó que siguiera por el nuevo camino unos cuantos metros más. Pasaron por la escuela principal —y la única de todo el pueblo. A pesar de lo poco que el «Apocalipsis de nieve» permitía ver del pueblo, Jonathan sabía que más allá de todo, había vida allí. Ese pequeño puñado de habitantes trabajaba día a día —quizás a otro ritmo menos frenético— para ganarse el pan. Y ahora estaban ellos en el pueblo, trayendo consigo algo que no pintaba bien. Al cabo de un rato, Clapham señaló el viejo edificio de un almacén. Pero de viejo sólo tenía su fachada y su estilo arquitectónico; por dentro el almacén se mantenía vigente y más funcional que nunca. Aunque no ese día. La actividad laboral se había detenido. El acero inoxidable y la madera deberían esperar a que la tormenta pase para ser transportadas. Este no era un contratiempo menor; el pueblo se sostenía principalmente gracias a la fábrica de madera. Tener un rico bosque en las cercanías próximas resultaba una ventaja indiscutible. Si no fuera por ese simple hecho afortunado, el pueblo hubiese

sucumbido

a una especie de aislamiento económico y social. Su supervivencia se habría visto

amenazada de gravedad y con los años, habría caído en el olvido total.

Jonathan disminuyó la velocidad. Agradeció haber llegado sano y salvo. Un poco más y

quizás no estaría para contarlo. ¿Pero contar qué exactamente?

No tenía idea qué pasaría a continuación ni qué era lo que estaban haciendo aquí ahora.

Sólo podía resignarse al hecho de que aunque quisiera escapar, no tenía ninguna manera

de hacerlo. No hasta que no despejara.

Clapham le ordenó detenerse enfrente del portón principal, pero no hubo necesidad de hacerlo. Alguien los había visto arribar y procedió a abrir las pesadas puertas de madera reforzadas de hierro. Estaban blancas por la nieve.

Clapham le hizo una seña y Jonathan no alcanzó a detener el motor. Retomó la marcha y adentró el vehículo hacia el interior del almacén. Una rápida mirada hacia arriba le reveló el nombre:

«Baruzzo – Depósito y Almacén» y con letra aún más chica: «bienes y mercancías».

Las puertas se cerraron detrás.

— Apaga el motor —le ordenó Clapham y enseguida salió del auto.

Jonathan observó que del pobre iluminado interior del almacén se acercaban unos

cuantos hombres a su encuentro. Cuando salió del auto, notó a dos hombres más, tan

corpulentos como Vitti y Carlo, custodiando el portón principal. No noto ningún arma a

simple vista en ellos, pero sabía que cada uno las portaba.

Oyó que las puertas traseras se abrían. Al volverse, notó cómo Clapham y otros dos

hombres más sacaban el féretro del auto. Una mirada detallada le permitió notar que el

cronómetro estaba oculto debajo de la ranura, pero su cuenta regresiva no se había

detenido.

— Llévenlo abajo —le ordenó Clapham y derivó el trabajo a los otros dos hombres. Éstos se alejaron, con cierta dificultad.

Jonathan los vio dirigirse hasta unas escaleras que conducían a un supuesto

subsuelo.

Clapham se le acercó.

— ¿Y ahora qué?—le preguntó Jonathan.

— Les hacemos saber que estamos aquí. Y esperamos.

Algo ansioso, Jonathan sacó su paquete de cigarrillos del bolsillo. Tomó uno de los tres

que le quedaban. Volvió a maldecir no haber comprado antes de la emergencia de la

tormenta y estar obligado ahora a racionar su dosis de nicotina.

Sin embargo, este cigarrillo sí lo necesitaba.

— Ten cuidado con la maldita madera—le dijo Clapham con tono sarcástico. Pero no aparentaba tranquilo.

Jonathan sabía por qué. Lo podía ver no sólo en sus ojos, estaban en las arrugas de su

rostro, en la tensión en sus sienes y en la postura de su cuerpo; Clapham estaba igual de

confundido y aterrado por lo que había matado a sus hombres.

A pesar de estar puertas adentro, Jonathan no se sintió seguro. Su cazador podía ya

haber entrado al pueblo.

Y ahora mismo podría estar observándolos.

20

— Buenas noticias, caballeros —exclamó Maruni dividiendo su mirada entre los cuatro cuadrantes de su pantalla—. El paquete ha arribado a destino sin daño alguno. Los hombres del señor Baruzzo se están encargando de llevarlo al laboratorio y mantenerlo protegido hasta que el tiempo se haya cumplido.

Hubo un débil intento de celebración entre los cuatro hombres que pronto se vio esfumado en el aire. Nada era seguro aún.

— Por supuesto, ahora debemos tomar nuevas precauciones —prosiguió Maruni—. Ya no estamos huyendo con lo que hemos robado; ahora lo tenemos a nuestra disposición. Y esto traerá nuevas ramificaciones.

— La seguridad es nuestra principal prioridad —dijo el cuadrante Tres. — ¿Cuál es la naturaleza de esas ramificaciones que usted dice, señor Maruni?— dijo el cuadrante Uno.

— Bien, señor Scrofani. No debemos dejar que este sólo incidente acapare toda nuestra atención; todavía estamos en el medio de una guerra.

No se necesitó una palabra más. Cada hombre comprendió al instante.

— No sólo estamos lidiando con Vopreko —prosiguió Maruni—. No existe un enemigo único. Esto bien puede ser una ventana de oportunidad tanto para los

Orsini como para los Tanavella.

— ¿Qué probabilidades existen de que ellos sepan de la existencia del paquete?— dijo el cuadrante Cuatro.

— Si nosotros lo sabíamos de él, ellos también. A esta altura deben saber que nos hemos adelantado. Pero no se quedarán de brazos cruzados.

De repente, Baruzzo interrumpió la conversación. Había esperado el momento perfecto.

— Sin embargo, no todas son buenas noticias, caballeros —dijo.

Maruni le echó una mirada dura. Sabía a lo que iba. Se lo había adelantado por teléfono en privado minutos antes de la conferencia. Pero Maruni fue claro; algunos detalles podían omitirse.

Sin embargo Baruzzo no le había hecho caso, aparentemente.

Los tres restantes cuadrantes pasaron a prestar atención a Baruzzo y cada uno en su respectivo despacho, enfocó la vista en el cuadrante número Dos.

— Antes de que el paquete llegase a destino —continuó Baruzzo—, mis hombres fueron repentinamente atacados en el momento del intercambio de vehículos. De acuerdo al único sobreviviente y testigo, una persona o grupo de personas habían seguido el rastro de Gletzer. Su ataque vino de las sombras; fue brutal y despiadado.

Hubo un pequeño murmullo entre los tres jefes. Maruni se rehusó a comentar al respecto y mantuvo silencio. Dejaría que Baruzzo se expresara.

— Caballeros, esto no pudo haber sido perpetrado por asesinos profesionales ni meros soldados del Sindicato Ruso. La descripción es algo que roza lo irreal.

— ¿Qué es lo que está diciendo, señor Baruzzo?—dijo Scrofani.

— Lo que todos ustedes ya piensan en sus cabezas. Los hombres que atacaron el intercambio eran especialistas.

Baruzzo clavó la mirada en Maruni, quien en su propio monitor era el cuadrante Dos también.

— Especialistas como los suyos, señor Maruni —agregó.

Esta vez el murmullo fue aún más elevado y duró unos largos segundos. Maruni suspiró y dado el repentino silencio de Baruzzo, se vio obligado a comentar al respecto para calmar las aguas.

— Aún no hay nada confirmado del todo —dijo.

— Creo que es confirmación suficiente—exclamó el cuadrante Tres—. ¿Qué podemos hacer al respecto?

— Las armas no serán suficientes en este caso, señor Maruni —continuó casi afilado Baruzzo—. Aún si tuviéramos cien hombres a cargo de la seguridad, sabemos a qué nos enfrentamos. Usted se aseguró de hacernos saber en su momento. Debemos pelear a su mismo nivel.

Maruni volvió a respirar.

— Si envío a mis hombres allí... —dijo—. ¿Cómo se supone que defienda a mi familia aquí?

— ¿Y cómo se supone que cada uno de nosotros defienda a su familia también? Maruni echó una rápida mirada al resto de los cuadrantes y en sus rostros, a pesar del barrido digital de la pantalla, pudo notar su convicción. Pensaban igual que Baruzzo.

— En este momento —prosiguió Baruzzo—, debe preguntarse, todos debemos preguntarnos, ¿qué es más importante? ¿Defender nuestros hogares o defender el paquete que tanto problema nos ha costado conseguir?

No hubo respuesta enseguida.

Pero en el silencio, Maruni tomó su decisión, casi forzada.

— Incluso si los envío —dijo—, no llegarán a tiempo. Ustedes han visto cómo está afuera. No tendremos tanta suerte esta vez.

— Creí que sus hombres eran fuertes —dijo el cuadrante Cuatro—. ¿Acaso no pueden soportarlo?

— No es una cuestión de soportar la tormenta. Los caminos están cerrados. No podrán llegar hoy. Deben aguantar hasta que pase. Entonces, irán con ellos. Hubo un momento de pura duda entre los cuadrantes restantes a excepción de Baruzzo. La tormenta los tenía atrapados.

— De acuerdo —dijo Baruzzo con marcada altivez—. Lo mejor que podemos hacer es defender nuestra posición en el almacén y esperar que no haya un nuevo ataque hasta que los hombres de Maruni lleguen. En caso de que sí lo haya, tendremos que lidiar con ello. O se defiende hasta el último hombre, o se evacúa el paquete a otra locación.

A pesar de muchas dudas, los cuadrantes se pusieron de acuerdo.

— Bien —dijo Maruni—. Mis hombres estarán listos. En cuanto los caminos estén despejados, saldrán.

Minutos después, Marco y sus hombres no desperdiciaban un minuto y se preparaban. En el amplio garaje de la casona, las luces eran una especie de faroles blancos potentes que se estrellaban contra la superficie metálica de un camión mediano de carga. Ubicado en el centro, su compartimiento trasero estaba abierto de par en par. A su alrededor se encontraba un grupo de quince hombres, y más estaban en camino. Marco supervisaba todo con ojos duros e inexpresivos. El resto de los hombres cargaban con bolsos oscuros cuyo contenido ninguno desconocía. Si bien eran conscientes de su «especial ventaja», podían sangrar como cualquier otro. Y llegado el momento, según como se desarrollara la situación, tal vez tendrían que hacer uso de las armas automáticas después de todo.

Cuando Fabrizio ingresó al garaje, casi sin hacer ruido, Marco no se volteó a pesar de haberlo oído acercarse. Y más aún, podía oler su esencia a metros de distancia; una combinación de su perfume Ralph Lauren, su loción para después de afeitarse y por último, el gel para su cabello engominado hacia atrás. La viva imagen de su padre unos años más joven, pero una esencia totalmente diferente. Para Marco, distinguirlos era una tarea demasiado fácil.

Fabrizio bajó los pequeños escalones y caminó hasta Marco, esta vez sin disimular su presencia. El otro se dio vuelta y le echó una mirada de reconocimiento. Pero el hijo de Maruni no se molestó en devolverle la mirada, un gesto que trató de resaltar con énfasis. En cambio, posó su atención en los bolsos que los hombres cargaban dentro del camión. También conocía su contenido.

Marco, a pesar mantenerse tranquilo e impermeable, reconocía la incomodidad de la situación y sabía que no conduciría a nada bueno.

— ¿Armas?—dijo Fabrizio fingiendo un tono demasiado incrédulo y cargado de sarcasmo—. Pensé que «ustedes» no necesitaban de armas.

Marco no respondió y trató de ignorarlo.

Fabrizio se volvió a él y lo asaltó con la mirada.

— ¿Acaso no eran «perfectos»?—agregó.

Al no tener respuesta, Fabrizio reparó en el aspecto de Marco. Apenas unos cinco centímetros más alto que él (el propio Fabrizio medía un metro ochenta y ocho), tenía una mejor contextura física y quizás mayor masa muscular, a pesar de que Fabrizio también entrenaba. Pero no había nada en Marco que le recordara a su madre, como su padre decía en ocasiones. Ni siquiera el castaño de su pelo, el negro de sus ojos o la blancura de su piel eran rasgos que Fabrizio veía como similares a los de Angélica Maruni, su querida y ya fallecida madre.

¿Qué podía haber de parecido con ese extraño en su casa? ¿Con esa... cosa? No tenían ni la misma edad. Fabrizio era cinco años mayor que él y maldita sea, ¿por qué eso no tenía peso en su padre? ¿Por qué su opinión era relegada? Él era el mayor, pero no el

hermano mayor. Jamás se consideraría eso. Jamás.

— Nunca entenderé qué es lo que mi padre ve en ti —dijo Fabrizio—. O en cualquiera de estos «monos espaciales» de aquí.

Fabrizio calló, esperando que su silencio resultara en la provocación que buscaba. — Fabrizio, por favor —dijo Marco con voz grave—. No hagas esto.

— ¿Quieres decirme qué hacer? ¿Tú?

— Estamos en el medio de una crisis. Nuestro padre no necesita esto ahora. Necesita que lo apoyemos.

Fabrizio emanó en cólera.

— Sé lo que mi padre necesita—dijo apretando los dientes—. Y también sé lo que eres, pedazo de mierda.

Al hablar, Fabrizio se acercó más a Marco. Pronto su respiración se agitó. Pero la de

Marco estaba imaculada. Lo mismo con el resto de los hombres (y los que se habían

unido en los últimos minutos); nadie parecía en lo más mínimo preocupado por Fabrizio, pero no quitaban los ojos de él y de Marco.

Fabrizio susurró y casi pareció hablarle al oído.

— Cuando llegue el momento... te aplastaré. Como la rata de laboratorio que eres.

En ese instante, Fabrizio extendió una mano contra el pecho de Marco. Éste último no

disimuló su enfado y en el preciso momento en el que Marco estaba a punto de actuar,

oyeron una voz familiar.

— Muchachos —exclamó Maruni al pie de la entrada. Su tono no era inadvertido. Sabía lo que estaba deteniendo.

Ambos jóvenes se giraron y miraron la figura avejentada pero bien cuidada de Alexander Maruni.

Marco ya había podido sentir y oler a su padre acercarse desde hacía unos minutos. Y la

única razón por la cual no se había detenido en su confrontación con Fabrizio era porque quería que su padre lo mirase dominar con total facilidad a su hijo mayor. Hubiera tomado la mano de Fabrizio y la hubiera quebrado con un rápido movimiento.

Esto demostraría quién de los dos era el más fuerte y quien debía dejar de tener tanta

libertad para interferir en los asuntos de la familia.

«Si él no pone en regla a este maldito idiota, lo haré yo» pensó Marco en varias ocasiones.

— Fabrizio —dijo el viejo Maruni y su hijo se volteó, ya anticipando lo que vendría—. Ve abajo al salón y espérame allí. Quiero hablar contigo. Ve.

A regañadientes Fabrizio obedeció, y al marcharse echó una mirada ácida a Marco.

Luego pasó por al lado de su padre, quien giró apenas la cabeza mirándolo de reojo para

asegurarse de que atravesaba la entrada al garaje.

Maruni reparó en Marco.

— Te ruego que resistas las provocaciones de tu hermano —le dijo—. Sabes muy bien el daño que puedes hacerle. Y no quiero que la guerra se desate aquí entre nosotros. Bastante tenemos ya.

Marco no dijo una palabra pero se limitó a asentir.

Maruni reparó en los preparativos, el camión y el grupo de hombres que ahora rondaba los veintitantos y habían retomado sus actividades sin el mayor mosqueo.

— ¿Cuántos hombres?—dijo Maruni.

— Pueden caber veintisiete personas en ese camión —replicó Marco.

— ¿Será suficiente?

Marco meneó la cabeza.

— Por un tiempo —dijo—. Depende a qué nos enfrentemos.

Maruni se cruzó de brazos y pensó un instante. Luego fue él quien movió la cabeza en resignación, aunque con menor énfasis.

— Tendrá que serlo —dijo—. No puedo enviarlos a todos ustedes.

— Entiendo.

— Asegúrate que los hombres de Baruzzo allí sepan quién eres tú. Y que estás cargo.

Marco volvió a asentir.

— ¿Qué hay del paquete?—dijo—. ¿Qué hacemos con él?

— Debe permanecer allí por el tiempo que sea necesario.

— Doce días —reafirmó Marco.

— Doce días, sí —dijo Maruni.

Y diez minutos después, tal como Marco lo había anticipado, los veintisiete hombres dentro del camión estuvieron en camino.

21

La expresión en el rostro de Martínez era de total extrañeza. Y eso que el forense no era muy conocido en la estación por ser una persona demasiado expresiva. Si algo había sido capaz de estimular las aparentemente trabadas facciones de su cara, debía ser algo importante. Y Gabrielle lo supo ni bien lo vio. Aunque también lo pudo intuir cuando él la llamó por teléfono para informarle que la autopsia estaba terminada. Segundos después de la llamada, Gabrielle le avisó a Anderson y juntos bajaron a la sala de autopsias. Fueron recibidos por el propio Martínez, sus ayudantes y por el cuerpo del «mudo» cubierto con una sábana sobre una mesa de metal.

«Abierto de par en par» pensó Gabrielle. Tal como ella misma lo había ordenado.

— Hay dos características que más llaman la atención del sujeto —dijo Martínez luego de terminar una breve introducción sobre la autopsia realizada—.

En primer lugar, la existencia casi nula de grasa subcutánea. Su contextura física es extremadamente muscular. Tal vez pesara menos de ochenta kilogramos, pero su composición es pura fibra.

Anderson arqueó las cejas con marcada incredulidad, pero no interrumpió al forense. Gabrielle tampoco dijo nada, pero pensó lo mismo: «¿Ése tipo? ¿Musculoso?». — En segundo lugar, una importante hipertrofia cardíaca.

Esta vez, Anderson sí lo interrumpió.

— Eso significa que su corazón es más grande de lo normal, ¿no es así?

Martínez asintió.

— En efecto. Su corazón pesa unos aproximadamente. El corazón de una trescientos cincuenta gramos.

— ¿Qué causó entonces esta cardiomegalia?—dijo Gabrielle.

— Tomaría otros estudios para estar seguros al cien por ciento, pero es muy probable que sea congénita, como en la mayoría de los casos.

— ¿Puede determinar la edad del sujeto con lo que sabe sobre él, doctor?—dijo Anderson.

— Puedo determinar su edad biológica a partir de lo hemos visto. Pero no garantiza nada.

— De acuerdo, ¿cuántos años «biológicos» cree que tiene?

— Según el estado de sus órganos, puedo decir aproximadamente unos veinticinco o veinticuatro años.

Anderson y Gabrielle se miraron de reojo y Martínez los captó al instante.

— Ustedes habían dicho que creían que se trataba de un hombre de treinta años, ¿verdad?—reafirmó.

Ambos policías asintieron.

— No pude encontrar otra cosa substancialmente mal con el sujeto. Anormal, seguro. ¿Pero enfermo? Lo dudo. Estaba en perfectas condiciones. Aunque tampoco puedo decir que haya visto algo como esto antes. Ni siquiera similar. Martínez miró a los agentes y pareció leer en ellos sus preocupaciones más latentes.

— Si dudaban si el sujeto era humano o no —dijo—, pueden quedarse tranquilos de que lo es. Ahora sabemos que lo es. Sólo que se trataba de un humano muy especial.

Gabrielle pareció murmurar algo y Anderson se volvió a ella.

— ¿Qué estás pensando?—le dijo él.

— ¿Qué hay de su cerebro?—le dijo a Martínez.

— No puedo hacer mucho al respecto con lo que tengo aquí. Si quieres extraerlo para un examen más profundo y una posible vivisección, tendremos que enviarlo a otra parte. Excepto que... necesitamos permiso del municipio. Y posiblemente

de los familiares directos del sujeto, si es que alguien lo reclama.

— Nadie lo reclamará—dijo ella—. No existe ni para el sistema ni para el resto del mundo. Creo que estaremos bien.

Anderson esbozó una pequeña sonrisa.

— Haz todos los arreglos necesarios —continuó Gabrielle—, y manda el cuerpo adonde tengas que mandarlo apenas la tormenta haya pasado... Quiero saber todo sobre él. Que no terminen con él hasta estar seguros de que no hay nada más que examinar.

— ¿Todavía estamos buscando algo «anormal»?—dijo el forense.

— No sólo anormal —replicó ella—. Único.

Martínez asintió.

Durante el trayecto de regreso de la sala de autopsia, Gabrielle no dejó de pensar en su padre y en el «Albino» mientras Anderson le hablaba. Trató de imaginarse como habría sido la investigación en aquellos años y qué había sentido su padre. Pero más aún, se preguntó si la historia no estaba repitiéndose.

— ¿Ves?—dijo Anderson—. Son cosas como estas que demuestran que estamos capacitados para ser ascendidos a detective.

— Tal vez deberías decírselo la próxima vez que lo veas.

quinientos treinta y ocho gramos persona normal pesa alrededor de

— ¿Sabes lo que me dijo cuando le pregunté acerca de mis chaces de convertirme en detective pronto? Me dijo: «Los detectives consiguen resultados». ¿Qué diablos querría decir?

— No te preocupes por eso, ya vendrá el momento—dijo Gabrielle con un tono que denotaba verdadera compasión y aliento.

— Eso espero. Haría que todo este trabajo anterior valiese la pena.

Realizaron una pequeña pausa a punto de llegar hasta el despacho.

— Mañana tenemos un día movido —dijo Anderson—. O'Malley me adelantó que tal vez venga el Intendente a primera hora.

— ¿Para qué? —dijo Gabrielle aunque mitad de su atención estaba en sus pensamientos.

— No lo sé. Seguramente algo que ver con el referéndum de esta semana.

— ¿No piensa venir hoy?

— ¿Quién, O'Malley? Creo que no podría aunque quisiera por la tormenta. Y sé que no quiere.

Anderson lanzó una risa irónica. Gabrielle sólo sonrió.

— Qué afortunados somos de no tener un gato a quien alimentar en casa—dijo Anderson.

— Menos mal que te divorciaste antes del «Apocalipsis de nieve», ¿verdad?—replicó ella en el mismo tono.

Anderson alzó ambas manos en el aire en una clara señal de alivio, y tal vez un poco de victoria.

— Confiemos en el pronóstico y que mañana podamos reanudar la investigación — dijo él—. Mientras tanto, hagamos la parte divertida hoy.

Llegaron hasta la puerta del despacho de Gabrielle.

— Te refieres a completar papeleo y a redactar declaraciones—dijo ella esbozando una sonrisa simpática mientras presionaba con una mano el picaporte —. ¿Esa es tu idea de diversión en un domingo de invierno?

Anderson movió la boca en una mueca.

— Es eso o ruleta rusa.

Gabrielle le sonrió y entró a su despacho. Minutos después, llamó a la Señora Moore y preguntó por su padre. Ya estaba despierto y miraba televisión mientras desayunaba. El resto del día Gabrielle se la pasó llenando informes, revisando declaraciones con Anderson y repasando detalles del caso. Ocasionalmente volvía a leer la información sobre Vopreko y pensaba en su padre.

No le quedaron dudas de lo que haría apenas la tormenta despejase.

22

Fabrizio bebía su vaso de whisky bajo las luces blancas de la mesa de pool. Mantenía la mirada perdida en las bolas perfectamente alineadas al centro, encerradas en el característico triángulo de color naranja.

Al lado de su mano yacía un cenicero con los restos de tres cigarrillos. Ese tiempo le había llevado a su padre regresar del garaje. Unos treinta o cuarenta minutos esperando por él. ¿Por qué? ¿Qué tenía para hablar con esa cosa a la que insistía en llamar «Marco»?

Cuando Maruni se acercó a Fabrizio, lo observó terminarse su trago de un sorbo. En ese instante, dejó apoyar un portavasos sobre el borde de madera oscura y barnizada de la mesa de pool.

Fabrizio miró el portavasos de tipo vintage, con la imagen de una vieja fábrica dibujada en tonos pasteles. Mientras saboreaba los últimos vestigios de su trago, echó una mirada a su padre y comprendió. Luego, pasó a dejar el vaso sobre la estampa de la fábrica.

— Es un momento difícil, hijo —dijo Maruni—. No dejes que te confunda. No pierdas de vista lo que está en juego aquí.

Fabrizio esbozó una sonrisa irónica y se encendió otro cigarrillo. Alejándose de la mesa de pool, comenzó a tirar dardos al blanco en la pared.

— No te atrevas a darme la espalda —le dijo Maruni con tono severo. Su hijo se detuvo en seco, pero sin el menor rastro de miedo a pesar del claro enfado de su padre. Se giró y lo miró fijo a los ojos. Se mantuvo con los dardos en la mano, jugando con ellos, preparándolos para tirar.

— Mírame cuando te hablo —insistió su padre.

— Mírame tú también, padre. Mírame y ve tu reflejo. Tu sangre.

Maruni asintió, comprendiendo.

— Si vas a ser una molestia... —dijo—. Tal vez es mejor que no estés aquí. — Tú quisieras eso, ¿no?

Fabrizio tomó un dardo de color azul y lo lanzó contra el blanco. El sonido de la punta de acero estrellándose contra la diana retumbó en el silencioso salón.

Pero luego le siguió otro, con más fuerza. Maruni se impacientó.

— Fabrizio, detente... —le dijo.

Otro tiro al blanco.

— Suficiente—ordenó Maruni.

Un nuevo dardo se estrelló con mayor estrépito y pareció dar en el blanco.

Maruni golpeó la mesa con furia.

— ¡Suficiente!

Casi como respuesta del exabrupto de su padre, Fabrizio lanzó los dos restantes dardos

en su mano contra un extremo opuesto de la sala. Por un instante, la reacción de ambos

fue igual de desproporcionada. Un verdadero reflejo.

Todavía agitado, Fabrizio se volvió hacia su padre.

— ¿Qué quieres de mí, papá?—le dijo—. ¿Qué quisiste de mí pero no pudiste tener y tuviste que conseguirlo de él?

Fabrizio señaló en dirección a la escalera que conducía a planta alta.

Maruni exhaló cansado, pero no abandonó su actitud severa ni su postura firme.

— Tu madre los llevó a ambos en su útero—dijo—. Ella los quiso a los dos por igual. Como yo los quiero.

— ¿Crees que no sé lo que le hiciste?—dijo Fabrizio—. ¿Lo que pusiste dentro de ella?

Maruni, ya irritado e incapaz de tolerar más, comenzó a acercarse lentamente a su hijo.

Sus pasos parecían los de un asesino que se mueve con tranquilidad cortante. — ¿Cómo pudiste haberle hecho una cosa así?—continuó Fabrizio—. ¡A mí madre!

— No pienses que eres el único con temperamento aquí —le dijo Maruni—. No dudaré un solo instante si romperte la cabeza es la única solución que me queda.

De repente, Fabrizio pareció dejar de respirar y aunque logró disimularlo por fuera, por

dentro sentía un temor que creía haber dejado atrás, muy atrás en su infancia.

Ahora se sentía como un niño de nuevo.

— No... me tomes... por un tonto —continuó Maruni acentuando cada sílaba mientras parecía querer matarlo sólo con su mirada—. Y no vuelvas a faltarme el respecto. Ni a mí, ni al recuerdo de tu madre y ni a Marco. Nunca. El silencio que siguió no hizo más que aumentar el nerviosismo de Fabrizio. Por un breve instante su padre se mantuvo inmóvil, casi petrificado como una momia. La dura y fría mirada de sus ojos hizo que Fabrizio temblase hasta el último músculo. Aunque no supo si era visible o no, sintió que sudaba a chorros.

En el rostro de su padre pudo ver una capacidad de odio que jamás había visto en otro ser humano. Así como lo amaba incondicionalmente y con pasión devota, guardaba en sí un odio de igual proporción. Sólo un seno familiar era capaz de nutrir tales emociones extremas.

23

Los minutos parecían eternos. Jonathan no podía creer lo lento que pasaba el tiempo así como tampoco la severidad repentina de la tormenta afuera. Si los pronósticos estaban correctos y al día siguiente ya no tendría tanta fuerza, entonces lo que atravesaban ahora podía llamarse el «clímax» de la tormenta. Después, todo tendería a disminuir. Al menos, se aferraba a esa noción mientras terminaba de fumar su último cigarrillo. Los ánimos por dentro del almacén estaban apagados y sólo reinaba un silencio de alerta. Nadie quería que los tomasen desprevenidos. Vigilaban como halcones, como perros guardianes cada costado del edificio.

No había transcurrido más de una hora desde que Clapham anunciase el retraso de los refuerzos. Con suerte, estarían allí esa misma noche o a más tardar a primera hora del día siguiente.

Jonathan notó que había aproximadamente treinta hombres dentro del almacén, quizás hasta cincuenta. ¿Por qué entonces necesitaban «refuerzos»? Cada uno de estos hombres aquí poseía al menos un arma automática y una pistola secundaria. Más que suficiente. ¿Entonces? ¿Qué esperaban que viniera? ¿El Ejército? No le pareció que hubiese nadie allí afuera. Pero tampoco creyó que lo había en la oscuridad de la ruta 15; y todos sabían cómo eso terminó.

Convencido de que no podía tratarse de otra cosa más que del misterioso paquete, decidió ir en búsqueda del mismo y verlo una vez más, donde sea que los hombres de Clapham lo hubieran ocultado. Después de todo, estaba en su derecho al haberlo llevado consigo todo este tiempo y casi morir por ello.

Apagó el cigarrillo y ubicó las escaleras donde había visto pasar al féretro de acero por última vez. En ese momento, no parecía haber nadie cuidándolas, como tampoco había señal alguna de Clapham alrededor. El resto de los hombres, si bien eran numerosos y podían verlo con facilidad, no se preocuparían por nada. No lo conocían. Empezó la marcha a paso tranquilo,

disimulando. Al llegar al pie de las escaleras, notó que parecían descender a una especie de pasillo angosto y oscuro.

«Como el sótano de una casa» pensó Jonathan. Pero casi al otro extremo podía notar luz. Comenzó a bajar los escalones con cierta precaución. No tenía por qué mentirse a sí mismo; cuanto menos esas escaleras le parecían extrañas y más sospechoso aún era lo que sea que había debajo del almacén.

Llegó hasta el final de las escaleras y se quedó quieto mirando hacia el frente. La luz provenía a través de la franja angosta de una puerta semi abierta. El tipo de luz era brillante, de color blanco y casi verdoso a la vez, contrastando con la cálida y tenue iluminación del almacén.

Notó movimiento del otro lado de la puerta. Personas vestidas de blanco y con el rostro cubierto de barbijos se pasaban de un lado hacia el otro, escondiéndose y revelándose entre los dos extremos oscuros de la puerta.

No parecía haber ruido alguno tampoco. Tan sólo un bajo murmullo casi de susurro, acompañado del temblor grave y vibrante de máquinas o motores encendidos. Como una gran y silenciosa fábrica.

Miles de ideas le surgieron en la cabeza. Las posibilidades de lo que el subsuelo podía albergar eran muchas. Pero de ellas, una lo convencía más que todas. El lugar debía ser una especie de centro médico o base pequeña. Lo poco que había visto le generó ese disparador, esa idea. Aunque dudaba que pudiera ser posible. ¿Qué sentido tenía construir una base o clínica debajo de un almacén en el medio de un pueblo pequeño e intrascendente? Apenas se lo preguntó, vio la respuesta con claridad.

Tenía todo sentido. Era el lugar más adecuado y menos probable. Nadie lo pensaría dos veces que una infraestructura de ese tamaño se escondiese allí. Era inconcebible. Y eso lo hacía aún más perfecto.

Sin embargo, no pudo dar más rienda a su imaginación cuando oyó una voz provenir desde atrás, calma pero grave. La reconoció al instante. Horas antes le había implorado despavorido pisar el acelerador y huir para salvarle la vida. Ahora, la voz parecía tener otra connotación, menos agradecida y más soberbia.

— ¿Qué estás haciendo?—le dijo.

Jonathan se volvió y vio a Clapham de pie en el umbral de las escaleras. Apenas se volvió, notó que alguien cerraba la puerta que conducía al subsuelo, apagando toda luz y dejándolo en las penumbras.

Jonathan comenzó a subir las escaleras al mismo tiempo que miraba confundido a Clapham.

— ¿Qué diablos tienen allí abajo?—dijo—. ¿Qué es este lugar?

Pero Clapham no le respondió y en cambio se mantuvo inmóvil, cortándole el paso cuando Jonathan se detuvo unos tres escalones más debajo de él.

— Quiero dejar algo en claro —dijo Clapham—. La única razón por la que sigues aquí es la tormenta. Tú sólo eres el chofer. Trabajas para Pastrunni, no para mí ni para Baruzzo. Y como tu jefe no está aquí para encargarse de ti, nosotros tendremos que hacerlo por él. Hasta que la tormenta despeje y seas libre de irte, te quedarás aquí y harás lo que yo te diga. ¿Se ha entendido?

«Sólo el chofer» pensó Jonathan «Hijo de puta. ¿Qué tal si pruebas con el hombre que te salvó la puta vida?»

Jonathan asintió sin disimular su enfado entre dientes e hizo un intento por pasar al lado de Clapham. Éste último le dejó apenas espacio, para luego ubicarle una mano en el pecho y frenarlo una vez más. Al hacerlo, y con una mueca de soberbia en el rostro, levantó su otra mano y reveló lo que sostenía: una colilla aplastada de cigarrillo.

— Si haces algo como esto de nuevo —le dijo—, tendré que matarte. Jonathan ni se inmutó. No era la primera vez que un idiota creído de la mafia intentaba intimidarlo o se daba aires de hombre rudo. Con sus veintiocho años, ya comprendía bastante cómo era el mundo y nadie que viniera con esa actitud lo iba a afectar. No se dejaría.

— No te preocupes, ya me quedé sin cigarrillos—le dijo Jonathan con asco y se abalanzó hacia un costado, chocándolo con el hombro.

«Maldito hijo de puta» pensó Jonathan al alejarse.

24

La noche del domingo llegó pronto. La oscuridad total cubrió a la ciudad a las 5:37 p.m. en punto. Y con ella llegó el ansiado fin de la tempestad. Los vientos empezaron a perder potencia alrededor de las 3:30 p.m. La nieve dejó de caer poco tiempo después y se redujo a una simple llovizna.

Para las 4:41 p.m., la neblina había perdido toda densidad y pronto los edificios altos asomaron sus figuras a lo lejos. Las casas y el paisaje urbano recuperaron su visibilidad. Veinte minutos después, no quedó ningún rastro de la tormenta más que la acumulación de nieve que amenazaba con invadir las casas, los caminos bloqueados y algún que otro árbol viejo caído después de sufrir las esporádicas y fuertes corrientes de viento. Le llevaría un buen tiempo al municipio y a la ciudad en general restablecer el orden y reparar los daños.

Gabrielle no veía la hora de marcharse de la estación. Lo único que la detenía era la falsa creencia de que había perdido un día de ventaja sobre el «Albino». Y si no empezaba a compensarlo ahora, quedaría demasiado atrás en la investigación y Vopreko se le escaparía para siempre.

Pero trató de mantenerse concentrada. No tenía sentido seguir allí de la manera en la que estaba. Necesitaba de un verdadero descanso.

Veía a través de la ventana que, a pesar de la abundancia de nieve, las calles y

los caminos habían recuperado su función. Conducir no presentaría grandes problemas. Un pequeño televisor se encontraba encendido en una esquina sobre un mueble, al lado del sillón donde antes había dormido. A pesar del volumen bajo, Gabrielle lo podía oír con toda claridad. El mismo programa de televisión de todos los domingos transmitía en vivo una entrevista exclusiva con una figura que ya se había vuelto quizás igual de popular y conocida como la del propio Intendente Grittver; la del periodista e investigador Arthur Yazlle.

Aunque su mente estaba en otra cosa totalmente diferente, Gabrielle no dejaba de escuchar lo que decía, a pesar de hacerlo a un nivel más subconsciente que otra cosa. Pero necesitaba de momento que el televisor estuviera encendido, quizás para lograr aislarse de sus preocupaciones un instante.

En la televisión, el entrevistador le decía a Yazlle:

— Estamos a tan sólo horas del inicio del referéndum histórico, uno que usted ha boicoteado desde el primer día cuando se dio pie a esta campaña hace ya cinco años. ¿Cómo mediría usted el impacto en los ciudadanos de lo que ha estado diciendo estos últimos años?

Yazlle se tomó un instante y acomodó sus anteojos de marco grueso negro antes de responder.

— Bueno, he estado en varios programas de televisión ya, he sido invitado a debates en radios y en foros online, además de tener mi propia página y blog donde expando con mayor detalle —y por tanto más pruebas leales— la posición que he defendido durante estos últimos cinco años, como tú bien has dicho. Tengo la certeza de que la gente me ha escuchado y aquellos que me siguen, saben que mi discurso no tiene rostro político ni responde a la agenda de una oposición definida porque no la hay. Ése es un hecho. No hay oposición alguna al gobierno de turno que ha propuesto esta medida inusual para los tiempos que corren. Ya nadie busca el autogobierno y el aislamiento global. Esas ideologías son arcaicas. Por eso creo que es imprescindible que la población se informe con mayor profundidad sobre este acontecimiento y que cuando el martes vayan a votar, lo hagan sabiendo.

Gabrielle se volteó para ver la pantalla de televisión. Había determinación en la mirada del periodista.

— Mis acusaciones no están infundadas —prosiguió—, pero sí son víctimas de un sistema judicial lento y elitista. La gente tiene la posibilidad de oír lo que mi investigación ha lucrado: una desconcertante verdad y una agenda política aún más peligrosa detrás.

En ese instante, Anderson entró al despacho, sin ningún tipo de antelación o preámbulo, como si estuviera en su casa.

Se encontró con la televisión y la miró por un instante, oyendo lo que Yazlle

decía.

— Lo que pocas personas saben, lamentablemente—continuó el periodista—, es a lo que se sujetarán si votan de manera positiva y el referéndum es aprobado.

— Ah, puras tonterías —comentó Anderson en voz alta—. Este tipo no tiene idea lo que en verdad está mal con esta ciudad. Desconoce las cosas que tú y yo hemos visto, los verdaderos monstruos de la noche. Sólo quiere prensa porque está enojado que nadie oye sus delirios.

La televisión continuó, casi como interrumpiendo a Anderson. Gabrielle, sin embargo, se limitó a echarle una mirada de reconocimiento a su compañero y continuó mirando la televisión.

— Están entregando su vida y su libertad de una manera que todavía no han sabido comprender —dijo Yazlle.

En ese instante hubo un cortocircuito de energía que bajó la intensidad de toda la luz en la estación y cortó la señal de cable por completo, dejando la pantalla con ruido blanco. Enseguida, la luz recuperó su fuerza pero el televisor continuó en blanco.

— Deben estar haciendo reparos por la tormenta —dijo Anderson—. Probablemente lo sigan haciendo las próximas horas, como siempre. Sin darle mayor importancia, Anderson tomó asiento en el sillón al mismo tiempo que Gabrielle apagaba el televisor con el control a distancia.

— No sé si te has enterado aún —dijo Anderson—, pero han encontrado una escena de lo más interesante en el ruta 15, la cual está de camino a Tinetele. ¿Lo conoces?

— ¿El pueblo o la ruta?

— Ambos.

Gabrielle asintió.

— ¿Qué encontraron?—dijo ella.

— Un aparente accidente de auto, entre una camioneta 4x4 y una van, a tan sólo algunos kilómetros de distancia del pueblo. La van parece haber sufrido un choque pero nada parece indicar que la 4x4 haya sido la que la impactó. Las abolladuras sólo están en la van y del lado equivocado a la posición en la que los encontraron.

— Entonces, ¿un tercer vehículo?

— Es posible —dijo Anderson luego de bostezar—. Hay rastros de ruedas de tamaño mediano-grande marcadas en el asfalto. La van fue embestida por su lado izquierdo y debido al tamaño del golpe, es fácil adivinar que no se trataba de un auto pequeño o compacto.

— Tal vez un autobús o un camión.

— Sí... Aún no se sabe bien cómo se produjo. Pero eso no es lo más raro de todo el asunto.

Gabrielle arqueó las cejas. No esperaba que hubiera más.

— Los cuerpos de cuatro hombres yacían sobre el asfalto. Al parecer, murieron en el accidente. Según el investigador, creen que los cuatro ocupaban la van y fueron expedidos en la colisión.

— ¿Todos los cuatro?—dijo Gabrielle incrédula.

Anderson entendió enseguida su confusión y compartió la misma desconfianza. Asintió y continuó:

— Creo que ni siquiera uno de ellos estaba dentro del vehículo. Los cuerpos muestran lesiones graves, fracturas, esguinces y descolocaciones. Éstas jamás se podrían haber originado dentro de la van.

— ¿Alguien los atacó?

— Probablemente. Llevaban armas.

— ¿Armas?

Anderson asintió.

— Según las primeras pericias, todas eran del mismo modelo y todas fueron disparadas repetidas veces. Pudieron encontrar los casquillos cerca.

— Entonces, se estaban defendiendo de alguien —exclamó Gabrielle pensativa, aunque no pensó enseguida en Vopreko.

— Todo apunta a eso. La pregunta es de qué.

— ¿Quién está a cargo de la investigación?

Anderson volvió a bostezar y se rascó la barbilla.

— Bueno, ese tema es algo complicado —dijo—. En teoría se trata de una investigación federal por tomar lugar en la frontera interestatal. En ese caso, sería derivado a los cuarteles federales de aquí y ellos se encargarían sin participación local en absoluto. Pero debido al referéndum esta semana, están dudando si entregarlo a las autoridades de Rosthalion o del País. Gabrielle pensó una vez más en el referéndum y los nuevos cambios que asomaban en el horizonte. Pero enseguida se despreocupó y se concentró en lo importante, como planeaba hacer.

— ¿Crees entonces que esto quizás tenga algo que ver con nuestra investigación?

— No estoy muy seguro. Lo mencioné porque tiene su rareza. Pero con toda seguridad, se tratará de un verdadero accidente extraño, o algún ajuste de cuenta.

— ¿Relacionado con la guerra de familias?

— Sí. De cualquier manera, nada tiene que ver con nuestro caso.

Gabrielle consideró la posibilidad un instante. Si bien la guerra entre el crimen organizado era algo que policías como ellos conocían y estaban al tanto, nunca

se trataba de incidentes demasiado llamativos o que obligasen una investigación minuciosa. Si había algo que los mafiosos sabían hacer con astucia y cierta discreción, era eliminarse los unos a los otros, aún en estado de guerra total, como estaban ahora.

— No, tienes razón —dijo ella—. No veo nada que nos sirva.

— Sin embargo, sugiero que lo tengamos en cuenta por si llegan a derivar la investigación a las autoridades de aquí. En ese caso, no perderíamos nada en buscar si existen conexiones.

«Nada más que tiempo valioso» pensó Gabrielle pero no lo dijo.

— Me parece bien —replicó.

Anderson la examinó un instante y cambió de tema.

— ¿Cómo se encuentra tu padre?—dijo.

La pregunta tomó algo desprevenida a Gabrielle, no porque a Anderson no le importara, al contrario se consideraba un gran admirador de la leyenda que Edward Nicholas Blake había sido en su época. Pero la sorpresa de ella fue que no supo cuál era la respuesta a una pregunta como ésta.

— Bueno, sabes cómo es... —dijo ella—. Sólo puede terminar de una manera. Anderson asintió.

— Debería visitarlo algún día —dijo él—. Sé que siempre digo que lo haré y no encuentro el tiempo. Tal vez debería hacérmelo.

— No te preocupes.

— Lo digo en serio.

— Te lo agradezco, pero lamentablemente no te reconocerá si fueras.

— Mejor —dijo en tono bromista y esbozando una sonrisa pícara—. Así no recordará aquel día embarazoso en el que le confesé ser un gran admirador y que quería llegar a ser como él.

Gabrielle se sintió apenas un poco más animada y le siguió la corriente a su compañero.

— Creo que el espectáculo de verte comportarte como una groupie en celos es algo que nadie podría olvidarse.

— Cállate —le dijo él y ríe—. Ya desearías que yo te dijera lo mismo a ti. Gabrielle continuó sonriendo. Fue un breve instante en el que le pareció que todo estaba bien; su padre volvía a ser quien siempre había sido y no había ninguna enfermedad que lo arruinara. Tampoco había «Albino» que perseguir ni «mudos». Por ese solo momento, se había extraviado a un sueño.

Minutos después, tomó la decisión de marcharse a casa, a pesar de considerarse un día atrasada en la investigación.

Al despedirse de Anderson, éste le recordó el aviso de O'Malley: mañana a la mañana vendría de visita el Intendente Grittver. Luego de la reunión, irían al

lugar de las coordenadas.

En vez de dirigirse directamente a su casa, Gabrielle optó por visitar a su padre y darle a la Señora Moore un merecido descanso. Al llegar, se sorprendió que su padre la haya reconocido al instante y comenzase a hablar.

Por lo bajo, y entre risas, la Señora Moore le comentó:

— Ha estado con humor para hablar desde que la tormenta pasó.

Gabrielle sonrió y luego invitó a su padre a que cenaran juntos la comida que la Señora Moore preparó con agrado, poco antes de marcharse a dormir a su cuarto asignado en la casa.

Durante la cena, la cual fue austera y tranquila, ella y su padre charlaron de todos los temas (algunos repetidos, otros repetidos pero con ciertos cambios), pero en ningún momento Gabrielle hizo mención de Vopreko ni de la investigación. También trató de evitar hablar sobre el trabajo en general. No quería abrumar a su padre ni ponerlo nervioso. Para su propia sorpresa, él tampoco lo nombró y, por supuesto, había olvidado que ni siquiera lo habían mencionado antes.

Gabrielle se quedó con él hasta la hora de dormir. Luego deambuló por la casa silenciosa un tiempo, mientras pensaba, bebía té y miraba el retrato de algunas viejas fotos familiares.

A pesar de que las había visto numerosas veces, sintió que posaba ojos sobre ellas por primera vez en mucho tiempo. Y en efecto era así.

Entre los cinco retratos sobre la cómoda se cubría un total de veinte años. En ninguna de las fotografías su padre aparentaba indicios de la enfermedad que hoy lo mantenía casi ajeno por completo a todos los recuerdos que esas fotos encerraban. Era como si por un breve lapso de tiempo, casi un parpadeo en la historia del universo, la familia Blake había sido verdaderamente feliz.

En ninguna de las fotos, sin embargo, aparecía su madre. Y su hermano Maurice sólo lo hacía en algunas en particular. La gran mayoría tenía a ella y a su padre como principales protagonistas.

A pesar de no tener recuerdo consciente alguno de ello, Gabrielle sabía que su mamá había fallecido al poco tiempo que ella cumplió los tres años. Lo poco que sabía lo había visto en fotos que su padre le enseñó y en cosas que éste le contó. Su nombre era Rachel y tenía una belleza extraña, casi frágil. Su aspecto juvenil también era llamativo, quizás tenía unos diez años menos que su padre. Y desde que tenía recuerdo, Gabrielle nunca se vio parecida a ella.

Más la realidad actual distaba de lo que aquellas fotos invocaban. Su padre parecía abandonar cada vez más la noción de quién él había sido y hecho en su vida, mientras que su hermano había optado también por distanciarse de todo hasta volverse un frágil y lejano recuerdo. El día que su padre finalmente

descansara en paz, con él se evaporarían todos esos momentos y todas esas sensaciones, si no lo habían hecho ya del todo dentro de su mente fragmentada. Sin embargo, Gabrielle deseaba que no fuese así. Y en algún lugar de su corazón esperaba reencontrarse con su hermano. Era verdad que estaba a tan sólo una llamada de distancia, ya que vivía también en la ciudad y visitaba de vez en cuando (muy de vez en cuando) a su padre. Pero esa llamada resultaba tan difícil de hacer, demandaba tal esfuerzo emocional como si se tratase de un desierto árido y peligroso que atravesar hasta llegar a destino.

Uno de los retratos en la pared era digital y dentro de él se sucedía una gran cantidad de fotos sin ningún tipo de correlación entre sí, más que mostrar a la familia en distintos momentos de la vida que compartieron juntos. Cenas familiares de Navidad, cumpleaños, celebraciones especiales así como también los momentos menos trascendentes y llamativos (no obstante, los de mayor valor emocional para Gabrielle) como podía ser una tarde de domingo aprendiendo a montar una bicicleta. O en el parque, simplemente tonteando. Las preferidas de Gabrielle eran aquellas que no parecían preparadas ni tenían un sentido profundo y por el contrario, parecían inmortalizar un momento que en la vida cotidiana resultaba efímero y se daba por sentado. Algo tan simple como una foto de ella de pequeña, observando a su padre subirse a su viejo Renault rojo para ir a trabajar como todos los días. Ella no podía tener más de cinco o seis años y la frescura de su inocencia era algo que hasta la propia Gabrielle notó en sí misma. Gabrielle no tenía recuerdo de aquel día, pero siempre que veía esa foto la inundaba una profunda sensación de familiaridad, como si todo lo que sabía al respecto le llegase de pronto, tal como se recuerda un viejo sueño en un momento de claridad. El último sorbo de su taza de té dio por finalizado el recorrido nostálgico por la casa. No obstante, se sintió feliz de haberlo hecho y de reavivar en ella esa fortaleza y ese sustento que la hacían capaz de afrontar la adversidad del presente. Su padre podría estar perdiendo su identidad y descender en el olvido total, uno que es aún peor y más profundo si se da en vida, a diferencia de darse en la muerte. Pero el poder que encerraban esos retratos no conocía límites ni menguaba con el paso de los años. Este poder era el de la memoria y Gabrielle lo conocía demasiado bien.

Luego de dejar en orden todo y apagar las luces principales, Gabrielle salió de la casa de su padre después de las 2:00 a.m. y se dirigió a su casa, desplomándose sobre la cama y cayendo dormida al instante.

Mañana comenzaría la búsqueda de la verdad.

25

Al mismo tiempo que Gabrielle llegó a su casa, el camión de Marco y sus veintisiete hombres arribó a destino.

Su viaje a Tinetele duró menos que el de Jonathan, con toda probabilidad debido al hecho de que tomaron la autopista principal para llegar. Ésta fue la primera en ser despejada de la acumulación de nieve, pero a la vez quedó como el único camino disponible dado el desvío en la ruta 15 por el extraño accidente. Las autoridades tuvieron que cerrar el acceso a la vieja ruta y se concentraron en reestablecer el orden cuanto antes.

Pero Marco ni había considerado tomar la 15. Después lo sucedido, era lo menos indicado de hacer. En cambio, llegó pronto gracias al flujo constante del tráfico en la autopista.

Ni bien pusieron pie en el almacén, los veintisiete hombres se ubicaron en posición de defensa y relevaron a los ya exhaustos guardias de Baruzzo.

Marco fue personalmente guiado por Clapham hasta el subsuelo. Bajaron las escaleras, se adentraron en el pasillo oscuro y Clapham golpeó la puerta. Segundos después, un hombre vestido con un guardapolvo blanco impecable los hizo pasar. Detrás de él se extendía un amplio laboratorio de pulcra infraestructura. Las distintas salas divididas con paredes de vidrio esmerilado, los blancos muebles de reluciente limpieza y el equipamiento tecnológico de última generación proveían un cuidado y meticuloso ambiente de trabajo. Como en una especie de monasterio científico, reinaba una disciplina silenciosa. Los médicos, cuales monjes, guardaban una reserva erudita, como si entre sus manos tuviesen el secreto de la vida.

Y tal vez, ello no distaba mucho de la verdad.

Clapham y Marco llegaron hasta una especie de bóveda médica hacia el final del amplio laboratorio. Durante el breve trayecto, Marco no dijo una palabra y en cambio echó miradas inquisitivas a cada una de las salas que se encontraban de paso. En su interior podía ver reducidos grupos de científicos y médicos trabajar con sus microscopios y sus computadoras, analizando muestra tras muestra, revisando datos una y otra vez hasta llegar a algún tipo de conclusión, si era que la había. En más de una ocasión antes de llegar al final de su recorrido, Marco vio cómo los especímenes eran transportados en anchos tubos criogénicos reminiscentes a un telescopio.

Al pie de la puerta que daba acceso a la bóveda se encontraba Clapham junto a un médico, quien además del obligatorio guardapolvo blanco, llevaba guantes de color verde y los guiaba en el pequeño recorrido.

Los tres hombres se detuvieron. Marco reparó en la puerta reforzada de acero blanco. El médico pasó su tarjeta magnética por un tablero electrónico y destrabó la bóveda. Al ingresar, tuvieron que esforzarse por ver. El interior se encontraba apenas iluminado por dos hileras de luces de emergencia específicamente ubicadas a cada extremo del techo. Aunque no estaba seguro,

Marco incluso llegó a sentir cierto cambio en la temperatura ambiente.

El médico cerró la puerta detrás, pero tanto Clapham como Marco mantuvieron la mirada al frente, al fondo de la bóveda donde se ubicaba, sobre una especie de montura de la pared, el féretro de acero. Posicionado de manera vertical, dejaba ver su tamaño completo. De dos metros de alto y casi noventa centímetros de ancho, parecía una especie de estatua que les devolvía la mirada con la misma frialdad.

Pero el punto de mayor atención se encontraba en el imparable cronómetro de números rojos. La ranura levantada permitía ver la cuenta regresiva de manera que resaltaba entre las penumbras.

«330h 20m 45s... 330h 20m 44s... 330h 20m 43s»

Aunque ninguno dijo nada, los tres sintieron cierta ansiedad por lo que vendría una vez que el reloj marcase cero. Cómo se desarrollaría era la gran incógnita.

Al cabo de unos segundos, Marco habló con tono grave y monótono, resonando en aquella lúgubre bóveda como si ésta se tratase de una especie de templo o capilla.

— Ahora que la tormenta ha pasado—dijo—, es momento de poner en acción el protocolo de seguridad. Todos sabemos cuán vulnerables somos ahora.

— Estoy de acuerdo —dijo Clapham.

— Es sólo una cuestión de tiempo para que nos ataquen —dijo Marco y se volvió al médico, más retirado cerca de la puerta principal—. ¿Sus empleados están preparados?

— Lo están —replicó el médico con fría impasibilidad—. Saben lo que tienen que hacer. Conocen los riesgos y los han aceptado.

— ¿Y se aseguraron de tener todo lo que necesitan aquí por el tiempo determinado? El médico asintió.

— Cualquier problema que les surja, sabrán cómo contactarnos —dijo Marco y se tomó un breve instante reparando en el féretro—. De acuerdo. Empecemos. Minutos después estaban en movimiento. Todo el almacén parecía cobrar vida. Los hombres iban y venían, gritándose órdenes entre sí, mientras otros se mantenían inmóviles y en guardia.

Jonathan, quien se encontraba al lado de la 4x4 que antes fuese su vehículo de escape, notó cómo una puerta de ingreso trasera del almacén se abría de par en par y dejaba entrar otro pequeño camión, similar al que había traído a Marco y a sus veintisiete hombres.

Antes de que Jonathan pudiese saciar su curiosidad y deducir el propósito del camión allí y qué diablos estaban haciendo en general, Clapham fijó sus ojos en él desde cierta distancia. Como un maestro de escuela que ha atrapado a un jovencuelo haciendo tonterías fuera de clase, Clapham se dirigió hacia él

embalado, como si se desplazara a propulsión.

Al acercarse, Jonathan se vio obligado a apartar la mirada y se concentró en lo que sucedía por encima del hombro de Clapham.

— La tormenta ya ha pasado —le dijo Clapham—. Puedes irte ahora. Sugiero que lo hagas esta misma noche.

— ¿Adónde iré?—preguntó tontamente Jonathan, tratando de hacer tiempo. El camión se había detenido a escasos metros de la escalera que conducía al extraño subsuelo y Jonathan supo que se trataba de uno de esos camiones de construcción, de los que cargan con cemento.

«Camión hormigonero» pensó cuando ubicó el término correcto.

Dos hombres, vestidos casi iguales e indistintos en la distancia, procedieron a preparar la plataforma trasera.

— Regresa a la ciudad—le dijo Clapham—. Llama a Silvio Pastrunni y él se encargará de ti.

Jonathan asintió, pero oía sólo la mitad. Continuaba concentrado en la vista del camión y sólo de vez en cuando volvía a reparar en Clapham y su rostro rebotante de salud.

— Si necesitas un auto —continuó Clapham—, puedes pedirselo a cualquiera de mis hombres. Ellos te darán uno nuevo.

El tanque del camión comenzó a inclinarse. Uno de los hombres deslizó una canaleta y dejó apoyar su parte final sobre el umbral de las escaleras. Jonathan comenzaba a sospechar lo que estaba a punto de pasar, pero no lo podía creer. ¿Realmente lo harían? ¿Acaso estaban locos o qué?

Pero debía lidiar con Clapham primero.

— Sí, de acuerdo —dijo sin importarle mucho—. Quizás tenga que quedarme en el pueblo hasta que los caminos se despejen.

— Están despejados —contestó Clapham con tono irascible—. Puedes moverte sin problemas.

— De cualquier forma—dijo Jonathan y vio cómo los dos hombres hacían señas agitadas con las manos al tercero que conducía el camión, haciendo que el tanque se incline aún más—, necesito descansar por esta noche. No he dormido bien y un buen sueño es lo que me hace falta. Buscaré una habitación en algún hotel por aquí. Y mañana me marcharé.

Jonathan sabía exactamente lo que estaba haciendo y diciendo. Ante aquella excusa, verdadera o no, Clapham tenía pocos contrargumentos. Si la intención de éste era

mantener implícita su necesidad de deshacerse de Jonathan, debía seguirle la corriente. — De acuerdo —dijo Clapham exhalando sin la menor intención de disimular su fastidio—. Pero Pastrunni quiere verte cuanto antes.

Pero Jonathan no contestó. Lo que vio le hizo olvidarse por completo de Clapham.

El tanque del camión empezó a girar y a través de la canaleta cayó el cemento fresco,

llenando con increíble velocidad el hueco de la escalera. De esa manera, la entrada al

subsuelo fue sellada por completo.

— ¿Qué demonios están haciendo?—exclamó Jonathan.

Clapham, quien había estado consciente de la atención dividida de Jonathan, ni se

molestó en voltear. Que Jonathan fuese testigo de lo que estaban haciendo era la menor

de sus preocupaciones.

— Todo está bajo control —dijo Clapham—. Sólo están asegurándose de que los hombres que nos atacaron en la ruta no puedan obtener lo que quieren. — ¿Te

refieres al paquete?—dijo Jonathan con brillo en sus ojos—. ¿Qué está haciendo allí abajo? ¿Qué lleva adentro?

— Regresa con Pastrunni y él te dirá todo lo que quieres saber —dijo Clapham con desdén y luego hizo señas a dos de sus hombres para que se acercaran—.

Jurgen y Ganz se encargarán de darte un auto. Ve con ellos.

Jonathan asintió y miró a ambos hombres. Entendió enseguida. Sin embargo, no se

mostró del todo sumiso.

— Me iré a primera hora de la mañana—dijo clavando los ojos en Clapham.

Antes de marcharse, echó un último vistazo a la escena en el fondo. A pesar de la distancia, notó que el concreto húmedo había terminado de llenar la totalidad del hueco

y ahora los hombres se inclinaban sobre él asegurándose que estuviese nivelado.

Ya no

cabían dudas. El paquete estaba sellado. Nadie podría entrar.

Ni salir.

26

La mañana del lunes amaneció despejada, casi como si la tormenta de los días anteriores jamás hubiera existido. Pero los destrozos y la excesiva cantidad de nieve adornaban el paisaje de la ciudad como una especie de vivo recordatorio de su apabullante paso. Sin embargo, el cambio de aire que podía sentirse en la ciudad no sólo se debía a las suaves brisas que se llevaban consigo los restos de la tormenta. No, la ciudad respiraba distinto porque se vivía el comienzo de una semana histórica. Y cada ciudadano lo sabía. Podía anticipar

con cierta ansiedad lo que sucedería dentro de veinticuatro horas. A primera hora de ese lunes, la mayoría de los buzones de correo se llenaron con las papeletas del referéndum. Su diseño era minimalista, conteniendo tan sólo la importante pregunta: «¿Debería la ciudad de Rosthalion convertirse en un Estado Soberano Independiente?» y luego los recuadros para marcar el «SÍ» o el «NO». Así funcionaba el sistema de voto postal.

Gabrielle revisó su buzón y comprobó que había recibido su papeleta. Dejó el sobre sin abrir encima de una cómoda. Después de todo, sólo se podría reenviar nuevamente con una respuesta cuando el referéndum entrara en efecto a partir del martes. Tenía hasta última hora de la noche e incluso el resto del martes para enviar su voto por correo. Cuando arribó a la estación, se encontró con O'Malley y Anderson. Junto a ellos se encontraba el rostro más famoso de la ciudad: el Intendente Olaf Grittver. Estrechó la mano del político luego de ser introducida por O'Malley y se adentraron en una pequeña oficina que daba al estacionamiento.

Gabrielle estudió al Intendente y en sus ojos pudo ver la creencia en la victoria absoluta. Esto le generó cierta incomodidad.

— Como todos ustedes bien saben —dijo Grittver—, esta es una semana muy especial para nosotros. Pero también es un momento delicado con respecto a la seguridad y el orden de la población. La ley está pronto a cambiar. Y todo lo que hagamos aquí hoy también cambiará. Es por esa razón que debemos garantizar la seguridad de los ciudadanos durante el transcurso del referéndum. A pesar de contar con el apoyo casi unánime de toda la ciudad, todavía debemos considerar la existencia de algunos grupos de insurgentes y opositores que se verán sujetos a las nuevas leyes del Estado Soberano. Necesitamos estar preparados llegado el caso en que esos potenciales grupos desarrollen movimientos violentos que atenten contra la vida de los ciudadanos.

O'Malle y asintió con entusiasmo.

— Hemos repasado el informe preliminar numerosas veces —dijo O'Malley con cierto orgullo—. Los agentes Blake y Anderson supervisarán el operativo de manera conjunta y con comunicación directa tanto con la oficina del Municipio como con el resto de los destacamentos policiales.

Grittver sonrió levemente y echó una mirada inquisitiva a los dos oficiales, quienes por dentro lucharon por no sentirse intimidados.

— Pronto, ya no tendremos que hablar de «Municipio» sino de «Casa de Gobierno» —dijo Grittver intentando mostrarse simpático.

La clara intención de hacer un comentario ameno y alegre del Intendente no pasó desapercibida en los otros tres y cada uno, a su propio nivel, sintió cierta vergüenza ajena por dentro más que diversión. Pero lograron enmascararlo con

habilidad. El Intendente continuó sin reparar en mucho más.

— Quiero que el operativo se trabaje de forma conjunta con el resto de las estaciones de policía de la ciudad y que la comunicación se mantenga unidireccional. Ustedes tomarán la iniciativa del protocolo, pero quiero contar con cada hombre a disposición.

Se produjo una breve pausa y Gabrielle aprovechó para aventurar su pregunta. — Señor Intendente —dijo para asombro tanto de Anderson como del propio O'Malley—. ¿Cuál será el procedimiento con las actuales investigaciones policiales? Me refiero a aquellas que no lograrán resolverse para el inicio del referéndum.

El Intendente supo moverse con astucia y la pregunta no presentó mayor problema para él, a diferencia de O'Malley, quien tenía los ojos desorbitados y no sabía cómo ocultar su incomodidad ante el atrevimiento y la insistencia de Gabrielle.

— Dado que una vez aprobada la moción del referéndum se producirá una importante reestructuración, un sistema de prioridad se pondrá en acción —dijo el Intendente—. Aquellas investigaciones cuyo fin o partes relacionadas tengan una incidencia, de manera directa o no, en la seguridad nacional del nuevo Estado Soberano o que en su caso amenace la vida de los ciudadanos que conforman dicho Estado, se ordenará su continuación. Las que no, deberán ser desmanteladas inmediatamente. Y, por desgracia, caerán en lo que conocemos como «limbo legal».

Por otro lado, las investigaciones que sean de carácter federal, y pertenecientes a la jurisdicción del País, serán derogadas sin importar su relación indirecta con el Estado Soberano de Rosthalion.

Gabrielle asintió, satisfecha con la respuesta que parecía extraída literalmente de un manual. La mirada que le echó a Anderson fue suficiente para que éste entendiera qué era lo que estaba pensando ella al preguntar.

Sin quitar los ojos de Gabrielle, el Intendente siguió hablando.

— Sugiero que analicen cuáles de sus investigaciones actuales cumplen o no con estos requisitos y actúen cuanto antes para prevenir mayores dolores de cabeza legales y políticos.

O'Malley se adelantó a responder en un intento por retomar el rumbo de la conversación.

— Lo haremos —dijo.

Una hora de reunión después, se despidieron del Intendente. Éste agradeció el esfuerzo y el trabajo de todos en la estación y aprovechó para hacer un comentario al respecto del padre de Gabrielle.

— Estoy seguro que el apellido Blake sigue siendo igual de legendario hoy

en día que en su época dorada—dijo lanzando una sonrisa entre dientes. Gabrielle fingió la suya también y estrechó su mano. El brillo de la victoria seguía igual de fogoso en sus ojos.

— Gracias—dijo Grittver—. Toda la ciudad confía en ustedes con sus vidas ahora.

Démosles la oportunidad y el privilegio de votar en democracia. — Sí, señor —dijeron casi al mismo momento Anderson y O'Malley. — Ustedes también votarán, ¿no es así?

Los tres asintieron.

— Lo haremos ni bien se abra la ventana de votación—dijo O'Malley. — Me alegra saberlo —replicó el Intendente—. Cada voz importa.

«Cada voz importa» repitió Gabrielle en su cabeza como si fuera un eslogan de una campaña política. Y tal vez lo era.

Anderson se ofreció a acompañar al Intendente, junto a los custodios. O'Malley y Gabrielle se quedaron a la entrada de la oficina.

— Sé lo que intentas hacer, Gabrielle—dijo O'Malley—. ¿En verdad quieres seguir con este caso?

— Él me acaba de dar toda la justificación que necesito para hacerlo —dijo Gabrielle y miró a su jefe—. Vopreko ha secuestrado personas antes y las ha torturado y matado. ¿No es ésa razón suficiente para continuar la investigación? Si le importa al Estado Soberano, le importa al Intendente.

— La mayoría de la gente votará mañana y los días siguientes. No puedo tenerte allí dándole vueltas a un caso que no termina de encajar del todo. Quiero que todos estén comprometidos cien por cien al operativo de seguridad. ¿Acaso no te das cuenta lo que seremos a partir de mañana?

Gabrielle lo miró incrédula. El Jefe continuó.

— Quizás pronto tengamos que empezar a arrestar vecinos porque cruzaron sin querer la frontera de la ciudad.

O'Malley parecía algo preocupado, pero tal vez fue idea de Gabrielle. Por el color en sus mejillas, no parecía nervioso, sino más bien resignado.

— No se interpondrá con el operativo —dijo Gabrielle—. Te lo prometo. O'Malley suspiró poco convencido.

— Si tú me dices que no se interpondrá, te creo. Puedes seguir con el caso si así lo deseas, pero sólo en un segundo plano. Tienes una orden directa: el operativo es la prioridad. Si algo sale mal por tu culpa o si encuentro que no estás donde tienes que estar, no sólo serás despedida de inmediato, pero tu carrera estará destruida. Me aseguraré de eso.

— Entiendo —dijo Gabrielle con una seriedad imponente.

— No me falles, Gabrielle. Hay una razón por la cual tú y Anderson fueron

elegidos para dirigir el operativo.

Gabrielle lo miró con detenimiento y sin decir una palabra logró transmitirle a su jefe la intención de saber dicha razón.

O'Malley se tomó un instante y le devolvió la mirada.

— El Intendente los seleccionó a ustedes dos personalmente —dijo y Gabrielle se sorprendió—. ¿Crees que fue por tu «extenso» currículum? ¿O por las «condecoraciones por mérito» de Anderson? No. Fue porque ustedes dos son jóvenes y lo que tienen como referencia y respaldo es la herencia familiar.

— No estoy segura de entender —dijo Gabrielle con genuina confusión, aunque empezaba a sospechar.

— ¿Acaso no oíste lo que él dijo en la reunión? Tu padre realmente fue una leyenda, y uno de los mejores detectives que esta ciudad ha tenido. Muchas guerras contra el crimen organizado y la corrupción fueron ganadas gracias a él. Por un instante, Gabrielle sintió deseos de largarse a llorar pero no lo hizo. La mención tan apreciativa de quien su padre había sido no podía dejar de emocionarla. Especialmente conociendo la verdad de su estado actual.

— Y también sabes lo que el padre de Anderson hizo —prosiguió O'Malley—. La cantidad de vidas que salvó.

Gabrielle asintió y supo enseguida a qué se refería su Jefe. Si ella recordaba bien, y estaba segura porque había sido un momento histórico en su época y uno que se condecoraba de forma anual en la ciudad, el padre de Anderson se llamaba Elijah Gustav Anderson y había sido el famoso bombero que salvó a unas treinta y cinco personas de un edificio colapsado en llamas luego de que un atentado terrorista lo hiciera estallar en el aire. Lo más interesante de todo era que aún antes de que la estructura y los cimientos del edificio cedieran, ya había logrado salvar a otras cincuenta personas atrapadas al principio de la evacuación, atravesando llamaradas y humo denso.

— ¿No lo ves?—continuó O'Malley—. El Intendente los eligió porque el heroísmo corre en la sangre de ustedes.

Gabrielle sintió que esta última apreciación estaba de más y con toda certeza, era invento del propio O'Malley para acentuar su punto, como siempre lo hacía. Sin embargo, no le molestó. En cambio, volvió a sentirse orgullosa y triste a la vez.

— Pero no des nada por sentado si desobedeces—dijo su Jefe con repentina severidad.

Ella asintió. Nunca antes había recibido una orden/amenaza de ese estilo por parte de su jefe. Para el hombre, proteger el proceso electoral era tan importante y tan urgente como para Gabrielle era encontrar a Vopreko.

Al menos, tenían eso en común.

Unos minutos más tarde, Anderson se reunió con Gabrielle en el despacho de

ella. No podía creer lo que le había solicitado al Intendente. Ambos estaban de pie mirándose el uno al otro con confianza pero discutiendo.

— ¿Quieres que tome las riendas del operativo yo solo?—dijo él—. ¿Y qué, tú irás por tu cuenta al lugar de las coordenadas y sin respaldo? ¿Acaso estás loca o qué?

— Alguien debe quedarse. O'Malley lo ha dejado en claro. Además, lo dibujan más peligroso de lo que es en verdad. La mayoría aprueba el referéndum, no habrá graves incidentes.

— ¿No puede esperar?

— No —dijo convencida Gabrielle—. Ha esperado lo suficiente.

Anderson calló un instante, dudando y pensando. Gabrielle reparó en él y sintió lástima. Le estaba pidiendo demasiado, pero era lo necesario. Debía atrapar a Vopreko y terminar con todo esto. Resolver el misterio de una vez y dar cierre final a la obsesión.

— Escucha—le dijo Gabrielle adoptando un tono más amistoso y comprensivo —, te prometo que te ayudaré. Mañana estaré donde tenga que estar.

— ¿Crees poder mantener esa promesa, Gab?

— Mi carrera depende de ello.

Anderson lanzó una risita irónica.

— Sólo deja que haga esto —dijo Gabrielle.

— De acuerdo —dijo él al cabo—. Hazme saber qué encuentras.

— Lo haré.

— Si fuera detective a esta altura—dijo Anderson—, estas cosas no me pasarían.

27

A lo lejos se asomaban dos enormes antenas de teléfono. Gabrielle supo que estaba cerca. Así lo indicaba su GPS, cuya pantalla mostraba al vehículo desplazarse por una línea de color oscuro que atravesaba un plano de color beige. No distaba mucho de lo que Gabrielle podía ver a través de su parabrisas; en efecto estaba conduciendo por de un verdadero desierto.

Pese al brillo del sol, mantuvo las ventanas cerradas. El frío exterior era paralizante, y más aún en semejante paisaje despoblado.

«El medio de la nada» se dijo a sí misma, recordando las palabras de Anderson y pensando cómo estaría lidiando ahora con O'Malley y el operativo de seguridad. El GPS le indicaba cinco minutos más. En su pantalla podían verse las coordenadas con perfecta claridad: «33°04'40"» y «60°48'44"».

Luchó con la ansiedad hasta el último minuto. A simple vista no parecía haber nada sospechoso o peligroso. Directamente no había nada allí. Pero no bajó la guardia. Empezó a aminorar la velocidad. Pronto el GPS le indicó que había llegado a destino, pero para ella era lo mismo que nada. ¿Qué diferencia había

entre detenerse unos cien metros detrás que hacerlo ahora? Sin embargo, lo hizo. Detuvo el auto sobre la banquilla y miró al GPS. «Arribando a destino a la derecha» decía. Apagó el motor y salió del auto, sintiendo la fría brisa restante de la tormenta. Pero la nieve era inexistente en aquella zona, casi opuesta al pueblo de Tinetele. Tan sólo quedaban restos de la cencellada blanca que parecía haber azotado la zona durante los últimos días.

Miró hacia ambos lados. Nada más que campos casi desérticos, con una vegetación pobre muerta por la helada. Por debajo de las agujas de hielo y la escarcha, la tierra era de color marrón grisáceo. Sin embargo, todavía se mantenía húmeda y aparentaba— quizás sólo a ojos de Gabrielle— ser fértil.

Esperó un instante creyendo que ahora que se encontraba allí, algo sucedería. Pero sólo hubo viento.

Convencida que debía actuar, empezó a caminar el campo, adentrándose. Miró en todas las direcciones: arriba en el cielo, abajo en la tierra y a los cuatro puntos cardinales. No sabía exactamente qué buscar.

«Tal vez haya sido una última tomadura de pelo» pensó. La posibilidad de que el «mudo» simplemente jugase con ella y sus expectativas ahora no le resultaba tan improbable. Anderson tenía razón, después de todo. Agradeció que él no estuviera aquí como ella, seguramente perdiendo el tiempo, y diciéndole: «te lo dije».

Recordó que el GPS había indicado el destino con un punto casi a la mitad del campo y, por razones obvias, no la había guiado exactamente a ese punto. Por lo cual, buscó en su bolsillo el teléfono móvil, activó el servicio de GPS y volvió a introducir las coordenadas. Según este nuevo GPS, debía avanzar unos cien metros más. Cuando lo hizo, se frenó en el punto exacto. Más de lo mismo, nada diferente. Pero ella estaba allí, en el lugar indicado.

Inspeccionó la zona y en especial el suelo. Se agachó sobre sus rodillas y echó otra mirada atenta; la tierra parecía revuelta, como si alguien hubiera desenterrado algo allí. «O enterrado» pensó Gabrielle y ésa fue la chispa. Con sus manos, comenzó a mover la tierra y a pesar de no descubrir nada enseguida, supo que estaba en lo correcto. Había algo allí.

Regresó a su auto y del baúl sacó una pala. En pocos minutos, estaba cavando. Al rato, cuando creyó que sacaba y sacaba tierra sin encontrar nada, vislumbró algo que la obligó a detenerse por completo. Aunque no lo esperaba, vio con total claridad cómo un hueso sobresalía entre la tierra. Al principio, imaginó cualquier tipo de razón. El cadáver de un animal, de una vaca, un caballo o un venado que se había descompuesto en la tierra y sus restos fueron cubiertos en profundidad por alguna tormenta o viento. Pero algo le decía que era humano, a pesar de no estar segura aún.

Retomó la actividad con el mismo afán como si fuera una arqueóloga profesional. Siguió una especie de senda invisible que la guio a desterrar más y más. Para cuando terminó, no le quedó ninguna duda. Se irguió y miró hacia abajo en la tierra. El esqueleto era humano.

Levantó la mirada, como si buscara alguien con quien confirmar su descubrimiento. Pero no había nadie a la redonda, tan sólo ella y el esqueleto.

Tardó cinco minutos en pedir refuerzos. En ese momento no le preocupó si interrumpía los procedimientos del operativo o no. Tenía que lidiar con esto ahora.

Confirmado los refuerzos en camino, regresó al auto y lo acercó al lugar del hallazgo. Se detuvo a varios metros para evitar arruinar más lo que ahora consideraba era dos cosas: o un sitio arqueológico, o la brutal escena de un crimen.

Esperó cerca de cuarenta minutos dentro del auto, cuidando el sitio. En todo ese tiempo sólo dos camiones de carga atravesaron la ruta. El resto del tiempo lo pasó junto a sus pensamientos, tan así que los cuarenta minutos le parecieron diez.

Una equipo de forenses, tres patrulleros y una pequeña excavadora pronto rodearon el pequeño pozo que Gabrielle había cavado con increíble rapidez. En poco tiempo, la excavadora sacó más tierra alrededor del esqueleto y pronto la escena se volvió espeluznante. Ya no era un solo esqueleto desenterrado.

Gabrielle se sorprendió de ver a Anderson salir de la parte trasera de un patrullero y dirigirse hacia ella, esta vez sin llevar ese gorro de estilo ruso tan característico de él. Sin embargo, no le preguntó enseguida qué hacía allí ni tampoco porqué o cómo había podido abandonar el operativo en ese momento.

Su compañero se ubicó a su lado, al pie de lo que ahora había dejado de ser un simple pozo en la tierra para convertirse en una verdadera fosa de esqueletos que se extendía casi unos cien metros de longitud.

Al mirar la fila de esqueletos, de ligeras diferencias en tamaño y no todos en su totalidad, Anderson no pudo evitar sentir una genuina repulsión. Supo disfrazarla con destreza.

— ¿Cuántos?—dijo.

— Al menos seis—replicó Gabrielle.

Anderson se volvió hacia ella, extrañado.

— ¿«Al menos»?

— Están buscando más —dijo Gabrielle sin quitar la mirada de los esqueletos.

Anderson reparó en la excavadora, a unos metros más lejos de ellos, que continuaba removiendo tierra.

— ¿Crees que haya más?

Gabrielle simplemente movió la cabeza y luego se encogió de hombros. Luego, habló:

— ¿Cuán viejos crees que son estos esqueletos?

— No tengo idea—respondió Anderson—. Los chicos del Departamento Forense podrán determinarlo. Al menos haz hecho bien en venir preparada con una pala en el baúl.

Gabrielle no respondió a su comentario y Anderson continuó.

— ¿Qué piensas?

— Él nos condujo aquí —dijo Gabrielle levantando la cabeza y haciendo contacto visual con su compañero.

Anderson no necesitaba más. Sabía perfectamente quién era «él».

— Esto tiene que significar algo —agregó Gabrielle y su compañero asintió.

— La pregunta es «qué».

Ninguno pudo articular una respuesta.

— Dudo que el «mudo» haya tenido un último momento de consciencia antes de morir y que en un esfuerzo por redimirse nos haya guiado hasta donde escondía sus víctimas. No es ningún asesino.

— Estuvo cerca de serlo.

Anderson volvió a mirar los restos.

— Me siento engañado —dijo—. Esto no nos dice más de lo poco que ya sabíamos. En todo caso, nos da vuelta todo.

Minutos después, pasado el mediodía y con el cielo albergando una neblina que parecía no traer lluvia, la excavación se dio por terminada.

El capataz del equipo excavador se acercó a ambos oficiales.

— Encontramos al último —dijo—. Un total de siete esqueletos, casi completos.

— Gracias —dijo Anderson y el capataz se retiró—. Vamos, Gab. Dejemos que retiren los restos.

— ¿Cómo sabía él de esto?—dijo Gabrielle—. ¿De este lugar exacto? Anderson movió la cabeza en total extrañeza.

— Hasta que no sepamos quiénes son las personas enterradas allí, no lo sabremos —dijo él.

Gabrielle llamó la atención del forense con un grito apagado. Éste, un hombre ya entrado en sus sesenta años, se acercó sosteniendo una pequeña libreta.

— Vamos a necesitar pruebas de ADN—le dijo Gabrielle—. Pero quiero que pongan especial atención en este esqueleto.

Al mismo tiempo señaló el primero que había encontrado.

— Averigüen quién es. Gracias.

El forense asintió y se marchó.

Gabrielle habló en voz alta:

— Él nos mostró estos restos primero que todos los otros.

— ¿Crees que lo hizo a propósito?—dijo Anderson confundido.

— Comienzo a creer que con el «mudo» todo fue deliberado.

Anderson asintió y pensó un instante. Luego, comentó.

— Haré todo lo posible para que O'Malley no derive este caso a nadie más. No quiero que ningún detective nos lo arrebate. No hasta que tengamos respuestas.

28

Gabrielle y Anderson regresaron a la estación en el auto de ella. En todo el trayecto de regreso, atravesando la ruta encerrada por los gélidos campos despoblados, Gabrielle no logró calmar su ansiedad por enterarse cuanto antes del origen de esos huesos y a quiénes pertenecían.

Su compañero se ofreció a conducir y eso le permitió hundirse en sus pensamientos por un tiempo. Anderson hablaba en voz alta, primero del extraño hallazgo y ahora del operativo de seguridad del referéndum.

— Cuando escuché el pedido por refuerzos, supe enseguida que habías dado con algo importante —dijo él—. En caso contrario, lo hubieras resuelto por ti misma. No podía perdmelo por nada del mundo.

— ¿A quién dejaste a cargo del operativo por el momento?

— A nadie —dijo—. O'Malley no sabe aún que estoy aquí. Pero no importa, no será un problema. Todavía podemos garantizarle seguridad al referéndum.

— Te agradezco que me cubras en ésta.

Anderson sonrió y luego asintió.

— Si me prometes que no ha sido en vano, que verdaderamente hay una investigación aquí y que tenemos algo sustentable con lo cual atrapar al «Albino», lo haré con gusto.

— Si O'Malley te enfrenta por esto, dile que yo te llamé. Échame la culpa a mí. Y no te preocupes por el referéndum. Todo marchará bien.

— Eso espero. ¿Tú votarás?

Gabrielle fue sorprendida por la pregunta. Lo que menos pensaba era en el referéndum que se iniciaba al día siguiente.

Miró a su compañero e intuyó que quizás éste intentaba despejarle la mente al menos un breve instante del macabro hallazgo.

— Supongo —dijo ella—. Sí...

— Yo sólo espero poder aprovechar el medio asueto legal de mañana para hacer otras cosas además de votar. Dios sabe cuánto necesito un buen descanso de este trabajo.

Gabrielle asintió. Su cabeza estaba dividida ahora entre resolver el extraño caso y la votación.

— Estaba pensando —continuó Anderson ahora con tono menos trivial y más

severo—, sobre lo que encontramos allí atrás. Si lo hubiéramos encontrado más tarde, o después de finalizado el referéndum, quizás no podríamos continuar la investigación. Eso campos pronto serán fronteras limítrofes.

Gabrielle comprendió a lo que iba. Aprobada la moción de la soberanía de Rosthalion, se hubieran encontrado en un verdadero problema de jurisdicción.

— ¿Hasta dónde llegará la totalidad del Estado Soberano?—preguntó ella.

— No estoy seguro aún. Pero, ¿ves allí?

Anderson señaló a la distancia, unos tres kilómetros adelante, lo que parecía un sitio de construcción. Gabrielle lo miró con atención. Su compañero lo había logrado: había despejado su mente por un breve instante.

— ¿Es eso...? —dijo ella pero su compañero terminó la frase.

— Sí, creo que están construyendo un paso de frontera.

— ¿Cuán grande crees que lo harán?

— Depende cuán seguro quieran hacernos sentir dentro de nuestro territorio. Pero no creo que sean demasiado duros. Oí que algunas fronteras no contarán con controles y serán sólo líneas invisibles. Ya sabes, como el viejo tratado Schengen.

— ¿Fronteras libres con sólo un cartel?—dijo Gabrielle incrédula. Algo le parecía raro de todo eso—. Me cuesta creerlo.

Anderson asintió y luego calló.

Pasaron con el auto por el sitio de construcción y ambos le dieron una larga mirada. Al alejarse, retomaron la conversación.

— De cualquier manera—dijo Anderson—, tenemos suerte de seguir con este caso ahora. Un poco más y estaríamos con nada. Si es que no lo estamos ahora. De repente, Anderson notó de reojo la preocupación en el rostro de su compañera.

— ¿Qué sucede?

— Sabes, otra cosa se me acaba de ocurrir —dijo ella.

— ¿Qué?

— Si no encontramos a Vopreko pronto antes de la aprobación del nuevo Estado... y él escapa en la frontera... No tendremos forma de detenerlo. Será libre.

— ¿Cómo?

— Sabes cómo están las cosas con el País. Si el referéndum, mejor dicho, cuando el referéndum sea aprobado, el Estado Soberano de Rosthalion se encontrará en cierta desventaja política con el País.

— ¿Crees que ellos no extraditarán a un criminal buscado por la ley? ¿Todo por una cuestión de principio político? Diablos, de ego político.

— No sólo eso. Jamás reconocerán nuestra ley.

Se produjo una breve pausa. Ninguno de los dos había considerado esa posibilidad hasta ese entonces.

— Si Vopreko sale del Estado Soberano, tendremos que romper todas las leyes para encontrarlo —sentenció ella.

Anderson la miró y pronto la preocupación se le contagió.

— ¿Cuánto más crees que puedes cubrirme con O'Malley? —dijo Gabrielle.

— ¿Qué tienes en mente?—dijo Anderson casi con tono cómplice.

— Pistas sobre el pasado de Vopreko. Necesito que me dejes en un lugar. Llévate el auto contigo. Quién sabe, quizás de esa manera O'Malley crea que estoy realmente allí.

Anderson sonrió.

— Tan pronto como termine, regresaré—agregó Gabrielle.

29

Gabrielle le explicó a su compañero todo lo que había averiguado del «Albino» hasta que se detuvieron en la entrada de un edificio de baja altura, similar a una escuela. Se despidió de Anderson y éste le dijo que lo llamara si necesitaba algo. Luego, lo observó marcharse con su auto. Dio media vuelta y se encontró con el cartel de entrada que decía, en letras clara y medianas: «Vida Por Vida».

Ingresó.

Gracias a su placa, no tardó en hablar con una de las directoras de la organización. Ésta, de tez blanca y cabello rubio, la invitó a su despacho personal. En la puerta, Gabrielle releyó el nombre con el cual la directora se presentó: «Ariadne L. Brown». — La Directora original —comenzó a decir Ariadne—, la señora Latique, estuvo al

mando de la organización durante esos años que usted consultó.

— 1970 y 1980 —repitió Gabrielle y Ariadne asintió.

— Lamentablemente ella falleció en el año 2001 a causa de un repentino brote de

ébola en las regiones donde la organización tiene sus bases. Sin embargo, si la persona que usted dice trabajó con nosotros durante esa década, muy probablemente se encontrará en los «Anuarios».

— ¿«Anuarios»?

— Es simplemente un apodo para el registro de las distintas campañas que hemos llevado a cabo a lo largo de los años.

— ¿Tienen un registro de cada año?

Ariadne asintió.

— Son anuales, sí. Los de esa época con toda seguridad serán álbumes de fotografías. Fueron los primeros años, no había tanta tecnología como ahora.

— ¿Puedo verlos?

— Por supuesto. ¿Cuál quiere ver?

— Todos. Los diez registros entre 1970 y 1980.

Poco tiempo después, le fue concedida una especial oficina para repasar uno por uno los registros que, como la directora bien le había dicho, consistían principalmente en fotografías y artículos periodísticos.

En la hora que le llevó hacerlo, su teléfono sonó dos veces pero no lo atendió. Más tarde vio que se trataba de Anderson y otra llamada de un número desconocido. Fue en el registro del año 1971 que pasó por una foto que le llamó la atención. La misma se veía algo nublada y descolorida, producto de aquella época, pero todavía era visible. Lo suficiente para discernir a un joven Vopreko junto a un bebé de tez negra en sus brazos. Aunque estaba casi irreconocible, Gabrielle supo que era él. Su aspecto era inconfundible entre todos. Lo que le llamó la atención fue la sonrisa fresca con la que casualmente miraba a la cámara. No parecía haber nada más que inocencia en su rostro y en su cuerpo debilucho. Pero los ojos... quizás los ojos guardaban la verdad desde aquel entonces, la verdad de lo que ese joven se convertiría años después. Gabrielle regresó al despacho de Ariadne y le señaló la foto.

— Es él —le dijo—. ¿Quién está en sus brazos?

Ariadne inspeccionó la foto con una mueca en su rostro.

— Es difícil de saber —dijo.

— ¿Tienen una lista o algo de las personas que han ayudado a lo largo de los años?

— Puedo averiguárselo, pero quizás lleve un tiempo.

— De acuerdo. ¿Sabe de alguien que haya conocido a este empleado en persona?

— Lamentablemente, la mayoría han muerto y según tengo entendido, no estuvo mucho tiempo con nosotros. Pero haré el intento de todas formas.

— Avísame en cuanto lo sepa—dijo Gabrielle y de su bolsillo sacó una pequeña tarjeta que entregó a la Directora—. Aquí tiene mi tarjeta. ¿Le molesta si me quedo con esta foto?

— Lo siento, eso no será posible.

— ¿Me deja al menos sacarle una foto con mi teléfono?

Ariadne dudó, pero luego asintió.

— Gracias —dijo Gabrielle y luego de sacar la foto, reiteró que le avisen y se despidió.

Antes de regresar a la estación, se tomó un autobús hasta la casa de su padre. Tomó un café junto a él. Se lo veía bien, aunque le llevó un buen tiempo reconocerla y esta vez se perdía en sus recuerdos con mayor frecuencia. Vieron televisión y charlaron con cierta distensión, aunque Gabrielle se vio tentada

numerosas veces en mencionar de nuevo el nombre de «Vopreko» y ver qué recuerdos despertaba esta vez en su padre. Quizás le revelaría algo más, algo que ella estuviese necesitando para agilizar la investigación. Pero no pudo hacerlo. No era lo correcto poner a su padre en mayor estrés ni manipular sus emociones para que de alguna forma escupiese todos los secretos que se encontraban ahora guardados dentro de su mente.

En cambio, prefirió pasar un poco de tiempo con él hablando nimiedades. En una ocasión, la televisión transmitió un anuncio publicitario de la campaña por el Nuevo Estado de Rosthalion, la cual tenía como máximo referente al Intendente Grittver, próximo a ser Presidente.

En el anuncio Grittver pronunció las siguientes palabras:

— El 11 de Mayo nuestra ciudad renacerá. Nos volveremos uno con nosotros mismos y nos libraremos de toda la corrupción y de toda la debilidad que nos rodea y nos amenaza día a día. Seremos los pioneros en convertir la totalidad de un Estado en un esfuerzo colectivo, en una sola unidad de virtudes, de principios y de ideología. Juntos, demos el «SÍ» a nuestra independencia. Unidos, somos un solo poder. Somos una sola alma.

Y esa era el eslogan del anuncio con el cual la imagen del Intendente se fundía a blanco

y sólo las letras, en colores azules, se mantenían con total inmovilidad: «UN SOLO

PODER. UNA SOLA ALMA».

Faltaba poco. Sin embargo, a su padre no parecía importarle en lo más mínimo. Ni

siquiera sabía qué estaba sucediendo. Por alguna razón que Gabrielle no terminaba de

comprender, esa noche su padre se distraía con mayor facilidad que otras veces y perdía

la mirada mientras era invadido por lo que sea que su mente le mostraba.

Lo acompañó hasta que él decidió echarse una siesta. Lo ayudó a acostarse y luego de

arroparlo, le pidió que no durmiera mucho y le prometió que en algún momento de

mañana volvería a visitarlo. Afuera, la señora Moore esperó paciente y acordó llamarlo

a determinada hora.

Después de despedirse, Gabrielle volvió a esperar el autobús que la llevaría de regreso a

la estación. Mientras esperaba, no pudo sentirse al menos un poco más aliviada.

Después de todo lo visto aquel día, una simple y amena visita a su padre era todo lo que necesitaba para despejar la mente.

Agradeció ese momento de distensión y apenas llegó, retomó el trabajo.

Al reunirse con Anderson, repasaron lo planificado para el operativo de seguridad y en

pocos minutos estuvo al tanto de todo.

30

Cuando Jonathan golpeó la puerta del despacho, sintió nervios. El mismo ya no pertenecía más al viejo Pastrunni, sino a su hermano Silvio. Y lo poco que sabía de él era suficiente para desconcertarlo.

Todo el trayecto de regreso de Rosthalion no dejó de pensar en el ataúd con cronómetro y cuánto tiempo restante le quedaría ahora mismo. Y por supuesto, a qué conducía la cuenta regresiva.

Pensó en preguntarle a Silvio Pastrunni, pero no estaba seguro de si encontraría las respuestas.

Lo hicieron pasar y en poco tiempo el hermano de Otto habló, sin mayores reparos.

— Has hecho un buen trabajo —le dijo—. Me han notificado que a pesar de las grandes dificultades y contratiempos, el paquete llegó a salvo. No sé con seguridad si mi hermano te pagó antes de que emprendieras camino, pero no importa si lo hizo o no. Quiero extenderte una compensación extra por todos los daños sufridos y porque tu propia vida fue puesta en peligro por llegar a destino. Todos te lo agradecemos.

Jonathan asintió, poco convencido.

Silvio hizo un ademán y uno de sus hombres acercó un maletín que extendió a Jonathan.

— Cien mil—dijo Silvio—. Limpios.

El hombre del maletín lo apoyó sobre el escritorio, lo abrió y reveló el dinero por dentro. Jonathan lo miró de reojo, comprobando su veracidad. Seguido, el hombre cerró el maletín y se lo entregó.

Silvio Pastrunni continuó hablando:

— Y por supuesto que de ahora en más, yo llevaré a cabo la administración de lo que queda de esta organización y me gustaría contar contigo para futuros trabajos.

— Por supuesto —dijo Jonathan—. Siempre trabajé exclusivamente para Otto Pastrunni. Y eso incluye su familia completa.

— Me alegra saberlo. Puedes retirarte. Tómate unas vacaciones y disfruta del pago.

Deja que nosotros nos preocupemos por esta grave situación.

Jonathan volvió a asentir y comprendiendo la indirecta, tomó el maletín con cierto recelo. Luego retrocedió un paso.

— Gracias, señor —dijo Jonathan y empezó la retirada.

— Y ten cuidado —le dijo Silvio—. Seguimos en guerra a pesar de todo y cada uno

de nosotros, sin importar su posición, está en grave peligro.

— Entiendo.

Y sin más, Jonathan se marchó.

Cuando llegó a su casa, un pequeño apartamento cuya sola y angosta ventana miraba a un complejo de edificios de tosco exterior, decidió despejar su mente de todo el asunto con una taza de café y un cigarrillo.

Encendió la cafetera en la cocina y dejó que calentase. Al regresar a la claustrofóbica sala de estar, reparó en el maletín con el dinero. Tomó asiento y le echó una larga mirada, mientras fumaba.

Era demasiado dinero para guardar en un apartamento tan sucio e inseguro como el suyo. En cambio, tenía que llevarlo al banco. Justo cuando se preguntaba por qué le habrían pagado en efectivo, se puso de pie y caminó hasta el maletín con la intención de ver el dinero una vez más. Quizás, a partir de ahora, no tendría que seguir trabajando para la mafia.

Sosteniendo el cigarrillo en sus labios y con ambas manos libres, destrabó el maletín. Levantó la parte superior y justo cuando dejaba posar sus ojos sobre el reluciente papel que significaba riqueza y poder en ese mundo, sintió un sonido aterrador. Fue un pitido rápido y agudo, in crescendo. Pronto se dio cuenta lo que significaba. — Mierda... —llegó a decir.

Entonces se dio media vuelta y se echó hacia atrás con un ímpetu sobrehumano. La bola de fuego surgió del interior del maletín y la onda de choque le dio un fuerte empujón, lanzándolo contra la pared opuesta de la sala de estar mientras todo comenzaba a incendiarse al instante.

En algún breve instante consciente de su vuelo por los aires, Jonathan comprendió lo que estaba pasando. Su única pregunta fue si sobreviviría. Después de eso, todo fue negro.

En ese mismo momento Gabrielle regresaba a casa después de un largo día. La única imagen que tenía en su cabeza eran los esqueletos encontrados.

Pero se apresuró en ocuparse de otras cosas por el momento. Buscó el sobre que había recibido esa misma mañana, lo abrió y luego buscó un bolígrafo. Con más que dudas al respecto y un gran aura de incertidumbre nublando su visión del futuro inmediato, marcó la casilla correspondiente a la opción «Sí», sellando de esa manera el destino de muchas personas.

Sin embargo, en ese momento no lo supo. Ni lo sabría hasta más adelante.

REFERÉNDUM

1

La votación comenzó a las seis. La mayoría de las personas cumplieron con su deber cívico en las primeras horas de la mañana, pero todavía faltaba el resto de los votantes, quienes se dividieron entre aquellos que votarían más tarde en el día, los que se tomarían hasta el viernes y por último, la baja minoría que votaría en contra. Anderson y Gabrielle patrullaban las calles desde temprano, junto a otras unidades móviles que se dividían por el resto de la ciudad. Habían trazado una hoja de ruta específica que los llevaba por los principales centros de voto para quienes no podían votar desde sus casas, como Gabrielle lo había hecho la noche anterior.

En total, el recorrido les llevaba un poco más de dos horas según la velocidad a la que iban, la cual debía ser baja para mayor vigilancia. Por lo general, eran acompañados de tres o a veces cuatro autos más, un atrás del otro. El objetivo principal era mantener las calles seguras de manera constante; a cada minuto y a cada hora, debía haber un patrullero haciendo ronda, para luego volver a pasar por ese punto exacto dos horas después. Gabrielle lo comparaba con una especie de carrusel de seguridad. Arriba en el cielo sobrevolaban algunos helicópteros. También los servicios de bomberos y de emergencias estaban preparados para salir ante el primer llamado. De manera periódica, los distintos patrulleros se comunicaban entre sí, pasándose actualizaciones en cada situación o informando sobre detenciones. Dichas detenciones era simplemente preventivas y estaban apuntadas a aquellas personas sospechadas de generar problemas o incitar a la violencia. Desde que habían empezado, hubo un total de diez arrestos hasta el momento, un número considerado bajo.

Gabrielle conducía con paciencia y Anderson estaba abocado a la pantalla del GPS que le permitía ver su posición en la ruta de seguridad.

— Ya se puede sentir el cambio —le comentó él.

Gabrielle asintió y miró hacia afuera. Uno de los centros de votación se encontraba bastante concurrido y la gente aguardaba en una larga fila que se extendía hacia afuera. Anderson levantó la vista y se unió a su compañera a observar el centro. Casi como un acto reflejo, Gabrielle aminoró la velocidad. Pasaron por la entrada sin notar nada fuera de lo normal.

— Cuando este viernes anuncien la victoria—dijo Anderson—, tendremos que estar también presentes en la asunción del lunes.

— Lo sé—contestó ella.

Retomaron velocidad y siguieron la ruta designada.

— Será un dolor de cabeza—agregó él.

— Todo este asunto lo será una vez que las nuevas leyes entren en vigencia y todo el sistema social se reestructure.

— Lo sé. ¿Dónde nos dejará eso, verdad? Quién sabe, tal vez entonces sí nos hagan detective. O al menos, yo insistiré para que pase.

Se produjo una breve pausa y Gabrielle volvió a hablar.

— ¿Qué piensas de esto? ¿Del referéndum?

— ¿No es un poco tarde para preguntármelo?—dijo Anderson con una mueca de sonrisa—. ¿A qué te refieres? Ya sabemos cómo es. Lo hemos hablado.

— Sí. Pero a veces me pregunto si esta es la forma correcta.

— Yo creo que será interesante. Grittver sabe lo que hace. Tiene carrera militar y ha estado en las calles también. Sabe con la clase de problemas que lidiamos día a día; las mafias y el crimen. Vamos, Gab. Este tipo ha pasado los últimos cinco años haciendo campaña para este momento. Y en esos cinco años se ganó la confianza total de la ciudad. Es un logro enorme. ¿Cuándo fue la última vez que las personas de aquí estuvieron de acuerdo la mayoría en algo?

— Nunca ha habido una figura política como ésta —dijo Gabrielle—. Alguien que logre semejante cosa.

— ¿Pero...?

— Sin «pero». Sólo que... conoces el dicho, ¿verdad? «Divide y conquistarás».

— ¿Temes que la independencia nos genere problemas con el resto del País?

— Temo lo que puede llegar a generar en las personas.

— ¿Por qué entonces votaste a favor del referéndum?—le preguntó él. A pesar de que Gabrielle no supo qué decir, no tuvo tiempo de hacerlo. Fueron interrumpidos por algo que ninguno esperaba ver.

La zona era un barrio residencial de lujosas viviendas y extensos parques que ahora se encontraban cubiertos de nieve. De las copas de los árboles se desprendía la nieve acumulada, brillando a la distancia por la luz del sol. A escasos metros de allí se encontraba una escuela primaria que también servía como centro de votación. Pero ni Anderson ni Gabrielle tenían la atención puesta en el centro, como era su trabajo. En cambio, posaron sus ojos sobre una escena siniestra, que si no fuera por la plena luz del día, podría bien pertenecer a una película de terror.

— Dios santo... —exclamó Anderson mientras se acercaban con el auto. Podían verlo con total claridad, a pesar del pequeño grupo de gente que se había formado alrededor del árbol que marcaba la entrada al parque principal de la zona. Gabrielle frenó el auto y miró hacia arriba. De una gruesa rama del árbol

colgaba el cuerpo ahorcado de un adulto. Se balanceaba apenas en su lugar, movido suavemente por la fría brisa de esa mañana. Por encima de su cabeza, y clavado contra la corteza del árbol, se podía ver un cartel con el mensaje: «SALGAN DE NUESTRO PAÍS».

— Los nacionalistas hicieron esto —dijo Gabrielle.

— Probablemente ese tipo no haya nacido aquí —agregó Anderson—. Debe venir del País.

Gabrielle abrió la puerta para salir y Anderson reportó la situación en la radio policial. Luego, él también salió y miró alrededor, notando la escuela a lo lejos.

— Diablos, ¡y con una escuela cerca! —dijo—. Malditos animales.

— Bien, despejemos a toda esta gente.

Se acercaron y la pequeña multitud los notó. Algunos se desprendieron y se alejaron totalmente de la escena apenas Anderson se los ordenó. Otros se mantuvieron en su lugar, profiriendo insultos y malestar por toda la situación. Y por último, Gabrielle creyó oír que alguien exclamaba a favor de los linchamientos contra extranjeros y algo de que venían a explotar las riquezas de la ciudad, pero jamás pudo saber quién fue. Cuando finalmente la multitud se dispersó, incluyendo los más reacios, ambos oficiales miraron el cadáver. No sólo había sido ahorcado hasta la muerte, también su cuerpo presentaba todo tipo de cortes y moretones.

— Ningún otro patrullero reportó haber visto esto antes de que llegáramos nosotros —dijo Anderson—. ¿Cuándo crees que fue?

— No hace mucho. Sabían que veníamos y esperaban al primer patrullero de la siguiente ronda. Nos tocó a nosotros.

— Le han dado una buena paliza —Anderson inspeccionó las heridas en el abdomen.

Gabrielle miró a la escuela a la distancia, y luego reparó sobre el cuerpo y el árbol.

— No lo hicieron sólo para nosotros —dijo—. Quisieron poner el ejemplo.

— ¿Para quién?

Gabrielle hizo un pequeño ademán con la cabeza.

— Los votantes. Puede verse todo desde aquí. Y los niños. Probablemente esto haya sido obra de los partidarios de la independencia. Los que creen que la soberanía significa «limpieza social».

Anderson no hizo comentario alguno al respecto y reparó de nuevo en el cuerpo.

— Deberíamos bajarlo antes de que más gente lo vea—dijo él.

— Y llamar a la ambulancia para que se lo lleve. Alguien del País lo reclamará. Anderson se movió por detrás del árbol, analizó un segundo cómo llevaría a cabo la tarea y luego comenzó a trepar hasta llegar a la rama. Cuando estuvo

cerca, sacó su navaja.

— ¿Lo tienes cuando caiga?—dijo él.

— Lo tengo —replicó Gabrielle.

Anderson comenzó a cortar la cuerda, que era más gruesa y tosca de lo que parecía.

— Te digo —dijo él—, si vamos a estar encerrados con personas que hacen este tipo de cosas... hubiera cambiado mi voto hoy. Un rotundo «NO» habría bastado. Pero supongo que de eso se trata, ¿no? Que las cosas cambien para bien.

Pero Gabrielle no hizo comentario alguno y esperó. La cuerda se cortó y ella logró sostener el cadáver tomándolo de las piernas. Era más pesado de lo que creía.

— Tú deberías estar haciendo esto y no yo —se quejó ella, mientras lo dejaba deslizar (o más bien se deslizaba solo) por sus manos hasta terminar en una caída amortiguada.

— Vamos, te vendrá bien el ejercicio —dijo Anderson bajando del árbol. Unos minutos después, el servicio de ambulancia llegó junto a los otros patrulleros que le seguían en el orden de la hoja de ruta. Intercambiaron palabras con ellos mientras reparaban sobre la situación y analizaban cómo seguir. Después, la ambulancia cubrió el cuerpo y se lo llevó. Uno de los patrulleros decidió quedarse en el área para vigilar que no hubiera repercusiones y llevar a cabo la investigación para encontrar a los culpables de semejante crimen.

Anderson y Gabrielle regresaron al auto. En total, ese pequeño incidente les había llevado unos cuarenta minutos de su cronograma. Sin darle mayor importancia, retomaron la ruta de seguridad.

Sin grandes incidentes, fueron revelados una hora después. Gabrielle aprovechó ese momento para avanzar con su investigación de Vopreko. Sabía exactamente qué haría a continuación, pero prefirió no decírselo. En cambio, le dijo que visitaría a su padre y luego regresaría a la estación para continuar con el operativo hasta la hora en la que cerraba la votación por el día, a las 6:00 p.m.

Su razón por ocultarle ese pequeño detalle a Anderson era simple; no formaba parte del caso principal. Era una investigación paralela que le serviría para conocer a su enemigo —y el enemigo de su padre— y facilitar su captura. De cualquier manera, no sentía que le ocultaba información a su compañero. La pista principal eran los esqueletos encontrados y Anderson sabía lo mismo que ella. Debían esperar los resultados del ADN. Y por el momento, ése era el único punto de partida.

Aunque no se trataba de su padre, Gabrielle debía visitar a un débil anciano. Tomó su auto y se dirigió hasta una casa de retiro. Al llegar, preguntó por

Clarence Reville, mostrando su placa. Si no fuera por ésta, no le hubieran dejado verle, más allá de que según un cartel en la entrada dijera que los horarios de visita eran las veinticuatro horas. «Para familiares, seguro» pensó.

2

Mientras la enfermera guiaba a Gabrielle por el pasillo principal de la casa de retiro en camino al comedor principal, le dijo que tenía suerte. El señor Clarence Reville se encontraba en perfectas condiciones mentales pero su capacidad motor era casi nula y, además de desplazarse en una silla de rueda motorizada, debía ser asistido para la mayoría de las tareas cotidianas como levantarse de la cama o ir al baño. Gabrielle se imaginó si los papeles se hubieran invertido y su padre estuviese aquí. Si, el lugar parecía más cuidado y ameno que su casa, pero no tenía esa sensación hogareña. Al menos, no para Gabrielle. A pesar de ciertos lujos que podía encontrar en esa casa de retiro, no se arrepintió de su decisión. Su padre debía pasar su tercera edad en un ambiente familiar.

Gabrielle miró alrededor a los otros huéspedes. La mayoría mujeres y, tal como su padre, sufrían de Alzheimer o algún otro tipo de demencia senil.

«Qué decepcionante final» pensó Gabrielle «Toda una vida para que sea nuestra propia cabeza la que nos traicione».

Llegaron hasta una mesa en el extremo derecho del comedor. Allí se encontraba un anciano casi sin pelo, abrigado con suéter morado y una camisa blanca debajo. Su silla de ruedas estaba perfilada hacia la ventana, pero él tenía los ojos perdidos —como casi todos allí— en alguna parte del suelo de baldosas térmicas. Gabrielle llegó a pensar que la enfermera Dawson, quien la había guiado hasta aquí, estaba equivocada. Ese hombre no parecía en lo más mínimo en control de todas sus facultades mentales.

— Clarence... —dijo la enferma Dawson y luego apoyó suavemente una mano sobre el brazo de él, contorsionado por encima del apoyabrazos de la silla —. Hay alguien aquí quiere verte.

Gabrielle extendió su placa.

— Señor Ritter, mi nombre es Gabrielle Blake. Quisiera hablar con usted. Sólo unos minutos.

La enfermera observó a su paciente con cierta impaciencia. Clarence oyó todo y movió levemente la palanca de mando a su costado. La silla giró acompañada de una leve fricción de sus ruedas contra las baldosas. Miró a Gabrielle, casi estudiándola.

— ¿Le parece bien si me siento?—dijo Gabrielle, con cierta experiencia en buscar la manera de hacer sentir cómodas a las personas mayores.

— Yo no la detendré—replicó él con sorprendente voz brillante y vívida.

Gabrielle intercambió miradas con la enfermera Dawson y ésta entendió que debía marcharse. Pronto, estuvieron los dos solos.

— Como puede intuir —dijo él—, no recibo visitas muy a menudo. Así que perdone mi falta de tacto. Ahora bien, ¿qué hace un policía en un lugar como éste? ¿Y en especial, en un día como hoy? ¿No deberían estar echándole un ojo al referéndum para que no haya ninguna trampa, ningún fraude? No quedaban dudas; Clarence Reville no había perdido nada de su astucia ni solidez al hablar y expresarse.

— Tengo entendido que usted estuvo a cargo del asilo para ancianos «Olas de Sol» —dijo Gabrielle—, el cual cerró sus puertas en 1990.

— «Geriátrico» —dijo él—. La palabra «asilo» no tiene buena connotación.

— Comprendo. ¿Usted fue el director del... geriátrico, verdad?

— Por más de veinte años lo fui, sí. El trabajo de mi vida.

— Bien... ¿Qué tal está su memoria?

— ¡Perfecta! —se apresuró en jactarse Clarence, como si eso le diera puntos aumentase su popularidad en la casa de retiro.

— De acuerdo —dijo Gabrielle y pensó sus próximas palabras con cuidado—. ¿Recuerda un joven empleado que tuvo a su cargo durante los primeros años de la empresa? ¿Alguien llamado Antonio Vopreko?

— Vopreko... —dijo pensando Clarence y a pesar de que su mente no aparentaba estar tan fragmentada como la del padre de Gabrielle, le llevó un momento reorganizar sus pensamientos.

— Esta persona no debería haberle pasado desapercibido —agregó Gabrielle—. Es un hombre que sufre de albinismo, por lo tanto como puede sospechar, destaca entre la multitud con bastante facilidad.

— ¡Pues, claro! Ahora tiene sentido. Lo recuerdo perfectamente.

— ¿Entonces sí trabajó para usted?

— Sí, sí... Los primeros años, pero todavía recuerdo con cierta fascinación su aspecto tan característico.

— Necesito hacerle unas preguntas al respecto de esa persona.

— Adelante. A mi memoria le vendría bien ese ejercicio.

Gabrielle no supo cómo tomar ese pequeño «chiste». No había nada gracioso en la distorsión de la memoria o la pérdida de ella. Es gracias a la memoria, al fin y al cabo, que somos quienes somos en la actualidad y en la vida. Es la memoria la que nos da sentido y propósito. Para Gabrielle, no se debía tomar a la ligera.

— ¿Cómo era el comportamiento de Vopreko durante el tiempo que trabajó para usted?

— Normal, supongo. Nada muy destacable. Mostraba aptitud para aprender y honestidad, al menos, así fue al principio y en la entrevista de trabajo.

— ¿Recuerda la razón por la cual el contrato laboral fue dado de baja al poco tiempo?

Clarence juntó ambas manos sobre su regazo y esto le dio un aspecto aún más de anciano.

— Él renunció luego de haber encontrado otro trabajo mejor. Es lo que siempre sucede, ya lo sabe. Pero...

— ¿Sí...?

— Al mes de que empezó a trabajar con nosotros, tres de nuestros pacientes fallecieron en distintas oportunidades. Todas a corto plazo.

— ¿Y usted pensó que Vopreko tenía que ver?

— Siempre parecía que sucedían en los momentos en que él participaba de las guardias. O poco después de que su turno terminaba. Pero nunca pude probarlo. Ni siquiera cuando él dejó de trabajar con nosotros. Aunque estoy seguro de que si lo hubiera confrontado al respecto entonces, él hubiera negado todo. Pero yo estaba convencido. Y lo sigo estando.

— ¿Cuántos pacientes cree que Vopreko llevó a la muerte?

— En el casi año que estuvo, un total de doce pacientes fallecieron. Ninguno en circunstancias extrañas, pero nunca tuvimos una cifra así. Por supuesto, ese año hubo una nueva cepa del virus de la Gripe que llevó a muchos a padecer de neumonía, y por tanto se creyó que era ésa la razón por la cual mis pacientes fallecían. Supongo que nadie quería concebir la idea de un joven de dieciocho años matando a doce indefensos ancianos.

Gabrielle no tuvo que siquiera pensarlo con esfuerzo. La historia encajaba perfecto con la naturaleza del «Albino». Sólo debía seguir buscando, hurgando en quién era él para poder encontrar su punto débil.

— ¿Por qué a la policía le interesa saber algo tan viejo como esto?—dijo Clarence al cabo de unos segundos.

— No se preocupe—se apresuró en decir Gabrielle—. Usted no tiene que hacer nada.

— No podría aunque quisiera—dijo él casi como un viejo cascarrabias—. Sólo puedo pensar y hablar, herramientas que en algún momento de la historia fueron las dos cualidades más principales.

— ¿Hay algo más que pueda decirme sobre Vopreko que recuerde? Cualquier detalle.

— No, era sólo un niño. Nadie podría anticipar qué haría.

«Ni tampoco en qué se convertiría» pensó Gabrielle.

Al poco rato se despidió de Clarence, después de realizar otras preguntas con respuestas menos importantes como las que había conseguido.

Lo único que ocupó la cabeza de Gabrielle a partir de ese momento fue la razón

por la cual Vopreko había cometido esas atrocidades a una edad tan joven. Y también el porqué de elegir un geriátrico para llevar a cabo esas crueldades. ¿Quizás Vopreko era como aquellos enfermeros que no podían evitar sentirse Dios al tener en sus manos las vidas de otros y juzgar sobre ellas?

Había oído de casos así incontable veces, pero de alguna manera el «Albino» no encajaba en ese tipo de perfil.

Regresó justo a tiempo para el relevo y retomar la hoja de ruta junto a Anderson. Esta vez, no hubo graves incidentes y pronto se hicieron las 6:00 p.m., dándose por cerrado los comicios, aunque algunos todavía podían dejar su voto en el buzón de sus casas, como ya había hecho Gabrielle la noche anterior.

Para las 8:00 p.m., tanto la presencia policial como la de ciudadanos en la calle disminuyó debido a las bajas temperaturas. El primer día —y el más importante— ya había terminado. Pero tanto Anderson como Gabrielle supieron que aquel incidente del cuerpo ahorcado no se les borraría de la memoria con facilidad. Y peor aún, guardaba un insidioso mensaje de odio e intolerancia, que bien podría ahora mismo estar infectando la consciencia de cada uno de los ciudadanos. Si esto era así, las cosas se presentaban problemáticas en el corto y en el largo plazo. Fue otra de las cosas que Gabrielle tomó en cuenta para cuando asumiera el Presidente Grittver. Todo cambiaría y ellos estarían en el medio, siendo una cosa un día y otra totalmente diferente el siguiente.

3

En la mañana del miércoles, todos los canales estaban transmitiendo lo mismo pero de diferentes maneras. Los reportajes eran variados y cada periodista tenía su propia opinión, pero todos confirmaban algo seguro: el referéndum estaba casi aprobado.

— Aún falta mucho para el viernes —dijo un periodista—, día en el que finalmente se hará conocer el resultado final del referéndum.

El reportero se encontraba afuera de la Casa de Gobierno, donde residía el Intendente Grittver esperando ser nombrado Presidente. No saldría a hablar hasta que el resultado de la votación fuese definitivo.

— Pero el entusiasmo que puede sentirse en las calles de Rosthalion— continuó el periodista—, es prueba más que suficiente de lo que los ciudadanos de esta ciudad quieren para sí mismos y para su comunidad.

— Se ha dicho que un noventa y dos por ciento de los ciudadanos han votado en el día de ayer —dijo otro periodista en el estudio—. ¿Es ése dato correcto?

— El porcentaje de votos ha aumentado a noventa y cinco por ciento en la última hora. Está confirmado que la gran mayoría ha votado ayer y hoy terminarán de hacerlo aquellos que no tuvieron oportunidad o todavía se encuentran dubitativos al respecto. Pero al ver semejante demostración de júbilo

en las calles y en las redes sociales, uno puede llegar a creer que aquellos indecisos pronto sabrán hacia dónde inclinar la balanza.

— ¿Qué hay de la minoría de detractores contra el referéndum?

— Hasta ahora no se tienen datos absolutos, pero las encuestas apuntan a que el número de votos negativos es demasiado bajo para generar algún tipo de revés en el resultado final de la elección. Si todo marcha como hoy, para el viernes seremos una nación soberana e independiente.

Las últimas palabras resucitaron la ansiedad de Gabrielle, mientras bebía su taza de café y observaba a su padre hojear el diario que ella le traído esa mañana. Le resultó difícil hacerse con el ejemplar, dado que los medios de comunicación impresos en papel escaseaban en la actualidad. Su padre nunca había logrado adoptar la lectura electrónica, ni cuando estaba en perfectas condiciones mentales ni mucho menos ahora. Era uno de los pocos que todavía se arraigaba a esa tradición que poco a poco (si no lo había hecho ya) caía en desuso y en el olvido, tal como los propios recuerdos de su padre. Pero verlo disfrutar de hacerse con esas hojas de color grisáceo no tenía precio. Tampoco el hecho de que su padre ni tuviera registro alguno de lo que leía podía arruinar ese breve instante de alegría. Lo observaba y le recordaba a un niño que ve imágenes por primera vez; en varias ocasiones había comparado el comportamiento de su padre ahora como el de un niño, sensible a cualquier estímulo externo, sea un sonido, una persona o imágenes como fotografías en un diario, por ejemplo. Podía ver en sus ojos, aquellos que encerraban una mirada envejecida, que éstos se movían con afán, captando cualquier detalle visual que les llamase la atención, aún si su cerebro comprendía del todo o no. «Tal como los bebés» pensó Gabrielle.

De repente, lo oyó leer en voz alta, sacándola de sus pensamientos más profundos.

— «La... inde... la independencia... est... está... cerca» —dijo y volvió a leer, más fluido—. «La independencia está cerca».

Gabrielle miró por encima de la mesa la foto del artículo: Olaf Grittver de pie, manos juntas hacia adelante, portando una escueta sonrisa.

Su padre entonces levantó la cabeza y la miró con detenimiento por unos largos segundos, como si tratara de reconocerla. Gabrielle entendió su confusión y le habló con suavidad, como si nada hubiera pasado.

— Nuestra independencia, papá—dijo—. Estamos a punto de convertirnos en un Estado Soberano.

— ¿Por qué?—dijo él y regresó a su lectura—. Ya somos libres.

La señora Moore entró a la sala cargando con productos de limpieza y les sonrió a ambos al pasar. Gabrielle le respondió con la misma amabilidad y volvió su

mirada al televisor. Esta vez entrevistaban a gente común en la calle, la mayoría apoyando la independencia y con una latente felicidad en sus rostros sonrientes y los cachetes rosados por el frío. Gabrielle se preguntó si existía la posibilidad de que alguna de esas personas fuera la responsable o los responsables de ahorcar a un extranjero por la rama de un árbol y mutilar su cuerpo. De estas cosas, los medios no hacían mención alguna. Casi como lejano, su teléfono móvil sonó y la obligó a apoyar la taza de café. Su padre ni siquiera pareció haberlo oído o estaba demasiado compenetrado con el diario. De cualquier modo, Gabrielle atendió el teléfono sin reparo.

— Blake—dijo y oyó por unos segundos—. Sí.

Enseguida, echó una mirada a su padre y luego se puso de pie, haciéndole señas a la señora Moore para que se sentara junto a él por unos minutos mientras ella tomaba la llamada. Se alejó hasta la cocina y siguió hablando. Del otro lado del teléfono se

encontraba Ariadne Brown.

— Encontramos el nombre del niño que su sospechoso rescató del hambre—dijo la directora—. Se llama Talid Bunda.

Gabrielle repitió el nombre en su cabeza tratando de registrarlo y luego dijo: — ¿Dónde se encuentra él ahora?

— Vivió la mayor parte de su vida en Angola.

— ¿«Vivió»?—dijo Gabrielle—. ¿Quiere decir que está muerto?

La directora realizó una breve pausa y luego retomó.

— Sí. Fue asesinado en 1999.

— ¿Dónde?

— En Rusia. Según la poca información de esa época, se sospechaba que se encontraba allí para comprar armas a la mafia rusa cuando fue acribillado por éstos.

— ¿La mafia rusa?

— Así parece.

— ¿Por qué alguien de la mafia rusa querría matarlo?

— No lo sé. Pero hay otro dato que debe saber —dijo con apremio la directora.

Gabrielle aguardó con cierta ansiedad.

— Talid Bunda también fue un líder tribal responsable de la muerte de doscientas cincuenta personas de su pequeña aldea, de las cuales muchos eran niños. — ¿La misma pequeña aldea donde Vopreko lo rescató?

— Correcto.

Gabrielle recordó el rostro de ese niño desnutrido e indefenso en los brazos del joven

albino que ahora buscaba. El niño había crecido y se había convertido en un

asesino en

masa, en uno más de tantos otros.

— ¿Todavía se encuentra allí?—dijo la directora.

De repente, Gabrielle se sintió mal en el estómago.

— Sí, estoy aquí —dijo con cierta molestia—. Creo que eso me servirá por ahora. Si tiene algo más de información, mándemela a mi correo electrónico. La dirección está en la tarjeta.

— De acuerdo.

— No la molestaré más. Gracias por su ayuda, señora Brown.

Al colgar, Gabrielle tuvo que tomar un vaso de agua para sacarse el mal gusto y su

molestia desapareció a los pocos minutos. Regresó a la sala de estar y se despidió de su

padre y de la señora Moore.

Una hora después estaba de regreso en las calles junto a Anderson. El segundo día del

referéndum no se mostraba demasiado complicado debido a la baja concurrencia de los

votantes; esta vez la mayoría que ya había votado se encontraba retomando su rutina

laboral como todos los días y sólo un pequeño porcentaje de la población se dirigía a los

centros de votación. Por esta razón, los policías no patrullaban siguiendo la misma hoja

de ruta ni con la misma cantidad de vehículos. En cambio, estaban más distendidos.

Pero esto no significaba que la posibilidad de disturbios o algún que otro accidente no

existiera. En cuanto a ellos les concernía, podía haber ataques incluso peores que un

hombre colgado de un árbol como Judas.

— ¿Nada nuevo sobre los esqueletos?—dijo Anderson siendo él en esta ocasión el que iba al volante.

— Aún no me han llamado —replicó Gabrielle—. Sabes cómo son estas cosas. Puede que lleve al menos un mes.

— ¿Martínez está a cargo?

Gabrielle asintió.

— Lo tengo trabajando en turnos dobles —dijo ella.

— ¿Cuál es la prisa? ¿Temes que Vopreko se escape de la ciudad? ¿Qué te hace

pensar que no lo ha hecho ya?

— Tal vez sí haya escapado. Pero no me importa. Esta puede ser la primera evidencia fuerte en mucho tiempo que podría ponerlo detrás de las rejas. No voy a dejar que se me escape de las manos.

— No sabemos aún si esa evidencia vincula a Vopreko con esto o no. Es más, hasta ahora no hemos tenido indicio alguno de que esté haciendo algo en absoluto.

— ¿Qué estás tratando de decir?

— Estoy diciendo que tal vez estemos persiguiendo fantasmas. Tal vez el «Albino» ni siquiera esté vivo y esto nada tiene que ver con él.

— ¿Entonces debemos dejarlo escapar?

Anderson negó con la cabeza.

— No. Debemos seguir la evidencia, adonde quiera que ésta nos lleve y no donde nosotros queramos que nos lleve.

Gabrielle no contestó y pareció molestarse por la falta de confianza de su compañero. Pero entendió perfectamente lo que él quiso decir. Sabía desde qué lugar lo estaba diciendo; para él, no tenía sentido perseguir fantasmas del pasado. Pero para ella sí, porque esos fantasmas todavía acechaban a su padre— algún rincón perdido de su mente— y ahora a ella también.

— De cualquier forma —suspiró Anderson, con intención de disminuir la tensión del breve momento—, tengo otras noticias. Según parece, aquel extraño asalto en la ruta 15 está generando más problemas que otra cosa.

— ¿Por la futura jurisdicción?

— Por eso y porque todo apunta a un ataque directo de la mafia. Sólo que... no saben quién atacó a quién.

— ¿Cómo es eso posible?

Aminoraron la marcha en la luz roja de un semáforo y pidieron permiso para cruzarla y no desviarse de su patrulla.

— Lo único que se sabe —continuó Anderson— es que las víctimas están relacionadas o estuvieron relacionadas con la organización de Ennio Baruzzo en Tinetele. De los atacantes, no parece haber registro de nada.

— Como si no existieran.

Anderson asintió y agregó:

— Exacto. Pero sí encontraron huellas dactilares.

— ¿Del supuesto atacante?

— Sí.

— ¿Y bien?

Pasaron por al lado de un centro de votación donde un pequeño grupo de personas se había juntado a celebrar, antes de tiempo, la casi segura victoria de la

independencia en el referéndum. Ambos policías estudiaron a la multitud de pies a cabezas mientras seguían hablando.

— ¿A quién pertenecían las huellas dactilares?—dijo Gabrielle.

— A nadie. Las huellas no están registradas en ningún organismo público o legal.

— ¿Entonces son huellas vírgenes?

Anderson asintió. En efecto ambos pensaron lo mismo:

«Tal como el mudo».

La coincidencia no podía ser sólo casualidad.

— Te hace preguntarte, ¿verdad?—comentó Anderson—. ¿De dónde salieron todas estas personas sin identidad ni aparente pasado? Es como si hubieran nacido en este instante y todo lo que vino antes hubiese sido borrado o salteado por completo.

Gabrielle pensó lo mismo, pero se guardó su opinión. Demasiadas cosas ya la desconcertaban de por sí pero de algo estaba segura y eso era de la participación incuestionable del «Albino» en todo esto.

— Pero como sea, el caso de la ruta 15 quedará en manos de las autoridades de Tinetele—dijo Anderson—. Y todos sabemos cómo eso terminará.

— Enterrado —agregó ella.

— Como todo lo que Baruzzo no quiere ver.

— La independencia creará una importante rajadura en la guerra de las mafias — comentó Gabrielle—. Algunas estarán de un lado junto a enemigos y otras permanecerán solas. No sé cómo terminarán.

— Supongo que el nuevo Estado Soberano tendrá alguna medida de seguridad a implementar que evite que aquellos violentos que han permanecido en la ciudad puedan moverse con impunidad.

Anderson giró el volante y doblaron en una esquina para encontrarse con un majestuoso teatro de forma oval y arquitectura antigua, de principios del siglo pasado. Lo notaron rodeado de vallas y no muy lejos había camiones estacionados en cuyo interior cargaban equipos de luces y sonido y otras máquinas. Algunos miembros del personal del teatro y un grupo reducido de constructores con su distintivo chaleco de color naranja fosforescente, rodeaban lo que era la principal entrada.

Pero tanto Gabrielle como Anderson sabían que tal despliegue logístico no se debía a una obra próxima a estrenarse o a un recital de música clásica de los pocos compositores nativos que Rosthalion tenía. Por el contrario, esa parafernalia alrededor del viejo teatro «Beatriz de la Nouvelle» se debía a una tradición local vigente por más de veinte años ya. Todos y cada uno de los ganadores celebraba allí su ceremonia de designación. Cuando el gobernador del

estado o el intendente de la ciudad eran elegidos por la mayoría del pueblo, festejaban su victoria allí adentro, con presencia de sus partidarios más allegados y de aquellos ciudadanos comunes que habían desarrollado cierta fidelidad por la figura ganadora, la cual casi en la gran mayoría de los casos, ellos mismos habían votado.

Y ahora el «Beatriz de la Nouvelle» estaba siendo preparado para la gran ceremonia del viernes y del lunes, cuando la victoria fuese anunciada de manera oficial. Tal así que algunos ya habían hecho cola para conseguir un lugar en la asunción. Nadie dudaba del triunfo, por eso quizás no hubo controversia alguna de que el partido del Intendente Grittver dejase todo listo en la casa de teatro mucho antes de conocer los resultados finales del referéndum.

— Allí es donde comenzará la nueva historia—comentó Anderson. Pasaron con el auto más allá del teatro y lo dejaron atrás.

Unos minutos después, el teléfono móvil de Gabrielle vibró. Lo había mantenido todo el tiempo dentro de su bolsillo y casi se había olvidado por completo de él. Lo sacó y miró la pantalla.

«Llamada entrante de Maurice».

Como un acto reflejo, frunció el ceño sin darse cuenta. ¿Por qué su hermano estaría llamándola después de un tiempo sin siquiera verse? ¿Habría pasado algo con su padre? ¿Estaría de visita en la casa? ¿O necesitaría dinero, como siempre? Mientras el mar de preguntas la invadió, la llamada siguió sin atenderse; el teléfono vibrando y vibrando.

Pero su compañero no se percató de ello. En cambio, él también estaba concentrado en

otra cosa y en tono preocupante exclamó:

— ¿Qué demonios?

La voz de Anderson la sacó de sus pensamientos y la obligó a levantar la cabeza. Despegó la mirada de la pantalla de su teléfono para enfocarla al frente, a través del

parabrisas del patrullero. Fue en este instante que comprendió la reacción de su compañero y por qué había sentido segundos antes que la velocidad del auto había

disminuido de manera progresiva.

En la extensa calle que tenía delante, en su centro, se ubicaba la tambaleante figura de

un hombre. De estatura media y cuerpo delgado, trataba de mantenerse de pie mientras

avanzaba pequeños pasos sobre el asfalto de manera inestable.

Anderson detuvo el auto y observó con detenimiento. El teléfono de Gabrielle

dejó de vibrar y la llamada se perdió. Pero ella no lo notó en ese momento. Una mirada más detallista les permitió a ambos oficiales advertir que el hombre tenía algún tipo de impedimento físico que no sólo repercutía en su andar, sino también en su postura. Tenía el cuello y la cabeza echados hacia adelante y la espalda encorvada, de la cual emanaba una especie de bulto prominente.

«Una joroba» pensó Gabrielle.

Pero eso no era lo más inquietante. De su cabeza, poblada de pelo largo y negro, emanaban líneas de sangre que le llegaban hasta la altura del cuello.

Gabrielle fue la primera en salir del auto y caminar hasta el hombre malherido.

Anderson lo hizo después, con mayor reserva. Lograron interceptarlo a escasos metros

de donde se detuvieron, mientras otros autos trataban de abrirse camino y algunos

transeúntes miraban con desconcierto.

— Señor... —dijo Gabrielle al llegar hasta el hombre—. ¿Se encuentra bien? ¿Qué pasó?

Mirándolo de cerca, Gabrielle pudo notar que sus ojos estaban perdidos y tenía la boca

abierta chorreando saliva. Ella conocía esa mirada, la había visto antes en demasiadas

oportunidades. Pero nunca había visto algo como esto.

— ¿Estuvo involucrado en un accidente?—continuó Gabrielle—. ¿Me puede decir lo que pasó? ¿Cuál es su nombre?

Si no fuera por las manos de Gabrielle que intentaban mantenerlo en su lugar, el hombre

hubiera continuado caminando sin rumbo, totalmente perdido y sangrando.

Anderson se acercó, portando una expresión seria en el rostro. Miró detenidamente al

hombre pero se mantuvo unos pasos atrás, con cierta incomodidad.

Gabrielle no lo notó y le dijo:

— No creo que sepa lo que le pasó.

— Creo que ni siquiera sabe dónde está —agregó Anderson.

— Señor —dijo Gabrielle volviéndose al hombre herido—, debemos llevarlo a un hospital. ¿Entiende lo que le digo? Está herido.

— No está escuchando —dijo Anderson.

— Ven, ayúdame a sacarlo del medio de la calle—dijo ella y se volvió al incapacitado—. Señor, sígame por aquí.

Gabrielle lo guio hasta la acera. Anderson pareció tomar aún mayor distancia y habló

con cierta frialdad.

— Llama a la ambulancia —le dijo a Gabrielle—. Iré a ver si hay un accidente de auto más adelante.

Gabrielle asintió pero siguió concentrada en el hombre mientras Anderson se marchó.

— Bien, señor —dijo Gabrielle—. Necesito que se siente aquí mientras llamo a una ambulancia para usted. Vamos a curar esa herida que tiene usted en la cabeza, ¿entiende lo que le digo?

Sin respuesta, Gabrielle buscó un pañuelo que colocó sobre la cabeza sangrante.

— Necesito que sostenga esto así, arriba de su cabeza ¿de acuerdo? El hombre accedió a ponerse el pañuelo, aunque no sirvió de mucho. Gabrielle llamó a Emergencias y pidió una ambulancia. Al colgar, se volvió al incapacitado.

— La ambulancia ya se encuentra en camino —le dijo—. Necesito que descanse y trate de no moverse. ¿Puede decirme su nombre?

Gabrielle buscó el contacto visual y después de varios intentos, lo consiguió. Los ojos del hombre eran verdes pero apagados, como si no hubiera habido ilusión detrás de ellos. O quizás sólo estaba cansado.

— ¿Su nombre?—insistió Gabrielle—. ¿Cuál es su nombre?

— Cal... —empezó a decir de manera trabada y lenta el hombre—. Cal... vin... Calvin.

— De acuerdo, Calvin. Mi nombre es Gabrielle. ¿Sabes dónde te encuentras ahora mismo?

Pero Calvin no respondió. Pareció precipitarse hacia adelante, a punto de colapsar. Gabrielle lo frenó y lo acompañó a sentarse. Examinó la herida en la cabeza. Un golpe fuerte y un tajo importante. Comprendió enseguida lo que estaba pasando y trató de actuar a tiempo.

— Necesito que permanezcas despierto, Calvin —le dijo—. Todo lo que puedas hasta que llegue la ambulancia, ¿me entiendes?

Sin embargo, no pudo esperar mucho más. Calvin cerró los ojos como si se fuera a dormir y su cuerpo cayó sobre el borde de la acera.

— Señor, señor... —exclamó sin resultados Gabrielle. Fue entonces que buscó sentirle el pulso en el cuello.

Pero no había pulso. Nada.

Anderson regresó en un trote acelerado y miró a ambos sobre el borde hecho de cemento.

— No hay nada más adelante—dijo Anderson—. No hay ningún accidente ni nada. No sé qué...

Gabrielle lo interrumpió negando con la cabeza.

— Está muerto —dijo ella.

Gabrielle se puso de pie y se alejó unos pasos del cuerpo, observándolo. Anderson hizo lo mismo, con menos consternación.

— ¿Quién podría hacer algo así? —dijo Gabrielle pero su compañero no le respondió.

Unos veinte minutos más tarde, se les unió una ambulancia y otro patrullero más para asistir. El cuerpo, luego de ser identificado por una señora mayor que afirmaba ser la madre, fue subido a la camilla y transportado al interior de la ambulancia. Gabrielle se mantuvo de pie cerca del auto patrullero. Miró su teléfono móvil donde figuraban tres llamadas perdidas en total, todas provenientes de su hermano Maurice. Anderson se acercó a ella.

— La madre dice que su hijo Calvin de cuarenta y dos años, había salido a votar hoy alrededor de las 3:00 p.m. Nunca llegó al Centro de Votación.

— Sus bolsillos no estaban vacíos —dijo Gabrielle—. No faltaba nada.

— Un ataque al azar —dijo Anderson desviando la mirada y pensando en voz alta.

— ¿«Al azar»?—dijo ella incrédula—. ¿Hoy, de todos los días? ¿Y a alguien como él?

— ¿Qué quieres decir?—dijo Anderson extrañado.

— Tal vez no tenga un cartel o esté colgado desde lo alto para que todos lo vean, pero esto no fue al azar.

Anderson suspiró y se mostró más comprensivo.

— Sé que es difícil de aceptar, a mí me ha pasado también —le dijo él—. Pero a veces... las personas hieren a otras personas sólo para herirlas.

Se produjo una pequeña pausa en la que Gabrielle volvió a reparar en las llamadas perdidas de Maurice. Luego, su compañero habló.

— ¿Vamos?

Gabrielle lo miró confundida.

— He dejado a Di Lorenzo y a Parson a cargo —continuó él con un pequeño cabeceo en dirección al segundo patrullero—. Nosotros debemos seguir con el operativo del referéndum.

— ¿Te parece que esto no concierne al operativo?—dijo ella—. Sucedió no muy lejos del Centro de Votación más cercano.

— Lo sé. Pero no podemos lidiar con esto ahora. Deja que ellos se encarguen. Encontrarán a quien sea que haya hecho esto.

Gabrielle parecía poco convencida.

— Vamos —insistió él.

Anderson ingresó al auto sin reparar un segundo más en la situación. Gabrielle, en cambio, echó una mirada alrededor intentando comprender exactamente qué era lo que en realidad se estaba gestando en aquellas calles, dentro de esas casas y en las cabezas de los ciudadanos. ¿Era ataques como éste el resultado?

El portazo que los paramédicos profirieron luego de terminar de cargar el cuerpo de Calvin fue suficiente para sobresaltarla. Sabía que jamás olvidaría un episodio como éste. Aunque, tampoco olvidaba nada de lo que veía día a día en su profesión. Junto a su compañero, retomaron el patrullaje. En ningún momento ni Anderson ni Gabrielle intercambiaron palabras al respecto de lo sucedido y tampoco hablaron mucho en general el resto del trayecto.

Continuaron vigilando las calles hasta que los centros de votación cerraron sus puertas unos minutos después de las 6:00 p.m., dando así por finalizado el día electoral. Ya no quedaba nadie que no hubiera votado, en contra o a favor. El día siguiente los Centros permanecerían abiertos sólo por una cuestión protocolar, pero no se esperaba un gran afluente de votantes. El resultado final del referéndum ya casi se podía palpar, pero había que esperar la formalidad del recuento y anuncio del viernes. Sólo un día distanciaba ahora del evento más trascendental de la historia de Rosthalion.

4

Gabrielle regresó a la estación junto a su compañero y acompañada de la noche que había llegado temprano para cernir a la ciudad en sus gélidas tinieblas. Apenas ingresó a su despacho, sacó su teléfono y llamó a su hermano. Maurice no contestó ninguno de los dos intentos. Con cierta preocupación, llamó a la casa de su padre para asegurarse que todo estuviera bien. No podría perdonarse jamás si en verdad algo terrible había sucedido que ella podría haber evitado sin tan sólo hubiera atendido el teléfono. Para su tranquilidad, la señora Moore atendió la llamada y no hubo el mínimo ápice de preocupación en su voz. Hablaba tranquila, casi somnolienta. Gabrielle le preguntó si estaba todo bien, si su padre estaba durmiendo y si Maurice había pasado a visitarlo por alguna razón.

La señora Moore confirmó que todo estaba bien y que su padre había preferido ver televisión desde la cama, para contrarrestar el frío. En cuanto a Maurice, no hubo llamado ni visita alguna. Tal vez su motivo de llamada era el que ella pensó desde un principio: necesitaba dinero. Y mucho. De lo contrario, no habría roto el silencio radio después de tanto tiempo entre los dos hermanos. Si era así, podía esperar. Gabrielle respiró aliviada y mandó saludos para su padre. A pesar de que era temprano aún para ir, no se sentía con ánimo de verlo en ese momento. El episodio con el inválido Calvin la había dejado con tan fea

sensación por dentro que estaba segura que si veía en los ojos de su padre la misma alienación y la misma ofuscación —ambas consustanciales a su enfermedad— se lanzaría a llorar allí mismo envuelta en una sensación de angustia y culpa. No deseaba pasar por eso ahora; ya lo había hecho antes. Al salir del despacho notó la presencia de hombres vestidos con trajes de color gris, pertenecientes a una moda antigua que iba en concordancia con su edad. Salían de la oficina de O'Malley con un aire de confianza y superioridad, similar al que el Intendente Grittver parecía acarrear a todo lado que fuera, dejando tras sí una estela que rozaba la soberbia.

En su salida se les unió el propio O'Malley, portando una sonrisa algo artificial y con un dejo de nerviosismo. Pero mantuvo su fachada de manera exitosa y los hombres estrecharon su mano. Luego, y sin que ninguno de ellos siquiera advirtiera la presencia de Gabrielle, se alejaron por el extenso pasillo en dirección a otro sector de la estación, mientras continuaban hablando entre ellos. O'Malley parecía hacer las tareas de un guía turístico, llevando la posta de la conversación y agitando las manos en varias oportunidades para señalar cosas o enfatizar su discurso con gestos inconscientes. «Hablando con las manos» pensó ella.

Una hora después, cuando su jefe finalmente tuvo un momento libre, Gabrielle lo fue a ver a su oficina.

Golpeó y la hicieron pasar. Al entrar, encontró a O'Malley completando informes y lidiando con la burocracia que un hombre en un cargo como el suyo debía lidiar de manera diaria y sin poner mala cara.

— ¿Qué puedo hacer por ti, Gab?—dijo O'Malley concentrado en sus tareas.

— ¿Quiénes eran esos hombres que estaban de visita en la estación? — Trabajan para Grittver—dijo O'Malley sin levantar la mirada—. Han estado aquí en varias oportunidades ya.

— Nunca los he visto —dijo Gabrielle desconcertada—. ¿Para qué están aquí? — Están evaluando nuestra administración interna y jerarquía. Es parte de las reestructuraciones y reformas que vendrán una vez que la independencia sea proclamada y las nuevas leyes entren en vigencia.

— ¿Qué tipo de reestructuración están buscando llevar a cabo?—dijo Gabrielle sin realmente preocuparse por su impertinencia.

O'Malley se detuvo en lo que estaba haciendo y la miró fijo a los ojos. Luego respondió.

— Quieren fusionar toda la fuerza en una nueva fuerza policial mayor. — ¿Una fusión?—dijo Gabrielle apenas desconcertada.

— Sí. Pero no hay nada de qué preocuparse. La idea no es dejar a nadie en la calle

sino conformar, a través de una selección minuciosa, un nuevo cuerpo legal, constituido por los mejores hombres y mujeres, que responda directamente al Estado.

— ¿Quieres decir a Grittver?

O'Malley se encogió de hombros.

— Al Presidente—aclaró.

Se produjo una pausa.

— De cualquier manera—prosiguió su jefe—, lo sabremos todo en los próximos días. Por el momento, extendiendo mis felicitaciones, aunque demoradas, tanto a ti como a Anderson y al resto de los oficiales involucrados en el operativo del referéndum. Éste ha sido un completo éxito sin grandes incidentes que lamentar y con la mayoría de los ciudadanos habiendo votado en un ambiente de total seguridad. He hablado con el Intendente Grittver y se ha mostrado muy satisfecho con nuestro trabajo. Me ha dicho que espera el mismo nivel de excelencia y profesionalidad durante su asunción el lunes en el «Beatriz de la Nouvelle».

«Sin grandes incidentes» repitió en su cabeza Gabrielle. Qué poco sabía él. — Algo de lo que podemos estar orgullosos —prosiguió O'Malley—. No conozco muchos oficiales que haya tenido el privilegio y el honor de estar en gran estima por una figura tan importante como la del futuro Presidente.

La única respuesta que Gabrielle pudo dar fue asentir con convicción.

O'Malley regresó a su informe por un instante y Gabrielle aprovechó para dar media vuelta y atravesar la salida. Pero su jefe volvió a reparar en ella y la frenó.

— Escucha, Gab —le dijo, mostrándose más serio y compresivo.

Gabrielle se volvió hacia él para oírlo.

— El propósito de la fusión de fuerzas policiales en una sola es para crear un sentido de unión —dijo O'Malley—. Todos sabemos lo importante que será ahora mantenerse juntos y trabajar por lo mismo. Tú crees eso ¿verdad?

— Lo intento —dijo Gabrielle y se marchó.

5

La rutina de todos los días había regresado por completo a la ciudad durante la mayor parte del día jueves, a pesar de que la oportunidad de votar seguía disponible para aquellos que aún no habían cumplido con su deber cívico.

Gracias al buen desempeño del operativo de seguridad y el bajo nivel de «incidentes», según la opinión de O'Malley, la presencia policial en las calles también había regresado a la normalidad. La vida continuaba en Rosthalion, pero los ojos del País —y quizás del mundo, en menor parte también— se posaban sobre la ciudad. Era como si cada movimiento, cada aliento y cada mínima acción se observaban bajo una luz de total escrutinio. El destino de millones de

personas pendía de un hilo político y las ramificaciones de semejante hito comenzaban a notarse mucho antes de definirse la votación.

El júbilo en las calles y en los medios de comunicación se mostró controlado. Las personas sabían que hasta el mediodía del viernes no tendrían noticias de las tendencias principales y por tanto, su celebración no debía adelantarse, por más seguro el resultado. Había debates televisivos de todo tipo; preguntas, proyecciones, estimaciones, dudas y preocupaciones. El murmullo político y periodístico se elevaba hasta convertirse en un verdadero bullicio. Pero sólo una cosa era cierta: el momento de la verdad se acercaba y un minuto después, ningún debate o crítica tendría sentido alguno. El resultado sería definitivo.

Rosthalion aguardaba mientras su destino y el de su población continuaba forjándose lenta y calladamente.

El río que bordeaba Rosthalion y actuaba como frontera con otros estados pertenecientes al País, tenía novecientos metros de ancho y su extensión alcanzaba con facilidad los cuatro mil kilómetros, abriéndose paso hacia el norte. Su valor y la ubicación estratégica de la ciudad eran indiscutibles y formaban parte del plato principal en la mesa de numerosos debates con respecto a la eventual independencia de Rosthalion. Ninguna parte involucrada deseaba dar a torcer el brazo y entregar la conexión marítima y comercial que significaba para la ciudad. Por esta razón, un acuerdo bipartito debió ser sancionado para calmar las aguas unos siete años atrás y permitir que el referéndum tuviera lugar. Ahora, con la independencia ya casi consagrada, muchos se arrepentían de tal acuerdo que sólo permitía un tratado de comercio marítimo regulado y una eventual asociación económica. Ambos puntos clave del acuerdo se mostraban frágiles al largo plazo.

Los sólidos bloques de hielo sobre las gélidas y calmas aguas del río eran los principales vestigios del último gran temporal de nieve. Ahora se desplazaban con parsimonia, arrastrados por la lenta corriente que también parecía haberse congelado debido a las bajas temperaturas.

Toda embarcación o servicio de transbordo se vio drásticamente perjudicado por el congelamiento de las aguas y el tráfico marítimo fue suspendido casi en su totalidad. Tan sólo poblaban el río los pesados barcos rompehielos de la Guardia Costera de Rosthalion, buscando la manera más rápida de despejar los bloques y reanudar cuanto antes la actividad económica tan valiosa de los principales puertos.

El barco de carga no tenía insignias visibles y se encontraba atracado en un pequeño muelle de nula importancia para los ojos codiciosos que se posaban sobre la mina de oro que era el puerto en sí. Con su exterior oxidado y el antiguo color rojo desgastado, el barco pasaba desapercibido como uno más de los tantos

barcos que transportaban contenedores llenos de productos alimenticios o mercadería variada. Pero este buque en especial no llevaba contenedores y su cubierta se encontraba vacía, tan sólo poblada por algunos miembros de una tripulación desconocida.

Una camioneta de color oscuro se detuvo a escasos metros del enorme casco. Las cuatro puertas se abrieron ni bien el motor se apagó. Del vehículo se bajaron cinco hombres en total, todos trajeados. Uno de ellos tomó la delantera y los cuatro restantes se ubicaron a su alrededor, formando una especie de triángulo de protección. Empezaron a marchar hacia el buque anclado.

Por dentro de la enorme embarcación, en sus niveles más bajos y en un hangar cerca de la sala de máquinas, se encontraba un hombre desnudo, empapado con los brazos extendidos por completo hacia arriba y atado por las muñecas a una cadena encargada de mover pesadas cargas de un lado para el otro. Sus pies descalzos estaban suspendidos a escasos centímetros de un charco de agua. La única luz que se proyectaba sobre él tenía un tinte naranja y pobre, como una lámpara de bajo consumo hogareña. Un círculo de luz iluminaba su alrededor inmediato, dejando gran parte del hangar sumido en una oscuridad densa. Y era desde ella de dónde provenía la inexpresiva voz. Pero esta vez la tétrica voz guardaba un silencio espeluznante. En cambio, alguien se acercó por detrás del hombre encadenado y éste supo enseguida lo que vendría. La punta de la porra eléctrica tocó apenas su espalda baja pero fue suficiente para lanzarlo a una seguidilla de gritos agudos de dolor y sacudidas frenéticas. Unos eternos segundos después, la corriente dejó de atravesarle su cuerpo húmedo.

— ¿Todavía se siente vivo... señor Romano? —dijo la voz desde las tinieblas—. ¿Todavía se aferra a la consciencia?

Giovanni Romano respiró agitadamente, mientras trataba de retomar el control de su dolor y de los espasmos que azotaban su cuerpo.

— Ése es el propósito del dolor —continuó la voz—. La única prueba de que esta realidad que vemos no es producto de nuestra mente. Yo soy un firme creyente de que el sufrimiento no es en vano. Una vida de sufrimiento tiene mayor valor que una vida sin propósito.

Romano, a pesar de su creciente dolor, sintió que cualquier forma corpórea que aquella voz albergase, ahora se ponía de pie y se acercaba a él.

Saliendo de las tinieblas, vio una figura vestida de negro, pero su rostro brillaba bajo esa luz como si fuese la pálida luna reflejando el sol en una noche despejada. Vopreko agudizó su mirada glacial en los llorosos ojos del italiano.

— Escúcheme... —le dijo Romano—. Yo... no lo tengo. No sé dónde se encuentra. Mi organización es pequeña... poca monta. No somos partícipes de esto. Yo sólo le respondo a Maruni... él... él es el jefe de todas las familias.

— El tiempo... —dijo Vopreko—. Cuán poco de él usamos de manera efectiva. ¿Le teme al tiempo, señor Romano? A mí me aterra.

Romano sacudió su cabeza, en parte por el dolor y en parte por la total confusión de lo que el «Albino» hablaba. Para esa altura sabía con exactitud de quién se trataba. Lo que no comprendía era cómo había sucedido todo. Sólo una cosa le era segura: alguien de su entorno lo había delatado. No cabía otra posible explicación.

— No necesita desperdiciar aliento para mentirme, señor Romano —dijo Vopreko—. Ya sé todo lo que usted cree que quiero preguntarle. Pero esto no es un interrogatorio. No es por información.

Otros hombres se acercaron y se ubicaron detrás de Vopreko, listos para actuar.

— Esto es una demostración —continuó el «Albino» y luego hizo una seña a sus hombres, quienes se apresuraron en desatar a Romano.

Ya libre pero con su cuerpo totalmente débil y casi flácido por el dolor, Romano fue arrastrado por los hombres de Vopreko. Antes de salir del círculo de luz y desaparecer por completo en la oscuridad, el «Albino» habló.

— Encontraré lo que me pertenece... cuando sea el momento indicado. Y Romano desapareció, lanzando todavía más sollozos de dolor. Vopreko se quedó de pie pensando un instante.

Fue entonces que alguien habló y Vopreko reconoció enseguida la voz.

— Impresionante—dijo el hombre de traje junto a sus custodios. Se ubicaba en el límite entre el círculo de luz y el mar de oscuridad. Su rostro estaba dividido entre ambos.

Vopreko le echó una mirada y luego tomó asiento en la oscuridad.

El hombre de traje ingresó al círculo de luz y lo miró detenidamente y sin miedo.

— ¿Se puede saber que has estado haciendo últimamente?—dijo el hombre. — La paciencia es un arma poderosa contra el tiempo —replicó Vopreko. — Ni siquiera sé qué diablos significa eso y no me importa. El paquete... ¿sabés dónde se encuentra?

Vopreko calló y el silencio abismal fue cortado solamente por el agudo choque de las

cadena, el murmullo grave del barco y una gotera incesante.

— Sí —respondió el «Albino» y pareció que su voz se esparcía por dentro de una especie de templo.

— ¿Y por qué no has ido por él aún? ¿Qué estás esperando?

— Cuando el tiempo sea correcto, el paquete vendrá a nosotros. Por ahora... vigilamos.

— ¿Cuánto más falta?—dijo ansioso el hombre de traje.

— Pronto.

Los custodios miraron a Vopreko y parecieron adelantarse unos metros. Pero el «Albino» ni siquiera se molestó.

— ¿Y de qué diablos se trata este baile tuyo con tus amigos?—dijo el hombre—. ¿Un viejo rencor?

Vopreko tardó en responder, albergando en el silencio una especie de furia contenida.

— Ni tú ni tus asociados deben preocuparse por ello —dijo el «Albino». Los custodios volvieron a acercarse un poco más, disimulando sus intenciones. Pero Vopreko supo leerlos con facilidad.

— Probablemente creas que estoy en desventaja aquí ante ti y tus hombres —dijo el «Albino»—. Créeme que no lo estoy. ¿Piensas que es sólo oscuridad lo que te rodea?

El hombre de traje sintió que miles de ojos se posaban ahora sobre él y comprendió la veracidad de la amenaza. A pesar de mostrarse entero por fuera, no pudo evitar sentir cierta tensión en sus hombros. Con un ligero cabeceo, ordenó a sus hombres que se detuvieran.

— Ahora... —dijo el «Albino», poniéndose de pie pero sin salir de las tinieblas—. ¿Quieres acompañarme abajo para comprobar que tu dinero ha sido bien invertido?

El hombre de traje tragó saliva y movió los ojos de manera acelerada de un punto oscuro a otro punto, totalmente nervioso de lo que sea estaba alrededor de ellos.

— Sí... —dijo aclarando su garganta—. A eso he venido.

— Sígueme.

Haciendo un suave gesto de espera a sus custodios, el hombre de traje dio un paso afuera del círculo de luz y se adentró en la oscuridad, detrás del «Albino».

6

La llamada se había extendido más de la cuenta. Maruni empezaba a sentirse incómodo. Le dolía la mano de sostener el auricular y su oreja estaba roja por la presión del aparato de plástico.

— ¿Y no hay ningún testigo?—dijo y escuchó por unos segundos—. Entiendo. ¿Qué hay de la policía? ¿Se encuentran allí? Ya veo. Manténgame informado. Maruni colgó. El teléfono de la pared se estrelló contra la base produciendo un sonido metálico y agudo. Esperó un instante antes de volverse a sus hombres en el salón iluminado por las luces fluorescentes. Entre ellos también se encontraba Fabrizio, quien lo miraba con intensidad.

Maruni apoyó las manos sobre el borde de la mesa de pool y hundió los hombros hacia adelante, encorvándose apenas. Golpeteando la encerada madera con la punta de sus dedos, pensó un instante qué hacer.

Luego, habló.

— Podemos esperar una investigación policial en cualquier momento —dijo a sus hombres—. Necesito que mantengamos un bajo perfil hasta el lunes cuando cambie el gobierno. Mientras tanto, nuestras operaciones no pueden brillar más de lo necesario. Esperaremos a que las leyes hayan cambiado y todo el sistema esté revuelto para aprovecharnos de ese impasse. ¿Se ha entendido? Ningún hombre respondió de manera verbal, pero cada uno de ellos asintió con sumo respecto.

— Preparen una conferencia dentro de veinte minutos—continuó Maruni—. Y quiero que refuercen la seguridad. Los ojos bien abiertos, caballeros. Procedan. Los hombres se dispersaron y se pusieron manos a la obra. Fabrizio se apoyó contra la pequeña barra del bar y miró a su padre con cierto resentimiento.

— ¿No hay noticias de Marco?—dijo con aire soberbio—. ¿Estás seguro que todo está bien allí?

— Lo llamé hoy a la mañana—dijo Maruni molesto—. Todo está bien.

— ¿«Bien»? No hemos estado «bien» desde hace mucho tiempo, padre. Tú deberías saberlo.

Fabrizio ignoró la mirada irritada de su padre y en cambio procedió a armarse un trago. Esta vez fue algo más fuerte: whisky doble, con hielo. Para cuando el ardiente licor mojó sus labios y le atravesó la garganta, Fabrizio ya había regresado a su posición anterior, contemplando con altivez a su padre.

— Admítelo —le dijo—. Todo esto se está desmoronando más rápido de lo que nos podemos dar cuenta. ¿Y después del lunes? Seremos bolsas de residuo. Todos nosotros. Ninguna familia quedará de pie.

Fabrizio jugó con el vaso en su mano, haciendo pequeños círculos en el aire con desdén en dirección a su padre.

— «Monopolio absoluto»—exclamó y volvió a beber.

Maruni miró a su hijo como el niño malcriado y repugnante en el que se había convertido. En ningún momento de los ya treinta y nueve años que lo había criado creyó que su primogénito podría albergar semejante desprecio en su interior. Se veía a sí mismo; el sentido rebelde, el rechazo a la autoridad y su terquedad. Pero le sorprendía la celosía. ¿Por qué? ¿Por qué odiaba tanto a su hermano?

— ¿No fueron esas tus palabras?—continuó Fabrizio—. «La guerra entre mafias, o nos separará y destruirá a todos o nos unirá bajo una sola bandera». Todos hablaban del gran líder que habías sido al principio de la guerra. Alababan tu sentido de alianza y tu mentalidad estratega. ¿En serio te creías todas tus tonterías?

Maruni suspiró de manera cansina.

— No sé qué te está pasando —dijo Maruni—, ni tampoco cuánto has bebido ya desde que te despertaste. Pero no me importa. La conferencia me espera.

— Vamos, quédate y toma un trago conmigo —dijo de manera burlona Fabrizioo—. Como padre e hijo. ¿No?

Echando una mirada llena de odio, Maruni controló su respiración.

— ¿Qué?—le dijo su hijo—. ¿Está mal? ¿Acaso esa es una conducta inapropiada? ¿Una debilidad del carácter? ¿No se supone que me comporte así? ¿Eso quieres decir?

— Más te vale que te pongas sobrio —le dijo de manera grave Maruni—. De lo contrario, te sacaré todo ese alcohol a garrotazos. ¿Me has comprendido?

— ¿Por qué no lo haces ahora?—desafió Fabrizioo—. Mátame, papá. Sacrifica al hijo que te ha salido débil y quédate con el mejor, con el más fuerte. Decidido a no caer en el juego violento de su hijo alcohólico, Maruni se alejó y salió del salón. Fabrizioo, solo con su enfado y su odio latente, terminó su trago de un rápido sorbo. Enseguida se sirvió otro.

Los veinte minutos se cumplieron y pronto Maruni estuvo de nuevo en conferencia con el resto de los jefes de familia, ocupando cada uno su correspondiente cuadrante.

— A esta altura, todos saben lo que está sucediendo —dijo Maruni—. Pero lo repetiré para que no haya dudas de que lidiamos con una situación delicada. Giovanni Romano ha sido secuestrado. Su casa fue incendiada durante la madrugada de hoy. Toda su familia murió por el fuego.

— ¿Quién ha sido responsable de esto?—dijo el cuadrante Uno.

— Aún no se sabe. Puede haber sido cualquiera de los otros bandos. Hasta ahora, ninguno de ellos se ha adjudicado este golpe.

— ¿Qué hay del Sindicato Ruso?—dijo Baruzzo—. ¿Puede Vopreko haber tenido algo que ver?

Maruni movió la cabeza con cierto recelo. Vopreko era la opción más viable, pero no quería admitirlo. No aún.

— Todas las posibilidades están contempladas —respondió.

— ¿Cómo nos afecta esto?—dijo el cuadrante Tres—. ¿Qué importancia tiene el señor Romano?

— En principio, el secuestro y la posible muerte de Giovanni Romano no significa daños graves para nuestros intereses. El señor Romano ha sido excluido por completo de detalles pertinentes relacionados a la naturaleza del paquete ni a su ubicación.

— Tan sólo sabe de la existencia del mismo —agregó el cuadrante Tres. Maruni asintió.

— Tal vez eso presente un problema de todas formas —dijo el cuadrante Uno.

— No estoy seguro —contestó Maruni—. Creo que esto es un mensaje, de quien quiera que lo haya hecho. Romano no posee información valiosa. Por lo tanto, esto es una demostración de poder. O una declaración de guerra directa.

— ¿Qué hay de la posibilidad de que sea un caso aislado?—dijo el cuadrante Cuatro.

— No debemos descartarlo aún. Por el momento, debemos lidiar con la policía. Esta investigación y la de la ruta 15 están por caernos encima.

Maruni clavó los ojos en el cuadrante Dos, el de Ennio Baruzzo.

— No tengo que volver a resaltar el pobre manejo de la situación por parte de sus hombres, señor Baruzzo pero ahora tenemos un grave problema en nuestras manos. La policía está investigando nuestro patio trasero. Existe la chance de que pronto nos asocien de alguna manera con lo sucedido.

— Para ese entonces —replicó Baruzzo con claro enfado—, el nuevo Estado Soberano habrá reestructurado todo.

— No sobreestimemos lo que la reestructuración del nuevo gobierno puede significar para nosotros.

— ¿Qué sugiere que hagamos, entonces?—dijo el cuadrante Uno.

— Proceder como siempre, pero con extremo cuidado. Sé que muchos de ustedes están preocupados por el futuro inmediato de nuestras familias una vez que estemos bajo el nuevo régimen.

Maruni se tomó una pausa, aclaró su garganta y trató de sonar lo más confiado posible.

— El paquete es nuestra garantía—dijo—. Y nuestra protección. Si lo tenemos en nuestro poder, no se atreverán a tocarnos.

7

El hombre de traje seguía los lentos y tétricos pasos del «Albino», mientras éste se desplazaba por los distintos niveles del enorme buque de carga. Había mantenido un silencio incómodo durante todo el trayecto y en los últimos minutos se había preguntado exactamente adónde lo guiaba su extraño anfitrión. Según sus palabras, lo llevaba a conocer lo que su inversión millonaria, y sostenida desde hace un tiempo, había generado. A pesar de no ser exactamente dinero de su bolsillo, sino más bien de sus socios y a quienes él representaba de modo oficial para proteger sus verdaderas identidades, no dejaba de preocuparse. Su trabajo era cuidar que esa inversión no presentara un gasto innecesario y exagerado, en especial con los momentos que corrían y el nuevo Estado Soberano pisándole los talones. En más de una ocasión, deseaba no tener que reunirse con Vopreko ni con sus pares. La naturaleza de su trabajo era no cuestionar el negocio en sí, sino asegurar que la transacción fuera lo más adecuada y exitosa posible. Una de las tantas reglas de su posición era no otorgar

ni tampoco recibir demasiada información de las dos partes involucradas. Por tanto, no tenía que saber más del «Albino» que lo necesario ni éste tenía por qué entrometerse en sus asuntos y en los de sus socios.

Continuó detrás de Vopreko, viéndolo perderse entre la escasa iluminación del interior del barco. En un determinado momento, el «Albino» se detuvo y jaló la palanca de una pesada compuerta. Ésta realizó un ruido fuerte y se destrabó. Una vez que el «Albino» la abrió, salió al otro lado.

El hombre de traje lo siguió y entonces, para su total sorpresa, vio que salían a la cubierta principal del barco. Sin entender nada, se volvió a Vopreko.

— Pensé que me llevabas abajo —dijo—. ¿Qué diablos es esto?

En efecto, lo único que habían hecho había sido subir escaleras y niveles, en vez de bajarlos. El hombre de traje no dijo nada en su momento mientras seguía a Vopreko, pero le resultó demasiado extraño. Estaba más que seguro que habían partido desde al menos tres niveles abajo del barco y ahora estaba de regreso a la parte superior. ¿Exactamente a qué «abajo» se había referido el «Albino» cuando le pidió acompañarlo?

Los ojos glaciales y cristalinos de Vopreko le respondieron con una total indiferencia.

— Estamos yendo abajo —dijo.

Con cierto desprecio, el «Albino» se dio media vuelta y se acercó unos pasos hacia tres miembros de la tripulación que se encontraban de pie al lado de una especie de jaula submarina, reforzada de plástico doble y de vidrio traslúcido.

Al instante, el hombre de traje comprendió y titubeó.

— Espera un momento... —dijo, ya casi convencido pero aun necesitando confirmación—. ¿Vamos a sumergirnos bajo el agua?

Vopreko pareció regocijarse ante la aparente ignorancia del hombre. No le respondió, pero en su silencio confirmó las sospechas del otro.

— ¿Es esta una maldita broma?—dijo el hombre de traje.

— Las inversiones no sólo deben ser acertadas, sino también protegidas —respondió el «Albino».

El hombre de traje vio cómo preparaban la jaula para la inmersión. No era una broma ni un disparate. Era la realidad y no la podía creer.

— Adelante—lo invitó el «Albino»—. Ven y moja tus pies en las aguas del nuevo mundo.

Minutos después, casi como si de un cuento de fantasía o un sueño se tratase, el hombre de traje estaba dentro de la jaula submarina y descendía, junto a Vopreko, las aguas del río.

No supo exactamente cuántos metros bajaron, sólo fue testigo de que la escasa luz del día pronto se vio oscurecida por la turbia agua y cada minuto que

descendían, menos luz lograba atravesar.

De pronto oyó que la jaula hacía un ruido de engranajes, como si acabara de encajarse en una plataforma. El «Albino» ni se inmutó.

Unos segundos después la jaula se mantuvo estática. Lo único que la rodeaba era agua turbia, de un color marrón. El hombre de traje vio la pequeña luz cenital que iluminaba el interior de la jaula y tuvo la sensación de que ambos, el «Albino» y él, eran como un pequeño farol brillando en la inmensidad de la oscuridad.

De repente, la estrecha puerta por la cual habían ingresado a la jaula submarina se abrió y en vez de recibirlos un caudal de agua que hubiera llenado la totalidad de la jaula en tan sólo segundos, se vieron enfrentados a un largo pasillo reforzado de acero. «El interior de un submarino» pensó el hombre de traje.

Vopreko levantó un pie por encima del borde de la jaula y se adentró al pasillo, empezando a caminar. Confundido, el hombre de traje lo siguió.

Al transitar el pasillo, que no era demasiado extenso y tan sólo tenía un pobre farol de luz permitiendo ver el camino, el hombre de traje no lograba salir de su estupefacción. Pero comenzaba a sospechar de lo que se trataba.

— ¿Qué es este lugar?—dijo mientras que al mismo tiempo oía crujidos a través de las láminas de acero. El agua de afuera hacía presión contra la estructura pero no lo suficiente para afectarla.

Supo en ese instante que debían estar en aguas no demasiado profundas. Tal vez menos de cien metros.

— Lo que usted y sus asociados pagaron —respondió el «Albino».

— Esto no fue lo que acordamos —dijo el hombre de traje sin detenerse ni dejar de mirar (y quizás hasta admirar) el lugar donde se encontraban.

El «Albino» se detuvo justo antes de otra puerta reforzada de hierro y con una manija similar a la de una compuerta de barco.

— La infraestructura del establecimiento es vieja —dijo el «Albino»—, pero ustedes no pagaron por eso. Pagaron por lo que contiene. Su inversión se encuentra del otro lado de esta puerta.

Acto seguido, abrió la pesada compuerta y ambos ingresaron.

8

Dada la baja cantidad de votantes que se presentaron a votar el última día del referéndum, Gabrielle y Anderson tuvieron la posibilidad de relegar el operativo de seguridad y disminuir la cantidad de uniformados presentes tanto en los propios Centros de Votación como patrullando en la calle. Anderson supervisó el último trecho del operativo desde la comodidad de la estación, comunicándose en tiempo real con las unidades móviles desplegadas y colaborando con Seguridad Vial para garantizar que las actividades laborales del día no se vieran

interrumpidas en absoluto.

Gabrielle, por otro lado, aguardaba por el forense Martínez, quien minutos antes la había llamado para encontrarse sin especificar del todo para qué. Por dentro, Gabrielle albergó la pequeña esperanza de que su colega diera con la identificación de alguno de los esqueletos.

Cuando el forense apareció, su aspecto no distaba mucho de los cuerpos con los que trabajaba a diario. Tenía unas ojeras negras bien marcadas debajo de los ojos hinchados. El resto del rostro sufría de una extraña palidez, como si le faltaran nutrientes por no haber comido en varias horas.

Pero el forense escondía todo su cansancio detrás de unos anteojos de marco fino y de reluciente metal. Parecía dispuesto a mantenerse despierto por otro día más si era necesario.

Apenas se encontraron, Martínez no desperdició un segundo, quizás estimulado por las numerosas tazas de café que con toda seguridad había bebido a lo largo de los días.

— Primero que nada, todavía no tenemos identificación completa del esqueleto — dijo—. Estamos concentrándonos en el espécimen en particular que has pedido.

— ¿Cuánto tiempo más crees que llevará?—preguntó Gabrielle.

Martínez realizó una mueca con la boca y pasó una mano por su barba de varios días. — Trabajando a este ritmo, tal vez dos semanas. Quizás una.

— ¿Sólo para este esqueleto en particular?

— Así es. El resto nos llevará más tiempo.

— Buen trabajo —dijo ella con cierto ánimo—. Descansa. No quiero que te desgarres.

— No lo haré. Pero hay otra cosa que también hemos averiguado.

Gabrielle sintió cierta curiosidad.

— ¿Qué es?—dijo ella.

—Envié el cuerpo de tu amigo a que lo abran «de arriba abajo» como tú dijiste. Gabrielle pensó un instante y entonces comprendió que se trataba del «mudo». Con todas las cosas que habían pasado en la corta semana del referéndum se había olvidado por un instante de él.

— ¿Qué encontraste?—dijo ella—. Y ahórrate el lenguaje técnico en lo posible.

— Si creías que la primera autopsia fue algo sorprendente, espera a ver el cerebro de este tipo. El Dr. Borsh, quien estuvo a cargo de la disección, todavía continúa los análisis y pruebas sobre el sujeto, pero dice que sólo vio esa morfología cerebral en dos perfiles de personas: científicos y académicos de alto coeficiente intelectual y en asesinos seriales con graves trastornos mentales. ¿Te resulta lo suficientemente técnico?

— Ya veo —dijo Gabrielle asintiendo.

— ¿Tiene sentido para ti?—quiso saber Martínez.

— No aún —replicó ella con un leve cabeceo—. Apresura la identificación del esqueleto. Me conformo con algo parcial.

Martínez bostezó.

— De acuerdo —dijo con tono flemático y se marchó.

Gabrielle volvió a reparar en el «mudo». ¿Realmente podía tratarse de un genio? ¿O sólo era un psicópata con un alto coeficiente intelectual, como tantos otros? Una cosa era segura; la fuerza y la resistencia a temperaturas extremas de aquel delgado individuo superaban con creces lo normal.

El misterio alrededor de la investigación tenía dos posibles resultados una vez que se identificara el esqueleto: o se aclaraba todo de una vez y para siempre... o el misterio se volvía aún más profundo. De una manera u otra, Gabrielle debía continuar, llevase donde la llevase.

9

La multitud alrededor del teatro «Beatriz de la Nouvelle» se encontraba presente desde la primera hora de la mañana del viernes. El clima acompañó su espíritu de júbilo con un brillante día despejado y una temperatura lo suficientemente soportable para permanecer afuera del teatro ovalado el tiempo que fuera necesario.

Las vallas frenaban a los espectadores más ansiosos, mientras que el personal de Seguridad Civil, del Municipio y del Departamento de Policía ponían a punto los últimos detalles para el acto nacional. La llegada del temporalmente Intendente Grittver se esperaba para las 11:00 a.m. Una hora después, y de manera oficial y global para el resto del mundo que sintonizara la transmisión, se anunciaría el resultado del referéndum. Sin embargo, la mayoría allí presente no necesitaba de semejante formalidad; ya conocían el resultado del referéndum. Se lo podía oler en el aire, como también se podía leer de manera implícita en los rostros de los ciudadanos. Nadie esperaba otra cosa. Acompañando los cánticos victoriosos de los fieles, había música de tambores y trompetas entonando conocidas melodías de unión y de patria. Pronto, compondrían su propia música; el Himno de la Independencia.

Siendo día laboral como era, la actividad en la ciudad no se había detenido por completo pero su ritmo se vio drásticamente disminuido. Era innegable que la mayoría de los ojos estaban puestos en los televisores transmitiendo en vivo la ceremonia completa. Aún en las oficinas, en los edificios públicos o gubernamentales, la atención se encontraba dividida entre el trabajo y presenciar del día más histórico de todas esas generaciones. Gabrielle, como muchos otros que tenían la oportunidad de contar con horarios flexibles, había aprovechado

para posponer su llegada al trabajo y seguir, junto a la compañía de su padre, la cuenta regresiva de las últimas horas de Rosthalion como ciudad. Después del mediodía del viernes 14 de mayo de 2032 habría un renacer. Gabrielle comparó ese momento de ansiedad y expectativa con el que las personas habrían de haber sentido durante el último cambio de milenio. La misma incertidumbre. Gracias a O'Malley, ella y Anderson pudieron descansar quizás mitad del día, mientras otros tomaban el control de la seguridad en el teatro «Beatriz de la Nouvelle». Tanto Gabrielle como su compañero sabían que el verdadero trabajo comenzaría el lunes. Con la televisión a volumen alto y los canales sufriendo de verborragia para compensar la estática espera de la multitud reunida en vivo y en directo, Gabrielle desayunaba junto a su padre.

Desde que ella había llegado, su padre le preguntó dos veces qué era lo que estaba pasando en la televisión y por qué había tanta conmoción. La primera vez que se lo explicó, su padre pareció entender todo como si hubiera estudiado el tema. Sabía sobre el referéndum, sobre Grittver y sobre la independencia. Pero al rato volvió a preguntar y cuando Gabrielle repitió la explicación, él dijo que no sabía nada y que le parecía una tontería independizarse del País. Gabrielle, como en otras ocasiones similares, respondió con una sonrisa y cambió el tema a cosas más triviales.

Diez minutos antes de las doce del mediodía, los ánimos estaban descontrolados. La multitud aumentó el volumen y la intensidad de sus cánticos y todos los canales de televisión —locales al menos— sintonizaron la transmisión en vivo desde adentro del teatro ovalado.

El escenario era antiguo pero simple. Sobre él se habían interpretado las dramaturgias más famosas de la historia de la humanidad, como también la puesta en escena de las obras escritas por autores locales y noveles. Los cálidos y brillantes faroles de luz se posaban sobre un moderno estrado traído especialmente para el acto en cuestión y decorado con la bandera del Estado Soberano de Rosthalion. La misma consistía en un fondo azul, en cuyo centro se posaba un «tabono» recubierto de oro, símbolo de fuerza y perseverancia.

Siguiendo la misma línea de colores y estética, el resto del teatro se veía adornado con las mismas banderas de distinto tamaño y con papelería. Detrás del estrado se proyectaban imágenes de las características más emblemáticas de la ciudad, acompañadas de música que si bien no era el himno oficial del nuevo Estado, habían musicalizado la campaña completa.

La capacidad interior del teatro superaba con facilidad las setecientas personas y en ese momento el total de espectadores —sentados o parados alrededor del escenario— rondaba entre mil y mil quinientos. Ellos fueron los primeros en sumirse en un silencio profundo cuando la música se atenuó y el vocero

principal de la campaña se acercó al escenario. El mismo acomodó el micrófono y se dispuso a hablar, mientras afuera la multitud no dejaba de ovacionar. Para su comodidad, el Municipio había equipado el exterior del teatro con pantallas gigantes que trasmitían en vivo el interior del «Beatriz de la Nouvelle».

— Damas y caballeros —dijo el vocero—. Me alegra informarles que el recuento principal de los votos ha finalizado.

La audiencia del teatro se mantuvo en regla, aguardando con ansias.

— Por lo tanto —prosiguió el vocero—, el resultado del referéndum local por la independencia de nuestra ciudad y la creación del nuevo Estado Soberano de Rosthalion... ha sido aprobado...

El estallido de aplausos enmascaró por completo la voz del vocero mientras éste terminaba la oración.

— ... por mayoría electoral.

Fueron varios minutos de constantes aplausos y cánticos de júbilo. El televisor en la casa del Detective Blake pareció vibrar por la saturación del volumen. Gabrielle no pestañó por unos largos segundos, como si estuviera embobada por lo que veía y lo que acababa de oír. Ya era definitivo, no había vuelta atrás. Al instante que el vocero exclamó la palabra «aprobado» la ciudad de Rosthalion se convirtió en su propio país autónomo e independiente. La vida de millones de personas acababa de cambiar por completo a través de una inofensiva transmisión de televisión. Todo había conducido a este momento, este único momento histórico. Y la reacción popular fue inconmensurable. Las calles se llenaron de celebración y exaltación, las bocinas de los autos se unieron en una sola orquesta de alegría y las redes sociales se saturaron de mensajes, posteos y fotografías relacionadas al resultado final.

Dentro del teatro, el vocero esperó paciente que la aclamación disminuyera lo suficiente para retomar la palabra. Detrás de él, en pantalla y reemplazando las imágenes emblemáticas de Rosthalion, aparecieron los resultados casi finales del referéndum:

RESULTADOS REFERÉNDUM

SI 98.7%

NO 1.3%

Cuando finalmente los aplausos disminuyeron sólo en intensidad —la mayoría continuaba aplaudiendo— el vocero volvió a hablar.

— Y ahora—dijo—, es un honor presentarles, damas y caballeros, al nuevo Presidente electo, el señor... Olaf Grittver.

El rugido de aplausos fue ensordecedor. El vocero sólo había pedido un momento para anunciar al Presidente y reavivar la exaltación.

Vestido con un traje azul marino acorde a los colores de la nueva bandera, el

ahora Presidente Grittver portó una sonrisa genuina mientras daba los pequeños pasos hacia el estrado. Apoyó las manos sobre éste y asintió en agradecimiento repetidas veces mientras miraba con ojos brillosos el recibimiento que se le otorgaba. Extendió los brazos y saludó a todos en general. Con todo el tiempo del mundo ahora, esperó paciente a que un silencio de sumo respeto llenara el teatro una vez más. Grittver se tomó un instante antes de hablar y se puso derecho, listo para orar.

— Este día... representa una victoria no para la política, sino para cada hombre y cada mujer, cada anciano y cada niño que forman parte de nuestra amada comunidad. Debieron pasar más de cien años para llegar a esta instancia, a este momento histórico que ustedes han dado a luz gracias a su creencia y confianza no sólo en una figura política, sino en ustedes mismos. Quiero agradecer a cada uno de los ciudadanos de Rosthalion por su voto en estos últimos días. Ya sea que hayan votado a favor o en contra; su opinión y su voz fueron oídas y marcaron la diferencia. También debemos celebrar la democracia que ha reinado en estas elecciones.

Un pequeño aplauso interrumpió su discurso, pero Grittver enseguida retomó. — Todos nosotros hemos sido bendecidos con un nuevo sentido de unión y pertenencia, empezando por hoy, a partir de este momento. Hemos finalmente comprendido que somos una familia, que nos caemos y nos levantamos juntos como un solo pueblo. A través de la historia, naciones alrededor del mundo han peleado por su independencia, por su derecho a decidir su propio destino y por librarse de ataduras, de obstáculos y trabas que sabotearan su potencial económico y su riqueza. Juntos, cada uno de nosotros, somos parte ahora de ese legado. Nosotros también le hemos gritado al mundo nuestro canto de victoria y libertad. La existencia de las nuevas generaciones estará caracterizada por este evento trascendental. Serán las primeras generaciones nacidas en un Estado libre y soberano. Todo lo que se haga a partir de ahora, todas las acciones que se llevarán a cabo en los próximos meses, será en pos de garantizar la fortaleza de la ciudad de Rosthalion y asegurar su desarrollo y mejoramiento.

Muchos ojos externos considerarán nuestras intenciones como separatistas e intolerantes. Pero lo que no logran entender es que nuestro pueblo ha elegido. No deseamos estar sujetos al gobierno de un país que incita al conflicto armado para resolver sus disputas, que proclama desigualdad para con el resto de sus territorios y monopoliza su riqueza y su desarrollo en su capital. Los fundadores de esta ciudad no quisieron eso en el pasado y han peleado ferozmente por ello. Y también lo hemos hecho nosotros. Porque lo que queremos para el futuro es prosperidad y seguridad para nuestros hijos. Queremos que ellos sean

excepcionales, que sean fuertes y superiores. Queremos lo mejor de lo mejor. Tanto el teatro como la multitud congregada afuera estallaron en ovación que parecía estar sincronizada.

— Todavía nos queda un largo camino por recorrer —continuó Grittver—. Las siguientes semanas veremos nuestras vidas reestructuradas cuando entren en vigencia las nuevas leyes; las leyes que nosotros consideramos justas para nuestra autonomía y que elegimos por voluntad propia para garantizar una nueva era caracterizada por la unión, el progreso y la competencia.

Esta no será tarea fácil, pero nuestra determinación nunca ha sido más fuerte y nuestro deseo de ver la felicidad en los rostros de nuestros hijos y el orgullo de pertenecer a una comunidad tan rica como ésta, no tiene límites.

La adaptación al cambio es un proceso que lleva tiempo, pero hoy hemos sentado las bases y los cimientos esenciales para que el crecimiento de nuestra nueva nación se vea nutrido y fomentado. Hemos dado un enorme paso hacia un futuro brillante y hacia la consolidación del nuevo Estado Soberano de Rosthalion.

Grittver esbozó una sonrisa de oreja a oreja, mostrando sus dientes blancos casi perfectos. El público acompañó su sonrisa con una ovación de pie.

El Presidente habló por encima del clamor.

— Es con mucho orgullo que celebramos hoy nuestra independencia y nuestra superioridad. ¡Somos libres y somos fuertes! ¡Avanzamos hacia adelante unidos! La transmisión en vivo por televisión no daba abasto para mostrar cada rincón de la ciudad donde se celebraba de manera jovial la victoria unánime. Pronto las calles rebozaron con partidarios y simpatizantes acaparando cada monumento histórico, cada emblema de la ciudad y cada plaza nacional para festejar el inicio de la nueva era. Las casas de familia también rebozaban de alegría.

Nadie, absolutamente nadie, podría haber anticipado lo que vendría.

La señora Moore se había unido a la sala de estar para contemplar el increíble evento. El padre de Gabrielle también miraba las imágenes, aunque sus ojos parecían desorbitados y había guardado silencio durante el discurso del nuevo Presidente. Gabrielle se preguntó exactamente qué estaría pasando por su cabeza ahora mismo y si algo de todo esto quedaría registrado en su memoria. Tal vez mañana lo recordaría. O por el contrario, como era más plausible, creería que nada había pasado y que la ciudad todavía respondía a la autoridad de País.

Gabrielle sintió la garganta seca y a pesar de tener un vaso de agua cerca, no tuvo deseos de beber. Todavía trataba de asimilar todo el asunto y por más que lo hubiera imaginado con anterioridad, no estaba preparada para lo verdadero. Y tampoco lo estaban muchos otros más.

«Como una víctima en shock» se escuchó decirse a sí misma para describir su estado. Se preguntó a sí misma si acaso había hecho mal en votar a favor. Pero tampoco podía ver qué era lo correcto a hacer.

Fue la voz de su padre, interrumpiendo el casi interminable discurso de victoria del Presidente, la que logró devolverla al espacio físico donde estaba.

— ¿Qué harás hoy, Gabby ?—le dijo su padre—. Escuché que quizás nieve de nuevo.

Gabrielle sonrió cuando volvió a percibir la familiaridad hogareña de la casa de su padre. Una extraña sensación mezcla de compasión y pura tristeza la invadió al notar que para su padre, el gran Detective Blake, nada de lo transcurrido en televisión había tenido peso alguno ni importancia real. En cuanto a él le concernía, no existía ni referéndum ni independencia ni Presidente Grittver. Sólo televisión de fondo.

— Iré a trabajar como cualquier otro día, papá —dijo Gabrielle, con cierta resignación.

Una vez más, temió que su padre se olvidara por completo de ella. No quería imaginar el día en el que ya no la reconociera.

10

Fue el domingo a última hora cuando Gabrielle recibió la tan ansiada llamada del forense Martínez. Éste habló tan rápido que ella tuvo que pedirle que repitiera lo que había dicho.

— He obtenido una coincidencia parcial de ADN —dijo el forense—. Todavía hay un posible margen de error y nos faltan mayores análisis, pero... Es muy posible que coincida al cien por ciento.

Gabrielle disimuló su emoción. Aún no significaba nada, pero era un punto crucial en la investigación.

— ¿Te ha salido un nombre?—dijo ella.

— Sí. He enviado todo a tu computadora. Puedes verlo allí.

— De acuerdo. Gracias.

Ni bien colgó, Gabrielle interrumpió sus planes de marcharse a casa. No podía dejar pasar este momento de pura curiosidad. Si Anderson no se hubiera marchado unos minutos antes, lo hubiera llamado para contarle sobre la posible identificación. Pero por el momento, lo vería ella sola.

Tomó asiento en su escritorio y sin dejar de ver la pantalla se quitó el abrigo que se había puesto segundos antes. Con las manos rojas y doloridas como era su costumbre, escribió su nombre y contraseña e ingresó a su base de datos oficial. Allí encontró el archivo de Martínez y lo abrió casi sin respirar.

Lo que salió en pantalla fue un expediente electrónico que mostraba los detalles de la muestra obtenida de los restos óseos del sujeto en cuestión y luego,

adjuntado, el perfil de la persona con la cual el ADN guardaba el mayor porcentaje de coincidencia de toda la base.

Gabrielle primero vio el nombre de la persona: «Marianne Karlin». Luego, sus ojos se posaron sobre la foto que acompañaba los datos personales. En la esquina superior izquierda de la pantalla, una mujer de mediana edad y cabello rizado devolvía una mirada neutra a través de unos ojos negros y redondos como canicas. Gabrielle se quedó un instante observando el rostro de aquella mujer y creyó ver algo familiar primero en sus ojos, y luego en todas sus facciones.

Leyó la información vital. Nacida en Rosthalion el 20 de Abril de 1967 en el orfanato público de la ciudad. Su actual paradero era desconocido. Y debajo, escrito en paréntesis se podía leer: «Se presume muerta». Ahora podían confirmarlo, casi con suma certeza, que en efecto estaba muerta y su «paradero» era un campo en el medio de la nada en las afueras de la ciudad, enterrada bajo un metro y medio de tierra. Según unas observaciones detalladas más abajo en el expediente, Marianne había desaparecido en el 2003, hacía casi treinta años. Nadie continuó su investigación y pronto fue olvidada, mientras se pudría lentamente bajo tierra.

¿Cómo podía haber sido posible encontrarla después de tanto tiempo? ¿Quién la había dejado allí? ¿Y por qué?

Gabrielle no hacía tiempo a pensar en la posible respuesta a una pregunta que ya enseguida otra le surgía en su cabeza. El esqueleto que había encontrado, en vez de aclarar las cosas, oscureció aún más el panorama, pavimentando el camino de la investigación con más preguntas y mayor misterio.

Necesitó de un momento para percatarse de que había dejado de pestañar todo el tiempo que leyó el expediente. Las cosas que descubría sobre la víctima cuanto más se adentraba en el expediente la dejaron muda. No podía creerlo aún.

Enseguida tuvo una idea y levantó el teléfono, llamando una vez más a Martínez antes que éste también se marchara a casa.

— Soy yo —le dijo—. Tal vez necesite otro favor. ¿Cuán rápido podrás volver al laboratorio mañana?

Gabrielle oyó con paciencia mientras Martínez respondía.

— De acuerdo —dijo ella al cabo de unos segundos—. Mañana es la asunción del nuevo Presidente en Casa de Gobierno y probablemente yo tenga que estar allí, con la mitad del departamento. En cuanto llegues al laboratorio, me avisas a mi teléfono móvil.

Volvió a guardar silencio para escuchar. Enseguida, replicó:

—Necesitaré un examen biológico.

11

La casa donde vivía Mark Anderson se encontraba a escasos metros de una

estación de subte. En un día normal, la vibración del pesado tren subterráneo podía sentirse en especial en las ventanas de la sala de estar. Siempre que Gabrielle visitaba a su compañero se divertía con ver cómo la lámpara de sal, obsequiada por la madre, se balanceaba al estar apoyada cerca del borde de una pequeña mesa ratona. Según ella, la lámpara de sal se encargaba de eliminar el aire de ondas perjudiciales para la salud humana. Éstas eran producto de la creciente presencia de aparatos electrónicos como computadoras o televisores en cada casa o ambiente humano.

«Ella dice que no me he vuelto loco aún gracias a esa maldita cosa» dijo una vez Anderson refiriéndose al regalo de su madre. Gabrielle creía que era un concepto de lo más interesante y en numerosas ocasiones consideró obtener una para poner en la casa de su padre. Albergaba la tonta esperanza de que tal vez de esa manera, la enfermedad degenerativa de su padre resultaría menos dañina. Sabía con toda certeza que era una tontería pensarlo y por tal razón, nunca se decidió a comprar la lámpara de sal. Pero esta vez la razón de su visita a la casa de Anderson poco tenía que ver con el subte o con lámparas de sal. Ahora la investigación que ambos habían iniciado acababa de dar un nuevo giro sorprendente.

Después de golpear la puerta y mientras esperaba, Gabrielle consideró que esta nueva evidencia era lo que realmente la conduciría al «Albino», de alguna manera. Anderson abrió la puerta y la dejó entrar. Enseguida le ofreció un café y tomaron asiento en la sala de estar. Pero Gabrielle se mantuvo un momento de pie.

— De acuerdo—dijo su compañero—, dime qué era tan importante que tenías que venir hasta aquí fuera del horario de trabajo.

— Martínez ha logrado identificar el esqueleto —dijo Gabrielle casi atolondrada. Anderson se quedó mudo, a mitad de beber su primer sorbo de café.

— ¿Qué?—dijo.

— Es parcial, pero es casi seguro.

— Eh... No sé qué decir. ¿Quién es?

Gabrielle acercó el bolso que traía consigo y sacó el expediente de diez hojas que había impreso poco tiempo antes de salir de la estación y dirigirse a la casa de su compañero. Entregó el expediente a Anderson y comenzó a hablar.

— Su nombre es Marianne Karlin. Desapareció el 21 de julio de 2003, aquí en Rosthalion.

Anderson tomó el expediente y lo abrió. Leyó la primera hoja con la foto de Marianne y los datos básicos de la persona. Leyó «desaparecida el 21/07/2003».

— ¿Estuvo veintinueve años desaparecida?—dijo sin dejar de leer.

Gabrielle asintió y murmuró de forma afirmativa.

Anderson levantó la cabeza para mirarla.

— ¿Y nadie la encontró en todo este tiempo?—dijo—. Diablos...

— Con lo que hemos descubierto ahora podemos confirmar la principal sospecha de la policía en aquel entonces: secuestro y homicidio. El caso se enfrió debido a la falta de posibles sospechosos y pruebas sustanciales. Con el paso del tiempo, fue olvidado.

— Como cualquier otro caso de desaparición sin resolver—comentó Anderson—. ¿Qué se sabe de ella?

Gabrielle tomó asiento delante de él y sujetó su taza de café, pero no bebió enseguida.

— Lo que está allí es casi toda la información que hay sobre ella—dijo Gabrielle—. Nació aquí en el orfanato público. No hay registros de quiénes fueron sus padres, no tiene hermanos ni tampoco esposo o hijos. Una verdadera solitaria. Sin conexión con nadie.

— ¿Pudo haber sido la víctima de un asesino serial?—dijo él—. ¿Totalmente al azar?

— No lo sé. Pero a esta altura, creo que todas las posibilidades son viables.

— Dice aquí que trabajaba en un banco —dijo Anderson.

— Sí. Pero fue despedida a principios del 2002 y estuvo desempleada viviendo de las ayudas sociales hasta su desaparición.

Anderson sacudió la cabeza en total desconcierto mientras seguía leyendo. Luego hizo aparte el expediente y se rascó la barba.

— Bueno, voy a preguntar lo obvio porque me está matando —dijo él—. ¿Cómo diablos supo el «mudo» de la ubicación del cuerpo? ¿Y la de todos los otros? ¿Acaso él es el asesino serial?

— Eso simplemente es imposible. Las fechas no coinciden. Para hacerlo, el «mudo» debería tener al menos sesenta años de edad hoy en día. Para cuando Marianne desapareció, él era un niño. Un infante.

— Entonces, o el «mudo» no era tan joven como creíamos y sólo lo aparentaba gracias a algún tratamiento de rejuvenecimiento, o...

Pero Anderson no supo qué otra posible explicación había.

— Tiene que haber una conexión de algún tipo —dijo Gabrielle—. Nadie supo dónde estaba el cuerpo por casi treinta años. Él lo sabía, Mark. Sabía todo. Esto no puede ser al azar.

— El problema es que nosotros no sabemos quién era el «mudo». Aún si supiéramos más sobre quién era Marianne, no tenemos con qué compararlo. No hay ninguna referencia del «mudo» que nos pueda servir para cotejarlo con la información de ella. El tipo sigue sin existir. Todo esto es como una balsa que se está yendo a la deriva y no tenemos nada de qué agarrarnos.

Por primera vez desde que se había sentado, Gabrielle bebió un sorbo de café y pensó en silencio un instante. Al mismo tiempo, Anderson retomó la lectura del expediente frunciendo el ceño y bebiendo de a grandes sorbos su café.

— Quizás haya algo —dijo Gabrielle al cabo de unos segundos.

— ¿Cómo qué?

— Le pedí a Martínez que hiciera un examen biológico.

Anderson volvió a distraerse del expediente y concentró su atención en Gabrielle.

— ¿Biológico?—dijo extrañado—. ¿Para qué?

En ese instante, un subte pasó por debajo de ellos e hizo temblar la pequeña mesa de vidrio por donde se apoyaban las tazas de café de ambos. Esta vez, sin embargo, Gabrielle no se volvió para ver la lámpara de sal balancearse por el temblor. Estaba demasiado concentrada en el caso, con el rostro de Marianne Karlin grabado a su retina.

— Para saber si hay pruebas de un parentesco biológico —dijo ella al mismo tiempo que la sacudida del piso disminuyó en intensidad. El subte había terminado de pasar.

Pero Anderson la miró un segundo en silencio mientras se hacía la idea de lo que dicho examen podía significar para la investigación.

— Espera... ¿crees que...? ¿Crees que pueden estar relacionados de sangre? Gabrielle no respondió enseguida y Anderson volvió a preguntar.

— ¿Crees que son familia?—dijo.

Con tranquilidad, Gabrielle le respondió.

— Abre el expediente de nuevo —le dijo—. Página seis.

Anderson obedeció, algo confundido. Tomó el expediente, lo abrió de par en par y leyó el largo párrafo de la sexta página.

— ¿Qué se supone que vea aquí?

— Dice que Marianne visitó una clínica de fertilidad.

— Sí —dijo él mientras continuaba leyendo—. Pero sólo fue una consulta. No contrató servicio de ningún tipo.

— Mira las fechas.

Anderson lo hizo. Luego, asintió comprendiendo a qué iba su compañera. — Uno año antes de desaparecer —dijo él.

— Exacto. Las personas en esa clínica quizás sean las únicas con las que Marianne realmente habló antes que la tierra se la tragase, literalmente.

Su compañero arqueó las cejas.

— Es una gran suposición, Gab.

— Lo veo como el único punto de partida—dijo ella.

— ¿Cómo crees?

— Ella tiene que haber ido a la clínica por una razón, ¿verdad? ¿Qué pasa si esa razón le costó la vida? En algún punto, ella tiene que conectar con el «mudo» de alguna manera.

Anderson terminó de leer la página y luego volvió a observar la foto de Marianne, intentando discernir exactamente qué había pasado con ella.

— Iré a la clínica mañana a primera hora—le dijo Gabrielle y lo miró de forma cómplice.

Su compañero entendió enseguida y asintió. Al mismo tiempo, cerró el expediente y lo apoyó sobre la mesa de vidrio.

— Quieres que te cubra durante la asunción —dijo. Gabrielle asintió.

— Intentaré llegar a tiempo —dijo ella—. No te dejaré solo en ésta. Pero debe hacer esto antes de que sea demasiado tarde.

— Está bien, lo haré. Te cubriré. Pero no seguiré así, Gab. Ahora que somos un estado independiente nos encontramos en un juego distinto. Los viejos trucos ya no funcionarán.

— Lo sé. Es sólo hasta que logre dar con algo concreto.

Anderson se puso de pie y caminó hasta la ventana. Miró de manera contemplativa a

través del vidrio. Gabrielle terminó de beber su café y otro subte volvió a pasar por

debajo. Pero ninguno de los dos le dio mayor importancia.

— No puedo creerlo aún —dijo Anderson—. Finalmente nos hemos separado del País. Estamos por nuestra propia cuenta ahora. Solos.

Se volvió hacia su compañera con cierta preocupación en el rostro.

— Tenemos la obligación de probar de qué estamos hechos —dijo—. Debemos ser fuertes.

Gabrielle lo miró extrañado. No supo exactamente de qué estaba hablando su compañero ni por qué de repente había cambiado de actitud de esa manera. No mencionó una palabra al respecto, pero en ese instante, sintió que no lo reconocía. — ¿Te encuentras bien?—le dijo Gabrielle mostrando genuina preocupación.

Su compañero fue rápido en reaccionar con un suave movimiento de mano y esbozando

una sonrisa algo forzada.

— Sí, estoy bien —dijo—. Sólo que... todo esto es demasiado para digerir, ¿sabes? La necesidad de ser «lo mejor de lo mejor».

— No creo que eso se aplique a nosotros —dijo ella confiada pero aún preocupada.

Anderson asintió y volvió a sonreír de la misma forma forzada.

— Se aplica a todos nosotros, Gab —dijo—. A todos.

12

Fabrizio Maruni se encontraba en un pequeño despacho ubicado en el primer piso de la gran casona que su bisabuelo les había dejado como legado familiar. Ahora no sólo la habitaban los descendientes de Alexander, sino también extraños que eran considerados consejeros de su padre o custodios de la familia. Y por supuesto, Marco también vivía allí.

En la amplia ventana del despacho, el día anocheció por primera vez en la nueva era. Una era que los extinguiría por completo, como si fueran variaciones de una misma especie que son eliminadas por la selección natural.

«La supervivencia del más apto». Y ahora, Fabrizio pensó, era «la supervivencia del más poderoso y el más rico».

A pesar de mirar fijamente la pantalla de televisión que tenía adelante, la mente de Fabrizio estaba a miles de kilómetros de distancia. Sabía que debajo de ese piso, en el salón donde estaba el bar y la mesa de pool entre otras cosas, su padre se ocupaba de los asuntos familiares sin incluirlo a él, su propio hijo. No sólo a su único hijo de sangre, sino también al primogénito. ¿Cómo podía haber perdido tanta importancia en los negocios de su padre?

Terminó de ver la repetición del discurso de victoria del nuevo Presidente Grittver mientras fumaba con cierta pesadez. Se preguntaba qué estaría haciendo ahora Grittver, después del acto nacional en el teatro y con las calles poco a poco despejándose de partidarios exaltados. Comenzaba a anticipar lo que vendría ahora. Y suponía que su padre también lo hacía, en su propia manera.

Se puso de pie y sintió que perdía el balance. Su visión estaba parcialmente nublada y sentía la garganta arderle. Sin embargo, terminó el vaso de whisky que llevaba y se mantuvo en pie a pesar de todo. Salió del despacho y emprendió camino. En el salón de abajo, Alexander Maruni hablaba con su hijo Marco a través de una video llamada.

— ¿Estás absolutamente seguro de esto?—le dijo Alexander.

— Tenemos guardias afuera y dentro —dijo Marco—. El almacén ha estado funcionando con normalidad desde entonces. Creo que es seguro decir que estamos bien.

— ¿Qué hay de la gente abajo? ¿Qué dicen ellos?

— Continúan reportándose a cada hora. De momento, todo se mantiene igual. «Excepto por el temporizador» pensó Maruni por un momento pero no dijo nada. Se imaginó lo que los pequeños números rojos en esa estrecha ranura del

ataúd de acero podían estar marcando ahora. Estaba casi seguro que la cuenta regresiva debía rondar las ciento sesenta horas restantes. Eso correspondía aproximadamente a un total de seis días. Debía apurarse. El tiempo, a pesar de estar en teoría a su favor, parecía estar a punto de traicionarlos.

— ¿Hicieron alguna mención del paquete y su estado?—continuó Maruni. Marco negó con la cabeza. En el rostro de su hijo pudo denotar cierta impaciencia e irritabilidad.

— Aún hay que esperar —agregó.

— No necesito repetir lo que tienen que hacer una vez que esa cuenta regresiva llegue a cero —dijo Maruni.

— Los hombres saben.

— Bien. Por otro lado, la policía se está acercando a nosotros, por lo sucedido en la ruta 15. Debido a ello, todas nuestras operaciones pueden estar monitoreadas. Incluso ésta.

Marco asintió.

— Vaciamos el almacén —dijo el joven—. Nunca lo encontrarán.

— Asegúrate. ¿Baruzzo te ha estado dando problemas?

— Nada que no pueda resolver desde aquí.

Maruni pensó un instante. Su cabeza todavía seguía enfocada en imaginar el desenlace

de los próximos días.

— De acuerdo —dijo Maruni—. Por seguridad, hablaremos cuando la cuenta regresiva se haya cumplido.

— Entiendo, padre.

— Cuídate, Marco.

Enseguida, la imagen de su hijo menor desapareció de la pantalla y sólo quedó el fondo

de pantalla inerte y monótono, de un apagado color azul.

Detrás de la puerta que dividía el salón de una escueta escalera empinada, Fabrizio

terminaba de oír la conversación de su padre. Lo vio continuar hablando con sus hombres, a pesar de que todo indicaba que la reunión había terminado. Fue en ese

momento que Fabrizio decidió irrumpir en el salón con cierto sigilo. Al estar entre las

dos mesas de billar, los hombres alrededor de su padre se volvieron hacia él, advertidos

de su presencia y de la posible incomodidad que generaría. Fabrizio sabía de qué iba la

cosa; el los aborrecía por ser usurpadores no sólo de la gran casona Maruni, sino de la atención y el cariño de su padre. Por otro lado, ellos lo aborrecían a él por ser el niño acomodado de la familia.

— Quisiera un momento a solas con mi padre, por favor —dijo Fabrizio sin el menor ápice de verdadera amabilidad.

Fue Maruni quien les dio vía libre a sus hombres para marcharse con un leve movimiento de cabeza.

Cuando estuvieron los dos solos, Fabrizio se tomó un instante antes de hablar. — Sé que no me necesitas, papá. Sé que es mejor que yo no esté aquí. Pero sólo quiero saber una cosa. Y luego me iré.

Maruni clavó los ojos en los de su hijo. En ellos pudo ver los efectos del alcohol tan claros como el color azulado de los mismos.

— Todo lo que está mal conmigo —dijo Fabrizio—, todos mis errores... lo que no pude ser. ¿Lo arreglaste con Marco? ¿Lo hiciste a él tal como creías que yo debería haber sido?

Maruni guardó silencio y en ese mutismo Fabrizio pareció encontrar su respuesta. No

sólo por la falta de palabras, también por los ojos de su padre. En ellos, no podía leerse

otra cosa más que la verdad.

Fabrizio asintió y contuvo sus lágrimas.

— ¿Por qué?—dijo.

— Nunca mencionaste nada al respecto, Fabrizio —dijo Maruni—. Pero hoy, de todos los días... hoy es cuando decides salir con este tema. Soy yo quien te pregunta por qué.

— Porque sé lo que hay dentro del paquete, papá. Y sé lo que pasará cuando la cuenta regresiva llegue a cero.

En ese instante, casi como una coincidencia divina, un pesado camión de basura se

detuvo al frente de la gran casona de los Maruni. El estrépito que lo acompañó no fue

sutil ni tranquilo; semejante ruido despertó la atención de todos los hombres y guardias

allí presentes. En la entrada de la casona, cinco hombres de Maruni salieron a ver de

más de cerca la escena. Cada uno de ellos llevaba secretamente un arma a su

costado.

La bocina del camión de basura empezó a sonar con tono agudo, al mismo tiempo que

el vehículo parecía ponerse en posición inversa.

Abajo en el salón, poco podía oírse de lo que sucedía en la entrada principal.

Maruni se

puso de pie y se acercó a su hijo con cierto recelo.

— Escúchame —le dijo—. Lo que sea que te esté dando vueltas en la cabeza, no es cierto. Todos estamos muy estresados y el estar encerrados aquí debido a la guerra nos hace pasar demasiado tiempo con nuestros propios pensamientos. A veces, éstos pueden volverse contra nosotros.

— Ahórrate el sermón pseudo filosófico, papá. Y dime que me equivoco. Afuera, el camión de basura se detuvo por completo y ante su aparente inmovilidad, los hombres desenfundaron sus armas. Otros miembros de la casa podían ver el mismo espectáculo desde las ventanas. A pesar de la oscuridad de la noche, las luces del camión eran visibles como su propia silueta negra.

En el momento en que los hombres parecían estar a punto de avanzar y advertirle al camión que se alejara antes de hacerle daño, las puertas traseras del vehículo se abrieron de par en par y dejaron helado a cada uno de los guardias.

Del interior de la parte trasera del camión salió una figura masculina, cuyas ropas estaban rasgadas y algo húmedas. Pero su aspecto desaliñado y golpeado no era lo más llamativo. Su rostro no era humano. Una máscara caricaturista de payaso lo cubría por completo. Su expresión era exagerada y artificial, pero su cuerpo temblaba. Alguien lo empujó hacia afuera y el payaso trastabilló al caminar con las manos atadas. Nadie pudo reaccionar a tiempo. Fue una fracción de segundo en el que todos comprendieron exactamente por qué las ropas y el cuerpo del payaso estaban húmedas. En la oscuridad, alguien pareció realizar un movimiento y de repente se hizo la luz. El payaso gritó de dolor mientras las llamas se esparcieron con voracidad por todo su cuerpo hasta convertirlo en una enorme bola de fuego humana. Alguien había vertido la mortal combinación de combustible y una chispa de fuego encima del pobre hombre atado y encerrado detrás de una máscara de payaso.

La conmoción y el total desconcierto pronto inundaron a todos los presentes dentro la casona. Los efectos de semejante espectáculo llegaron hasta el salón debajo con una velocidad exprés. Tanto Maruni como Fabrizio vieron su discusión interrumpida cuando los agónicos gritos comenzaron. Las elevadas voces de sus hombres también les advirtieron que estaba sucediendo algo. Enseguida subieron la escalera hasta la planta principal.

La figura envuelta en llamas cayó al piso, retorciéndose sin oportunidad alguna

de apagar el fuego que ahora le consumía su carne. Ni siquiera los guardianes de la casa, meros espectadores estupefactos, podían ayudarlo. Su tortura era total.

Maruni llegó hasta la puerta principal junto a su hijo. Ambos eran hombres de carácter fuerte, pero esos alaridos de dolor le daban escalofríos.

Sus hombres les pidieron que no salieran de la casa por protección y en cambio, Maruni miró a través de la ventana la figura ardiente echada sobre el piso, casi sin moverse pero todavía gritando de dolor.

En ese instante, cuando ya el camión de basura parecía haberse perdido en la oscuridad de la noche, uno de los guardias apostados en la entrada, y testigo total de la espeluznante pira humana, levantó su mano derecha y apuntó el arma. Dio un paso hacia adelante y disparó. La bala atravesó las ahora ya menguantes llamas y se insertó en la cabeza de la figura, poniendo fin a su miseria y acallando los gritos. Nadie dudó de que esa acción, si bien había llegado con cierto retraso, era lo correcto.

Dentro de la casona, Fabrizio clavó los ojos en su padre.

— ¿Qué esto, papá?—dijo—. ¿Qué está sucediendo?

— Un mensaje —dijo Maruni serio.

— ¿Un mensaje de quién?—dijo Fabrizio, totalmente confundido.

Pero su padre no le respondió. En cambio, guardó un silencio turbio. Sabía exactamente quién era el remitente de aquel morboso mensaje. Pero no pronunciaría su nombre. No hasta que no tuviera pruebas reales.

El hombre de traje se encontraba sentado en el asiento trasero de una amplia camioneta de color negro y vidrios polarizados. Era tarde en la noche, pero eso no le preocupaba al

hablar tan secamente por teléfono.

— He visto más que suficiente —dijo—. Y puedo asegurarles que la nuestra ha sido una inversión seria. Como siempre hemos dicho, es sólo una cuestión de tiempo.

Oyó por un instante.

— Entiendo —replicó—. Por lo que él me dijo, quedan cinco días ahora. No, no lo ha especificado. De acuerdo.

El hombre de traje hizo señas al custodio que tenía al lado para que éste le avisara al

chofer sobre un repentino cambio de destino.

— No presentará un problema —continuó al teléfono—. El paquete se encargará de sí solo. No tendrán idea de lo que les pasó.

ESTADO SOBERANO

Gabrielle llegó temprano a la Clínica de Fertilidad Orzan-Ferrier. Un establecimiento con tecnología de última generación y arquitectura reluciente de una pulcritud inmaculada que le hacía honor a su eslogan publicitario: «El Trabajo de los Dioses en las Manos de los Hombres».

Pero Gabrielle no mostró demasiado interés en el supuesto prestigio de la clínica ni en el sobresaliente personal médico que la conformaba. Su indiferencia hacia ese sector de la medicina era dada, casi de manera inconsciente quizás, por su falta de deseo de ser madre. El supuesto instinto materno innato en las mujeres como una especie de código de barras hereditario parecía ausente en ella. No era que odiaba la idea de tener hijos o estuviera en contra de quienes lo hacían; por el contrario, algunas de sus pocas amigas tanto de la academia como de la escuela comenzaban ahora a transitar el camino de la maternidad y Gabrielle respetaba mucho esa decisión. Pero no veía en sí misma deseo alguno. Ni siquiera de formar una familia, aún sin casarse. Lo que sea que llevaba a las personas a seguir con esas tradiciones tan arraigadas en la sociedad, ella no lo tenía. Prefería las cosas como estaban, al menos aquellas relacionadas con su vida personal y sentimental. Se veía a sí misma cada vez más distanciada de sus propias emociones, como si la capacidad de amar a alguien que no fuera de su propia familia estuviese reservada a otras personas.

Sin embargo, no veía este desinterés como algo malo. Había leído en más de una ocasión sobre la existencia de un grupo de personas, tal vez algo reducido, que se consideraban asexuales. Por momentos, se veía encajando en esta categoría. Pero nunca diría estas cosas delante de otros. Ni siquiera lo había hecho esas veces en que Anderson, quizás ingenuamente bromeando, le preguntaba sobre sus últimas conquistas de hombres y por qué ella no hablaba al respecto. Se divertía por dentro cuando su compañero llenaba con sus propias fantasías e ideas las escuetas respuestas de Gabrielle. Ella no tenía que decir nada, el resto de las personas asumían lo que querían y se inventaban toda una ilusión— muchas veces demasiado fuerte— de cómo era su vida sentimental. Así había sido por muchos años y así seguiría.

En la clínica fue recibida por la directora Susan Orzan, hija de Gustav Orzan, fundador de la misma. La doctora Orzan la hizo pasar a su despacho ubicado en el centro del primer piso de la clínica y recubierto con paneles de vidrio esmerilado que daban una sensación de privacidad mezclada con encierro.

Ambas mujeres tomaron asiento una enfrente de la otra. Lo primero que Gabrielle notó de la mujer fue su extremada frigidéz al sentarse y su cuidado aspecto. Pero no guardaba el menor indicio de simpatía ni tampoco de feminidad. De las dos, Gabrielle, con su contextura un poco robusta, su cabello atado y la palidez de su rostro guardaba mayor semejanza con una mujer que la propia doctora.

Después de una breve introducción, la doctora Orzan habló en un tono frío. «Típico de los médicos» pensó Gabrielle mientras la oía.

— Bien —dijo—. Usted ha dicho que quería preguntar por una paciente nuestra.

— Sí. Soy consciente de que lo que estoy pidiendo quizás no sea tan fácil de conseguir. Pero es necesario.

— La escucho.

— Una mujer de nombre Marianne Karlin fue encontrada enterrada bajo tierra en las afueras de la ciudad hace unos días. De ella sólo quedaban sus huesos. La doctora Orzan mostró extrañeza ante lo que oía, pero ninguna arruga pareció asomar en su rostro.

— No entiendo qué tiene que ver eso con nosotros —comentó la doctora. — La señora Karlin visitó esta clínica poco antes de desaparecer. Treinta años atrás.

Esta vez, el rostro de la doctora pareció contraerse. Sus ojos se agrandaron y necesitó de

un momento para comprender. No era para nada lo que esperaba.

— ¿Dice que ella visitó esta clínica hace treinta años?—dijo Orzan.

Gabrielle asintió.

— Está en su perfil —le dijo Gabrielle—. Puedo darle la fecha exacta. — Entiendo —dijo la doctora mientras giraba apenas en su silla—. Por fortuna, nosotros llevamos registro de todos nuestros pacientes desde que mi padre fundó la clínica en 1982. Desde esta estación aquí puedo acceder a toda la base de datos.

— Hay algo más —dijo Gabrielle casi interrumpiéndola—. La señora Karlin nunca contrató ningún servicio aquí. El historial indica que sólo realizó una consulta.

La doctora giró su silla hasta quedar frente a frente a la alargada pantalla de su computadora. Al igual que la oficina, el equipo informático era de color blanco y dada

su característica inalámbrica parecía flotar sobre el escritorio.

— No hace diferencia—dijo con rapidez la doctora—. Las consultas de posibles clientes también quedan registradas. ¿En qué fecha dice que ella visitó la clínica?

Gabrielle no necesitó hacer esfuerzo alguno para recordar la fecha. Se la había

memorizado.

— El 31 de julio de 2002 —dijo.

La doctora accedió a la pantalla principal de la base de datos e ingresó la fecha. Tampoco necesitó volver a oír el nombre de la persona. Como buen profesional que se

consideraba, los nombres le quedaban grabados siempre.

— ¿Qué tipo de información registran cuando se trata de una consulta y no un tratamiento?—dijo Gabrielle.

— De todo tipo —dijo la doctora sin despegar los ojos de la pantalla—. Aquí en Orzan-Ferrier creemos que es más importante conocer primero a las personas para luego entender sus necesidades y trabajar en base a ello. El registro incluye todo tipo de datos que nos pueda permitir hacernos una idea sobre quién es el paciente y qué lo ha llevado a realizar una consulta en una clínica de fertilidad. A mí me gusta referirme a estos registros como «diarios», porque en ellos se encuentra todas las anotaciones surgidas en la primera reunión.

«Interesante filosofía de empresa» pensó Gabrielle.

La doctora Orzan presionó la tecla «ENTER» y pronto la búsqueda comenzó, casi de manera atolondrada.

— Hay miles de terabytes de información —dijo Orzan—, pero el sistema es rápido. Pronto tendremos un resultado.

Gabrielle asintió.

— ¿Usted asiste a estas consultas en persona?—dijo la oficial.

— En ocasiones —replicó la doctora—. Por lo general, mi trabajo se encuentra en el laboratorio principal. En este caso, me temo que el nombre no me suena familiar.

— Pero usted estaba a cargo de la clínica hace treinta años, ¿verdad? — Sí. Mi padre falleció en 1997, dejándome a cargo de todo. Desde entonces, he mantenido los principios sobre los cuales él construyó este lugar.

Gabrielle no necesitaba ni quería oír la historia de vida de la doctora. Sólo le importaban los resultados.

Los segundos pasaron y pronto la búsqueda se detuvo por completo.

— Aquí estamos —dijo la doctora.

Gabrielle intentó asomar la cabeza para leer ella misma los resultados pero fue incapaz.

En cambio, Orzan empezó a hablar en voz alta.

— Marianne Karlin. La naturaleza de su consulta fue para averiguar mayor información sobre la fecundación in vitro. Sus principales dudas eran sobre la

seguridad del procedimiento...

— ¿Dice algo relacionado a su familia?—la interrumpió Gabrielle casi de forma atolondrada—. ¿Un esposo, un amigo o alguien que la conociera? — No mencionó a nadie —dijo la doctora con firmeza—. Tampoco hay constancia alguna de que ella tuviera problemas para concebir de manera natural. Según sus propias palabras, ella tenía la «intención de ser madre soltera».

— Entonces no se trataba de ningún impedimento físico lo que la llevó a consultar con ustedes. Ni tampoco de su pareja, porque no tenía a nadie.

La doctora negó con la cabeza pero continuó con los ojos concentrados en su pantalla.

«Madre soltera» pensó Gabrielle y escuchándose a sí misma volvió a cerciorarse de que

ella no tenía deseo alguno de ser madre, soltera o no.

— ¿Hablaron sobre el costo de este procedimiento médico durante la consulta?

— dijo Gabrielle.

— Sí —dijo la doctora girándose para ver a la oficial—. Siempre tratamos de mencionar los temas más importantes en cada consulta para que el paciente pueda tomar una decisión bien informada.

— Claro —dijo Gabrielle sin realmente escuchar—. Entonces, tal vez el elevado costo de la intervención pudo haberla alejado de contratar el servicio con ustedes.

Susan Orzan gesticuló con la boca con cierta incomodidad, como si discutir el tema de

los altos precios a pagar por la bendición de concebir hijos estuviese prohibido.

— Puede ser —dijo la doctora y lo único que le faltó para demostrar su incredulidad fue encogerse de hombros—. Tenemos presente el hecho de que la fecundación asistida es un lujo y un privilegio que no muchas personas tienen la posibilidad de darse. Sin embargo, en este caso en particular no hay nada que indique que la señora Karlin no contratara nuestro servicio por esa razón. — ¿Han tenido otros casos de clientes que no fueron más allá de una consulta por el alto precio?

— No puedo decir que no —dijo la doctora con cierta molestia—. No estoy muy segura qué tiene que ver ello.

— Estoy tratando de reconstruir lo que la señora Karlin pudo haber hecho poco antes de desaparecer. El rastro se termina aquí, luego de la consulta realizada con ustedes. Después, no hay ninguna otra actividad registrada.

La doctora pareció tensionar sus manos sobre el escritorio y endurecer el rostro.

— ¿Está insinuando que nuestra clínica tuvo algo que ver con la desaparición de la señora Karlin?—dijo.

Gabrielle fue rápida en negar con la cabeza.

— En absoluto —dijo, aunque tampoco había descartado por completo esa posibilidad—. Pero creo que lo que la llevó a venir hasta aquí fue lo que la hizo desaparecer.

— No creo entenderle.

— Su deseo de ser madre, doctora. Creo que eso fue eventualmente su perdición.

— ¿Cómo una persona puede desaparecer por querer ser madre?

La pregunta retórica de la doctora parecía venir cargada con una acidez explícita. Sin

embargo, Gabrielle no se inmutó y le lanzó una mirada casi inerte, mientras se preparaba para revelar lo que realmente había venido a preguntar.

Buscó en sus bolsillos y sacó una pequeña foto que sostuvo con la mano en alto.

La

doctora miró la foto y luego a la oficial.

— ¿Reconoce a este hombre?—le dijo Gabrielle.

La foto de un Antonio Vopreko rondando los cincuenta años y con sus frías facciones

intactas parecía devolverle la mirada a una extrañada Susan Orzan. Gabrielle extendió la

foto y la doctora la tomó para verla más de cerca.

Gabrielle estudió sus reacciones a medida que veía con mayor detenimiento la pequeña

fotografía. Parecía como si la doctora estuviera hipnotizada por la latente frialdad en los

ojos del «Albino» y quizás algo perturbada por su aspecto pálido y casi cadavérico. La

posición corporal que la doctora adoptó de repente era cuanto menos relajada, como si

se inclinara de manera brusca y tensa sobre la foto.

A Gabrielle no le quedaron dudas. Susan Orzan reconocía al «Albino». No había otra

explicación a no ser que la doctora fuera una persona lo suficientemente sensible para

alterarse por la foto de un desconocido.

— Ha pasado un tiempo —dijo la doctora, de repente—. Pero me temo que sigue siendo una mancha en nuestro historial.

— ¿A qué se refiere?

La doctora dejó la foto sobre el escritorio, casi como si no tuviera valor alguno para ella

y se echó para atrás en su asiento. Exhaló cansinamente y habló.

— Muchos años atrás, la clínica sufrió un robo mayor. Hombres armados ingresaron durante la madrugada cuando la seguridad es mínima e irrumpieron en el laboratorio que tenemos en el subsuelo.

— ¿Qué se robaron?—inquirió Gabrielle.

— Aparentemente nada.

Gabrielle frunció el ceño, genuinamente confundida. «¿Entrar para no robarse nada?». — La policía arribó ni bien la alarma silenciosa fue activada. Luego de tirotearse con la policía, fueron abatidos, todos ellos.

Parecía como si la doctora tuviese otra cosa que decir, en la punta de la lengua.

— No hay registro de nada de ello —dijo Gabrielle—. Ni denuncias policiales.

— Un día después caímos en la cuenta de lo que en verdad había sucedido. Uno de esos hombres armados había logrado escapar. Y fue entonces que hicimos la petición de mantener el robo fuera de los registros oficiales. La denuncia fue desestimada y todo volvió a la normalidad, como si nada hubiera sucedido. — Pensé que dijo que no le habían robado nada.

— Cuando hicimos el control de daños nos dimos cuenta. Varios tubos contenedores de nuestro laboratorio fueron substraídos.

— ¿Y qué había dentro de ellos?

— Lo usamos para nuestras muestras. Y también para el almacenamiento de embriones.

Gabrielle se quedó muda. No era lo que esperaba oír para nada.

— Está diciendo que esta persona, este hombre que logró escapar se llevó consigo embriones del laboratorio?

— Cerca de doscientos de ellos —el mutismo de Gabrielle pareció intensificarse—. Aparentemente usaron la confrontación con la policía como distracción para que el hombre ingresara al laboratorio. Fue acompañado por otros cómplices más que le ayudaron a extraer los recipientes con rapidez.

— ¿Cuándo fue esto?

En ese momento la doctora pareció dudar y su rostro se inundó de preocupación.

— Hace treinta años aproximadamente—dijo exhalando, como si acabara de realizar una confesión.

Gabrielle no lo podía creer. Todo le resultaba una broma. Una maldita broma donde las coincidencias engañaban.

— Debe entender que la privacidad de nuestros pacientes es muy importante para nosotros y si tal violación de seguridad hubiera salido a la luz... — Hubieran perdido millones de dólares —completó Gabrielle.

— Miles de millones —agregó la doctora—. Además de la pérdida de prestigio y

la confianza de nuestra clientela principal.

— ¿Entonces le pidieron a la policía que enterrase todo el asunto?—dijo Gabrielle.

La doctora asintió.

— ¿Y no tenían nada de evidencia para probar lo sucedido?—continuó Gabrielle

— . ¿Cómo supieron que les habían robado?

— Todo se grabó en las cámaras de seguridad —dijo la doctora—. Lo he visto con mis propios ojos.

La doctora bajó la mirada hasta la foto. Gabrielle pareció leerle la mente. — ¿Y usted...? —dijo Gabrielle—. ¿Usted cree que este hombre ha tenido algo que ver?

— Creo que sí.

— ¿Está segura?

— Puede verlo por usted misma, oficial. Y ya me dirá qué le parece.

2

Minutos después, la doctora la guio hasta otra habitación ubicada en el extremo opuesto de su oficina. El lugar estaba reforzado con puertas de acero y de cierre electrónico. Para ingresar, la doctora Orzan no sólo tuvo que introducir un código de cinco dígitos, sino que también se vio sometida a un análisis de huella dactilar.

Por dentro, Gabrielle se preguntaba a qué razón se debía que una simple clínica de fertilidad tuviera seguridad casi de tipo militar. Aunque nunca antes había estado en una base del ejército o en un establecimiento confidencial del gobierno, sabía que esas medidas de protección sólo se aplicaban cuando la sensibilidad de la información almacenada era alta. ¿Pero qué tipo de información se guardaba en una clínica de fertilidad que justificara su alta confidencialidad?

La doctora Orzan terminó de desactivar el sistema y la puerta se abrió. Gabrielle la siguió hacia adentro para encontrarse con un amplio espacio lleno de lo que aparentaban ser servidores. A pesar de ser joven, Gabrielle no era una persona entendida de la electrónica y las computadoras; su conocimiento se limitaba al uso de la tecnología cotidiana y nada más. Quizás se equivocaba, pero para ella todos esos enormes bloques rectangulares con cables y circuitos debían ser servidores.

— Es una tecnología vieja—dijo la doctora Orzan—, y la calidad de la imagen no es del todo buena, pero será suficiente.

La doctora le pidió a uno de los operadores sentado frente a varias pantallas que reprodujera el video de seguridad almacenado en los viejos archivos del servidor. La ruidosa y pixelada imagen mostró lo suficiente. Un grupo de tres hombres

sacaban los recipientes del laboratorio y se perdían por un punto ciego de la cámara. Hacia el final del video, Gabrielle lo pudo ver y no le importó si era una cámara de seguridad del año 2000 o actual estaba más que claro. Una figura alta, vestida de negro, sobresalía entre todas por su pálida piel y cabello.

— Páusalo —le ordenó la doctora al operador.

Cuando la imagen se congeló, el rostro de la figura quedó de perfil a la cámara. Gabrielle no tuvo dudas. Pudo reconocerlo por más borrosa que estuviera la imagen. — No fue suficiente para mostrarlo como evidencia—dijo la doctora—. Y por eso

el robo nunca salió a la luz y la pérdida de los embriones fue catalogada como un accidente de laboratorio. Les mentimos a nuestros pacientes para proteger sus intereses.

«Y los de ustedes» pensó Gabrielle.

— Espero que entienda que si usted revela esta información, hará mucho daño a esta clínica—continuó la doctora—. Sólo le confío esta información porque quiero creer que usted desea resolver ese asunto tanto como a nosotros nos hubiera gustado.

— No tiene de qué preocuparse—dijo rápidamente Gabrielle pero pensaba en otra cosa.

Lo había encontrado. No sabía si lo había forzado o no al mostrarle la foto del «Albino» a la doctora, pero había encontrado, finalmente, el punto de conexión entre Vopreko y el «mudo». Se sentía cerca.

Al salir de la clínica, con una copia del video de seguridad exclusivamente para uso en la investigación, Gabrielle notó algo que le llamó quizás demasiado la atención. Justo antes de atravesar la entrada principal hacia afuera, divisó la presencia de al menos cuatro hombres vestidos de traje oscuro dirigiéndose también a otra de las tres salidas principales que el edificio de la clínica poseía. No le habría llamado particularmente la atención si no fuera porque esos hombres tenían un extraño parecido a los hombres que había visto en la estación de policía y quienes, según O'Malley, trabajaban para Grittver.

Pero ¿qué hacían agentes del gobierno en una clínica de fertilidad?

3

La Casa de Gobierno estaba atiborrada de periodistas y miembros del partido. Todos aguardaban con ansias mientras el atril ubicado al centro del Salón Principal se mantenía vacío a la espera del Presidente. Algunos fotógrafos sacaban fotos de la especial decoración que acompañaba la ceremonia. Banderas del Estado de Rosthalion se ubicaban detrás del atril y éste mantenía los colores azulados ahora tan característicos de la nueva era.

Cinco minutos antes de las doce del mediodía del lunes, el Presidente Grittver

ingresó al Salón Principal. Se saludó con algunos de sus colegas, posó para los fotógrafos y se dirigió a su atril. Su discurso comenzó puntual.

— Muchas gracias por estar aquí en este día tan especial —dijo—. Mi intención es ser breve. Tenemos mucho trabajo por delante y no podemos darnos el lujo de desperdiciar un minuto. Es por esa razón que a partir de este momento, el cambio ya ha comenzado. Me enorgullece decir que las nuevas leyes, aquellas que nos regirán para el bien de este nuevo Estado y para el avance de nuestra raza, ya están siendo puestas en vigencia. Ningún otro gobierno anterior ha tenido el antecedente de implementar de manera expedita y concisa las promesas que conformaron la base de su campaña y la totalidad de su victoria en las elecciones. Nosotros queremos distinguirnos del resto porque sabemos de qué estamos hechos, sabemos de lo que somos capaces y lo fuerte que es nuestra resolución ante la adversidad así como nuestra determinación a un futuro mejor.

A partir de este día, verán mayor participación de nuestros empleadores en sus vidas, porque queremos ser un Estado presente, que esté donde necesite estar para cada uno de sus ciudadanos y que no se esconda detrás de los fantasmas de sus promesas. Nos hemos comprometido a garantizar lo «mejor de lo mejor» para nuestra sociedad y estas nuevas leyes se encargarán de asegurar ese cometido.

El Presidente Grittver realizó una pausa y los aplausos llenaron ese breve silencio. Entre los numerosos agentes de seguridad, tanto privada como del Estado, se encontraba el propio Mark Anderson, con su atención dividida entre la seguridad de la conferencia y su total admiración por las palabras del nuevo líder.

El Presidente retomó.

— Por muchos años, fuimos superados por la dependencia de un estado ajeno y por nuestras propias debilidades. Pero ahora que no tenemos a nadie a quién responder más a que nosotros mismos, comprendemos los errores cometidos. La seguridad civil y nacional, junto con el mejoramiento de la población, son los dos nuevos pilares de esta administración. ¿Qué fue lo que nos debilitó en el pasado? ¿Qué nos retuvo de crecer y superarnos? Fue la debilidad de unos pocos que luego fueron muchos. Este cambio significa una nueva era. Significa una purificación y una limpieza de todos los males que han azotado a nuestra población. A nuestro progreso. El Estado de Rosthalion cree que debemos purgarnos de nuestros defectos e imperfecciones. Una nueva población debe nacer y debe ser fuerte. Con la ayuda de un programa específico y sistemático de control y supervisión, ratificaremos nuestra promesa de que cada ciudadano sea la mejor versión de sí mismo. La compasión por las debilidades no puede ser tolerada. Deben ser eliminadas, sin excepciones. Sólo

los fuertes deben prevalecer. Nosotros.

En la siguiente pausa, hubo más aplausos que la anterior, aunque algunos rostros mantenían cierta mueca de confusión.

— El secreto para lograr nuestros objetivos—continuó Grittver— se encuentra dentro de nosotros mismos. Y gracias a los avances de la medicina, podremos acceder a ese conjunto de cualidades que nos hacen superiores y asegurarnos de que se perpetúen en el tiempo, en las generaciones de los hijos de nuestros hijos. Es hora de que algunos de nuestros ciudadanos se pregunten exactamente qué es lo que le están dando al mundo y si deberían darle algo en absoluto, en vez de hacerse a un lado para dejar que el progreso y el avance pisen fuerte. Sólo de esta manera, comprometiéndonos cada uno de nosotros, consolidando nuestros deseos y dejando de lado nuestras diferencias podremos trabajar para que el Estado de Rosthalion se convierta en una potencia mundial. No hay lugar para intereses egoístas aquí. El objetivo es unánime y quien se oponga, deberá quitarse del medio. No toleraremos la protección de la inferioridad disfrazada como derechos humanos.

El pueblo de Rosthalion conoce los males que azotan nuestro crecimiento y amenazan nuestra estabilidad tanto económica como social. Sabemos quiénes deben ser erradicados de nuestra ciudad para siempre.

Los cantos de ánimo parecieron intensificarse justo en ese preciso momento.

— Los criminales, los drogadictos, los corruptos... Todos ellos tienen que ser eliminados. Extinguidos como el cáncer social que son. No queremos vivir nuestras vidas rodeados de la inmundicia humana, de la escoria analfabeta e ignorante que no aporta ningún valor productivo a nuestra sociedad y la denigra más y más con cada nefasto respiro. No queremos gastar ni una moneda más en la mantención de los subhumanos, de los anormales y de los débiles. Nuestra economía no es para el enfermo mental ni para el inferior o el incapacitado. ¿Por qué el hombre trabajador de Rosthalion debe mantener estos parásitos sociales del siglo XXI? ¿Por qué debe el hombre y la mujer de Rosthalion mantener vivos y criar a los no aptos, a aquellos que no son capaces de vivir en sociedad ni tienen nada que aportar? No los queremos. ¡No los queremos aquí!

Les diré qué es lo que queremos, lo que la ciudad quiere. Quiere a los deseables. Quiere a los fuertes. Queremos que el curso natural de la supervivencia sea reestablecido. Queremos nuestras prisiones vacías y destruidas. Nuestras escuelas llenas. El pueblo de Rosthalion ha hablado. Y ha comprendido que ningún avance socioeconómico ni nacional será posible si nos mantenemos atados a la compasión por los débiles, a la creencia en la reformatión y reinserción de los criminales y los dementes ni al desperdicio de los recursos naturales y económicos en individuos improductivos.

Nunca más. Nunca más nos verán sucumbir a la mentira de la benevolencia indiscriminada.

Esta ciudad sobrevivirá. Esta ciudad cambiará y renacerá.

Y le haremos saber al mundo que el Estado Soberano de Rosthalion está conformado por las personas más fuertes y más determinadas que hayan visto jamás. En pocos minutos el discurso del Presidente concluyó y la población general que había sintonizado el evento a través de la transmisión en vivo no pudo evitar sentirse algo confundida por las palabras pronunciadas.

¿Qué significaba esto? ¿Y qué vendría después?

4

Gabrielle había recibido la llamada hacía media hora. La señora Moore sonaba bastante preocupada, quizás demasiado para lo que le había dicho.

«No quiere levantarse» dijo con cierto tono preocupante. Pero no parecía ser algo de extrema preocupación. Gabrielle sabía cómo era su padre. Tenía momentos en los que no quería moverse en absoluto de su cama y había días en los que lograba tal cometido. Pero la señora Moore no estaba tan convencida de que fuera como esas otras ocasiones, donde la aparente rigidez e inmovilidad de Edward Nicholas Blake era cosa normal. Y por esa razón Gabrielle había accedido a ir hasta allí.

«No puedo moverlo. No quiere moverse. Y está despierto». La llamada continuaba repitiéndose en su cabeza.

Al llegar, comprobó que no estaba tan en lo cierto como creía. El aspecto de su padre era distinto. Si bien estaba despierto, sus ojos no se enfocaban en ningún punto en particular y su boca balbuceaba medias palabras incongruentes.

Gabrielle notó que el cuerpo estaba demasiado flácido y no lograba ver ningún ápice de movimiento. Entendió entonces que la señora Moore estaba en lo correcto. Llamó la atención de su padre mencionando su nombre y moviendo una mano delante de sus ojos. Tardó pero eventualmente reaccionó. Cuando los ojos desorbitados de su padre se clavaron en el rostro de Gabrielle, ella supo que su peor temor se había realizado. Por más que miraran por horas, aquellos ojos no reconocían a su hija. Su padre parecía finalmente haberse perdido en el mar de olvido que significaba el Alzheimer.

«El hijo de puta del Alzheimer. El maldito Alzheimer de mierda» se dijo a sí misma Gabrielle. La poca esperanza que albergaba de que su padre tuviese esos destellos de lucidez donde se aferraba a sus recuerdos más preciados se extinguió como una vela en el viento.

— Papá... —dijo Gabrielle—. Papá, ¿puedes...? ¿Cómo estás?

Su padre sonrió pero no dijo nada. Luego distrajo la mirada hacia la ventana y la perdió por completo. Los ojos de Gabrielle pronto se llenaron de lágrimas. La

señora Moore lo notó y no pudo evitar sentirse igual. El hombre que había cuidado por tantos años, a quien había conocido a través de las grietas que la enfermedad tenía en su armadura comenzaba a apagarse. Y no había nada que nadie pudiera hacer. Ni todos los cuidados del mundo ni todo el amor de una hija hacia su padre podrían deshacer lo que la genética había elegido.

— ¿Puede darme un minuto con mi padre?—dijo Gabrielle a la señora Moore y ésta asintió no sin dejar de mostrar su latente tristeza y se marchó. La puerta sonó seca y fuerte como nunca antes Gabrielle la había oído. Pronto quedó a solas dentro de la habitación con un anciano que era su padre sólo por fuera. Gabrielle arrimó una silla y se sentó junto a la cama, al mismo tiempo que las primeras lágrimas comenzaban a resbalarse por sus mejillas.

— Papá... —volvió a decirle y esperó a que su padre la mirase—. ¿Sabes quién soy?

Su padre no respondió. Ni tampoco sonrió. Sólo la miró de forma inerte, totalmente ido.

— Yo te conozco —le dijo Gabrielle—. Y sé que eres fuerte. Y que puedes luchar contra esto. Tienes que luchar contra esto, papá.

Pero era lo mismo que si no la escuchara. Sin embargo, Gabrielle continuó. Necesitaba creer que en algún lugar su verdadero padre la oía, en vez de esta persona fragmentada que el Alzheimer le había dejado.

— Por favor... —dijo Gabrielle—. Por favor... papá.
Se inclinó sobre su padre y lo abrazó.

Pero él no la volvería a reconocer por el resto de vida que le quedaba.

5

En la cocina de la gran casona de los Maruni se hizo lugar para ingresar el cuerpo chamuscado del hombre con la máscara de payaso. A pedido del propio Alexander Maruni, sus hombres —no sin cierto grado de reticencia— cargaron el carbonizado bulto hasta dejarlo apoyar sobre la mesada blanca ubicada al centro de la cocina. Limpia de todos utensilios y artículos domésticos, la mesada pareció una especie de mesa de operaciones.

Mientras Maruni y su hijo Fabrizio se mantenían de pie mirando el cuerpo, uno de sus hombres procedió a desprender los restos de plástico derretido que se habían pegado a la carne del rostro debajo. La máscara de payaso se había convertido en una viscosa capa achicharrada y por un instante parecía una especie de trasplante de piel.

Pelando poco a poco la máscara y arrancando consigo pedazos de carne, el guardia pronto comenzó a revelar el rostro calcinado que yacía debajo. Ni Fabrizio ni su padre quitaron la vista del macabro procedimiento. Ambos tenían para agradecer a su fuerte estómago.

Las pinzas finalmente destaparon lo suficiente del rostro para ver con detalle el ojo izquierdo, la totalidad de la mejilla, la nariz y parte de la boca. La capa de plástico no se desprendería como una lámina, sino más bien de a trozos como un pegamento industrial.

Fabrizio se mostró confundido al ver la revelación parcial del rostro. Le resultó familiar pero no lograba ubicarlo con un nombre o un lugar. Y era esa extraña familiaridad la que lo confundía aún más. Debía reconocerlo y por eso su cerebro lo engañaba haciéndolo pensar que podía tratarse de cualquier persona. Por dentro, deseó que fuera el rostro de Marco. Pero el resto de su cuerpo no coincidía.

Maruni, en cambio, supo enseguida quién era y frenó a su hombre con un leve movimiento de brazo. No pronunció ninguna palabra hasta unos minutos después. — Es él —dijo.

Fabrizio lo miró fijo pero su padre no respondió.

— Giovanni Romano —agregó Maruni.

Maruni se volvió a sus hombres y les ordenó con total severidad:

— Desháganse del cuerpo.

Cuando sus hombres se marcharon con el cuerpo carbonizado, Fabrizio se quedó solo

junto a su padre. Todavía tambaleaba por su borrachera, pero estaba demasiado perturbado por toda la situación.

— Así es como empieza, ¿verdad, papá?—dijo Fabrizio casi de manera cómplice.

Su padre negó lentamente con la cabeza.

— No ha empezado aquí —dijo—. No con esto. Comenzó hace más de treinta años.

Fabrizio lo miró confundido y su padre tenía el aspecto de un viejo débil y atemorizado.

¿Atemorizado de repente por qué? No era el primer mensaje mafioso de muerte que recibían.

— Tal vez tengamos que salir de aquí pronto —dijo Maruni.

6

Mark Anderson aguardaba con cierta impaciencia en la pequeña oficina ubicada en el ala sur de la enorme Casa de Gobierno. Le habían indicado que se dirigiera allí ni bien la ceremonia de asunción llegara a su fin.

Al principio, Anderson no entendió nada. Una mujer de cabello rubio y piel pálida le informó que un miembro de la nueva administración deseaba hablar con él en privado sobre un asunto relacionado a las nuevas medidas de seguridad

prontas a implementarse en toda la ciudad. Esto le resultó cuanto menos extraño. Él no era más que un vínculo con el Departamento de Policía, pero no representaba la autoridad suficiente para reunirse con altos miembros del gobierno a debatir y decidir sobre medidas de seguridad. Eso era trabajo o de O'Malley o del Comisario Regional, un tipo de apellido Revette, a quien había visto en muy pocas ocasiones y cuyo rostro le resultaba difícil de recordar del todo.

Cautivado por la total curiosidad, accedió a la reunión sin verificar primero con ninguno de sus superiores. Siendo él mismo el único con antigüedad y prestigio del equipo asignado al refuerzo de seguridad durante la Asunción, no creyó necesario tener que explicarse en ese momento.

La asistente de cabello rubio, cuyo nombre ahora creía que era Lydia, le dijo que esperase dentro de la oficina «cuanto sea necesario» hasta que el miembro del gobierno lo llamase. Lo que ella parecía insinuar era que todos se encontraban demasiado ocupados para verlo enseguida. Pero lo que más le llamaba la atención a Anderson era que lo habían removido de su puesto clave en el operativo de seguridad. Esto sólo podía significar dos cosas: o había otro destacamento de seguridad —privado o no— o bien, la protección de la administración quedaba en manos de sus propios custodios; los denominados «Seguridad Especial». De cualquier manera, no tendría respuestas hasta que no hablara con quien supuestamente quería verlo.

Intentó calmar sus dudas y no sacar ninguna conclusión precipitada. En su cabeza todavía se repetían las palabras del discurso de asunción del Presidente Grittver. Aunque muchos habían permanecido con cierto grado de confusión luego de oírlo, Anderson tenía la sensación de que había algo de coherencia y verdad en el mismo. Pero todavía no podía verlo con claridad.

Casi cuarenta minutos después, la puerta de la oficina se abrió e ingresó un hombre de rostro arrugado acompañado de Lydia, la asistente.

Anderson se puso de pie enseguida, mostrando respeto.

— Oficial —le dijo el hombre y pronto hizo seña para que la secretaria se marchase—. Mi nombre es Malcom Burgess, soy el nuevo Secretario de Defensa de Rosthalion.

Burgess extendió su mano portando manchas de vejez y aguardó a que Anderson le devolviera el gesto. Al hacerlo, el oficial sintió el firme apretón del Secretario. — ¿Usted quería hablar conmigo?—dijo Anderson.

— Bueno, no sólo yo —dijo Burgess y pareció hacerse a un lado.

A través de otra puerta trasera de la cual Anderson no se había percatado, dos custodios ingresaron a la oficina e hicieron lugar para que el Presidente Grittver apareciera entre ellos como una especie de celebridad.

O al menos, así lo veía Anderson. Una celebridad admirable. Una figura política digna y evocadora de gran respeto. De alguna manera, Grittver tenía un aspecto mucho más sombrío que la vez que lo había visto en la estación junto a O'Malley y Gabrielle. Era como si todo el estrés de haber ganado el referéndum y tener en sus manos el destino de una nueva nación conformada por millones de personas le hubiera quitado el fresco brillo de su rostro.

— Señor Presidente—dijo Anderson y extendió él su mano—. Felicitaciones por el referéndum, señor. No he tenido oportunidad de dirigirme a usted para expresarle en persona mi buena suerte hasta ahora.

— Gracias, oficial Anderson —dijo el Presidente y miró a Burgess—. Por favor, tomen asiento.

Sin embargo, fue el propio Presidente quien se sentó último de los tres, mientras sus dos custodios se mantuvieron cerca de la puerta, obligatoriamente aislados del tópico de conversación.

— El Secretario de Defensa y yo —comenzó a decir Grittver—, queríamos expresarle nuestro total agradecimiento por su buen desempeño en el pasado operativo de seguridad y en el día de hoy también. La historia de su familia es un legado que no nos resulta desconocido en lo más mínimo. Y es por esa razón que solicitamos esta reunión con usted. Espero que podamos ser lo más franco y directo posibles entre nosotros.

— Por supuesto —replicó Anderson.

— Como usted bien sabe—dijo Burgess—, la seguridad de los ciudadanos es un aspecto que el nuevo Estado se toma muy en serio y en el cual quiere invertir la mayor cantidad posible de recursos, tiempo y esfuerzo. Queremos que Rosthalion no sólo sea un territorio libre de peligros exteriores o amenazas ajenas, sino que su gente se sienta a salvo dentro de sus propios hogares. Anderson lo miró y escuchó de manera atenta, aunque todavía no discernía el punto de la cuestión. Lo único que oía era demasiada palabrería e introducción, como si estuvieran a punto de clavarle una profunda daga pero empezaran de a poco abriéndole una herida donde introducir la hoja filosa.

— Es por esta razón —continuó Burgess—, que haremos uso de la nueva reestructuración administrativa y social.

— Ya veo —dijo Anderson cuando se hizo un breve silencio—. ¿Exactamente de qué tipo de reestructuración estaríamos hablando?

Burgess no respondió. Pero el Presidente tomó la palabra como buen orador que era.

— La fusión —dijo y aguardó reacción por parte del oficial.

Pronto Anderson comprendió.

— ¿La fusión del Departamento de Policía?—dijo algo incrédulo—. Creí que de

eso se estaba encargando el jefe O'Malley. O que hablarían directamente con el Comisario Regional.

— Sólo discutimos la preparación con ellos —dijo Burgess nuevamente—. La fusión significará la creación de una nueva fuerza de seguridad dedicada exclusivamente a la seguridad nacional del Estado.

— ¿Qué partes formarían la fusión?—dijo Anderson.

— El Departamento de Policía se unirá a la Seguridad Especial —dijo Burgess—y

juntos formarán un nuevo organismo denominado «Policía Superior». Esta nueva policía se encargará de garantizar la protección y seguridad de cada uno de los miembros de esta administración y llevará a cabo la implementación de las nuevas leyes que el Estado Soberano de Rosthalion ha propuesto para respaldar y fomentar el perfeccionamiento y la prosperidad de su población. — Y queremos que tú la dirijas —agregó el Presidente con cierto orgullo. Anderson se quedó mudo. No esperaba semejante desenlace. Si bien sospechaba por qué era él quien recibía información pertinente de primer grado, no creía que escucharía al Presidente pronunciar esas palabras.

— No estoy seguro de entender —dijo Anderson intentando sonar profesional y correcto.

— Necesitamos a alguien que se asegure de que las leyes del nuevo Estado, aquellas que la población de esta ciudad ha votado para su propia protección, sean cumplidas y obedecidas sin excepción ni trato especial.

— ¿Puedo preguntar por qué yo?

El Presidente volvió a responder, confiado y firme.

— Esta nueva unidad policial estará conformada por los mejores oficiales del Departamento de Policía y de la Seguridad Especial. Hombres como los que ves aquí de pie. Militares entrenados a la perfección, agentes de seguridad con vasta experiencia y oficiales de policía excepcionales; todos ellos conformarán la «Policía Superior» y se encargarán de que las promesas de esta administración sean de carne y hueso.

Tú has demostrado una habilidad innegable y una superioridad tanto física como cognitiva que te pone por encima de cualquier otro candidato a presidir la jefatura de esta nueva fuerza. Nadie comparte el indiscutible linaje que llevas. Tus generaciones anteriores, precisamente del lado de tu padre, se han visto siempre involucradas en situaciones de devoción al deber, la creencia en la justicia, el progreso y el porvenir humano fundado en la ley. El Estado de Rosthalion agradece semejante legado incomparable e impulsa la perpetuidad de esas virtudes.

Como le dije en su momento a tu jefe... está en tu sangre. Hicimos un análisis

extenso de tu herencia genética. Ese tipo de características biológicas es lo que queremos para nuestros ciudadanos. El modelo no sólo a seguir, sino a instaurar en la población. Un ejemplo que demuestra de lo que estará hecho «el hombre de Rosthalion». — Entonces... —dijo Anderson mirando a ambos—. ¿Quieren nombrarme a mí

como Jefe de esta... «Policía Superior»?

El Secretario de Defensa fue quien respondió esta vez.

— Es correcto. Pero antes de poder entrar en detalles sobre lo que esta nueva agenda significa y las diversas tareas relacionadas al control de la población que tú deberás supervisar, necesitamos tu respuesta.

Se produjo una breve pausa que el Presidente se apresuró en interrumpir. — ¿Aceptas este nombramiento, hijo?

Fueron veinte segundos de debate interior lo que Anderson necesitó para decirse. Respondió claro y firme.

— Con mucho orgullo, señor.

— Gracias —replicó el Presidente.

— ¿Puedo preguntar qué sucederá con el Jefe O'Malley y el Comisario Revette?

— No debes preocuparte por ellos —dijo Burgess—. Serán reasignados apropiadamente según su categoría y experiencia. Si tienes alguien de especial interés que te gustaría recomendar para formar parte de la unidad, tienes vía libre de hacerlo con la única condición de que primero pase por una debida revisión nuestra.

— Comprendo —dijo Anderson y tragó saliva—. ¿Y... qué tipo de autoridad relacionada al cumplimiento de las leyes tendré?

Se produjo una pequeña pausa. El Presidente tomó aire y respondió.

— Absoluta—dijo—. Responderás a nosotros. Pero bajo tu responsabilidad... tu sola responsabilidad, tendrás la reestructuración total de la población. Anderson asintió y no pudo evitar sentir una pizca de pura emoción por dentro.

— Ahora bien —dijo Burgess—, comencemos con la revisión de la agenda. No tenemos tiempo que perder.

7

Gabrielle todavía no salía de la conmoción por el estado de su padre. Poco tiempo después de ese fatídico episodio en el que su propia persona había desaparecido por completo de la mente de su padre, sintió deseos de volver el tiempo atrás y haber aprovechado más visitas. Por más que ella se decía que era lo «típico que decir en esas situaciones», sin embargo no dejaba de ser verdad para nadie en el mundo. Simplemente, nunca había tiempo suficiente.

Aquel día regresó al trabajo como cualquier otro, luego de secarse las lágrimas y ordenar a la señora Moore que de ahora en más intentara que su padre estuviera

lo más cómodo posible y alejado de posibles objetos filosos o duros que pudieran ocasionarle daño. Aunque trataba de ver ese escenario lo más lejano que pudiera, no quería arriesgarse. No era excluyente, pero no todos los enfermos de Alzheimer habían llevado la vida de su padre ni habían visto lo que él había visto. Gabrielle suponía que el ser testigo del lado más oscuro de la crueldad humana y el día a día conviviendo con asesinatos, violaciones, robos y violencia masiva debía tener su impacto en la psique humana. Al menos, eso le habían enseñado en la academia y la habían entrenado para tener una impasibilidad de hierro. Pero ¿y en el caso de una mente fragmentada y debilitada por el tiempo y la enfermedad? ¿Qué impacto podría haber? ¿Qué catalizadores podrían desencadenar un quiebre mental? Existiera o no la posibilidad, debía tomarla como una absoluta certeza y prevenirla. No era cuestión de aterrorizar a la señora Moore, sino advertirle de no dejar objetos cerca con los cuales su padre pudiera lastimarse (o lastimarla a ella, con toda seguridad).

Gabrielle no quería llegar a esa instancia, pero debía tomar recaudos. Ella, de todas las personas, sabía la dificultad de mantenerse sano en su línea de trabajo. El desafío era no dejar que le afecte.

La mañana siguiente fue al trabajo como siempre y a pesar de que todo parecía mantenerse en su lugar al igual que el día anterior, sentía el cambio por dentro. Y poco tenía que ver con la asunción del Presidente ni su aparente discurso polémico. Sentía que comenzaba a desaparecer en el aire. Su padre había sido su sustento emocional y ella el de él hasta cierto punto, y ahora quedaban relegados a simple conocidos. No sabía cuánto más podría tolerar.

Antes de iniciar de manera oficial el día, Gabrielle se bebió una taza y media de café negro sin azúcar. En las pantallas de televisión dentro de la estación repetían el discurso del Presidente. Gabrielle no le había prestado demasiada atención pero sí lo había oído por encima y comprendía la confusión desencadenada entre algunos ciudadanos. Su verdadero significado era cuanto menos desconocido y generaba cierta inquietud. Pero tenía cosas un poco más importantes con las que lidiar primero. Con su taza en mano, se paseó por los pasillos de la estación y arribó hasta el despacho de Anderson. Encontró la puerta abierta de par en par pero la oficina totalmente vacía. Miró hacia lo lejos a la recepción, buscando a su compañero. Pero no había caso. Otro oficial pasó cerca y Gabrielle lo llamó. Aunque sabía que se llamaba Johan, prefirió no llamarlo por su nombre.

— ¿Has visto a Mark?

Johan sacudió la cabeza.

— ¿Sabes dónde podría estar?—insistió Gabrielle.

— Tú deberías saberlo, eres su compañera—dijo el oficial con cierta soberbia y

se

marchó.

Gabrielle lo ignoró y se preguntó un instante si existía la posibilidad de que Anderson se hubiera pedido el día por enfermedad o simplemente faltado. Ninguna de las dos opciones le parecía adecuada con el tipo de persona que era su compañero. Que ella supiera, Anderson rara vez se enfermaba lo suficiente como para justificar una licencia y tampoco aparentaba tener otra vida más importante que el trabajo, casi como ella. Con su mano libre, sacó su teléfono móvil y buscó el contacto de Anderson. Apenas terminó de apretar el ícono de llamada, una voz robótica le informó que el número solicitado estaba fuera de servicio.

«¿Fuera de servicio?» pensó Gabrielle. ¿Dónde se encontraba Anderson que no tenía señal? O peor aún, ¿por qué tenía su teléfono apagado?

Pronto tuvo otra idea y retomó el paso por los pasillos de la estación. Todavía extrañada, se dirigió hasta otra oficina, pero esta vez la misma pertenecía a O'Malley. Quizás el Jefe lo había asignado a un nuevo operativo de seguridad que ella no era partícipe. Sin embargo, esa idea tampoco parecía sostenerse por sí sola. A medida que avanzaba hasta el despacho, una sensación de intranquilidad la invadió. No lo había notado antes, quizás la vista del oficial Johan la había engañado. Pero pronto comenzó a reparar en que los rostros que le pasaban por al lado eran nuevos. Tenía la certeza que nunca los había visto antes. No conocía a todas las personas, hombres y mujeres, que trabajan en la estación y sin embargo creía conocer a la gran mayoría. Pero estos rostros eran diferentes. Personas que parecían pisar por primera vez el lugar. ¿Exactamente qué estaba sucediendo?

Cruzó camino quizás con cuatro o cinco personas hasta que llegó a destino y miró a cada una de ellas a los ojos. Dos le devolvieron el contacto visual, pero ni saludaron o sonrieron, ni mucho menos se presentaron.

Algo no estaba bien.

Llegó hasta la oficina de O'Malley y encontró la puerta cerrada. Golpeó con dureza dos veces pero no hubo ninguna respuesta. Volvió a golpear y giró el picaporte sin éxito. La puerta estaba cerrada con llave y no había nadie dentro. O'Malley tampoco se encontraba en la estación.

«¿Qué demonios?» se oyó decir a sí misma en su cabeza.

Su sensación de intranquilidad aumentó. Gabrielle no era una mujer que se alarmara con facilidad, después de todo debía contar con cierto temple de acero para enfrentar el día a día de su trabajo. No obstante, la ausencia de las dos personas con las que más interactuaba y conocía casi a fondo le resultaba una especie de bandera roja alertándola de una situación. Eso y los rostros nuevos.

Mirando a su alrededor como si fuese una paciente paranoica de un instituto mental, Gabrielle sintió que su teléfono vibraba en el bolsillo de su chaqueta azul y luego emitía los conocidos pitidos aguados de su timbre polifónico.

Con cierta ansiedad, atendió la llamada al segundo timbre.

— ¿Anderson?—dijo y esperó.

Pero del otro lado la voz era diferente, aunque familiar.

— Martínez—dijo el forense—. ¿Está todo bien?

— Sí —dijo Gabrielle no muy aliviada—. Todo está bien. ¿Qué sucede? — Terminé el examen biológico. Seguimos hablando en términos parciales, pero certeros.

— ¿Y bien?

— Coincidieron.

Gabrielle necesitó un momento para despejar su mente de la preocupación reciente y enfocarla en el caso. Recapituló todo de nuevo y luego asimiló la nueva información con medida sorpresa.

— Entonces... ¿son familia? —dijo y agregó—: ¿Están relacionados por sangre? Martínez respiró hondo del otro lado y exhaló. Por lo que se podía oír, parecía estar relajado sobre una silla o directamente echado sobre un sillón.

— Sí —dijo el forense—. Además, el análisis preliminar indica la posibilidad de que sean madre e hijo. Pero supongo que tú ya lo sospechabas eso.

«Por supuesto» pensó Gabrielle pero nunca se había aventurado a afirmarlo aún. — Sin embargo, ¿todavía necesitamos confirmación total?—dijo Gabrielle.

— Sí —replicó casi desganado Martínez—. Pero eso es sólo para despejar posibles

márgenes de error en el caso de un juicio.

— Será el mismo resultado entonces.

— Así es. ¿Quieres que continúe con los análisis de los otros cadáveres? — Sí, claro —dijo algo distraída Gabrielle—. Tómame tu tiempo y llámame cuando puedas.

Pero Gabrielle no pensaba lo que decía. Sólo repetía en su cabeza las palabras «madre e hijo».

8

— ¿Dónde has estado?—le dijo Gabrielle a Anderson finalmente cuando pudo contactarlo por teléfono—. Te llamé y tu teléfono estaba fuera de servicio.

— Lo sé—dijo rápidamente Anderson—. Estuve en una reunión y fue un requisito que no hubiera dispositivo electrónico alguno encendido.

Gabrielle frunció el ceño y calló por un instante. «¿Una reunión donde los teléfonos debían ser apagados? ¿Qué clase de reunión era?».

Antes de que ella pudiera preguntar más, Anderson se apresuró en interrumpirle.

— Te explicaré todo luego —dijo—. Te interesará, lo sé.

— Bueno —dijo ella—, a ti también te interesará lo que he descubierto.

— Dime.

— Mejor si vienes hasta aquí y te lo cuento todo. ¿Tienes que venir a la estación, verdad?

Anderson, que caminaba con cierto apremio y nerviosismo por la Casa de Gobierno, guardó silencio antes de responder. Ahora mismo se dirigía a otro lugar muy diferente

de la estación. Pero no tenía por qué decirlo. No aún.

— Me llevará dos horas al menos—dijo—. Pero allí estaré.

— De acuerdo —replicó Gabrielle—. Te esperaré. Por cierto, ¿sabes dónde demonios se encuentra O'Malley? ¿Está enfermo o qué?

Una vez más la duda invadió a Anderson y se detuvo justo al pie de la entrada a una

enorme sala de conferencias dentro de la Casa de Gobierno.

Decidió que esperaría un poco más.

— Te contaré todo cuando llegue—dijo y colgó.

Gabrielle sintió que estaba más confundida ahora que antes de contactar a su compañero. Parecía haber estado hablando en acertijos. Por el momento, eso no era tan

importante como el nuevo descubrimiento.

Sentada a su escritorio, revisó la información de Marianne Karlin y el «¿mudo Karlin?».

Trató de buscar otra conexión además de la biológica que reafirmara su relación.

Pero

de ella no había constancia de embarazo alguno y de él se sabía poco y nada.

Cualquier

nueva evidencia que encontraba enseguida se veía opacada por las propias preguntas y

dudas que dicha evidencia generaba. Era como si estuviera atrapada en un círculo

vicioso de desinformación constante.

Dos horas después, casi como prometido, Anderson apareció en su despacho.

Tenía un

aspecto más nervioso e inquieto que de costumbre. Por su aspecto, la reunión debía

haberle demandado todo este tiempo y energía para dejarlo en semejante estado de

alerta. Más allá de eso, se sirvió el poco café que quedaba en la jarra y tomó

asiento

mientras Gabrielle le explicó todo casi desde el principio, o desde que ella parecía haber

tomado las riendas de la investigación por su cuenta.

Mencionando el gran robo a la clínica y el parentesco entre los dos sospechosos, Gabrielle concluyó unos diez minutos después.

Anderson absorbió todo con calma. Pero enseguida su confusión salió a flote. — ¿Embriones?—dijo—. ¿Por qué diablos el «Albino» se robaría unos cuantos embriones de una clínica de fertilidad?

— Cientos —aclaró Gabrielle—. Según la directora, el robo fue de cientos de embriones bien conservados en recipientes de almacenamiento.

— De cualquier forma, no le encuentro sentido. ¿Para qué lo hizo? ¿Qué podría alguien hacer con unos embriones robados? ¿Venderlos en el mercado negro? — Creo que debemos preguntarnos qué es lo que Vopreko podría hacer con unos cientos de embriones robados. Podría vender miles de otras cosas en el mercado negro, pero no esto. Es diferente.

Anderson pensó un instante en silencio. Su mente, sin embargo, estaba dividida entre la

reunión anterior con el personal del Secretario de Defensa y el caso del «Albino».

Adoptó un tono de voz de conclusión.

— Y acabas de enterarte que el «mudo» nos guio hasta los restos óseos de su madre, ¿no es así?

Gabrielle asintió y recalcó una vez más:

— Conocía las coordenadas exactas.

Anderson se le quedó viendo por un instante, armando el rompecabezas por dentro. — ¿Ves la conexión?—continuó Gabrielle—. Su madre, Marianne Karlin, consultó por inseminación artificial en esa misma clínica, treinta años atrás. Esto no es coincidencia. Las fechas no mienten.

— Sí, pero ella no contrató el servicio. Nosotros dos vimos eso.

— Lo sé.

— ¿Entonces? ¿Tu teoría es...? —dijo algo incrédulo Anderson.

Gabrielle se tomó un momento y luego habló.

— Vopreko estaba comenzando un negocio personal. Uno que involucraba medicina ilegal.

— ¿Una clínica de fertilidad ilegal? ¿Eso estás diciendo?

Gabrielle asintió. Entonces su compañero pareció comprender a qué iba y asoció algunas ideas que antes le parecían disparadas al aire.

— Los experimentos de los doctores con los pacientes desaparecidos —dijo

Anderson asintiendo—. El «juego Mengele».

— ¿Lo ves ahora?

— Veo la posibilidad. El ángulo de entrada.

— Es mucho más que eso—dijo Gabrielle con cierta excitación—. Ahora todo parece caer en su lugar. Creo que podemos saber dónde ubicar al «mudo» en el medio de todo esto.

— ¿Dónde?

— Como uno de esos tantos embriones.

Anderson arrugó la frente y se restregó el rostro, notando al cerrar los ojos por un

momento lo verdaderamente cansado que estaba.

— Espera, espera—dijo—. Esto es demasiado para mí. ¿Tu teoría es que esta tipa, Marianne no sé cuánto, fue a ver a Vopreko para que éste la embarace con uno de sus embriones robados? ¿Y el hijo que concibió es el «mudo» que encontramos en la nieve? ¿Y todo esto hace treinta años?

Gabrielle guardó silencio. Como muchas otras cosas, oír su teoría en voz alta fuera del

hermetismo de su cabeza parecía una ridiculez total.

— ¿En serio?—dijo Anderson.

— ¿Me preguntas a mí o esa exposición fue para tu propio beneficio?—dijo Gabrielle con sarcasmo—. Ésa es la idea principal, sí.

Anderson exhaló

— ¿Tenemos evidencia de algo de esto?—dijo—. ¿Algo que podamos llevar a la corte? Porque yo estoy dispuesto a atrapar al maldito hijo de puta y hacerle pagar por todo esto, pero tenemos poco y nada. Tú misma dijiste que el video de seguridad es una porquería, no se llega a ver bien si es en efecto Vopreko o no.

— Sólo dije eso por el ángulo de la cámara que le cubre una parte de su rostro, pero es definitivamente él. ¡Es un maldito albino! No es muy difícil de reconocer. — De acuerdo —dijo Anderson intentando calmarla.

Ambos callaron un instante. Parecían abatidos por la nueva idea de lo que Vopreko

había estado haciendo durante todos esos años. Gabrielle, sin embargo, concentraba su

pensamiento en su padre mientras que Anderson no podía dejar de repetir en su cabeza

las cosas dichas en la reunión junto al Presidente Grittver.

«Jefe de la nueva Policía Superior».

Terminó su taza de café de un gran sorbo. Durante la conversación con Gabrielle parecía haberse enfriado.

— Sabes —dijo él—, una cosa se me acaba de ocurrir.

Gabrielle se esforzó por concentrarse al cien por ciento en su compañero en vez de

obsesionarse sólo con el «Albino» y su padre.

— ¿Qué cosa?—dijo ella mientras Anderson continuaba pensando, sin mirarla todavía.

— Si los restos del primer esqueleto descubierto pertenecían a la madre del «mudo», ¿de quiénes son los otros enterrados?

Gabrielle no tuvo respuesta y pensó en las miles de posibilidades. Anderson la miró

fijamente y continuó.

— Si todos los cadáveres fueron enterrados juntos y pertenecen a mujeres como Marianne... ¿entonces cuántos otros como el «mudo» hay allí fuera?

9

Gabrielle continuó mirando desconcertada a su compañero. La pregunta que acababa de plantear resultaba ser clave. ¿Cuántos casos similares al «mudo» podría haber en total? ¿Y con qué estaban lidiando exactamente?

— ¿Piensas que Vopreko se deshizo de sus «pacientes» enterrándolas en ese campo?—dijo ella.

— Pienso muchas cosas ahora—replicó Anderson con cierto tono distante. Fue en ese momento que Gabrielle se acordó de lo que habían hablado por teléfono horas antes y la supuesta «reunión» de su compañero.

— ¿Vas a decirme qué era lo que estabas haciendo o no?—dijo Gabrielle. Anderson la miró, reflexionó un instante y se puso de pie.

— Salgamos —dijo—. Es mejor si te lo muestro.

Gabrielle se preguntó exactamente qué significaba eso.

— Es sólo un minuto—insistió él ante la reticencia de ella—. Luego podrás regresar a la investigación.

— De acuerdo —dijo Gabrielle poco convencida.

Salieron de su despacho y echaron a andar por los pasillos de la estación. Gabrielle volvió a encontrarse con rostros y miradas que no reconocía, ni siquiera de la primera ocasión.

Finalmente salieron del establecimiento hacia el aire libre, un día particularmente frío y algo nublado. Sin embargo, afuera en las calles había un movimiento importante de camiones y personal que aparentaba ser del gobierno. Se desplazaban por las calles y algunos se perdían en la distancia.

Gabrielle cayó en la cuenta de que en ningún momento pareció haberse percatado de semejante conmoción en la vía pública.

— Se puso en marcha hace no mucho —dijo Anderson como si pudiera leerle la

mente.

— ¿Qué cosa?—dijo ella.

— Las nuevas leyes de Rosthalion. La «reestructuración».

— ¿Lo que dijo O'Malley? ¿Te refieres a la presencia de esos hombres del gobierno merodeando por aquí?

Anderson ríó con cierta falsedad.

— No, Gab. Están llevando a cabo la transición. La fusión de nuestro Departamento con el Servicio Especial del Estado.

— ¿Y es por eso que O'Malley no se encuentra aquí? —dijo Gabrielle—. ¿Debía encontrarse con el Presidente?

Anderson negó con la cabeza lentamente.

— No —dijo y Gabrielle lo miró confundida—. Yo me he reunido con él.

— ¿Qué?—dijo ella.

— Me ofrecieron el trabajo de O'Malley y el del Comisario Revette también — Anderson pareció retractarse—. Bueno, en verdad no. Es una mezcla de ambos. Gabrielle clavó los ojos en su compañero y por un breve momento se olvidó de que los autos y las camionetas pertenecientes al gobierno y a la policía parecían «patrullar» las calles.

— No entiendo, ¿qué estás diciendo?

Anderson la miró antes de responder y ella tuvo la impresión de que parecía más alto

que de costumbre.

— Están creando una nueva fuerza de seguridad —dijo él—. La llaman «Policía Superior». Y me ofrecieron la jefatura.

No había palabras que Gabrielle pudiera decir para describir su confusión. Pocas cosas

le sorprendían, pero esto la dejó pasmada. No por la creación de la fuerza de seguridad;

la reestructuración ya anticipaba algo de esa índole. Lo que le resultó extraño era que

Anderson fuese seleccionado, de todos.

— Se puso en efecto inmediatamente después de mi última reunión hoy—agregó Anderson—. Es por eso que O'Malley no está aquí. Él y el Comisario han sido destituidos de sus cargos. La versión oficial es que se retiraron y cedieron el mando de la nueva policía a «generaciones más jóvenes y fuertes».

Gabrielle volvió a posar su atención en la escena que se desarrollaba sobre las calles y

pareció ver todo con ojos nuevos. Su compañero no pareció percibir nada mal con ella y

siguió hablando como si nada.

— Es por eso que ves todo esto aquí —dijo él—. A partir de mañana, y de forma oficial, seré el Jefe de la nueva Policía Superior de Rosthalion.

Gabrielle se volvió a él, incrédula.

— ¿Mañana?

Anderson asintió.

— ¿Por qué no me dijiste nada de esto?—dijo ella.

— No sabía exactamente qué iba a pasar, Gab. Pidieron verme tan pronto como el acto de asunción terminó. Todo sucedió demasiado rápido. Como si ellos estuvieran apresurados.

— Tú también te apresuraste en aceptar el nuevo cargo —dijo Gabrielle de costado girando su cabeza.

— Insistieron en lo importante que era poner en marcha todo cuanto antes. No parecían querer desperdiciar ni una hora de este mismo día.

— Y por supuesto te ofrecieron el ascenso que tanto querías.

Anderson comprendió enseguida a qué iba ella y supo moverse con la suficiente soltura

y clara intención de no ofender a su compañera.

— Escucha, no te enojas —le dijo él—. Sucedió de repente y tuve que decidir en el momento. No me dejaron opción.

— Deberías habérmelo dicho, Mark. De repente yo no sé dónde me encuentro parada y tú eres rey del mundo.

— No es así. Respondo al Secretario de Defensa.

— ¿Y qué hay de los otros? ¿Aquellos que se encuentren debajo de tu línea y que eran tus compañeros como yo? ¿Adónde pertenecen ahora? ¿A quién le van a responder?

— Escucha, sé lo que estás diciendo pero no te preocupes.

Gabrielle le dio la espalda y se alejó unos pasos. Su principal preocupación no era la

nueva fuerza de seguridad, sino lo que esto significaba para la relación entre ella y su

compañero. Siempre habían estado de igual a igual, avanzando a la misma velocidad y

la misma altura como los dos jóvenes policías que eran. Pero ahora esta línea invisible

parecía distanciarlos de una manera que no podía acabar bien.

— Nada ha cambiado, Gab —insistió él—. Sigo siendo la misma persona. Y es por eso que hoy quería hablar contigo. Quiero que seas parte de esto.

Gabrielle se dio vuelta para verlo.

— ¿Parte de qué?

— La Policía Superior.

Ella negó con la cabeza en incredulidad.

— No todos van a quedar seleccionados, Gab —continuó él—. Quieren a los mejores agentes. Y me pidieron que recomiende candidatos. Tú eres la única, Gab. No confío en nadie más y no hay nadie mejor que tú. Lo digo en serio.

Gabrielle no respondió.

— Necesito que estés conmigo en esto —dijo Anderson.

— ¿Para hacer qué?—replicó Gabrielle—. ¿Qué es lo que «esto» significa? — Una oportunidad para hacer lo que siempre quisimos. No más obstáculos legales o burócratas incapacitados al mando; esta vez podremos contribuir algo a la sociedad. Mejorar las cosas y hacerlas como deben ser.

— Ahórrate el discurso conmigo.

— No es un discurso —replicó él con calma indiferente—. Podemos trabajar codo a codo al mando de la nueva Policía y que las leyes se cumplan de verdad, por una vez. ¿No te das cuenta lo que te estoy ofreciendo?

— ¿Lo que tú me estás ofreciendo?—dijo con ironía ella.

— Sí...

Gabrielle negó con la cabeza y lanzó una sonrisa falsa.

— ¿Sabes qué?—dijo—. Estoy bien donde estoy. Tú aprovecha la gloria y el prestigio. Yo tomaré las pequeñas cosas. Como atrapar a este hijo de puta de Vopreko.

Anderson simplemente la miró, comprendiendo que no había manera de convencerla. — ¿Y qué es lo que harás?—dijo él.

— Seguiré trabajando como una pieza pequeña en un gran motor—replicó ella con rapidez y luego agregó con sarcasmo—: Eso es, si tú me lo permites.

Anderson, a pesar de reconocer el tono irónico, asintió casi como si en verdad le estuviera dando permiso para continuar trabajando en la policía en un puesto mucho

más inferior del que él le ofrecía.

Gabrielle hizo una pausa y se volvió para ingresar de nuevo a la estación y retomar la

investigación, mientras afuera continuaba el despliegue de las nuevas leyes. Antes de

poner el primer pie dentro, se volvió hacia su compañero y le dijo:

— Tú estás hecho para grandes cosas, Mark. Yo no.

10

Clapham apareció desde las sombras. El almacén apenas si estaba iluminado por tenues faroles que arrojaban una luz amarillenta y pobre. Se acercó hasta

donde se encontraba Marco, de pie vigilando el área cerca de donde solía estar la escalera. Cualquier sonido que se produjera debajo era inaudible en la superficie. Nadie, tan sólo aquellos que conocían la verdad, podía siquiera sospechar el secreto enterrado.

Antes de detenerse por completo, Clapham notó que cerca de la entrada principal había otros cinco hombres más que habían venido con Marco. Estaban extrañamente rígidos y derechos, como si sus piernas jamás se cansaran. Mantenían una atención inquebrantable sobre todo su alrededor. A pesar de haber visto lo mismo todos los días desde que habían arribado, Clapham no dejaba de sorprenderse ni de tampoco asociarlo con lo que fuera o quién fuera que había despedazo a sus hombres a través de la oscuridad en la ruta 15.

— Entonces... —dijo Clapham al terminar de acercarse a Marco—. ¿Ustedes no duermen para nada?

Marco hizo contacto visual con él y luego reparó en sus hombres.

— Dormimos menos que la mayoría—respondió—. Y nos cansamos menos. —
¿Cómo es posible?

— Es a lo que todo apunta, ¿no te parece?

Clapham lo miró confundido. Marco continuó.

— Es el próximo paso más obvio; despojarnos de todo lo que nos hace débiles frente a la supervivencia.

— ¿Hay otros como tú?—quiso saber Clapham.

La pregunta pareció incomodar a Marco y éste decidió no responder a pesar de la aparente insistencia de Clapham.

— Debes rotar a tus hombres —le dijo Marco.

— ¿Por cuánto tiempo más? ¿No es hora ya?

Marco lo miró con intensidad y por dentro quizás él también se preguntaba lo mismo. Clapham pudo verlo en sus ojos.

— ¿No te han dicho nada de abajo?—continuó Clapham—. Ese cronómetro tiene que estar acercándose a cero a esta altura, ¿no?

— No aún. Lo sabremos.

— ¿Y qué pasará entonces? No has explicado nada.

— No tengo necesidad de hacerlo.

Clapham se puso delante de él.

— ¿Cómo planea Maruni trasladar el paquete de regreso a Rosthalion?—le dijo —. En caso de que no te hayas enterado, ahora mismo nos encontramos en territorio internacional y regresar no será tan fácil como creen.

— Cuando haya algo que tengas que saber, lo sabrás.

De repente Marco parecía mucho más grande e imponente que de costumbre y Clapham lo notó.

— Ahora rota a tus hombres—le ordenó Marco con severidad.

Sin negar su temor, Clapham se hizo a un lado y desistió de sus preguntas impertinentes. En ningún momento creyó que podría temerle a alguien como Marco, pero había algo en él, una especie de aura que lo dejaba helado. Y lo mismo se aplicaba a sus hombres. ¿Y si pronto había una revuelta interna?

Se alejó con la idea fija de que sucediera lo que sucediera, no muchos saldrían vivos de allí. Y temía las repercusiones si algo salía mal. En especial ahora, cuando se encontraban en un pueblo que pertenecía al país directamente en conflicto con Rosthalion. La lógica le decía que nada bueno podía salir de allí.

11

Aunque eran las siete de la mañana, la luz del día parecía ahogada en el paisaje grisáceo que había acompañado al amanecer. Un día cargado de nubes oscuras y prontas a desencadenar una nueva tempestad. Pero en la gran casona de los Maruni nadie prestaba atención si el cielo invernal estaba a punto de partirse o no. La mayor amenaza venía de otra parte.

Ni Alexander ni su hijo Fabrizio pudieron dormir con tranquilidad la noche anterior después de que se deshicieran del hombre quemado vivo enfrente de su puerta. Por el contrario, pasaron gran parte en vela, trabajando en reforzar la seguridad de la casa y, lo más importante de todo, empezar a diseñar su plan de escape.

Para garantizar su protección y posible defensa, uno de los custodios de nombre Lorenzo fue llamado específicamente para encargarse de todo. De porte imponente, más alto que Marco inclusive pero de igual contextura física, el custodio habló con una seriedad de roble ante su jefe y el hijo.

— Todo está listo —dijo—. El resto de los hombres tienen órdenes de permanecer

aquí y proteger la casa.

— ¿Te aseguraste de que nadie más sepa el destino?—le dijo Maruni. — Nadie lo sabe más que yo, señor.

— Bien. Prepara los autos. Nos iremos en diez minutos.

El custodio asintió y se marchó.

«Maldita rata de laboratorio» pensó Fabrizio al verlo marcharse. Al igual que con Marco, no tenía otra cosa más que total desprecio por esos fenómenos de la naturaleza que habían invadido la gran casona y hurgado en los negocios de la familia. Pero todo había sido obra de su padre; él los trajo y los aceptó, queriéndolos más que a su propia sangre.

— No me gusta esto, papá—exclamó Fabrizio.

— No tenemos opción —replicó su padre.

— No me refiero a eso. Odio tener que depender de bichos raros como Lorenzo

y

los otros para sentirme seguro dentro de mi propia casa. Nuestra casa, papá. No la de ellos. No tienen lugar aquí.

— ¿Acaso tienes idea lo que está sucediendo allí afuera?—exclamó Maruni severo—. ¿Crees que son sólo matones comunes y callejeros los que vienen por nosotros? Estos son hombres peligrosos, Fabrizio. Ni tú ni yo tenemos posibilidad alguna contra ellos al menos que personas como Lorenzo y tu hermano Marco nos protejan.

— ¡Marco no es mi hermano! —gritó Fabrizio—. ¡Maldita sea, papá! ¿Acaso no lo ves? ¿No te has dado cuenta aún que todos los problemas que tenemos vinieron desde que ellos están aquí?

— Te equivocas...

— ¡Mamá murió dando a luz a ese engendro! ¿Cuán equivocado estoy? ¡Dime!

Ellos no tienen ningún derecho de estar aquí. No en esta casa.

— No toleraré una palabra más al respecto —dijo Maruni clavando sus ojos helados como dagas en el rostro de su hijo.

De repente, Maruni sintió un silencio extraño y algo le llamó la atención. Giró la cabeza y posó su atención sobre la ventana de la cocina. Le echó una mirada preocupada. Su hijo no se percató de nada extraño y continuó hablando, creyendo que su padre lo ignoraba deliberadamente.

— Esto no seguirá para siempre, papá—le dijo—. Eso te lo aseguro. Si de algún modo todo sale bien y sobrevivimos, cuando tú finalmente mueras de viejo, yo me encargaré de deshacerme de cada uno de ellos, si no lo hice antes. ¿Me has entendido? Me desharé de ellos como los tubos de ensayo que son. Pero Maruni parecía ajeno a la amenaza futura de su hijo. Se acercó hacia la ventana y miró a través del vidrio, enfocando sus ojos en la entrada principal de la casa que podía alcanzarse a ver en parte desde allí.

— ¿Me estás escuchando o qué?—dijo Fabrizio molesto.

— ¡Silencio! —le dijo su padre y sonó como un disparo seco y aturridor. Unos segundos después, Maruni comprendió la extrañeza del asunto.

— No hay nadie en la puerta principal —dijo.

Fabrizio frunció las cejas.

— ¿Qué?

Se asomó a ver por la ventana para comprobar lo mismo.

— ¿Dónde diablos están todos?—dijo Fabrizio.

En un rápido movimiento, Maruni se acercó hasta la puerta de la cocina, la abrió y salió hacia el pasillo principal. Al girar a su izquierda contempló la entrada principal de la gran casona totalmente abierta y vacía.

Compartiendo el mismo sentido de preocupación que su padre, Fabrizio se unió

a él y ambos miraron con detenimiento el extraño suceso. Antes que ninguno hiciera comentario alguno al respecto, Maruni sacó del bolsillo interno de su saco una pistola calibre .38, de reluciente metal plateado. Parecía casi nueva. Fabrizio estaba seguro que la misma debía haberse disparado dos o tres veces desde que su padre la obtuviera como regalo de alguien que él no llegó a conocer.

Maruni empuñó el arma con su mano derecha y puso una mano sobre su hijo para instarlo a regresar a la cocina y probablemente esconderse o escapar. Pero fue en ese preciso instante que una voz los sorprendió.

— Eso no le ayudará, señor Maruni —dijo el extraño individuo al salir desde atrás de una pared.

Maruni enseguida reaccionó y apuntó el arma contra el individuo. A medida que se acercaba, Fabrizio notó el tatuaje que le cubría gran parte de su rostro y su cuello. Unas llamas mezcladas con una garra.

— No tiene sentido dispararme —le dijo el hombre tatuado.

Maruni viró levemente la dirección del cañón de su arma.

— No si te disparo en la cabeza—le dijo—. Ustedes tal vez sean más resistentes que la mayoría, pero no son inmortales. Todavía sangran y todavía pueden morir.

— Usted lo sabría, ¿verdad?—dijo con sarcasmo el Garra/Llamas.

Fabrizio notó cómo su padre guardaba silencio. Por un instante, creyó que ambos se conocían el uno al otro. Y conociendo a su padre, no le sorprendía que hubiera verdades jamás contadas.

— ¿Quién te ha enviado?—dijo Maruni—. ¿Cuál familia?

— ¿Familia?

— ¿Fueron los Tanatella? ¿Los Orsini? ¿Quiénes?

— Yo trabajo sólo para un hombre. Y él quiere terminar lo que ustedes dos empezaron.

Maruni lo miró y en sus ojos comprendió.

— Vopreko... —exclamó Maruni.

Aunque no comprendía del todo, Fabrizio intuyó sobre quién podía ser ese tal Vopreko. Si era así, finalmente venían a colectar su deuda.

Pero entonces, un atisbo de esperanza surgió en él. Maldiciéndose, recordó que había cargado un arma para mayor protección. Ahora que caía en la cuenta de su existencia, sentía la totalidad de su peso al colgar de sus tiradores internos.

— Bueno, podrás darle un mensaje de mi parte—dijo Maruni y se preparó para disparar.

El otro hombre ni se inmutó.

— Dispáreme —le dijo—. ¿Pero caeré al suelo primero que él?

Al terminar de decir esto, un brazo se extendió desde el interior de la cocina y,

cargando con un arma, apuntó directamente a la cabeza de Fabrizio.

Maruni se giró y vio a su hijo detenerse en seco, levantando suavemente las manos. El hombre que le apuntaba pronto le hizo un gesto ordenándole que se quede quieto y le abrió el saco para quitarle el arma.

— ¿Quiere probar su precisión?—dijo el hombre tatuado.

Maruni comprendió que estaba en una situación imposible. Los reflejos de esos hombres eran nada comparados con los del asesino más hábil.

Al ver a su hijo, supo enseguida lo que debía hacer. Bajó el brazo y arrojó el arma lejos. Fabrizio, a pesar de ver su vida amenazada, se regocijó ante la demostración de amor de su padre. Fue ese preciso momento, casi fugaz, en el que supo que más allá de sus diferencias, seguía queriéndolo como a un hijo. Si no tuviera amor alguno por él, habría disparado y matado al tatuado. Pero no lo hizo.

El momento duró poco. Pronto Lorenzo apareció casi de la nada misma y se abalanzó sobre el segundo hombre. Fabrizio se agachó y un disparo resonó, mientras Lorenzo forcejeaba con el matón. El tatuado miró a Maruni y luego a la pistola. Se abalanzó sobre esta última al mismo tiempo que el viejo. Llegaron a ella casi al unísono, pero el tatuado fue más rápido. Viendo sus chances drásticamente reducidas, Maruni hizo lo segundo que podía hacer; patear el arma lejos del alcance del otro. El tatuado reaccionó y le profirió un fuerte puñetazo que lo arrojó contra la pared con una fuerza sobrehumana. Maruni sintió que su rostro se despedazaba y perdía consciencia. Su espalda se estrelló contra la pared y cayó sentado. Pero no había perdido el conocimiento del todo.

Fabrizio miró a su padre confundido pero no se atrevió a moverse. Detrás de él, Lorenzo intercambia golpes con el matón. Ambos luchaban casi como profesionales, haciendo uso de sus reflejos y su fuerza de manera efectiva y precisa. Lorenzo, al ser de contextura más grande, logró encerrar en una llave al matón y puso presión contra su cuello, mientras amortiguaba no sin esfuerzo los desesperados golpes y aleteos de brazos del sometido. En un rápido movimiento, le quebró el cuello. El tatuado miró que Lorenzo enseguida se volteaba hacia él. Pensó en ir por el arma, pero decidió enfrentarlo cara a cara.

— Sin armas, ¿eh?—dijo el tatuado.

Fabrizio vio cómo Lorenzo se abalanzaba sobre él y entre ambos se desataba una pelea dura, casi callejera. Se esquivaban la mayoría de las patadas o puñetazos que se daban entre sí, pero algunos de ellos resultaban acertados e impactaban contra sus respectivos cuerpos. Fabrizio nunca antes había visto, en ninguna pelea que él hubiera participado o no, semejante resistencia a los golpes como esos dos hombres demostraban ahora. Aprovechando el momento de distracción, Fabrizio se acercó a su padre e intentó hacerle recobrar el conocimiento. El viejo

Maruni tardó en orientarse, pero estuvo lúcido suficiente para aceptar la ayuda de su hijo, quien enseguida colocó el brazo de su padre sobre su propio hombro y haciendo fuerza lo alzó. Pronto ambos comenzaron a alejarse de los gritos guturales de la escena de pelea. Qué resultado saldría de ella, Fabrizio no lo podría adivinar.

Atravesó la cocina y por otra puerta secundaria se dirigió a la parte trasera de la casa. Sabía que no tenían chances de salvarse si se quedaban y enfrentaban a los hombres de Vopreko. Tenían que huir. Ahora o nunca.

Mientras se movía en dirección a la puerta que conducía al garaje, Fabrizio notó lo vacía que estaba la casa por dentro. ¿Dónde estaban los otros guardias? ¿Los «excepcionales»?

Pero ahora no podía pensar en eso. Debían salir de allí.

Cerca de la cocina, el tatuado y Lorenzo seguían ensañados en la pelea. Midiéndose los movimientos del cada uno, ambos sabían que un solo descuido sería suficiente. El tatuado logró salir de una llave en la que Lorenzo lo tenía atrapado durante los últimos segundos. Al librarse, logró estrellar el pesado cuerpo de Lorenzo contra una pared y ésta pareció resquebrajarse por el impacto. Aprovechando esa fracción de segundo, el tatuado tomó mejor posición, extendió una pierna y de un puntapié le rompió la rodilla izquierda.

Lorenzo perdió equilibrio y cayó al piso, pero enseguida intentó incorporarse. El tatuado lo miró un instante, casi como regocijándose. Pero Lorenzo no se dejó intimar y al ponerse de pie cerró el puño y lanzó su golpe. El tatuado lo frenó sólo con su mano y apretó tan fuerte como si fuera una pinza. Sujetándolo con un agarre que parecía una trampa de osos, el tatuado utilizó su otra mano y con la fuerza de ambas, quebró el brazo de Lorenzo. Sin embargo, con sus dos extremidades rotas, Lorenzo intentó mantenerse de pie. Al ver esto, el tatuado lo derribó de un solo golpe a la cabeza. Debilitado como estaba, Lorenzo quedó sentado sobre el suelo. El tatuado lo miró, convencido de su victoria.

— ¿A quién le eres leal de verdad?—le dijo el tatuado.

Sin obtener respuesta, se agachó y sujetó la cabeza de Lorenzo. Con un fuerte y rápido movimiento, le quebró el cuello.

Mientras tanto, Fabrizio se apresuraba a introducir a su herido padre dentro de la camioneta. Con ansiedad, activó la apertura de la puerta del garaje y, antes de ingresar al auto, echó una mirada en dirección por donde habían venido. Hasta ahora, nadie estaba detrás de ellos. Con apremio, entró al auto y cerró la puerta. No esperó a que la puerta del garaje se abriera por completo. Encendió el motor, apretó el acelerador y atravesó la salida con la puerta casi rozando el techo del vehículo.

— Lo logramos, papá—le dijo Fabrizio a un desorientado Maruni.

La extraña vista de camiones de carga blindados y vehículos casi militares mantuvo a Gabrielle con cierta sensación de inquietud. El amanecer de ese nuevo día fue acompañado de una extraña sensación para ella, como si de repente se hubiera despertado sin saber exactamente qué lugar ocupaba en la vida. Parecía desconocer todo, incluyéndose a sí misma. De un momento a otro, todo lo que ella creyó que era fue arrebatado de golpe, dejándola anónima y vacía. Tenía a su padre vivo aún, pero éste ya no la reconocía. Todos sus compañeros de trabajo parecían haber sido «transferidos» o sencillamente reemplazados. Y Anderson se había convertido en... «eso». La impresión de que era el primer día de una vida nueva y desconocida se arraigó en ella tan fuertemente que por momentos necesitaba hacer un esfuerzo consciente en recordar quién era. Nunca antes se había sentido así.

Casi por inercia se dirigía al trabajo como cualquier otro día, más allá de su aparente desconocimiento de todo. En cierta forma, albergaba la creencia de que su trabajo permanecía igual, y que a pesar de los importantes cambios, su lugar en la fuerza de seguridad principal del País —sea ésta la Policía Superior de Anderson o no— se encontraba inamovible. Pero al ver esos camiones detenidos de manera tan siniestra en un vecindario de buena gente y relativa seguridad, no pudo ignorar su creciente preocupación.

Detuvo el auto a apenas algunos metros de distancia de los dos camiones detenidos y del vehículo militar que, viéndolo de cerca, cargaba con una ametralladora en su parte superior. El hombre que la operaba no tenía aspecto de militar per se, aunque Gabrielle podía intuir a qué categoría respondía. Notó el escudo con las siglas «PS» a los costados de los camiones y enseguida salió del auto.

«PS = La Policía Superior» pensó y eso no la tranquilizó en lo más mínimo. Antes de emprender marcha hacia la escena, la observó con detenimiento. Primero notó que de las casas del vecindario salían los oficiales de policía de la PS, cuyos uniformes e insignias eran más similares a los de soldados militares que a simples agentes de ley. Todos ellos cargaban con armas automáticas y de guerra. Escoltaban a ciudadanos comunes, quienes no oponían resistencia alguna.

«Estos no son arrestos» se dijo a sí misma, mientras buscaba qué otra posibilidad había. Fue entonces que vio algo que la dejó casi helada. En la parte trasera de los camiones había todavía más civiles; hombres, mujeres, niños, ancianos. Todas las edades y todas los tipos, sin distinción alguna. ¿Podía ser lo que creía que era?

Gabrielle comenzó a caminar en dirección a la escena. Su respiración comenzó a

agitarse. Aunque no lo sabía con seguridad, temía lo peor.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca, dos policías se volvieron hacia ella y le frenaron el paso. Ambos cargaban sus respectivos rifles y llevaban uniformes de kevlar, la fibra sintética utilizada como defensa antibalas. También sus cascos, hechos de metal reforzado, le cubrían gran parte de la cabeza incluyendo la nuca, y en esta parte trasera era como si el casco naciera de la continuación de su uniforme. No había aparente separación entre el uno y el otro. La parte frontal del casco, aquella que ahora Gabrielle miraba con creciente temor, estaba mitad cubierta con un visor transparente de vidrio antibalas.

Uno de los policías le habló, con voz amenazante.

— ¿Podemos ayudarla, señora?—le dijo.

Gabrielle se molestó enseguida y no hizo esfuerzo en ocultarlo. Sacó su placa y se identificó. Por dentro, sabía que en la misma no figuraban las siglas «PS», pero se haría la tonta al respecto.

— Oficial Blake—dijo ella—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Adónde llevan a estas personas?

El policía tardó en responder, como si disfrutara de ocultarle información al mismo tiempo que no tenía interés alguno en responderle.

Al cabo de unos segundos, habló.

— ¿Puedo ver su placa de nuevo, señora?—le dijo.

Molesta, Gabrielle accedió y mantuvo en alto su placa una vez más. El soldado pareció acercarse para verla mejor, pero eso fue lo que pensó Gabrielle. En verdad, el visor transparente del casco se iluminó como si hubiera encendido la pantalla de un teléfono móvil. Unos gráficos de escaneo aparecieron y el policía tuvo toda la información que necesitaba en escasos segundos.

— Usted no está registrada como oficial de la Policía Superior—dijo el policía. Gabrielle bajó su placa.

— No, no lo estoy—dijo y luego recapacitó, adaptando un tono de confianza—.

Aún no. Todavía me encuentro en fase de transición.

Supo que mentía, pero era una mentira demasiado cercana a la verdad, razón por la cual creía que funcionaría.

— Ahora bien —continuó ella—, ¿se puede saber qué están haciendo aquí?

— Si en verdad usted es parte de la Policía Superior, entonces debería saberlo señora. Tenemos nuestras órdenes.

El policía amagó a volverse, pero no lo hizo. Gabrielle lo observó, luego a su compañero igual de sonriente y despectivo. Atrás de ellos, los policías continuaban cargando personas a los camiones. Uno de estos ya comenzaba a llenarse. Pronto Gabrielle tuvo una idea de cómo conseguir lo que quería.

— No le conviene jugar juegos conmigo, oficial —le dijo ella—. Lo

reportaré con Anderson. A los dos. He sido su compañera durante toda su carrera. ¿A quién cree que hará caso de los dos?

El policía se quedó mudo. Esta vez, no tenía nada para decir. Tampoco su compañero. Gabrielle supo que su pequeño plan había funcionado.

— Debería mostrarme algo de respeto —continuó Gabrielle—. Quizás en dos horas sea su superior directo.

Gabrielle estaba en control.

— Ahora, me dirá qué es lo que están haciendo aquí y adónde llevan a esta gente. — Están siendo reubicadas —dijo el policía con fastidio.

— ¿Reubicadas? ¿Adónde?

El policía titubeó y luego respondió con una calma indiferente.

— A los centros de esterilización.

Gabrielle quedó boquiabierta.

— ¿Qué?

Por un instante ninguno de los dos oficiales respondió. Parecían sorprendidos por la

reacción de Gabrielle. ¿Cómo no podía saberlo?

El primero de ellos no se molestó en responder. Pero su compañero, igual de repugnante

respondió y su voz pareció cargar con un poco de orgullo sádico.

— Fueron seleccionados —dijo—. Según las normativas de las nuevas leyes. — ¿Seleccionados para qué?—lanzó Gabrielle.

— Control genético.

Gabrielle miró por encima de ambos y lo que vio le permitió entender aún más qué

significaba todo. Formados en líneas, las personas eran examinadas por uno de los

policías. El visor transparente del casco —el cual ahora Gabrielle comprendía resultaba

también un lector de información— escaneaba la retina de las personas y entonces, al

cabo de unos segundos, el policía miraba su tableta digital. Ésta, de alguna manera, le

decía lo que tenía que hacer. Con un leve movimiento de cabeza, acompañado de un

dedo que giraba en dirección al camión, el oficial les indicaba a sus colegas si la persona en cuestión era «seleccionada» o no. El número de los que daban negativo era

casi nulo y todo el tiempo que Gabrielle estuvo allí no vio a ninguno.

— ¿Qué significa eso?—dijo Gabrielle—. ¿«Control genético»?

Ninguno de los dos policías le respondió. Pero ella ya podía intuir la terrible razón

escondida detrás de todo esto.

Al no tener respuesta, volvió a insistir.

— Esto no puede estar bien —dijo y dio un paso hacia adelante.

Los dos policías enseguida reaccionaron, se echaron hacia atrás y levantaron sus armas. — No podemos dejar que usted intervenga con nuestras órdenes, señora

—le dijo. — ¿Va a dispararme, oficial?—desafió Gabrielle, aunque temía que lo hiciera. — Lo haré si tengo que hacerlo —contestó el primero.

— ¿Sabe usted a lo que se está arriesgando?

— Sé que esto es mucho más importante que usted, oficial Blake. Ahora le pido que se retire, o la haremos detener.

El otro policía se mantuvo igual de firme. Ambas armas apuntaban en dirección a

Gabrielle y ésta estuvo convencida que un mínimo movimiento de su parte significaría

una lluvia de disparos.

— Yo lo haré detener a usted por todo esto—siguió ella.

— Nuestras órdenes son proteger el proceso de control genético por cualquier medio disponible y necesario. Eso significa que si da otro paso más, le dispararé.

Gabrielle sintió deseos de sacar su arma y poner tres balas en la cabeza de ese engreído

policía. Pero no ganaría nada con ello. En cambio, frenó su avance y dio un paso atrás.

Los dos hombres continuaron mirándola con ojos fríos como dagas, mientras esperaban

que Gabrielle se retirase del todo.

A medida que se alejaba, Gabrielle continuó observando la escena con total impotencia.

El hecho de no poder hacer nada le molestaba aún más. Las personas eran ingresadas a los camiones sin que nadie los oyera ni defendiera. Y lo más extraño aún, sin quejarse. ¿Cómo podían aceptar esta injusticia y abuso de poder con semejante pasividad? Regresó a su auto e ingresó, pero no se marchó enseguida. Se tomó un momento para asimilar lo visto. La naturaleza del procedimiento no engañaba a nadie. Finalmente había pasado algo que muchas personas —la mayoría tildadas de paranoicas o negativas— creían que sucedería. El nuevo gobierno de Rosthalion estaba pisando fuerte con sus nuevas leyes y éstas se mostraban como totalmente radicales. No había antecedente

conocido alguno de esto ni preparación. ¿Exactamente cómo se suponía que debían los ciudadanos menos afortunados adaptarse al cambio de paradigma? «Control genético» volvió a oír Gabrielle en su cabeza. Ahora que lo pensaba, creía comprender a lo que se apuntaba con ese procedimiento de reubicación de civiles. No necesitaba ser ni detective ni poseer mucha experiencia para descifrarlo. Esas personas, las llamadas «seleccionadas» eran las menos afortunadas. Pero su mala fortuna no se debía a un poder adquisitivo necesariamente bajo ni a un status social menor; por el contrario, su infortunio, su «desgracia» radicaba dentro de ellos mismos. En su propia sangre. En sus genes.

Adonde se dirigían esos camiones repletos —y no los únicos en toda la ciudad— era un lugar del que las personas podrían salir, pero su capacidad para reproducirse y tener descendencia no lo haría. La misma era confiscada por el gobierno y destruida. No sólo le robaban su derecho biológico y le violaban su naturaleza, sino que les quitaban de su poder el don quizás máspreciado concedido a los seres humanos: el don de crear vida.

13

La voz del Presidente Grittver en la televisión era fuerte y resuelta. — Hay pequeñas voces —dijo—, que deben ser oídas en el día de hoy. Porque este es un Estado que se caracteriza por escuchar al otro, en vez de ahogarlo en estrépitos que no conducen a nada más que a una perpetuación de los conflictos. Pero aquí en Rosthalion oímos al otro, a la minoría que tiene en todo su derecho a discrepar con nuestras políticas, a buscar otras alianzas políticas o dudar de nuestras intenciones. Ése es el privilegio y el derecho del que gozan y al cual el Estado respeta.

Esas pequeñas voces hoy nos acusan de que nuestras nuevas leyes resultan totalitarias, opresivas y antiprogresistas. Algunos incluso han tildado los actuales controles de población como «estrategias racistas y de discriminación», alegando que nuestro gran Estado libre e independiente tiene una agenda política que conduce de manera irreversible a un proceso de «limpieza social y racial sistemática».

Estas acusaciones resultan para nosotros de lo más ofensivas y lamentamos que se mal interpreten los cambios políticos prometidos en la campaña electoral. Quiero decirles a todos aquellos que se nos oponen de manera sana y sin incitar a la violencia, sean un puñado de personas o no, que el pueblo de este país ha hablado de manera unísona y fuerte durante el último referéndum oficial. Y lo que ven en las calles, lo que todos vemos, es el cambio prometido y tan ansiado por la mayoría electoral. Es la piedra angular a una nueva era de prosperidad, seguridad y avance.

La señora Moore oía y veía con extremada atención el discurso transmitido en vivo y en directo. Sentada a la mesa, a su lado se encontraba el ex detective Blake hojeando una revista de autos, sin realmente saber qué era lo que leía, ni dónde estaba ni quién era él o esa extraña mujer avejentada del otro lado de la mesa. Tampoco sabía quién era ése que hablaba tanto por televisión y por qué había capturado el interés de la extraña sentada junto a él.

— Sin embargo, la señora Moore continuó mirando la televisión, casi embobada. — Repudio con total desprecio que se nos etiquete de fomentar la «higiene racial». Les aseguro, ahora mismo, que estos traslados no son al azar ni tampoco la etnia tiene nada que ver. El Estado de Rosthalion no discrimina si un ciudadano es negro, blanco, judío, asiático o cualquier otra etnia y/o religión. Hombres, mujeres o niños... seres humanos. Eso es lo que todos somos. Y es eso para lo que estamos trabajando: para hacerle honor a lo que somos.

El reporte televisivo alternaba entre imágenes en vivo del Presidente y los desplazamientos de cientos y cientos de personas alejadas de su hogar en contra de su voluntad y en algunos casos de su familia entera.

— Aquellos seleccionados —continuó el Presidente—, representan todo lo que nosotros no queremos para el futuro de nuestro país y de nuestros hijos. Si el Estado de Rosthalion discrimina algo, entonces que discrimine la criminalidad, la drogadicción, la violencia, el odio, la desobediencia, la falta de respeto y la inmoralidad. Estamos en contra de cada uno de estos aspectos que antes nos condujeron a la inestabilidad política y social y posiblemente nos hubieran dejado en la ruina económica. No todos los seleccionados son criminales o corruptos; también existen personas cuyo único delito es el de la debilidad, el de la inferioridad. Estos factores también amenazan el avance de nuestro Estado. Que no les quede duda cuánto inciden. No queremos en sus manos el poder de diseminar sus enfermedades a través de su descendencia, de contagiarnos su mediocridad ni tampoco de infectar nuestra fortaleza y superioridad.

En la sala hubo un estruendo de aplausos, como siempre aparentaba haber cada vez que el Presidente se dirigía a la prensa, sin aceptar preguntas directas esta vez.

— Por esta razón —dijo Grittver por encima de los aplausos—, llevamos a cabo a partir de hoy los operativos de esterilización de los no deseados, de los enemigos del progreso y del avance humano. Del ser humano de Rosthalion.

La señora Moore no pudo creer lo que oía. Ni tampoco podía negar el apoyo de la gran mayoría a este nuevo Estado. Conocía lo suficiente del tema para saber que cada diez personas que preguntara en la calle si apoyaban las políticas de Estado, nueve de ellos respondía de manera afirmativa. Se sentía sola, sentada al lado de un pobre y débil anciano.

«Débil anciano» se repitió a sí misma, considerando.

Minutos después, el Presidente cedió la palabra a Ryan Lessig, doctor médico encargado de supervisar los procedimientos de esterilización y control genético. A su lado lo acompañó, igualmente nombrado, el Comisario de la Policía Superior Mark Anderson.

Al verlos sobre el estrado, la señora Moore reparó en ambos; uno viejo, el otro demasiado joven. Pero no reconoció a ninguno de los dos. Poco sabía quién era Anderson y su especial relación con la hija del anciano a su cuidado.

Primero habló el doctor, explicando con tecnicismo médico como se llevarían a cabo las esterilizaciones y qué factor de riesgo había para los sometidos. También se jactó de la aparente efectividad de los métodos aplicados para asegurar la «total eliminación de la amenaza genética que se cernía sobre Rosthalion».

Cuando le tocó hablar al más joven, éste saludó a todos los presentes y a todos los que sintonizaban la transmisión en vivo. Luego, dio comienzo a su anuncio oficial.

— La Policía Superior trabaja de manera constante contra la creciente amenaza genética—dijo Anderson—. Junto a las autoridades máximas del Estado de Rosthalion, y obrando con el privilegiado consejo de nuestros mejores científicos, se han confeccionado los siguientes criterios reglamentados por ley, cuyo cumplimiento debe ser garantizado en su totalidad sin excepción alguna. El quebrantamiento de estas leyes está penado con la cárcel y su sentencia incluye la cadena perpetua.

Se produjo un silencio y pareció como si el conocer las severas consecuencias de no cumplir generasen cierto temor en los oyentes.

El Comisario Superior Anderson no se molestó y procedió con el nombramiento de las reglamentaciones, tal como lo había introducido.

— El Estado llevará a cabo tareas de control de natalidad y el denominado «control genético». Estas incluyen...

Antes de retomar, Anderson tragó saliva. Luego, habló.

— La autorización del matrimonio en modalidad selectiva—dijo y explicó:—. Las personas que deseen contraer matrimonio de manera legal deben ser aprobadas por el Estado de Rosthalion y cumplir con los siguientes requisitos: a) Unión entre hombres y mujeres de forma exclusiva. Aquellos de diferente identidad sexual (homosexuales, transexuales o bisexuales) tienen prohibido el matrimonio legal y reconocible por el Estado dentro de los límites territoriales. Existe una excepción que requiere el compromiso de nutrir un hogar para un hijo concebido de otros padres de genes superiores aprobados por el Estado, cuyo mantenimiento no pueda ser sostenido por éstos. b) Se deben presentar pruebas

de historial genético que puede incluir hasta tres generaciones anteriores. En dicho historial, la existencia de graves enfermedades hereditarias (físicas, mentales o de salud) debe haber sido eliminada por completo en alguna generación o debe ser inexistente. En caso de que exista, el matrimonio puede verse sujeto a un monitoreo constante. En caso de que las enfermedades subsistan pero no afecten la intelectualidad (por ejemplo un impedimento de carácter físico y no cognitivo) podrá ser concedido el matrimonio sin derecho a la descendencia. c) Ambas partes deben cumplir estos requisitos. En caso de que haya diferencias se evaluará el caso, pero siempre se aprobará cuando exista mayor posibilidad de predominio de genes superiores.

Anderson realizó una pausa y dio por concluidos los requisitos. Enseguida retomó. — Se reglamenta la esterilización sistemática de drogadictos y criminales, sin excepción, incluyendo aquellos encarcelados cumpliendo sentencias previas o libres bajo libertad condicional. También se incluyen a quienes poseen antecedentes penales. Estos sujetos tienen prohibido el matrimonio de manera absoluta, bajo pena de muerte. Las personas de genes inferiores no podrán casarse ni tener hijos, bajo pena de cárcel y muerte. Si lo hicieran, según el caso estarían sujetos a pena de muerte y aborto obligatorio. Si el bebé producto de la infracción se descubre ser descendiente de padres de genes inferiores, será eliminado o destinado a futuros trabajos forzosos, además de contar con la esterilización obligatoria. Las mujeres de genes superiores que no deseen tener hijos o casarse ni continuar su estirpe, quedan por ley sujetadas a prestar su útero para la inseminación artificial y gestación de descendencia de genes superiores. Así mismo, las mujeres de genes inferiores que no tienen permitido casarse, pueden ser sometidas a prestar su útero para portación de genes superiores; este procedimiento consta en la inserción de embriones con genes modificados para que la mujer lleve a cabo los nueve meses de embarazo, sin que su propia genética inferior haya intervenido de ninguna forma en la concepción del feto. En estos casos, el aborto está prohibido y si se comprueba que hubo un aborto ilegal no sancionado por el Estado por cualquier razón, la persona será sujeta a la pena de muerte.

Pero la señora Moore no pudo escuchar una palabra más de aquel terrible y espeluznante discurso. Apagó el televisor antes de descomponerse de asco. Las palabras de ese joven la sacudieron en su silla y la dejaron cuanto menos perturbada. No podía creer que era un ser humano quien decía esas cosas horripilantes, dignas de un verdadero monstruo. ¿Cómo la gente podía creer eso? ¿Cómo podían estar de acuerdo con semejante crueldad? ¿Qué independencia, qué libertad o qué porvenir dichoso podía justificar tales atrocidades?

Sin embargo, no oyó que la gente saliera a la calle a protestar contra las nuevas

medidas dignas de un carnicero inhumano. Tampoco oía marchas en repudio. Nada. Por el contrario, temía que cada persona en su casa saltase de júbilo antes las nuevas leyes que garantizarían el tan ansiado bienestar de la población y el avance.

Se giró y miró al anciano detective Blake continuar hojeando la revista de autos como si nada en el mundo hubiera cambiado. Y tal vez era así para él.

La señora Moore no pudo evitar derramar algunas lágrimas escondidas por lo que avecinaba en el horizonte.

14

El silencio dentro del auto era profundo. Gabrielle conducía con la atención ligeramente puesta en su alrededor. Repasaba una y otra vez la escena que acababa de presenciar hace menos de una hora. La claridad del día aún no había alcanzado su máxima expresión que el Estado ya había ejecutado sus nuevas leyes.

Para evitar echar más leña al fuego, decidió apagar la radio tanto de su auto como la personal que utilizaba para ser contactada directamente por la estación o por sus compañeros —ahora desconocidos casi por completo. Necesitaba callar otras voces y reflexionar sobre todo el asunto, incluyendo la repentina ascensión al poder de Anderson, su papel en esta nueva Policía Superior y las consecuencias tanto al corto como al largo plazo de estas acciones. Suponía que con toda seguridad algún vocero del Estado estaría, en ese preciso momento, dando una conferencia de prensa en vivo e informando sobre las nuevas políticas, como parecía ser la costumbre desde hacía días. Pero Gabrielle no sentía deseo alguno de oírlo en este momento.

Su ensimismamiento se vio interrumpido de manera brusca cuando la bocina estridente de un camión la sobresaltó. Gabrielle viró el volante e hizo lugar al pesado vehículo que la sobrepasó por un costado a moderada velocidad. Fue cuando estuvo delante suyo que Gabrielle vio una vez más las siglas «PS» grabadas también en la parte trasera del camión. El interior de su acoplado, por lo que se podía ver, se encontraba vacío. «Todavía no ha recogido a personas» pensó Gabrielle y supo que no estaba muy lejos de la verdad. Disminuyó la velocidad para dejar que el camión tomara distancia y se alejara lo suficiente para ver exactamente hacia dónde se dirigía. Unas cuerdas después, el vehículo dobló a la derecha en una calle perpendicular que desembocaba en un gran parque arboleado.

Gabrielle bajó aún más la velocidad para ver mejor, mientras los demás autos pasaban a su alrededor; algunos molestos tocando bocina ante su repentina lentitud. A través del vidrio algo condensado por el frío de su ventanilla, Gabrielle vio el camión seguir en dirección recta. Para su sorpresa, no se detuvo

en ninguna casa en particular, sino que continuó hasta la plaza donde finalmente se estacionó. ¿Por qué lo haría? Cuando estuvo casi a punto de cruzar la intersección por completo y perder de vista la escena detrás de la manzana de casas siguientes, Gabrielle alcanzó a ver lo suficiente para hacerse una idea de lo que pasaba. Lo poco que vio desprendió sus pensamientos más perturbadores.

Si lo que había visto era correcto, en la plaza no sólo había más camiones de la PS como el que había seguido, sino que sobre el descolorado pasto de invierno se encontraban alineadas personas, una detrás de la otra. ¿Qué diablos estaban haciendo allí y por qué estaban formados en líneas como si estuvieran en un pabellón de prisioneros? ¿Podía ser posible estuvieran esperando, muy seguramente de manera resignada, el transporte que los llevaría a los centros de esterilización? ¿Eran esos más «seleccionados»? Antes de poder dar mayor cabida a todas sus dudas, Gabrielle tuvo que hacerse con el control de su auto nuevamente si quería evitar un choque. Viró hacia la izquierda y se acomodó en el carril correcto. En ese preciso momento la luz del semáforo cambió a rojo y Gabrielle se detuvo, aprovechando el momento para poner en orden sus pensamientos.

La «reubicación» de las personas continuaban llevándose a cabo en otras partes de la ciudad, no cabía duda de eso; el procedimiento era general y se aplicaba a cada ciudadano del Estado e incluía hasta el último metro cuadrado de territorio. Tampoco había aparente discriminación entre barrios ricos, de clase media baja o pobres. No se concentraba toda la atención solamente en los barrios marginados o de creciente criminalidad. En todo caso, el traslado era un proceso uniforme.

Pero ¿por qué se agrupaban esas personas como ganado en un parque donde se solía disfrutar de un agradable día de primavera al sol? ¿Acaso el número de «seleccionados» y de «no deseados» era tan alto como para justificar tales medidas? Pero lo aún más llamativo era que técnicamente—y legalmente también— no se estaba cometiendo ningún delito ni quebrando ninguna ley. En todo caso, el Estado hacía énfasis en seguir al pie de la letra sus propias políticas. Lo único que realmente desconcertaba a Gabrielle en ese momento fue el trato, el cual le pareció cuanto menos inmoral.

Por un lado, creía comprender la justificación de la reubicación y el objetivo final detrás de las leyes que lo avalaban. Pero por otro lado, todo le resultaba demasiado extremo. ¿Acaso no había otra forma de suprimir los rasgos negativos de la humanidad y garantizar el progreso y la mejoría?

Su teléfono móvil sonó de repente y la obligó a salir de sí misma. La luz del semáforo cambió a verde, pero antes de retomar la marcha, Gabrielle atendió la llamada y dejó reposar el teléfono cerca de la palanca de cambios. Con el altavoz activado, Gabrielle arrancó y habló al mismo tiempo.

— ¿Hola?—dijo.

— Gabby... soy yo —dijo una voz masculina.

Gabrielle tardó un segundo en reconocerla. Pero pronto le fue tan claro como el día quién estaba del otro lado.

— ¿Maurice?—dijo ella.

Si hubiera sabido que se trataba de su hermano, quizás Gabrielle lo hubiera pensado dos veces antes de atender la llamada. Con toda seguridad, la habría ignorado como todas las otras que no había contestado antes.

Como siempre, y para justificarse ante sí misma, se decía que aunque lo hiciera, no tenía nada de qué hablar con su hermano. ¿Para qué lo haría entonces? Cada uno había tomado su decisión y lograba vivir con ella, ¿entonces por qué insistir?

Pero supo en ese momento que ahora se veía en una situación de la cual no podía salir tan tranquilamente como deseaba.

— Por favor, no me cuelgues —dijo él—. No hubiera llamado si no necesitara tu ayuda.

La voz de Maurice sonaba verdaderamente piadosa. O era un excelente actor de voz, o algo no muy bueno había sucedido.

— ¿Tiene que ver con papá?—dijo Gabrielle aunque se molestaba tener que mencionar a su padre entre ellos dos cuando su hermano había dejado bien en claro que su compromiso con la familia no era serio—. ¿Se encuentra bien? — No, no. Él está bien. Digo... no lo he visto aún esta semana.

— ¿Qué pasa entonces?—dijo con marcada molestia Gabrielle.

«Si no se trata de papá ni relacionado con él, no tengo nada de qué hablar contigo» pensaba Gabrielle como una especie de mensaje telepático.

— Soy yo quien necesita tu ayuda—dijo Maurice—. No tengo a nadie más a quién recurrir.

«Dinero» pensó Gabrielle. «El maldito quiere dinero de nuevo».

— Te dije que no te daría un centavo más —replicó ella—. Si tienes problema con

el dinero, es tu asunto. Yo no puedo ayudarte. Apenas si tengo para mantenerme a mí y a papá.

— No se trata de dinero.

— Escucha, Maurice—lo interrumpió ella—. Ya estoy retrasada de por sí cuando debería estar en el trabajo ahora mismo. No puedo ayudarte.

Gabrielle notó que se repetía a sí misma, pero creyó que quizás sólo de esa manera su hermano lograría dejar de insistir.

— ¿No puedes ayudarme o no quieres ayudarme?—dijo Maurice, claramente

resentido.

— ¿En verdad me lo preguntas? ¿Después de todo este tiempo?

— ¿Puedes escucharme por tan sólo un minuto? Es todo lo que pido. A regañadientes, Gabrielle aceptó oírlo sabiendo que podría negarse en cuanto quisiera al pedido de su hermano, cortar la llamada y regresar a su vida que no necesitaba de la intervención de su hermano.

— ¿Qué quieres?

— Yo... yo... Creo que estoy en problemas.

— No me sorprende. ¿Qué has hecho esta vez?

— No puedo decírtelo por teléfono. ¿Podemos vernos?

Gabrielle pareció dar un sobresalto en su asiento tanto de ira como de total incredulidad. — Realmente estás agotando mi paciencia —dijo ella.

— Por favor, te lo ruego. No sabemos qué hacer. Tú eres la única que puedes ayudarnos.

— ¿Por qué hablas en plural? ¿A quién te refieres con «nosotros»?

Maurice hizo una pausa y cuando Gabrielle cruzó por debajo de un puente con el auto, su hermano respondió.

— Ven a verme. Te lo explicaré todo. Y luego podrás decidir si quieres ayudarme o

mandarme a la mierda.

Molesta consigo misma, Gabrielle accedió.

15

Era la tercera vez que Marco intentaba comunicarse con su padre o con cualquiera en la casona Maruni. Nadie respondía el teléfono. La última opción que le quedaba era llamar a Fabrizio, aunque dudaba si deseaba tolerar su mal humor y resentimiento. Pero al verse enfrentado a tal extraño silencio de radio, Marco reconsideró y marcó el número de Fabrizio.

Al cabo de cuatro tonos, alguien contestó.

— ¿Fabrizio?—dijo Marco confundido.

Aunque no hubo respuesta del otro lado, Marco supo que alguien se encontraba allí y lo había oído.

— ¿Quién eres?—dijo Marco comprendiendo—. ¿Qué has hecho?

Silencio. Cuando unos segundos después la comunicación se cortó deliberadamente, Marco confirmó sus sospechas.

Clapham, quien parecía haberse alejado de Marco y sus hombres por un instante, notó su extremada preocupación.

— ¿Qué sucede?—dijo.

Esta vez Marco no creyó conveniente ignorarlo y le respondió, compartiendo la gravedad de todo el asunto.

— Alguien ha atacado la casa Maruni —dijo.

— ¿Quién?

Pero Marco pareció detenerse por completo, oyendo algo. Clapham tampoco hizo tiempo a preguntar que él también lo sintió. Los hombres de Marco se mantuvieron inmóviles y erguidos, escuchando lo mismo.

Clapham sintió que el piso vibraba y creyó que lo que fuera vendría desde abajo. Entonces, reflexionó y lanzó:

— ¿Es tiempo?—dijo y visualizó el cronómetro de números rojos en su cabeza

—. ¿Se ha terminado la cuenta regresiva?

— No, es otra cosa—replicó severo Marco.

Aunque Clapham sabía que eso no era exactamente cierto —según su reloj, el plazo final estaba a tan sólo minutos— no dijo nada. Estaba convencido que si Marco decía que se trataba de otra cosa, era muy probable que así lo fuera.

Marco dio unos pasos para unirse a sus hombres, quienes enfocaban sus miradas en la puerta principal. El sonido, claramente de temblor, aumentaba en intensidad.

— Es un vehículo —exclamó Marco, convencido.

Clapham no lo podía creer. ¿Cómo podía saberlo?

— Y se dirige hacia aquí —agregó Marco y se volvió a sus hombres—. Prepárense.

— Espera, ¿qué?—dijo Clapham—. ¿Qué es lo que está pasando?

— Sugiero que prepares a tus hombres y te quedes detrás de nosotros —dijo Marco—. Si algo sale mal, defiéndanse como puedan. Y bajo ninguna circunstancia dejen que descubran lo que hay debajo.

— ¿Quién? ¿Quién está llegando?

Marco no respondió y comenzó a alejarse de Clapham. Éste enseguida sacó su arma y apuntó para detenerlo.

— ¡Ya casi es tiempo cumplido!

Y apenas terminó de decirlo, la entrada del almacén explotó en añicos y algo lo atravesó hasta el fondo. En el medio de toda la conmoción, los pedazos de madera volando, las astillas y el polvo, Clapham pudo ver instantes antes de echarse al suelo que el mismísimo camión que había salido de las tinieblas en la ruta 15 se encontraba ahora allí, delante de él.

Cuando la humareda finalmente se aclaró, Clapham se puso de pie y miró al pesado vehículo. Todo parecía repetirse una vez más.

Los hombres de Marco habían sobrevivido de alguna manera al fuerte impacto, aunque no todos. Los que sí, se pusieron de pie y fueron hasta el camión. Sacaron sus armas y se acercaron a la cabina. La abrieron y la encontraron vacía. «Esto es más que un simple deja vu» pensó Clapham. Parecía revivir casi con exactitud la escena de la ruta 15.

Sólo que había una pequeña diferencia. Y pareció darse en cuenta en el momento exacto en que uno de los hombres exclamaba:

— ¡Está vacío! ¡Revisen la parte de atrás!

El resto de los hombres que no habían llegado a la cabina se acercaron al acoplado de carga. Al mismo tiempo, Marco se unió a la escena, aparentemente ileso, atravesando la humareda de polvo.

— Posee un sistema de navegación remoto —dijo el mismo hombre a Marco—.

Alguien lo condujo hasta aquí.

Poco convencido, Marco miró a sus hombres a punto de destrabar el candado del acoplado trasero. Se volvió hacia la cabina del camión y pensó un instante. Luego, tuvo una extraña sensación. Pero más que una sensación abstracta, fue un particular hedor.

— ¿Hueles eso?—exclamó de repente, al mismo tiempo que arrugaba la nariz. Clapham, a pesar de mantenerse a algunos metros de él, logró ver la expresión de preocupación que reinaba en el rostro de Marco. Era como si su elevada perspicacia y su inteligencia le hubieran anticipado que algo no estaba bien.

Pero no hubo tiempo para nada. Uno de los hombres destrozó el candado haciendo uso de unas robustas y grandes tijeras de jardinería. Otro se acercó para tirar de la compuerta corrediza hacia arriba.

Marco sintió que ni su garganta ni sus brazos le dieron abasto para detener todo.

— ¡No! ¡Esperen! —exclamó.

Era demasiado tarde.

La compuerta del acoplado se elevó hasta el tope y el interior profundo y oscuro del camión los recibió como un abismo infinito.

Pero desde adentro algo emergió. Un humo espeso y grisáceo salió expedido con violencia y de manera continuada, envolviendo a todos los hombres que se encontraban de pie frente al acoplado.

Los gritos de los hombres comenzaron pocos segundos después.

— ¿Qué diablos es eso?—alguien preguntó.

Marco miró, a la poca distancia, cómo sus hombres caían al suelo y comenzaban a retorcerse.

— Gas nervioso... —dijo más para sí mismo.

Como una gran chimenea, el camión pronto inundó el resto del almacén con su nube de humo tóxico. No se necesitaba saber qué tipo de gas nervioso era; fuese Sarín o el gas VX daba lo mismo, producía el mismo efecto sobre los ahora agonizantes hombres. Clapham vio toda la escena con total estupefacción pero en vez de dejar que su miedo lo paralizase, tomó acción. Antes de ponerse de pie, se desvistió el torso hasta quedarse con una camisa de lana. Acto seguido, sacó de su bolsillo una filosa navaja. Miró en dirección al humo y sintió que con cada segundo que pasaba la nube se acercaba con increíble rapidez hacia donde él estaba. Debía moverse ahora o no lo lograría. Perforó con la punta de la navaja una de las mangas a la altura del codo y cortó. Luego hizo otro corte hasta quedarse con el brazo izquierdo descubierto y un extenso pedazo de tela.

Volvió a mirar el humo. Más cerca. Los hombres de Marco continuaban retorciéndose en el piso, vomitando espuma de la boca y temblando por los espasmos musculares. El gas nervioso los mataba rápidamente y se acercaba aún más rápido a él. Tomó el pedazo de tela y lo colocó sobre su nariz y boca. Sosteniéndolo con una mano, lo apretó lo suficientemente fuerte para evitar que nada ingresara a sus orificios nasales. Sin embargo, poco sabía que esa medida de nada le ayudaría contra un gas nervioso tan poderoso como el lanzado.

Convencido de que debía encontrar un lugar donde esconderse y sobrevivir, miró a su alrededor. Marco había desaparecido. Pero no tenía tiempo para él.

Divisó una pequeña salida al final del largo almacén. Con toda seguridad, era la misma que el propio Marco debería haber atravesado para escapar. Antes de moverse miró a los hombres; algunos ya dejaban de retorcerse.

Se puso de pie y echó a correr hasta la salida. Pero antes de poder dar otro paso más, comenzó a tener dificultades para respirar. Se detuvo en seco en su lugar, notó que en su mano libre brotaban extraños sarpullidos. Sin embargo, el pedazo de tela continuaba cubriéndole la nariz. Fue entonces que comprendió la verdad: el gas nervioso había sido absorbido por su piel y ahora lo estaba matando por dentro.

Se giró apenas y cayó al suelo, comenzando a temblar por los espasmos musculares. Pronto las convulsiones llegaron.

No obstante, alcanzó a ver lo que sucedía cerca del camión. Atravesando la oscuridad del acoplado, surgieron hombres llevando máscaras de gas y trajes especiales de protección. Primero se bajaron cuatro de ellos, y luego otros más hasta completar la casi veintena que cargaba el camión.

Se hicieron por lugar entre medio de los cuerpos tirados sobre el suelo; dos de ellos todavía seguían vivos, convulsionando por los efectos mortales del gas.

— No desperdicien balas —dijo uno de los hombres del camión.

Entre los recién llegados había uno que destacaba más que el resto. La palidez de su piel y el amarillo platinado de su corto cabello resaltaban a través de la máscara de gas. Ésta tan sólo le cubría una parte del rostro, pero los ojos casi rojos la perforaban como filosas dagas.

La imagen del «Albino» fue lo último que Clapham vio.

17

Detrás de la puerta se oían pasos pesados y un murmullo grave de al menos dos voces. Gabrielle no recordaba que su hermano viviera en un edificio de apartamentos como ése, tan pobremente mantenido y apenas iluminado; el corredor donde se encontraban las puertas de al menos cinco apartamentos más tenía como única fuente de luz un pequeño farol cenital recubierto de vidrio grueso.

¿Maurice se había mudado? Existía la posibilidad, después de todo Gabrielle no lo visitaba en años ni tampoco conocía otros aspectos de su vida tales como el trabajo o si acaso tenía familia. Lo único que sí sabía con certeza era que Maurice pedía prestado dinero no sólo de su padre, sino de cualquier persona más o menos cercana a él. Pero Gabrielle no caería tan fácilmente en su red de lástima. Sabía mejor.

El apartamento era el número diecisiete. En su interior se oyeron voces más elevadas seguidas de un fuerte portazo. Gabrielle ya había golpeado dos veces, anunciándose. Aguardaba con molestia y quizás con algo de rechazo de estar en un lugar como ese, que la deprimía de sobremanera. No quería estar ni un minuto más.

Los pasos se intensificaron y pronto se acercaron a la puerta. Del otro lado destrabaron la cerradura y luego presionaron el picaporte. Al abrirse, Gabrielle se encontró con un rostro demasiado familiar. Las eternas ojeras de Maurice, los puntos negros de su piel sobre la nariz y su pelo largo pegoteado de una mala higiene—o nula quizás— eran los rasgos indiscutiblemente reconocibles de su hermano.

Maurice la miró detenidamente y en sus ojos Gabrielle no sólo pudo reafirmar la característica seriedad de su hermano, sino que también vio en ellos pura desesperación. Sea lo que sea que estuviera sucediendo con él, no podía ser nada bueno.

— Gracias por venir, Gabby—le dijo Maurice y se hizo a un lado de la puerta, invitándola a entrar—. Por favor, pasa.

Gabrielle dudó pero al instante dio el primer paso. «Si esto se torna problemático, tengo mi arma» pensó ella casi de manera inconsciente para luego arrepentirse. Otra voz enseguida le aclaró la verdad: «Él es tu hermano. No un maldito psicópata». Aunque, después de tanto tiempo sin verlo, temía que

podiera haberse convertido en cualquier cosa.

El apartamento era austero por dentro, amueblado sencillamente con las cosas más necesarias para una vivencia básica. Mesa de cocina con sólo dos sillas que no tenía división con la sala de estar, la cual se componía de un sillón de color verde gastado, una mesa ratona y un televisor demasiado viejo, los primeros de tecnología plasma en salir al mercado unos veinte años atrás.

— Acabo de hacer café—dijo Maurice mientras terminaba de cerrar la puerta principal—. ¿Quieres un poco?

El tono de voz de Maurice carecía de hospitalidad; por su frágil timbre, Gabrielle pudo intuir que algo le preocupaba en demasía a su hermano y que esta amabilidad forzada era un pobre intento de recuperar cierta normalidad en su vida.

— He mejorado bastante—continuó Maurice mientras dejaba las llaves de la puerta en un plato hondo y decorativo al lado del correo—. Creo que su sabor es bueno.

Gabrielle no ocultó su impaciencia.

— No tengo mucho tiempo—le dijo en tono grave—. ¿Puedo saber para qué me has hecho venir hasta aquí?

Su hermano calló y en ese instante se oyó una especie de llanto apagado proveniente de la única habitación del apartamento. Por instinto, Gabrielle volvió la vista hacia allí. Su hermano también lo había oído y no hizo intento alguno de disimularlo.

— ¿Hay algo que deba saber?—le dijo Gabrielle en tono acusador y desafiándolo con la mirada—. ¿A quién tienes aquí?

Maurice trató de mostrarse amable.

— Puedes sentarte y te contaré todo...

— ¡No! —exclamó Gabrielle—. Dime.

Sin inmutarse por la intolerancia de su hermana, Maurice asintió y clavó la mirada hacia abajo.

— De acuerdo —dijo y levantó de nuevo la cabeza para ver a Gabrielle—. ¿Has visto las noticias últimamente? ¿Sabes lo que está sucediendo?

Gabrielle no respondió pero dio a entender que sí y que esperaba que fuese al grano. En un movimiento rápido, Maurice sacó un control remoto de los pantalones deportivos rasgados que llevaba puesto. Encendió el televisor detrás de Gabrielle. El volumen estalló y una voz emanó del aparato que Gabrielle reconoció enseguida. Se dio vuelta y en la pantalla reconoció a Mark Anderson, su compañero, mientras se dirigía en una conferencia de prensa del Gobierno. Sorprendiéndose, por un instante dejó de prestarle atención a su hermano y oyó las palabras pronunciadas por el ahora Jefe de la Policía Superior. En ellas, el

Jefe anunciaba las prohibiciones dirigidas a los ciudadanos considerados inferiores y parte de la denominada «amenaza genética».

«Se reglamenta la esterilización sistemática de drogadictos y criminales, sin excepción...» decía Anderson. Y luego, más adelante: «Las personas de genes inferiores no podrán casarse ni tener hijos, bajo pena de cárcel y muerte. Si lo hicieran, según el caso estarían sujetos a pena de muerte y aborto obligatorio».

Gabrielle se volvió hacia su hermano, confundida.

— No entiendo —dijo—. ¿Qué tiene que ver esto contigo?

A pesar de su pregunta, lo que Gabrielle realmente no lograba comprender era lo que acababa de oír proveniente de la boca del propio Anderson. ¿Éstas eran las «nuevas leyes»? ¿Eran esas las que garantizarían la mejoría del Estado de Rosthalion, las que protegerían a cada uno de los ciudadanos? Por dentro, empezó a atar cabos y a asociar ideas. Pronto lo visto más temprano con los camiones llenos de civiles cobró sentido, o al menos encontró su origen en el discurso televisivo. El gobierno estaba llevando a cabo un programa de «limpieza racial». Ahora lo veía tan claro como el agua. Buscaban deshacerse de personas cuya genética no fuese la deseada para el Estado. Esta medida incluía, como bien Anderson lo había manifestado, a criminales, adictos, pervertidos, violadores y asesinos. Pero ¿por qué entonces Maurice le mostraba esto y se veía tan preocupado?

Fue en ese preciso momento que Maurice pareció leerle la mente y extendió un brazo. Levantó la manga de su sudadera y reveló su antebrazo derecho. En él, Gabrielle pudo notar varios puntos negros ubicados la mayoría alrededor del pliegue de su codo y otros más cerca de la muñeca.

— ¿Te has olvidado ya?—exclamó Maurice mirándola casi con los ojos llorosos. Gabrielle comprendió al instante, pero no se vio capaz de decir ni una palabra.

— Cumpló con el perfil, Gabby—agregó Maurice y cubrió nuevamente su brazo, ocultando por el momento la innegable evidencia de su adicción. Ahora que lo veía, Gabrielle podía jurar que Maurice temblaba. Pero no lo hacía porque le faltara su dosis como cualquier otro drogadicto que pasaba demasiado tiempo sin su tan necesitado y ansiado pinchazo. Esta vez, Maurice temblaba de miedo, verdadero miedo.

— No... —dijo Gabrielle tratando de comprender todavía—. Esta reglamentación se aplica a los criminales, a los violadores y asesinos... A aquellos que son una amenaza para la sociedad.

Maurice negó resentidamente con la cabeza.

— He visto los camiones —dijo—. Se han llevado gente de este edificio también.

Lo han estado haciendo por semanas, mucho antes que eso pasara. Maurice

señaló el televisor y el discurso.

Gabrielle lo miró desconcertada. Pronto una idea se le empezó a formar en la cabeza, y trató de alejarla por el momento.

— Tienen información sobre todos, Gabby—continuó Maurice—. Adictos o no. Criminales o ciudadanos comunes, trabajadores. A cualquiera que ellos consideren inferiores. Por eso te he estado llamando estos días. Es una cuestión de tiempo antes de que vengan por nosotros.

Gabrielle sintió un nudo en la garganta al oír la palabra «nosotros». ¿Acaso su hermano se refería a ellos dos? Necesitaba saberlo con seguridad.

— ¿«Nosotros»?

Maurice bajó la mirada y se tomó un instante. Luego se volvió hacia la puerta de la habitación contigua. Miró a su hermana y se acercó hasta la puerta, abriéndola de par en par. Desde el interior apareció una mujer casi de la misma edad que Gabrielle, de cabello rojizo, ojos verdes y algunas pecas en las mejillas.

Gabrielle la miró sorprendida. Debajo del camisón nocturno de color gris sobresalía su panza redonda. Debía llevar al menos siete meses embarazada.

Todavía sin creerlo, Gabrielle vio cómo Maurice se acercaba a ella y la tomaba de la mano, ambos quedando de frente a Gabrielle y mirándola como un par de adolescentes demostrando un amor prohibido.

— Ella es Isabel —dijo Maurice—. Se suponía que íbamos a casarnos pero... supongo que ahora eso no será posible.

Gabrielle negó con la cabeza, incrédula ante la situación que acababa de aterrizar en su regazo.

— ¿Por qué me muestras todo esto?—dijo ella casi furiosa.

— No sé a quién más pedirle ayuda. Supuse que al trabajar para la policía y para el gobierno, tú estarías exenta de todo esto. Y quizás... podrías conseguir que hicieran una excepción por mí. Por nosotros.

— ¿Exenta?

— Somos hermanos después de todo, Gabby. Compartimos la misma genética y para nosotros, según la ley, no queda otra cosa más que la esterilización. La única diferencia es que tú estás en una posición que te permite hacer que las reglas no se apliquen a ti.

Gabrielle se dio vuelta, dándole la espalda.

— Mira—dijo Maurice—, sé que es mucho pedir. Y... entiendo que no quieras arruinar tu carrera y arriesgar un delito por ayudarme a mí... Sé que no merezco tu ayuda incondicional después de todo este tiempo ni tampoco pretendo olvidar lo que he hecho y lo que no he hecho... Puedo vivir con lo que sea que me hagan a mí. Ambos podemos. Pero... has oído lo que dijeron en televisión, Gabby.

A pesar de no mirarlo directamente a los ojos, Gabrielle escuchaba con atención

a su hermano. De pronto fue ella quien pareció contagiarse de la intranquilidad y temor de Maurice. ¿Qué pasaba si ella también sufría lo mismo? ¿Qué pasaba si... si cualquiera relacionado con ella o Maurice sufrieran el mismo destino? No podía concebir lo que estaba sucediendo. Y ahora que Maurice planteaba de manera tan explícita lo que se había generado en un rincón oculto de su mente, comenzaba a temer por todo.

— Sabes lo que le pasa a las personas de genes inferiores que tienen un embarazo ilegal —prosiguió Maurice—. Lo que hacen con la... descendencia no deseada. Al terminar de decirlo, miró el vientre sobresaliente de Isabel.

— No podemos dejar que lo hagan —agregó Maurice.

— ¿Qué esperas que haga?—dijo Gabrielle sin voltear y anticipando la respuesta. Si conocía de verdad a su hermano, ese momento fue prueba irrefutable de ello—. ¿Tenerte lástima? ¿Pretender que está todo bien y perdonado? Gabrielle se dio vuelta. Notó en Maurice una expresión de total vergüenza.

— ¿Crees que puedes echarme esto encima y que vendré a ayudarte sin pensarlo dos veces?—continuó Gabrielle—. Quizás en otra vida, Maurice. En una en la que en verdad hubieras estado presente. Una vida en la que en verdad te hubiera importado un carajo.

Gabrielle encaró hacia la puerta principal, dispuesta a marcharse. Maurice intentó detenerla con un último ruego de ayuda.

— Gabby, por favor... —dijo y su aspecto de adicto arrastrado se hizo aún más notorio—. No te vayas.

Gabrielle se dio vuelta hacia él, todavía hecha una furia.

— ¿Crees que me he olvidado las numerosas veces en las que metiste la pata y yo tuve que limpiar después de ti? Este es tu desastre y tú lo limpias. Como cuando yo limpié la mierda de papá cada vez que él se olvidaba que estaba en el baño. O cuando le cambié los pantalones porque se había orinado encima. ¿Acaso tú estuviste en ese momento para limpiar?

Maurice, por supuesto, no tenía respuesta alguna.

— Entonces, por una vez sé hombre y limpia tu propia mierda.

— No te creas la única víctima aquí —dijo Maurice de repente, enojado también—. Yo también he sufrido con papá.

Gabrielle se tomó un instante y luego, sacando todo el resentimiento puro desde lo más

profundo de su ser, habló calma y mortalmente fría.

— ¿Sabes qué? Espero que ese bebé nunca nazca. Porque el mundo no necesita otro fracasado como tú.

Como atravesado por un gélido cuchillo, Maurice se quedó sin palabras.

Gabrielle destrabó la puerta y de un portazo se marchó.

18

El gas todavía no se había disipado del todo en el almacén, ni tampoco Vopreko y sus hombres tenía intenciones de quitarse las máscaras. Simplemente se aseguraban de que nadie quedara todavía vivo.

Junto al «Albino» se encontraban los gemelos Argeth y Liam, quienes finalmente estaban calmando su ansiedad de haber esperado, como depredador que acecha a su presa, a que fuera tiempo de ingresar al almacén.

— La policía estará aquí pronto —dijo Liam.

— Y nunca sabrán qué les golpeó —replicó su hermano Argeth.

Vopreko los ignoró por un instante y reparó en los cuerpos caídos. Aunque sabía que ellos pertenecían a otra familia, no dejaba de sentir cierto apego hacia ellos; después de todo, ¿no podía considerarlos sus hijos también?

Lamentó tener que verlos así, pero no había otra forma de detenerlos. No se podía deshacer nada de lo ya hecho. Pronto Maruni y todos los otros pagarían de verdad. El «Albino» avanzaba primero que todos, sumido en un profundo silencio. No tenía necesidad de repetirles a sus hombres lo que debían hacer. El objetivo era simple: encontrarlo. Y hacerlo cuanto antes, para evitar no sólo una confrontación con la policía —que seguramente sería en vano para éstos— sino también para que los refuerzos que seguramente Baruzzo enviara hacia allí no le estorbasen.

Los gemelos iban detrás de él, también en silencio mientras inspeccionaban su alrededor, sin encontrar nada en particular.

Vopreko llegó hasta la mitad del almacén y vio que no había nada cercano más que algunas oficinas poco especiales. No era un lugar donde lo guardarían, de eso estaba seguro.

Se acercó hasta donde solía estar la escalera, aunque todavía no lo sabía. Observó el suelo; tenía un aspecto extraño, como si no perteneciera allí. Se detuvo un instante y pensó. Con un pie corrió el polvo y la tierra que lo cubría. Debajo de esa manta de suciedad había un piso hecho de cemento. Empezando a comprender, dio unos pasos alejándose de allí hasta ubicarse nuevamente en el centro del almacén. Al llegar allí se detuvo, aún con su mirada fija clavada en el suelo. Pasados unos minutos, levantó la cabeza y se volvió hacia sus hombres.

— Aquí —dijo.

Los gemelos asintieron y del resto de los hombres apareció uno cargando con lo que de vista se asemejaba a un martillo neumático. Pero en vez de tener la parte inferior más estrecha y filosa, el armazón se extendía hasta el final.

El hombre ubicó la extraña herramienta sobre el punto exacto que le había indicado el «Albino» y, haciendo uso de los dos mangos superiores, lo sostuvo.

Entonces encendió la máquina, presionó fuerte hasta abajo y algo pareció recargarse en el interior de la carcasa. Lo que sea que fuere, salió expedido por la parte inferior y perforó el concreto debajo.

— Carga desplegada—dijo el hombre.

— Despejen —ordenó Vopreko.

Todos obedecieron. El operario encargado del martillo neumático fue el último en alejarse. Al hacerlo, reveló el estrecho hueco taladrado en el concreto. La «carga» lo había agujereado en profundidad.

— Preparen el gas —dijo Vopreko.

— ¿No lo matará?—dijo Liam mirando directamente al «Albino», pero éste no le respondió.

Su puro silencio de confianza debía ser prueba suficiente.

Todos los hombres se alejaron lo suficiente de la carga y, de su bolsillo, Vopreko sacó un pequeño detonador. Sin dudarle un instante —ni tampoco asegurándose que nadie estuviera peligrosamente cerca— presionó el detonador.

La explosión fue corta pero poderosa y pronto el agujero en el piso se agrandó de sobremanera y reveló lo que había debajo.

No obstante, ninguno desperdició un minuto en contemplar la brillante luz del lugar que se encontraba abajo. Enseguida arrojaron el frasco de gas nervioso dentro. El contenedor estalló unos segundos después y se oyeron unos gritos ahogados. Pronto el humo empezó a esparcirse con celeridad.

Tanto Vopreko como sus hombres esperaron al menos dos minutos y luego bajaron atravesando el agujero de medio metro. El primero en ingresar fue el «Albino», quien no se mostró sorprendido en encontrarse dentro de un laboratorio. Casi hasta parecía haber anticipado su existencia.

Sus hombres le siguieron después y enseguida comenzaron a recorrer el establecimiento subterráneo. Para Vopreko, tenía sentido que hubieran conservado el ataúd en un lugar con estas condiciones; después de todo sospechaban qué había dentro, pero no tenían la más remota idea cuán peligroso era en verdad. Qué habrían hecho entonces, el «Albino» sólo podía divertirse imaginándolo.

A medida que avanzaban, con la mayor indiferencia posible, observaron cómo el gas nervioso mataba a los médicos y científicos que lo habían inhalado. Atrapados como ratas en una caja, se retorcían incapaces de huir a ningún lado.

Más adentro de la clínica, donde el gas aún no había llegado con la suficiente mortalidad, aquellas personas aún vivas y de pie eran asesinadas a sangre fría por los hombres del «Albino». Si bien Vopreko no dudaba un instante en quitar una vida con sus propias manos, no tenía deseos en ese momento de preocuparse por ello; en todo caso, lo dejaría a cargo de sus hombres y él sólo se encargaría

de encontrar lo que había venido a buscar.

Abriéndose paso entre disparos y el gas nervioso, llegaron hasta la bóveda. Al notar su cierre magnético, el «Albino» agitó un brazo y fue Argeth quien obedeció. Éste se acercó hasta el marco de la bóveda y colocó dos paquetes de explosivos plásticos. Enseguida todos retrocedieron y Argeth hizo volar la puerta.

Ni bien estuvo abierta, se encontraron con dos médicos, un hombre y una mujer, totalmente aterrados. Era claro que habían tomado refugio allí.

— A ella no —exclamó Vopreko.

Ambos médicos se miraron entre sí. Ni bien terminó de hablar, Liam levantó su arma y mató de un tiro en la cabeza al médico. La mujer gritó de terror y se desplomó sobre el suelo. Vopreko la ignoró y avanzó, dejándola en manos de sus hombres. El «Albino» fijó su mirada al fondo de la bóveda, donde se ubicaba como una estatua el féretro de acero. La luz roja del cronómetro resplandecía intermitente en la distancia, y se acompañaba de un ligero sonido de alarma.

Incapaz de ver el estado de la cuenta regresiva desde donde se encontraba, Vopreko se acercó lentamente hasta quedarse frente a frente al féretro. En rojo y todavía titilando, los números marcaban:

«00h 00m 40s... 00h 00m 39s... 00h 00m 38s».

La ansiedad era cortante en el aire. Vopreko, fríamente calmado, se volvió hacia sus hombres y en especial a la médica prisionera, quien guardaba silencio pero no lograba contener su terror ni su llanto ahogado.

— Manténganle sus ojos abiertos —ordenó Vopreko a sus hombres—. Ella será la primera testigo afortunada.

Las palabras del «Albino» generaron aún mayor horror a la médica. Caía en la cuenta de que estaba en manos de verdaderos sádicos, cuyo perversidad era tan repulsiva como desconocida. ¿Exactamente por qué tenía que mantener los ojos abiertos? Sea lo que sea, no tenía deseo alguno de ver.

Argeth la sujetó fuerte e intercambió una sonrisa con su hermano Liam. Vopreko se volvió hacia el féretro.

«00h 00m 19s... 00h 00m 18s... 00h 00m 17s».

La médica contuvo la respiración. Sintió un apretón más fuerte y tuvo la sensación de que todo se aceleraba. Y quizás era así.

Vopreko agudizó la mirada sobre el cronómetro y de un momento a otro, el tenue sonido de alarma se apagó.

«00h 00m 00s».

Todos enfocaron la mirada en el féretro de acero. Apenas la cuenta regresiva marcó el cero, nada pasó. Pero enseguida se oyó un sonido de descompresión, como si se abriera la puerta de una pesada cámara de aire. Y en efecto, se trataba

de algo parecido. De los costados del féretro y a través de sus aberturas, comenzó a emanar un air helado visible en el medio de la oscura bóveda. Pronto la tapa superior se movió apenas unos centímetros, destrabándose por completo. El cronómetro se apagó.

Vopreko, sin inmutarse en lo más mínimo, dio un paso hacia adelante una vez que el féretro dejó de activarse. El «Albino» extendió una mano y abrió de par en par la tapa del féretro, todavía montada sobre la pared.

El interior del ataúd era más hondo de lo que aparentaba a simple vista y ahora, totalmente descubierto, se encontraba envuelto en más aire frío.

La médica abrió los ojos como platos. El féretro ése parecía una cámara de aire o un refrigerador de carne gigante.

Cuando la gélida bruma se disipó, todo se volvió más claro. La médica no pudo creer lo que veía. El interior hueco del féretro era oscuro, pero sus ojos no la engañaban. Allí dentro se encontraba, en perfecto estado, un hombre desnudo.

Vopreko dio un paso hacia atrás e hizo lugar. El hombre desnudo del féretro abrió los ojos en un rápido parpadeo y los clavó sobre el «Albino». Segundos después y sin la mayor dificultad, dio un paso hacia afuera y salió del lugar que había sido su lecho por días o quizás más.

A pesar de la distancia, la médica pudo ver casi con lujo de detalles la figura del hombre que acababa de emerger. Su contextura física era llamativa. Poseía una musculatura simétrica y tonificada. Nada como esos fisiculturistas crecidos fuera de proporción natural alguna; este individuo tenía la figura esbelta de una antigua escultura romana. Un Hércules de carne y hueso.

El primer paso del hombre desnudo fue pesado y seco. Al erguirse, ganó aún mayor altura, alcanzando los dos metros con facilidad, aunque para la médica le resulto más incluso. En comparación, la modesta altura de Vopreko palidecía. Sin embargo, el «Albino» rebozaba de confianza y orgullo: su mayor logro finalmente estaba terminado. Después de intercambiar miradas con el hombre desnudo sin la necesidad de decir una sola palabra, Vopreko se volvió nuevamente a sus hombres. Clavó los ojos en la desconcertada y todavía incrédula médica.

— Felicitaciones, doctora—dijo el «Albino»—. Es un honor para usted presenciar este momento.

La doctora lo miró perplejo. Y enseguida Vopreko agregó:

— Ahora, arrodílese.

19

Fabrizio miraba constantemente el vidrio retrovisor. Conducía de manera casi frenética, esquivando los demás autos con demasiada brusquedad. A pesar de que el día ya había despuntado, no había mucho tráfico en las calles ni

movimiento como cualquier otro día laboral que él hubiera visto. ¿Dónde estaban todos?

Sin embargo, no tenía tiempo para ponerse a pensar en ello. Sosteniendo el volante con una sola mano, se volvió hacia su padre y lo sacudió en su lugar. Por alguna razón que él todavía no comprendía del todo, Alexander Maruni se encontraba somnoliento recostado contra la ventanilla.

— Papá... papá, despiértate —le dijo Fabrizio—. Vamos. ¿Me escuchas? El joven comenzaba a temer lo peor. El golpe que el extraño hombre tatuado le había proferido a su padre no podía haber sido tan fuerte. Sí, se había golpeado con la pared, pero nada que a simple vista pareciera muy grave.

— Papá, ¿estás bien?—insistió Fabrizio una vez más antes de tener que regresar toda su atención en no matarse con el auto.

Fabrizio pisó el acelerador y se aferró al volante como si fuera un salvavidas. Volvió a mirar en el espejo retrovisor y sólo vio autos particulares, ninguno destacándose entre otro. Una leve llovizna comenzaba a caer e inundaba el paisaje con una espesa bruma de humedad.

— Estamos bien, papá—dijo Fabrizio, más para él que para su propio padre—.

Estamos bien.

Unos minutos más y pronto llegarían a destino, donde podría encargarse de su padre como era debido. Primero debían alejarse del peligro.

En tan sólo escasos segundos la lluvia cobró más fuerza y obligó a Fabrizio a activar los limpiaparabrisas. Atravesaron una zona de comercios y se adentraron en lo que antes solía ser la parte de la ciudad dedicada casi exclusivamente al sector turista. Dada la presencia de las mayores estaciones de trenes de Rosthalion así como también de su principal terminal de ómnibus, una gran cantidad de hoteles, albergues y B&B se establecieron para cumplir con la demanda de alojamiento para quienes visitaban la ciudad en calidad de turistas o como parte de viajes de negocios. Más que un atractivo vacacional, la ciudad de Rosthalion convergía empresas en su mayoría privadas para generar inversiones y mercado.

Pero eso había sido mucho tiempo atrás. Ahora las cosas eran distintas y Fabrizio conocía bien el por qué. La independencia y la consolidación del nuevo Estado no había sido la única causa.

El anterior Intendente Grittver había dejado en claro la intención del gobierno de la ciudad de limitar las visitas de personas no nacidas en Rosthalion cuyos intereses no fueran para el beneficio municipal. Esto de por sí alejó a un alto porcentaje de inversores extranjeros y disminuyó el interés turístico de muchas personas provenientes de distintos puntos del País. Y ahora, esas medidas se habían hecho aún más fuertes y severas. El Presidente Grittver, entre tantas otras

cosas, aseguró que no se le daría cabida a extranjeros bajo ninguna circunstancia y que las excepciones serían mínimas siempre y cuando el interés del Estado de Rosthalion fuese antepuesto. De esta manera, cerraban las fronteras para cualquiera no nacido en la ciudad, dejando así una otrora zona comercial y de movimiento turístico sumida en un declive inevitable. La gran mayoría de los hoteles y hospedajes se encontraban cerrados, otros había disminuido su actividad gravemente y los únicos que lograban mantenerse relativamente bien eran aquellos que no ofrecían grandes lujos. Eso era exactamente lo que Fabrizio buscaba ahora mismo.

Él y su padre debían huir ahora, estando por su cuenta propia y traicionados por sus propios socios. La única oportunidad que tenían de hacerlo era alejarse de todo lo conocido. Nadie jamás se imaginaría que Alexander Maruni y su familia se refugiarían en la húmeda habitación de un hotel barato en el medio de un barrio decaído. Sólo de esta forma tenían chance alguna de salvarse. Moverse por territorio familiar no era seguro en este momento.

Se detuvieron en la entrada de un austero albergue destinado principalmente para jóvenes viajantes del mundo. No obstante, funcionaría igual. Fabrizio ayudó a bajar del auto a su padre y, acompañándolo, ingresaron al albergue.

Una vez dentro, Fabrizio explicó el tipo de habitación que buscaba y el recepcionista enseguida le dio una llave, sin hacer comentario alguno sobre el aspecto del viejo Maruni ni de dónde provenían ambos. Tal así había sido el daño de las políticas extremas; los dueños de los hoteles ya no les importaba hacer un buen negocio ni mostrar amabilidad para motivar su clientela. La crisis hotelera y turística había alcanzado esa instancia de total indiferencia.

Cargando a su padre, Fabrizio ingresó a la habitación de hotel y enseguida lo dejó descansar sobre la cama. Regresó a cerrar y trabar la puerta principal y luego respiró hondo, algo aliviado.

— Descansa, papá—le dijo—. Yo me encargo de esto.

Fabrizio se acercó hasta la ventana y miró a través de la persiana veneciana. Por el momento, todo aparentaba estar normal. Sin saberlo, su padre caía dormido en la cama. Un sueño del cual le costaría despertar.

20

«No es tu problema» se decía Gabrielle a sí misma.

Se alejaba con velocidad de la casa de Maurice, intentando dejar atrás todo lo sucedido y no continuar pensando en ello.

«Él siempre ha sido así. Debe arreglárselas solo» se escuchaba decirse. Tampoco se arrepentía de nada de lo que había dicho. En todo caso, se sentía aliviada de habérselo sacado de encima.

Sin embargo, otra cosa le preocupaba ahora a raíz del encuentro. No había forma

de que pudiera negar que Maurice era su hermano y que estaban relacionados de sangre; eso lamentablemente no tenía arreglo por más que Gabrielle sintiera que no tenía nada en común con él, ya sea un parecido físico o de personalidad. Entonces, si las preocupaciones y temores de Maurice eran genuinos y justificados, ¿no debería ella misma compartirlos? Poniendo de lado todo su resentimiento hacia él y su enfado, lo que su hermano le había dicho no estaba alejado de la verdad. Y si él lo sabía con tanta seguridad, entonces debía ser cierto. ¿Qué significaba esto para ella? Y lo que era peor aún, ¿qué significaba para su padre?

El repentino sonido de su teléfono móvil hizo que se sobresaltara en su asiento, como si alguien la hubiera golpeado de repente. No recordaba estar tan hipersensible desde su primer año como oficial de policía, cuando recién se acostumbraba a la idea del mundo en el que se adentraba y en el cual debía adaptarse para sobrevivir. Por qué su sentido de alerta y sus reflejos se habían agudizado sólo podía atribuirse a las circunstancias de ahora.

Buscó el teléfono, activó el altavoz y respondió:

— Blake—dijo aunque no sabía si su placa seguía siendo vigente o no. — ¿Oficial Blake?—dijo una voz femenina del otro lado.

— Sí, ¿quién habla?

— Lo siento, no tengo a nadie más a quién llamar.

Gabrielle oyó con atención, aún sin entender nada.

— La llamo desde el Hospital General de Rosthalion —continuó la voz—. Mi nombre es Carol Reedus. Soy doctora aquí.

— ¿De qué se trata esto? ¿Por qué me llama?

— Llamé a la estación de policía pero me transfirieron a usted. En la estación me dijeron que su personal ya no se encarga de denuncias como la mía y que el único nombre que apareció disponible fue el suyo.

— No sé si le entiendo —dijo honestamente Gabrielle—. ¿Dice que nadie en la estación tomó su denuncia?

— Es correcto. Por lo que parece, el Departamento se encuentra abocado al «Proceso de Reubicación». O al menos, así me han informado.

«Es decir, mi nombre ha quedado en el medio de todo» pensó Gabrielle aunque todavía le faltaban respuestas claras. ¿Exactamente en qué posición se encontraba ella? ¿Continuaba siendo policía o su nombre se había traspapelado de alguna forma?

— ¿Puede usted ayudarme?—continuó la doctora Reedus.

Gabrielle pensó un instante qué hacer. Oficialmente no pertenecía a la nueva Policía Superior, pero en un aspecto técnico todavía podía hacer uso de su placa en un marco legal hasta que finalmente su destitución —o cualquiera que fuese

su futuro inmediato— entrara en efecto.

— Adelante—lanzó Gabrielle sin remediar mucho.

— De acuerdo—dijo la doctora, tragó saliva y retomó—: Uno de mis pacientes ha pedido hablar con la policía de inmediato. Dice que tiene información importante relacionada con un incidente ocurrido en la ruta 15 de camino al pueblo de Tinetele. Y afirma que concierne a las principales familias de crimen organizado de la ciudad.

Gabrielle se quedó callada un instante, reflexionando.

— No le he entendido muy bien, pero eso es lo ha dicho —continuó la doctora Reedus—. Consideré necesario informarlo cuanto antes.

Gabrielle aguardó un instante y luego habló, albergando por dentro cierta ansiedad.

— ¿Cuál es el nombre del paciente?

Del otro lado la doctora murmuró mientras parecía releer algo. Enseguida dijo, con voz clara y fuerte:

— Gletzer. Jonathan Gletzer.

21

Gabrielle caminaba a la par de la doctora Reedus. Tan sólo minutos antes había arribado al Hospital General, se había identificado en recepción y mostrado su placa, la cual para su fortuna seguía tan vigente como cualquier otro día.

Mientras transitaban el largo pasillo de relucientes tonos pasteles de la sala de Terapia Intensiva, la doctora Reedus le entregó el archivo clínico que tenían hasta el momento del paciente. En él Gabrielle leyó la edad del paciente—no mucho más joven que ella—, sus datos de contacto y las pertenencias en el momento de internación.

— Llegó luego de que alguien llamara al 911 debido a una fuerte explosión —dijo la doctora—. Aparentemente hubo un escape de gas de algún tipo que generó el estallido. Según vecinos, el paciente no había estado en su casa al menos por varios días y eso pudo haber devenido en el incidente.

— ¿Confirmaron que ésa fue la causa de la explosión?

— No lo sé, honestamente. Eso es trabajo de los bomberos y la policía. Lo que sí sé es que el paciente llegó a mi sala en un estado inconsciente y con quemaduras del treinta por ciento en su cuerpo. Fue un milagro que el fuego no lo matara.

— ¿Y ahora se ha despertado?

— Apenas. Todavía se encuentra en grave estado y estamos evaluando la posibilidad de coma inducido.

— ¿Qué fue lo primero que dijo?

— Preguntó cómo había llegado aquí. Luego pidió hablar con alguien de la

policía enseguida.

— ¿Y allí fue cuando le mencionó el incidente en la ruta 15?

— Sólo por fragmentos. Palabras sueltas.

— ¿Confesó haber participado de la matanza?

— No exactamente.

Ambas se frenaron a apenas unos metros de la habitación donde Jonathan se encontraba internado. La doctora Reedus debía tener más de cincuenta años, pero guardaba todavía un atractivo físico casi impecable. Por dentro, Gabrielle sintió un poco de celos. «Doctora profesional con carrera. Bella y atractiva. Seguro sus genes sí son conservados por el Estado». Sin embargo, no dijo una palabra a pesar de que le envidaba el hecho de que nadie en su familia se encontraría en los camiones militares en este momento.

— ¿No se supone que pongan a alguien para vigilarlo?—dijo la doctora de repente, reparando en que Gabrielle había arribado sola—. Me refiero, ¿no es así cómo se trata a los testigos?

— Bueno... no irá a ningún lado ¿verdad? —dijo Gabrielle y la doctora negó con la cabeza—. Además, todavía no sabemos bien qué es lo que sabe.

— Es verdad —replicó la doctora.

— Deje que hable con él.

La doctora Reedus asintió, recibió el archivo clínico de parte de Gabrielle y la hizo entrar. Una vez dentro, Gabrielle le pidió que la dejara a solas con el paciente.

— La llamaré si la necesito —dijo Gabrielle sin la menor amabilidad. Pronto, estuvo frente a frente con un Jonathan Gletzer malherido, rodeado de monitores cardíacos, sueros intravenosos y respirador. Debajo de las numerosas mantas que lo cubrían y de su camión sanitario, se encontraba un cuerpo arrugado de tinte marrón rojizo. Parte de su cabeza había sido alcanzada por el fuego y le había quemado de raíz una buena cantidad de cabello. La frente, las mejillas y el mentón también brotaban por las heridas.

Al acercarse, Gabrielle notó que Jonathan débilmente abría los ojos y los clavaba en

ella. Ni siquiera podía moverse de tanto dolor amortiguado con drogas potentes.

— ¿Puedes hablar?—le dijo Gabrielle mostrándole su placa.

Jonathan miró la placa y luego asintió lentamente.

— Quiero... un trato —dijo con dificultad.

Gabrielle arqueó las cejas con desdén y fastidio.

— ¿Un trato?—dijo ella—. ¿Por qué? Nadie pide un trato al menos que estén sucios de alguna manera.

Jonathan guardó silencio. Fue Gabrielle quien continuó.

— Primero tengo que saber qué es lo que tú sabes —dijo ella— y si tiene algo de valor.

Entre su dolor, Jonathan hacía fuerzas por mantenerse firme. Estaba determinado a

conseguir un trato o no diría una palabra.

— Intentaron matarme... —continuó Jonathan.

— ¿Quién? ¿Quién intentó matarte?

Gabrielle notó que Jonathan guardaba silencio deliberadamente, a pesar de su estado. — Para que esto funcione, tienes que darme algo. No puedo ayudarte si no lo haces. Dijiste que tenía que ver con el incidente en la ruta 15. ¿Cómo sabes sobre eso? ¿Estuviste allí?

— Si hablo... tengo que estar a salvo de todo esto.

Gabrielle ya sabía lo que iba a decir.

— Escúchame—le dijo—. Las cosas han cambiado. Yo no puedo garantizarte un trato para protegerte. Pero si hablas conmigo y me dices de qué se trata todo esto, quizás pueda detener a esas personas antes de que lleguen a ti.

Jonathan desvió la mirada, desestimando casi por completo la oferta de Gabrielle. La

oficial notó enseguida su actitud.

— Como quieras, entonces —le dijo molesta—. Disfruta tus últimos días aquí.

Gabrielle dio media vuelta dispuesta a marcharse. Bastante ya tenía que lidiar con su

propia vida para perder el tiempo con un idiota.

Pero un paso antes de salir hacia afuera, Jonathan habló, con la mirada todavía fija en un

punto opuesto de su habitación.

— Hay algo allí afuera—exclamó.

Confundida, Gabrielle se volvió y lo estudió de arriba hacia abajo.

— Personas... personas extrañas haciendo cosas inimaginables —prosiguió él—. Cosas que nadie creería al menos que lo vieran con sus propios ojos.

Jonathan regresó la mirada a Gabrielle.

— Y hay una caja... Un ataúd —dijo él—. La cuenta regresiva ya debe haber llegado a cero.

— ¿De qué estás hablando?

La fragmentada mente de Jonathan le hacía más difícil poner en orden sus propios

pensamientos. Sin embargo, hizo su mejor esfuerzo en recordar tanto como podía y

expresarlo de una manera más o menos clara.

— Yo debía llevarlo a Tinetele... Allí fue donde... donde nos atacaron. — ¿En la ruta 15?

Jonathan asintió.

— ¿Qué estabas llevando?—dijo Gabrielle—. ¿Qué había dentro de la caja?

Jonathan no tenía respuesta alguna.

— No sé... Pero era de valor para ellos.

— ¿Quiénes son «ellos»? Dame nombres.

— No puedo... No sin un trato. Necesito... Quiero inmunidad completa.

Gabrielle exhaló.

— Eso no va a pasar —sentenció Gabrielle—. Al menos, no en un marco legal.

El débil joven le lanzó una mirada de total impotencia. En ese momento, Gabrielle

reparó una vez más en que ella y él tenían casi la misma edad y sin embargo, debido a

sus quemaduras, él parecía un viejo arrugado y consumido. Y casi lo era. —

Mírate —le dijo Gabrielle—. ¿Crees que la Policía Superior tendrá intención

alguna de proteger a alguien como tú? ¿De otorgarle inmunidad a un criminal?

No sé si te has enterado aún, pero a tipos como tú... les espera otra cosa. Puedes

exigir un acuerdo oficial de inmunidad cuanto quieras, pero puedo garantizarte

que en cambio te enviarán al centro de esterilización y luego a prisión por el

resto de tu vida. Y eso si tienes suerte, lo cual creo que no es así considerando

que elegiste el día equivocado para despertarte y hablar.

La expresión de preocupación en el rostro de Jonathan se intensificó. Ahora

comprendía

la verdad de su situación. Todo había cambiado. Se había despertado en un

mundo

totalmente nuevo del que recordaba, y en éste no tenía escapatoria de sí mismo.

A pesar

de nunca haber sostenido un arma en su vida, ni mucho menos cometer delitos

mayores

como homicidio o violación, era consciente de sus antecedentes y esta vez no

tenía

recursos legales en los cuales refugiarse o explotar para su beneficio.

Gabrielle, por otro lado, parecía ver en Jonathan el ejemplo perfecto de la total

desesperanza que significaban las nuevas leyes del Estado y la supuesta «lucha

contra la

amenaza genética». El hombre era un verdadero fracasado, un perdedor cuya

vida

ahora, en manos del Estado Soberano de Rosthalion, sólo podía tener un fin: la

eliminación.

— Lo único que puedo ofrecerte—le dijo Gabrielle— es la muerte. Jonathan la miró extrañado y temió un instante por su propia vida.

¿Qué quería decir con eso?

— Me dices todo lo que sabes —continuó Gabrielle—, y le pediré a la doctora que te declare muerto. Permanecerás aquí. Te cambiarán de habitación y de nombre hasta que te recuperes, pero para el resto del mundo, Jonathan Gletzer habrá muerto en la explosión de su apartamento. Luego, podrás salir y entonces estarás por tu propia cuenta. Y si te encuentran, ahí es cuando nuestro acuerdo se termina.

Gabrielle sacudió la cabeza.

— Es la única salida que tienes de todo esto —agregó.

— No puede hacer eso.

— Es tu decisión.

— Yo no soy culpable de nada—exclamó Jonathan haciendo un esfuerzo por elevar la voz y sonar convincente—. No hice nada. Sólo conduzco camionetas y... hago entregas. No tengo nada que ver con lo que ellos hacen... — Si no eres culpable de nada, ¿entonces por qué quieres hacer un trato por inmunidad?

Jonathan se quedó callado una vez más. Su enfado le había dado la suficiente energía

para hablar sin trabarse. Sin embargo, ahora volvía a jadear de forma desesperada por el

tan anhelado aire. A pesar de las drogas, su dolor iba y venía, a veces tan intenso que

deseaba morir. Tal tortura lo empujaba a decidirse más rápido.

Posó sus ojos sobre Gabrielle y en ellos la respuesta se manifestó primero. Gabrielle

enseguida lo supo.

— De acuerdo —dijo él, necesitando asegurarse que nada quedara sin mencionar

—. De acuerdo...

— Bien —replicó Gabrielle—. Dime quién te encargó trasladar el paquete a Tinetele. Empecemos por allí.

— Yo... Yo trabajaba para Otto Pastrunni...

— Otto Pastrunni está muerto. Y también sus dos hijas.

Jonathan asintió, cerrando los ojos por unos largos segundos.

— Sí... —respondió sin abrirlos todavía—. Los mataron por ello.

— Fue un atentado —dijo Gabrielle escéptica y quizás algo confundida—. Perpetrado por otra familia rival.

— No... Fue alguien más...

— ¿Quién?

— Nolo sé...

Cuando Jonathan abrió los ojos nuevamente, Gabrielle se le quedó mirando y algo le dijo que el joven no mentía. En verdad no sabía con quién diablos estaban tratando.

— Entonces —dijo Gabrielle—, si los Pastrunni están muertos, ¿quién intentó matarte a ti?

— Su hermano...

Enseguida, Gabrielle trajo a su mente la corpulenta y agresiva imagen de Silvio Pastrunni intentando atravesar el vallado policial en la casa fúnebre donde se encontraron los cuerpos de su hermano y sus sobrinas.

— Silvio Pastrunni... —prosiguió Jonathan—. Por órdenes de Maruni...

— ¿Alexander Maruni?—dijo aún más confundida Gabrielle—. ¿Por qué él?

— Por la guerra... Las familias se han unido... Todas quieren lo que sea que haya dentro de ese ataúd...

Las cosas parecían tornarse aún más extrañas para Gabrielle. De repente se encontraba involucrada en la guerra de mafias que había estado azotando la ciudad mucho tiempo antes de que el joven concejal Olaff Grittver fuera electo intendente. ¿Qué podía tener que ver eso ahora? Y lo más desconcertante de todo era la presencia de un ataúd. ¿Por qué era importante algo tan insignificante a simple vista?

«Quizás ésa es la razón» pensó.

— ¿Y tú no tienes idea qué es lo que planean hacer con ello o por qué es tan importante?—dijo Gabrielle.

— No... Intentaron deshacerse de mí por esa misma razón.

— Pero dijiste que no habías visto en el interior del ataúd. No sabes qué hay allí.

— No... Pero sí vi el cronómetro. Y la cuenta regresiva.

— ¿Cuenta regresiva? ¿Para qué?

Jonathan pareció volver a retorcerse de dolor. En algún lugar profundo de su ser estaba convencido de que no saldría vivo de esto. Y que tampoco todas las drogas del mundo podían calmar el dolor que ahora lo azotaba.

— Dime para qué es la cuenta regresiva —insistió Gabrielle a pesar de notar su claro suplicio.

— Nolo sé... Pero ya debe haber llegado a cero... Lo que sea que haya dentro... Gabrielle se mantuvo tensa, a pesar de no entender del todo qué significaba la existencia de un cronómetro en un ataúd ni tampoco por qué llevaba uno en primer lugar.

— Su tiempo se ha cumplido... —agregó Jonathan.

Fue en ese momento que Gabrielle se percató que los monitores cardíacos de

Jonathan comenzaron a intensificar su volumen; la frecuencia cardíaca se elevaba y, aunque entendía la mitad de su funcionamiento, sabía que no era señal de nada bueno. El cuerpo de Jonathan comenzó a retorcerse y pronto el joven empezó a lanzar sollozos de dolor. Con una puntualidad excepcional, la doctora Reedus y otras dos enfermeras más se adentraron en la habitación con apremio y enseguida rodearon la cama, poniendo manos a las obras.

Gabrielle se vio incapaz de decir nada.

— Oficial Blake, debo pedirle que se retire y nos deje trabajar—exclamó la doctora Reedus.

— ¿Es grave?

— No —enseguida replicó la doctora—. Pero debemos atenderlo. Por favor, necesito que se vaya.

Todavía con cierto recelo, Gabrielle se marchó de la habitación cerrando la puerta y con

la última imagen de un Jonathan malherido y las enfermeras a su alrededor.

Una vez fuera en el corredor, lo que menos pensó fue en el acuerdo que había hecho con

Jonathan. Sabía que lo había engañado y que no poseía autoridad ni peso alguno para

cumplir su palabra. Pero había conseguido algo, aunque no sabía exactamente qué.

«Su tiempo se ha acabado» pensó mientras marchaba hacia la salida del hospital.

22

Marco notó desde su escondite que los hombres resurgían del agujero que habían perforado en la superficie del suelo, el cual les había permitido ingresar al laboratorio debajo. Todo había sido en vano. El paquete ahora estaba en manos de ellos y quién sabía lo que harían con él. Y peor aún, como ya era sabido a esa altura, el tiempo se había cumplido.

Sin embargo, no se resignaba a rendirse sin dar pelea. Todavía seguía vivo, pero no mucho tiempo. Había logrado escapar del almacén justo a tiempo, pero aún no estaba seguro si había estado expuesto al gas nervioso o no. Todo le indicaba que se encontraba a salvo, de lo contrario no seguiría en pie ahora.

Ubicado detrás de un vehículo, Marco tenía vista completa del frente del almacén. Podía ver con total claridad los escombros restantes del choque del camión. Oyó sirenas a lo lejos. Sólo cabían dos opciones: o eran policías o eran bomberos. Pero el verdadero misterio era por qué tardaban tanto en llegar.

Divisó a uno de los tantos hombres haciendo guardia y se debatió qué hacer a continuación. No tenía deseo alguno de rendirse pero tenía que ser realista; no había forma que pudiera contra todos ellos, y menos aún sin tener nada con qué

protegerse del gas nervioso que con toda seguridad todavía no se había disipado del todo. Visualizó enseguida cómo se daría todo a continuación. Tarde o temprano, la policía o los bomberos llegarían al sitio y descubrirían el accidente. Con toda probabilidad, lo catalogarían como un «accidente de fábrica» sin reparar en la verdadera toxina del gas nervioso. O quizás, como era más probable, temerían de hacer más preguntas de las que les convenía al tratarse de uno de los negocios de Baruzzo, el hombre que prácticamente era dueño (a la fuerza) del pueblo de Tinetele.

Pasados los segundos, desistió en su intención de hacer frente a los guardias. Por más que se considerara superior a todos ellos, era suicidio atacar de frente. No le quedaba otra opción: debía escapar.

Se dio vuelta y se alejó sin mirar atrás ni llamar la atención. Necesitaba un vehículo. Pero primero debía tener un plan.

Al estar incomunicado, lo único que podía hacer era regresar a Rosthalion. Y allí comenzaban los verdaderos problemas. ¿Cómo hacerlo? ¿Cómo atravesar las ahora fortalecidas y severas fronteras del nuevo Estado Soberano? No lograría pasar tan fácilmente, en especial si provenía del pueblo de Tinetele, el cual pertenecía al País. Sin embargo, estaba convencido de que debía haber una forma, legal o no. Tenía que intentarlo, sin importar qué. Su padre se encontraba allí y si este ataque en el almacén había repercutido de alguna forma en la gran casona Maruni, entonces con más razón debía regresar.

Cuando se sintió lo suficientemente alejado del almacén y toda la conmoción, empezó a buscar transporte que lo llevara de regreso. Se movió por calles tranquilas y poco transitadas hasta que finalmente encontró una oportunidad. A escasos metros divisó la figura de un hombre abriendo el baúl de su auto, guardando lo que aparentaban ser ropas de lavandería. Un simple civil en el medio de la noche, en el lugar y en el momento equivocado.

Mirando hacia todos lados y asegurándose que nadie lo veía, se acercó hasta él. Sacó su arma, la elevó en el aire y apuntó al hombre de espaldas.

— Las llaves—le ordenó Marco—. Dámelas.

El hombre se detuvo en seco, con total terror. No necesitaba darse vuelta para entender lo que sucedía. Sabía que Marco llevaba un arma aún sin poder verlo. Alzó las manos, revelando las llaves que llevaba en su izquierda. Marco las tomó y le obligó a cerrar el baúl.

— Ahora, vete—le dijo Marco con un leve movimiento de su arma. El hombre aterrorizado echó a correr enseguida. Marco rodeó el auto y se subió. No perdió un segundo y encendió el motor para alejarse cuanto antes de allí. Ya en camino, volvió a hacer un intento de comunicarse con su padre. Una vez más, la llamada no tuvo respuesta.

«A tan sólo algunas horas» pensó mientras apretaba el acelerador y marcaba el rumbo de regreso a Rosthalion.

23

¿Qué había exactamente dentro del ataúd y por qué era tan importante? ¿Qué tenía que ver Maruni con todo esto? Las preguntas sólo podían conducir a más preguntas. Gabrielle sabía quién era Maruni y de qué era capaz. También tenía una idea sobre la actual guerra entre mafias que tantas vidas —inocentes como no— se había cobrado. Había llegado incluso a pensar que existía una orden tácita por parte de alguna alta autoridad del Departamento de Policía que instruía no investigar las reiteradas muertes, tiroteos y ataques para permitir que el «problema se eliminase a sí mismo». Tal estrategia, por supuesto, había tenido resultados nefastos.

Pero todo ese asunto había quedado olvidado, recluso a un segundo plano cuando la importancia del referéndum y la ahora independencia del Estado de Rosthalion pasaron a primera plana. ¿Por qué razón habría de importarle a la Policía Superior o al propio Grittver las batallas territoriales de un puñado de mafiosos? Había un solo lugar donde quizás Gabrielle podría encontrar algunas respuestas y para eso debía visitar al propio Maruni en persona. Si estaba en lo correcto lo encontraría en su hogar: aquella antigua casona ubicada en uno de los barrios con mayor afluencia de inmigrantes extranjeros desde que Rosthalion existía como ciudad.

Lo único que le preocupaba de su encuentro era si en verdad estaría a salvo. Por lo que ella sabía, estaba completamente por su propia cuenta, y la posibilidad de pedir refuerzos o solicitar que alguien la acompañase estaba fuera de la cuestión. «Un fantasma del sistema anterior» se decía a sí misma.

Para cuando avistó la gran casona Maruni, todos sus temores y cuestionamientos salieron volando por la ventana. La nube de humo alcanzaba a verse a escasas cuerdas. Detuvo el auto no muy lejos de la casa. La puerta de la entrada principal estaba abierta de par en par, pero del interior de la casa brotaban las llamas voraces. La planta alta también ardía con ímpetu y las ventanas estallaban liberando aún más el demonio de fuego.

Gabrielle no tuvo otra opción más que mantenerse con cierta distancia, mientras miraba la antigua casa quemarse como si una bomba hubiera explotado. ¿Cómo los bomberos no habían acudido todavía a semejante situación de emergencia? ¿Y los vecinos? ¿Nadie había visto nada ni dicho una palabra?

Pronto, se encontró respondiendo su propia pregunta: miedo. Nadie había reportado nada porque el común de los ciudadanos —además de estar más que preocupado por los camiones de la PS— no tenía deseo alguno de entrometerse en los asuntos de alguien tan peligroso como Alexander Maruni. Ni tampoco con

quien fuera responsable. Porque esto no era un accidente. Gabrielle lo supo al instante.

Sin embargo, su sensación de deber pareció acudir a ella y se sorprendió a sí misma cuando se vio buscando su teléfono móvil y llamando al Departamento de Bomberos para reportar el incendio. Lo hizo consciente de que no se había identificado ni nada por el estilo; la denuncia la hacía una ciudadana anónima, sin ningún cargo en especial. Tal cual como se sentía ahora.

Cuando quien sea que había atendido su llamada le informó que enviarían una unidad, Gabrielle se vio atraída por una extraña escena que sobresalía de la parte de atrás de la casa, casi a un costado de ésta. Cortó la llamada y avanzó.

Abriéndose camino entre las peligrosas llamas con el debido cuidado, llegó hasta una puerta lateral. Al pie de ésta yacían dos cuerpos masculinos, oscurecidos por las llamas y el humo. Sin pensarlo demasiado, Gabrielle supuso que se habían arrastrado para alejarse del incendio cuando perdieron conocimiento. O al menos, así parecía. Se acercó a uno de ellos y le tomó el pulso. Luego de unos segundos, confirmó que estaba muerto. Se dirigió hacia el otro cuando nuevas llamas tiraron abajo una pesada viga y la obligaron a cubrirse. Fuera de peligro, apoyó dos dedos en el cuello del hombre y sintió una muy tenue vibración. Estaba vivo.

Pero su tacto había sido percibido. El hombre abrió los ojos de golpe y abalanzó una mano sobre ella. Tomó a Gabrielle por el cuello y apretó con fuerza. Ésa había sido su primera reacción al despertar: una total agresividad.

Atrapada con la guardia baja, Gabrielle se vio envuelta en una repentina lucha por su vida. El agarre del hombre era fuerte, quizás demasiado fuerte. Sin embargo, sus heridas no le permitían moverse. Gabrielle supo que contaba de tan sólo un instante para evitar que el hombre le quebrara el cuello de un fuerte tirón. Con una mano intentando librarse y la otra en el aire, Gabrielle profirió dos golpes en la cara del hombre que tuvieron un efecto nulo. Entonces, no tuvo otra opción que buscar un punto de debilidad. Sobre el pecho, el hombre tenía una herida producto quizás de algún pedazo de vidrio incrustado cuando había intentado huir. Pero fuera lo que fuera, Gabrielle debía aprovecharlo. Con su mano derecha libre, hundió sus dedos en lo más profundo de la herida y comenzó a torcérselos por dentro. El hombre lanzó gemidos guturales de dolor y apretó aún más fuerte el cuello. ¿Cuánto tiempo podía soportar Gabrielle?

Cuando estuvo casi convencida de que el hombre no era humano por su extraña tolerancia al dolor extremo, Gabrielle se vio repentinamente liberada. El hombre perdió fuerzas y con ello desprendió su mano.

Tosiendo y casi ahogándose, Gabrielle se tiró hacia atrás y se alejó unos pasos. Sin esperar un segundo, desenfundó su arma y la apuntó al hombre. Con la

respiración entrecortada le dijo:

— ¿Dónde está Maruni?—dijo—. ¿Qué sucedió aquí?

— Maruni... —dijo en dolor el hombre—. ¡Maruni está muerto!

Gabrielle pareció notar una mueca de sonrisa en el hombre a pesar de que se estaba muriendo.

— Nos traicionaron a todos... —agregó el hombre y lanzó carcajadas entrecortadas por los quejidos de dolor.

— ¿De qué estás hablando?—dijo Gabrielle—. ¿Quién traicionó a quién? El hombre ahora parecía ahogarse en una tos severa a través de la cual escupía sangre. Gabrielle, por otro lado, comenzaba a preocuparse al notar que las llamas crecían con cada segundo que pasaba.

— Necesitas atención médica—le dijo Gabrielle—. Puedo llamar a una ambulancia y sacarte de aquí. Pero tienes que hablar. Ahora.

— Ni una mierda... —le dijo el hombre, más astuto.

— Te digo la verdad. Puedo sacarte de aquí.

La atención de Gabrielle comenzaba a virar hacia el creciente incendio. ¿Dónde estaban los bomberos? Debía obtener su respuesta ahora.

El hombre pareció considerar la oferta entre medio de todo su sufrimiento.

— Lo delatamos... —exclamó.

— ¿A Maruni?

— Y... después nos traicionaron a nosotros.

— ¿Quién lo hizo?

— El... el ruso.

Gabrielle se mantuvo inmóvil. ¿Podía ser lo que ella creía? ¿Existía esa posibilidad? ¿Acaso era semejante coincidencia o casualidad posible?

A pesar de que las llamas amenazaban con envolverlos a ambos en cualquier momento, Gabrielle no pudo pensar en ello. Ahora toda su atención estaba concentrada en una sola cosa: ¿podía ese hombre, yaciendo allí moribundo, estar dándole lo que ella buscaba? — ¿Quién es el ruso?—dijo—. ¿Cuál es su nombre?

De una fuerte sacudida, Gabrielle volvió a percatarse del riesgo que corría.

— ¡¿Cómo se llama?!

Pero no hubo respuesta. Ni tampoco tiempo para esperarla.

— ¡Maldita sea! —gritó al aire Gabrielle mientras enfundaba su arma y se disponía a tomar al hombre por debajo de los brazos.

Cuando intentó jalarlo notó lo extremadamente pesado que era. Cayó en la cuenta de su corpulenta contextura. Debía pesar más de cien kilos fácilmente. ¿Cómo haría Gabrielle para mover cien kilos de pura masa muscular?

Sin embargo, debía intentarlo. Volvió a jalar y al hacer fuerza desprendió un

grito que le irritó la garganta. Pero el hombre apenas se movió.

Fue en ese momento que Gabrielle levantó apenas la cabeza y sus ojos se posaron en la explosión inminente del interior de la casa. Su instinto de auto preservación la empujó a desprenderse del hombre y echarse lejos.

No obstante, su mente fue más rápido que ella. La explosión fue fugaz e intensa, y la fuerza de la onda expansiva la empujó unos metros por el aire.

Se había salvado por poco.

24

Fabrizio miró su reloj. Luego a su padre acostado sobre la cama con los ojos completamente cerrados. Ya había pasado poco más de una hora desde que se había quedado dormido.

En más de una ocasión, presa de su propio nerviosismo, dudó si despertarlo o no. Tenía que hablar con él sobre qué harían a continuación. La seguridad de un hotel anónimo en una zona apartada era finita. No había garantía alguna de que quien sea que los había traicionado, sea el propio Vopreko o cualquier otro, no los encontrara eventualmente. Tenían que tener un plan, una idea sobre cómo mantenerse con vida.

Terminando el último de sus cigarrillos, Fabrizio se tiró hacia atrás en la pequeña silla que había ubicado en un rincón de la habitación, lo suficientemente cerca de la ventana para poder ver mejor y anticipar si había problemas.

Observó a su padre y, pasados unos minutos de debatirse, comprendió que no tenía opción más que despertarlo y empezar a buscar una solución juntos.

Se puso de pie y caminó hasta él. Comenzó por moverlo con suavidad, tomándolo del hombro. Nada pasó.

— Despiértate, papá...

Volvió a sacudirlo con más fuerza. Obtuvo el mismo resultado. Entonces, elevó la voz. — Papá... —dijo—. Despiértate. Papá.

Apoyó ambas manos sobre el cuerpo de su padre a la altura del pecho y lo movió con

tanta fuerza que el cuerpo parecía a punto de rodar.

Pero no hubo reacción.

— ¡Papá! ¡Papá, despiértate! ¡Despiértate!

Convencido de lo peor, tocó el pulso del cuello. Estaba vivo, pero apenas. Desesperado,

Fabrizio se irguió y pensó un instante qué hacer.

Tomándose la cabeza, supo que no le quedaba otra opción. Su padre moriría allí mismo

si no hacía algo.

Con apremio y no sin temor, recogió el teléfono que se ubicaba en una de las

pequeñas
mesas al lado de la cama y marcó.
La ambulancia no tardaría en llegar.

25

Cuando Gabrielle volvió en sí, notó que el hombre corpulento estaba inmóvil y el fuego lo devoraba con temerosa voracidad. Había perdido la oportunidad. Yaciendo entremedio de los secos y todavía algo nevados arbustos, Gabrielle sintió que un auto se acercaba y se detenía cerca de la casa. O al menos, así le indicaban sus propios oídos.

«Los bomberos» pensó enseguida. Finalmente habían arribado.

Con el rostro todo sucio por el humo, se puso de pie. Por suerte, no tenía heridas graves, tan sólo algunos pequeños rasguños por haber caído con fuerza sobre los arbustos. Caminando apenas encorvada para cubrirse de las llamas, intentó llegar hasta la puerta principal. Pensó que tal vez podría identificarse como policía y correr el riesgo después de todo.

Sin embargo, toda su perspectiva cambió enseguida cuando notó que no eran los bomberos quienes habían arribado. En cambio, logró ver sin revelarse ella misma cómo un total de cuatro hombres se acercaban hasta la puerta principal. Tenían aspecto de ser policías o militares entrenados.

Entonces fue que Gabrielle notó el vehículo en el que habían llegado. Las siglas «PS» podían distinguirse, aún a la distancia y entre toda la conmoción del incendio. Ocultándose detrás de otros arbustos, Gabrielle continuó observando los rostros de esos hombres que no reconocía en absoluto.

«¿La Policía Superior?» pensó. «¿Qué hacen aquí?»

Toda la situación se tornaba cada vez más extraña y demasiado coincidente para ser una casualidad. Había «gato encerrado». No tenía mejor forma de describirlo. Decidió que debía ocultar su presencia y escapar de allí. Agradeció haber estacionado a una distancia prudente de la gran casona. Tal vez de esa forma los policías no se habían percatado que ella se encontraba en el lugar ni tampoco habían logrado identificarla. Debía huir con lo poco que sabía.

Con sus manos apretó los arbustos que la separaban de la siguiente casa. Para su fortuna, ésta se encontraba vacía y pudo utilizar su amplio jardín para escapar hacia la calle.

Acelerando el paso pero siempre con la prudencia de mantener la cabeza gacha, divisó su auto tranquilamente estacionado tal donde lo había dejado. Llegó hasta él, lo rodeó por atrás con el cuerpo todavía encorvado y se detuvo en la puerta del conductor. Buscó las llaves y abrió lentamente.

«Qué suerte que la alarma se encuentra rota» pensó mientras entraba al auto. Deseando no hacer ningún ruido, encendió el motor y puso reversa. Salió marcha

atrás, dio un giro en forma de U y se alejó sin mirar sobre su hombro.

Claramente el «ruso» había tenido algo que ver con todo esto pero la pregunta era clara: ¿A cuál ruso se refería?

Clavó la mirada en el espejo retrovisor: nadie la seguía. Por el momento, al menos, se encontraba a salvo. Sin embargo, había alguien a quien debía cuidar si todo lo que había descubierto ese día era cierto. Finalmente tendría que hacer lo primero que pensó hacer desde aquel fatídico día en el que se convirtió en una total desconocida. Cuando finalmente llegó a la casa de su padre, había aceptado una innegable verdad: ya no era más una oficial del Departamento de Policía ni tampoco pertenecía a la nueva Policía Superior. Nadie había dicho una palabra, pero no había necesidad. En un parpadeo, había dejado de ser quien creía que era.

La señora Moore se sorprendió al verla, pero enseguida pareció aliviada. Por alguna razón, tenía aspecto de preocupada y su voz parecía temblar al hablar.

— ¿Qué sucede?—dijo enseguida Gabrielle.

— Nada... —dijo la señora Moore—. Todo está bien... Estábamos... Estábamos jugando a las cartas ahora mismo.

Gabrielle continuó mirándola, aún convencida de que la expresión de preocupación de la señora Moore seguía presente.

— ¿Cómo está él?—dijo Gabrielle.

La señora Moore sacudió la cabeza lentamente.

— Por momentos me confunde con tu madre—replicó.

— No mucho, espero. ¿Él se encuentra...?

— En la cocina, sí.

Gabrielle miró en dirección a la misma y se preguntó si su padre había cambiado más desde la última vez. ¿Podía recordarla de nuevo?

— ¿A qué están jugando?

— Sólo sacamos cartas —dijo la señora Moore—. Parece divertirse bastante con ello. Es algo bueno, ¿no?

Gabrielle se volvió hacia la señora Moore. Ésta asentía pero sus ojos decían otra cosa. De pronto se encontraban llenos de lágrimas.

— Lo siento —dijo la mujer—. No puedo dejar de pensar en... ¿Has visto lo que han dicho en la televisión?

Con cierto pesar, Gabrielle asintió. Sabía perfectamente a qué se refería y no había necesidad alguna de repetir las horribles palabras del discurso que tantos destinos había sellado.

— No puedo creer que sea verdad —continuó la señora Moore—. No pueden hacer eso... Decidir qué vida tiene mayor valor. Es una atrocidad.

En ese momento, Gabrielle comprendió lo que debía hacer. Y nunca antes vio

con semejante compasión a la mujer que la había ayudado a cuidar a su padre por tanto tiempo. Era como si recién ahora pudiera ver con claridad lo importante que había sido y era su padre para aquella amable persona.

— Puede marcharse si quiere, señora Moore—exclamó Gabrielle.

La señora Moore la miró confundida, a través de sus propios sollozos.

— Si tiene algún familiar que cuidar o alguien a quien proteger... —continuó Gabrielle—. Puede ir con ellos tranquilamente. Ya no la necesitaré aquí.

— No, no entiendo...

— Yo ya no trabajo más para el Departamento de Policía. Ahora puedo cuidar de mi padre yo misma.

A pesar del tono suave de Gabrielle, la señora Moore continuaba sin entender del todo.

— Quiero agradecerle por todo lo que ha hecho—dijo Gabrielle—. Estoy segura de que si mi padre estuviera lúcido, se lo hubiera agradecido él también en persona. Le debo esto al menos. No tiene obligación de quedarse y cargar con este peso.

— Pero quiero quedarme...

— Por favor, váyase—insistió con cierta pena Gabrielle—. Cuide de los suyos. Gabrielle se puso de pie y buscó en el cajón de una cómoda. Sacó un sobre algo arrugado que había tenido preparado desde hace unos días ya, cuando esta decisión parecía casi inevitable.

Extendió el sobre a la señora Moore, quien la miró incluso más confundida que antes.

— Aquí está el resto del mes y una indemnización —dijo Gabrielle—. Perdone si no es mucho. También hay una carta de recomendación, por si llega a necesitar una.

— No puedo aceptar esto —dijo la señora Moore observando el sobre.

— Sí, puede.

Unos segundos después, la señora Moore aceptó el sobre y dudó un instante. Luego, casi de sorpresa, se acercó hacia Gabrielle y le dio un abrazo profundo. Este repentino acto de bondad y puro amor tomó a Gabrielle con la guardia baja. Lo que más le sorprendió, sin embargo, era cuánto necesitaba un abrazo de ese tipo, casi maternal. Se sintió como una niña, a punto de perder a su padre para siempre.

Luego de abrazarla, la señora Moore tomó rápidamente sus cosas, se despidió de manera casual del ex detective Edward Nicholas Blake y salió por la puerta principal. Desprendiéndose de su ropa de abrigo y buscando la mayor comodidad posible, Gabrielle fue hasta la cocina para encontrarse con su padre. Cuando lo vio, supo que detrás de esos ojos había un completo desconocido. La

enfermedad había borrado todo rastro del gran detective, dejando atrás un cuerpo vacío, habitado por una sombra. «Todavía es mi padre» se dijo Gabrielle a sí misma para cobrar fuerzas. Tomó asiento en la mesa y se unió al juego de cartas de su padre. Éste la miró sin decir una palabra y continuó con lo suyo.

Más tarde Gabrielle le cocinó la cena y tras varios intentos fallidos de recordarle que era su hija, se resignó a ser «sólo una amiga». Entrada la noche, ayudó a su padre a ir hasta la cama y acostarse. Ella, por su lado, tomó el sillón como cama y a pesar de que la mente le funcionaba de manera descontrolada, cayó profundamente dormida.

26

Marco divisó el paso fronterizo a la distancia. Se mantuvo calmo, pero por dentro sospechaba que no sería fácil atravesarlo. Pero lo lograría, de una manera u otra. Aminorando la marcha, notó la estructura reforzada con barreras y cabinas de seguridad. Podía haber al menos veinte agentes de la patrulla fronteriza custodiando el paso. Pero no eran agentes comunes. Por el contrario, aparentaban ser militares entrenados, como si el Estado de Rosthalion hubiera dispuesto de sus mejores hombres para proteger las fronteras de la ciudad. Y tal suposición podía ser bastante acertada.

Sin embargo, Marco no se vio demasiado preocupado. Si debía enfrentarse a ellos, lo haría. Y no le importaría mucho cuántos eran. Estaba convencido que podría darles una buena pelea. Su confianza era el arma más poderosa que tenía. Enseguida supo que era el único vehículo proveniente de afuera y con intenciones de ingresar a la ciudad. Lo habían visto acercarse desde la distancia y se habían preparado para ello. La primera respuesta sería evitarle el paso, pero tal vez no.

Tres soldados salieron al cruce de su auto, por delante de la barrera. Cargaban con armas automáticas y en sus rostros la mirada era de total desprecio.

Uno de ellos comenzó a hacerle señas para que Marco se detuviera, mientras los otros dos soldados parecían empuñar sus armas con mayor ferocidad. Estarían a un instante de distancia de abrir fuego.

Marco detuvo el auto por completo, a escasos metros. Notó que unos cuantos soldados más se ubicaban detrás de la barrera y también se preparaban.

— Apague el motor —le ordenó el primer soldado.

Marco obedeció.

El soldado se ubicó paralelo al auto pero no se acercó a la ventanilla. Marco bajó el vidrio.

— Las fronteras del Estado Soberano de Rosthalion se encuentran cerradas —dijo el soldado—. Ninguna persona proveniente del exterior puede ingresar. Dé la vuelta y regrese de donde vino. Ha sido advertido.

— ¿Así es como trata el Estado de Rosthalion a sus ciudadanos natos?—dijo Marco.

El soldado le echó una mirada de puro desdén.

— ¿Disculpe?—le dijo.

— Yo he nacido aquí —dijo Marco—. Me encontraba de viaje cuando la independencia fue proclamada.

— Debería haber estado aquí para votar durante el referéndum entonces. — Por favor, señor. Sólo quiero regresar a mi casa.

— Si usted ha renunciado su derecho a votar por la soberanía de nuestro Estado, entonces nuestro Estado le prohíbe la entrada.

— ¿El Estado o usted me prohíbe la entrada?

— Aquí mismo, yo represento el Estado y hablo por él. Usted ha renunciado a su derecho y por tanto a su ciudadanía.

— Escuche, puedo probar lo que digo.

En ese instante, Marco buscó en sus bolsillos por su documento de identidad que comprobaba su nacimiento en la ciudad.

Pero tal movimiento brusco no fue bien recibido por los soldados. Los otros dos apuntaron sus armas a él y le obligaron a quedarse quieto. Marco se detuvo. El soldado principal ordenó a sus hombres no disparar.

— Sólo quiero mostrar mi documento de identidad —exclamó Marco Sin que nadie le diera una respuesta, pero comprendiendo que se lo permitían, Marco sacó el documento y se lo entregó al soldado a través de la ventanilla.

El soldado investigó el papel y le echó una larga mirada. Segundos después, su rostro cambió por completo. Algo lo había dejado completamente sorprendido. Despegó la vista del documento y miró a Marco detenidamente. Luego, uno de los otros soldados se acercó a él.

— Es uno de ellos —le susurró el primer soldado a su compañero—. Un registrado. Marco apenas si alcanzaba a oír lo que susurraban los hombres. Fue la última palabra la que le llamó la atención.

«Un registrado». ¿Un registrado de qué?

— Déjenlo pasar —exclamó el soldado a sus hombres, después de un tiempo. En cuestión de instantes, la barrera se elevó.

— Puede pasar, señor —dijo el soldado a Marco—. El Estado de Rosthalion le da la bienvenida de regreso.

Marco se quedó un instante observándolo con total confusión. La barrera estaba alta y los soldados le despejaron el paso. ¿Qué diablos estaba sucediendo? ¿Por qué de repente lo dejaban pasar? ¿Acaso conocían quién era? ¿Y cómo podían hacerlo?

— ¿Entonces me deja pasar?—dijo Marco intentando reafirmar lo que estaba

sucediendo.

— Usted es un ciudadano de Rosthalion —dijo el soldado fingiendo una falsa amabilidad—. Es libre de entrar.

Sin creerlo todavía y sospechando que quizás se trataba de una trampa, Marco encendió el motor. Pero no pasó nada.

Pisó el acelerador y avanzó. Todavía nada.

Finalmente estuvo del otro lado del paso fronterizo y dentro de los límites de Rosthalion. Y los soldados no movieron un pelo.

Ya cuando comenzaba a alejarse, miró por el espejo retrovisor al puesto que dejaba atrás. Los soldados seguían mirándolo, pero ninguno hizo movimiento alguno. Pronto la barrera se bajó y todo volvió a la normalidad.

Pero para Marco eso distaba de ser normalidad.

«¿Qué demonios acaba de suceder?» pensó mientras se adentraba en la ciudad.

27

Lo primero que Gabrielle sintió al despertar fue una angustia envolvente. Su cuerpo permanecía débil, como si no hubiera comido en días. Pero el dolor más punzante provenía de su interior y no era para nada físico. Se sentía bastarda en la casa de un extraño, a quien todavía amaba con todo lo que le quedaba de su ser. Pero más allá de la mezcla de sensaciones, su pensamiento consciente le repetía una y otra vez lo mismo: «Soy vieja. Tengo treinta años pero mi alma es vieja». Como si todo lo vivido hasta el momento, tanto los sufrimientos como las alegrías —por más pocas que hubieran sido— le hubieran desgastado el espíritu. Como una vela que se consume rápido, se veía a sí misma llegando al final de su vida. ¿Cómo podía hacer para alejar ese horrible sentimiento? En otra ocasión, hablar con su padre y verle los ojos brillar cuando la reconocía era lo único que necesitaba. Pero ¿a quién quería engañar ahora? Ella había dejado de ser todo lo que creía que era. Una niña pequeña, abandonada por completo en un mundo oscuro y hostil.

Cayó en la cuenta de que el día todavía estaba oscuro. Podía oír una leve lluvia caer sobre el techo de la casa y allí, en la desconcertante penumbra de la madrugada, deseó perderse en otro tiempo y en otra vida.

Aunque lo intentó, no logró quedarse nuevamente dormida. Desvelada, se puso de pie y comprobó la hora: cerca de las 5:30 a.m. Pasó por el dormitorio de su padre sin hacer el menor ruido y lo observó dormir tendido sobre la cama con tal inmovilidad que por un momento la preocupó. Apenas si el estómago de su padre subía y bajaba al ritmo de la respiración. Al menos que le prestara atención, de lejos parecía muerto. Hasta la expresión en su rostro era blanda y neutra.

No queriendo sufrir más, se alejó y regresó a la cocina. Pasó las siguientes horas

repasando todo lo transcurrido desde que había encontrado al «mudo» enterrado en la nieve. Eso no había sido hace mucho tiempo y no obstante, parecía siglos atrás. Cómo su percepción sobre el tiempo y el presente podía cambiar tanto de una semana a otra era algo increíble. Cada pequeño acontecimiento de su vida parecía moldearla en maneras que ella no creía posible. Y atravesando este túnel de transformación y circunstancias adversas sentía que se había perdido a sí misma. Ella no sólo era una desconocida para su padre, sino para sí misma.

Cuando no pudo soportar más su propia voz dentro de su cabeza, encendió el televisor con la intención de al menos distraerse aunque fuera pura basura. Necesitaba un descanso de su propia mente.

El nuevo día se anticipaba gris y oscuro, con una constante llovizna que por momentos era tan silencioso que parecía flotar en el aire en vez de caer a la superficie. Después de surfear los canales sin el mayor interés, detuvo el televisor en una de las últimas cadenas de noticias que todavía operaban a nivel local en Rosthalion y no habían sido absorbidas por el nuevo Departamento de Prensa del Estado Soberano. Notó en su reloj que de alguna manera habían pasado tres horas y ya era tiempo de despertar a su padre, tal como a él solía gustarle.

Se dirigió hacia la habitación mientras en la televisión hacían un repaso de las noticias más importantes del día. Al llegar al dormitorio, encontró a su padre despierto, pero todavía algo dormido.

— Buenos días —le dijo Gabrielle con la consciente omisión de la palabra «papá»—. ¿Has dormido bien?

— Sí... —dijo su padre con la voz ronca.

— Perdón que no te he volteado mientras dormías —dijo Gabrielle con tono suave—, pero estabas tan dormido que no quise molestarte.

Su padre la miró con los ojos totalmente desorbitados y se tomó un instante en silencio, observándola con una extraña confusión. Como alguien que sabe que conoce a esa otra persona, pero no puede saberlo por más que busque en lo profundo de su memoria.

— No, está bien... —dijo su padre—. Mi esposa se encargará de esto. ¿Tú la conoces?

Gabrielle hizo su mayor esfuerzo por contener sus lágrimas.

— Sí, la conozco... —dijo con pesar.

— ¿Eres una amiga?—dijo con tono inocente su padre.

Gabrielle asintió.

— Ella me pidió que te cuidara—dijo.

— Oh, no necesito que nadie me cuide. Mi esposa está aquí. Ella se encargará. Llevándose las manos a los ojos para limpiarse las lágrimas antes de que éstas

tuvieran oportunidad alguna de caer sobre sus mejillas, Gabrielle asintió y sonrió tristemente.

— ¿Te gustaría desayunar?—le propuso—. ¿Tienes hambre?

Esta vez su padre la miró fijo y no respondió. Su mente se había dispersado por completo y ahora parecía la de un bebé, atraída por el menor estímulo visual o sonoro. Giró la cabeza y miró a través de la ventana, el día lluvioso. De esa manera, se olvidó por completo de Gabrielle.

— Te preparé algo —dijo Gabrielle—. Lo de siempre, ¿no?

Fue en ese momento, cuando su padre se encontraba a miles de kilómetros de distancia, que Gabrielle lo oyó. Quizás estaba necesitada de una respuesta en ese momento y por esa razón cualquier «voz» que escuchara captaría su atención. O tal vez era porque el sonido de la televisión estaba lo suficientemente alto para poder oírse con relativa claridad dentro del dormitorio de su padre. De la manera que sea, Gabrielle estuvo segura de lo que oyó.

Entre tantas otras cosas que el periodista decía, Gabrielle distinguió una sola de ellas, como si sus oídos fueran radares.

«Maruni».

No supo en qué contexto lo habían mencionado, pero sí estaba segura de que se trataba de esa palabra y no de otra.

«Maruni».

Sonrió a su padre y le preguntó si necesitaba ir al baño. Después de preguntárselo varias veces obtuvo la respuesta que ya sabía. Lo ayudó a levantarse y luego, haciendo mucha fuerza, lo acompañó hasta el baño y se quedó junto a él hasta que terminase de hacer sus necesidades. Por último lo limpió y su padre le dijo que quería regresar a acostarse. Gabrielle le ofreció desayunar en la cama «como un rey» y él accedió con gusto. Una vez que terminó de recostarlo sobre la cama especialmente preparada para personas con ese tipo de dificultades, Gabrielle regresó a la cocina y preparó el desayuno. Lo de Maruni debía esperar al menos hasta que su padre tuviera su comida servida. Él era más importante ahora que cualquier mafioso.

Moviéndose en la cocina de su padre, no pudo dejar de invocar recuerdos de la infancia. Todos los pequeños detalles que antes la irritaban sobre su padre y que generaban peleas, ahora los extrañaba para vivir. Anhelaba lo que antes le parecía una molestia porque eran la esencia de quien era su padre. Todos esos pequeños momentos se habían desvanecido en el aire como polvo.

«Te extraño, papá» se dijo en su cabeza.

«Te extraño tanto».

28

Mientras su padre desayunaba, Gabrielle le hizo compañía. Hablaron de

cosas triviales y a veces de temas repetidos, al mismo tiempo que Gabrielle aceptaba su rol como «amiga de su esposa» y hablaban de lo buena que ella era. Su padre se entretuvo mirando la pantalla del pequeño televisor que había en el dormitorio, uno que habían comprado para la familia unos veinte años atrás y todavía funcionaba, como todo lo que su padre cuidaba. Todo, excepto su propia salud. Por dentro, Gabrielle se oyó a sí misma decirle a su padre: «No puedo hacerlo, papá. No puedo afrontar este mundo sola. Por favor, no me dejes. No te vayas donde no puedo ir contigo».

Pero no dijo una palabra. En cambio, le ofreció a su padre una revista de autos como a él le gustaban. Ni siquiera podía darse cuenta que ya la había leído varias veces. Aprovechando ese momento para intentar descansar su corazón de tanto dolor, se concentró en la televisión. El informe de Maruni se titulaba: «Alexander Maruni Hospitalizado».

Según el reportero, el investigado criminal Alexander Maruni había sido trasladado al hospital luego de sufrir un aparente accidente en el cual recibió un golpe en la cabeza. Las últimas noticias indicaban que Maruni conocimiento después de unas horas. Por lo acompañado de su hijo y los detalles de su accidente no eran claros. Tampoco se sabía con certeza si poseía custodia policial o no.

Gabrielle empezó a atar cabos. ¿Podría ese «accidente» ser al cual se refería el hombre moribundo en el incendio? Y si en verdad todo se relacionaba con Maruni de alguna habría despertado y recobrado el poco que se sabía, Maruni estaba manera, eso significaba que la Policía Superior también podría estar detrás de él. Una repentina ansiedad la invadió.

Sabía que si quería respuestas y más aún si todavía, en algún punto de su ser, creía que atrapar a Vopreko podría darle algún tipo de alivio o sentido de justicia, entonces debía actuar cuanto antes y adelantarse a la Policía Superior. Maruni tenía respuestas y la Policía Superior no perdería un minuto, al igual que ella.

Con el corazón palpitando fuerte, Gabrielle miró a su padre y entonces se decidió. No importaba si él estaba consciente o no, si todavía sabía quién era Vopreko o no; merecía venganza aunque no la recordara. Por esa razón Gabrielle seguiría adelante. Decidió llamar a la persona en la que más confiaba. La señora Moore se mostró agradecida de ser necesitada una vez más y aceptó con gusto cuidar a su padre por el tiempo que fuera necesario.

— Le pido perdón por todas las idas y vueltas —le dijo Gabrielle cuando la señora Moore finalmente arribó y ambas hablaron en la sala de estar—. Esto es algo que debo hacer. Y no puede esperar.

— Entiendo perfectamente.

— Regresaré tan rápido como pueda.

— Tómame tu tiempo, querida. Yo lo cuidaré.

Gabrielle le sonrió.

— Llámeme si necesita algo—dijo Gabrielle—. Y vendré enseguida. — Haz lo que tengas que hacer. Él habría entendido.

No había otra persona más adecuada para cuidar a su padre que la propia señora Moore. Gabrielle agradeció el espíritu bondadoso de aquella mujer, una virtud que parecía en extinción por lo que su trabajo le mostraba día a día.

Dejando las cosas en orden, Gabrielle salió de la casa, entró al auto y se dirigió al hospital donde se encontraba Maruni.

Al llegar, se identificó con su placa y a pesar de su claro nerviosismo, respiró aliviada cuando una vez más su engaño todavía funcionaba.

Llegó hasta la habitación de Maruni y se sorprendió de no encontrar ningún tipo de seguridad o custodia policial. Cuando abrió la puerta, encontró al viejo Maruni sentado sobre la cama y a su lado un hombre rondando los cuarenta años. Sin dudas el parecido era innegable.

— ¿Quién es usted?—le preguntó de forma desconfiada Fabrizioo.

Gabrielle notó que Fabrizioo enseguida se ponía de pie y se mostraba a la defensiva. Ella, en cambio, levantó su mano derecha y mostró su placa.

— Oficial Blake—dijo Gabrielle y miró alrededor.

«La Policía Superior no ha llegado todavía» pensó y sin embargo, enseguida estuvo convencida de que podrían hacerlo en cualquier momento.

— ¿Qué es lo que quiere?—dijo Fabrizioo.

— Me gustaría hablar con usted, señor Maruni —dijo Gabrielle clavando los ojos en un débil pero extrañamente lúcido Alexander.

— Mi padre ha sufrido un accidente—replicó Fabrizioo—. No puede hablar ahora mismo. Le pido que por favor se retire y nos deje en paz. Ya pronto vendrán nuestros abogados y usted y sus amigos policías podrán hacer lo que quieran. Fabrizioo sabía que estaba mintiendo. No había abogados en camino ni plan para salir bien parado de la situación. Tampoco era verdadera la confianza que tanto esfuerzo realizaba por mostrar. Gabrielle, hábil como era, pudo ver a través de la forzada arrogancia. Eran un padre y un hijo totalmente desesperados, arrinconados en una situación imposible.

Gabrielle respiró hondo y se irguió. Había calculado su siguiente movida con minuciosidad.

— Me temo que tu padre no tendrá otro momento para hablar más que éste—dijo ella mirando de forma confiada a Fabrizioo.

— ¿De qué demonios habla?—escupió Fabrizioo.

— Usted sufrió un golpe en su cabeza, ¿no es así, señor Maruni?—dijo Gabrielle mirando a Alexander.

Alexander la miró fijo por un momento y, tan débil como estaba, asintió. — ¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?—continuó Gabrielle.

— ¿Acaso es usted doctora?—dijo Fabrizio—. ¿Qué puede saber una mujer como usted?

El viejo Maruni apoyó una mano sobre su hijo para calmarlo y con frialdad le respondió a la oficial.

— Me han dicho que estuve inconsciente por unas siete horas aproximadamente. Es un milagro que me haya despertado.

— Me temo que no se trata de ningún milagro —dijo Gabrielle.

— ¿Disculpe? —Fabrizio apretó los puños y dio un paso hacia adelante, en dirección a Gabrielle.

— Los doctores seguramente ya lo saben o lo sabrán pronto... pero usted no tiene mucho tiempo.

Fabrizio miró a su padre preocupado y éste le devolvió la mirada con la misma consternación.

— ¿Qué está diciendo?—dijo Fabrizio al volverse.

— Creo que el término común es «intervalo lúcido»—respondió Gabrielle—. Eso es lo que usted está experimentando en este momento.

Ambos dos se quedaron boquiabiertos, sin saber si eran víctimas de una broma o qué. — ¿Un qué...? —dijo Fabrizio. Es un periodo de tiempo corto en el que un paciente recobra el conocimiento y aparenta estar bien, para luego empeorar con rapidez. Sucede principalmente en casos de hematomas severos en la cabeza que producen una hemorragia interna y el cerebro se llena de sangre. Como le sucedió a usted.

— ¿Es broma?

— Con toda probabilidad, los doctores se darán cuenta a tiempo y podrán ayudarlo. Pero esta puede ser la única oportunidad que tenga para hablar.

— Querrá decir que es la única oportunidad que usted tiene para saber lo que necesita saber —dijo Alexander con extraña calma.

Gabrielle asintió. Fabrizio miró a ambos, sin poder creer nada de lo que había oído.

Pasado un instante de silencio, Fabrizio fue quien irrumpió.

— No le diremos nada—dijo—. Puede irse al diablo. Usted y lo que quiera de nosotros.

— Fabrizio... —exclamó Maruni y se volvió hacia Gabrielle—. Si en verdad esto es cierto, entonces con gusto le diré lo que quiere saber.

— Papá... —insistió a su padre Fabrizio.

— Pero aún si no lo es y me recupero, igualmente hablaré.

— ¿Qué?—dijo Fabrizio—. ¿Qué estás haciendo?

— Lo que he hecho no se puede deshacer. Acepto mi parte en ello y no me arrepiento. Pero aquellas personas que no cumplieron su palabra, esos... traidores y escorias humanas. Al menos de esta manera pagarán por lo que han hecho.

Gabrielle miró a padre e hijo entablarse en un duelo de miradas. Finalmente, Fabrizio pareció resignarse.

— Estaremos bien —le dijo Alexander a su hijo—. Estaremos bien de cualquier manera.

Recuperando fuerzas, Alexander se sentó más derecho en la cama.

— Bien... —dijo—. ¿Qué es lo que quiere saber?

— Puede empezar por decirme qué diablos hay dentro de ese ataúd tan importante que tiene a todas las familias detrás de él —dijo Gabrielle—. Y por qué usted pasó por tantas dificultades para protegerlo.

Maruni pareció acomodarse en la cama, a pesar de que su posición no le permitía una

gran libertad de movimiento. Con clara incomodidad, se tomó un instante para pensar

sus próximas palabras.

— ¿Es usted religiosa, oficial Blake? —dijo Maruni.

— Ni de cerca—respondió rápidamente ella—. No pierda tiempo en juegos, señor Maruni. No puede darse el lujo de hacerlo.

— La razón por la cual le pregunto es porque... dentro de ese ataúd hay un dios. Pero un dios humano.

Tanto Gabrielle como Fabrizio se quedaron callados, totalmente confundidos. Ahora el

viejo Maruni no sólo tenía la atención completa de la oficial, sino también la de su

propio hijo.

— No le entiendo —dijo Gabrielle, algo fastidiada.

— Usted dijo que no tengo mucho tiempo, pero intentaré contarle todo desde el principio. Hace muchos años, más de los que puedo recordarme, conocí a un hombre con ideas muy particulares. Radicales, se podría decir pero no le haría justicia. Este hombre tenía una propuesta de negocio especialmente para mí, que luego podría esparcirse por el resto de las conocidas familias de lo que usted llama el «crimen organizado». Al principio nuestro negocio fue modesto, borrando la línea entre lo ilegal y lo legal. Lo moral y lo inmoral. — ¿Qué tipo de negocio?—lo interrumpió Gabrielle con clara molestia. — Nos encargábamos

de proporcionar a las personas, a las mujeres particularmente... la posibilidad de tener hijos y ser madres bajo sus propios términos. Por la mitad del precio y el doble del anonimato.

Gabrielle abrió los ojos tan grandes como platos.

— ¿Una clínica de fertilidad?—exclamó, casi sin aire.

Cuando Maruni asintió con lentitud, Gabrielle no pudo creer lo que oía. Sintió que el

tiempo se había detenido. Pero enseguida regresó a la realidad y reparó en que debía

sacar toda la información de Maruni antes de que éste perdiera el conocimiento para

siempre.

— Espere... —dijo Gabrielle intentando controlar su ansiedad—. ¿Usted está hablando de Vopreko? ¿Antonio Vopreko es el hombre con la propuesta de negocio?

Maruni fue entonces quien se quedó boquiabierto.

— ¿Cómo lo sabe?—dijo el viejo.

— ¿Cuándo comenzó este negocio entre usted y él?—inquirió Gabrielle con agitación—. La clínica de fertilidad ilegal que tenían.

— Pues, no lo sé...

— ¡Piense! ¿Hace cuánto?

— No estoy seguro...

— ¿Podría decir que fue hace unos treinta años?

Tanto Maruni como Fabrizio miraron a la oficial con total extrañeza. De repente, la

mujer se encontraba inquieta y nerviosa.

— Tal vez. Sí... —replicó Maruni, casi con temor de hacerlo—. ¿Cómo sabe todo esto?

— Hace treinta años, Antonio Vopreko robó embriones de la clínica de fertilidad Orzan-Ferrier. Nunca hubo suficiente evidencia para culparlo pero los embriones jamás fueron encontrados.

De pronto, Maruni se había quedado extremadamente callado y desviaba la mirada de

Gabrielle. Ella lo leyó enseguida.

— Usted sabía eso, ¿no es así?—le dijo.

— Sí... Se suponía que el robo sería enterrado.

— Y lo fue en aquel entonces. ¿Qué hizo con ellos? ¿Con los embriones? — Los modificó. Los mejoró, según sus propias palabras.

— ¿Para qué? ¿Con qué fin?

— Ya le dije, tenía las ideas más particulares... Quería saltar al próximo escalón de la evolución, en vez de esperar a que sucediera naturalmente. Al menos, así me pareció.

Fabrizio no podía dejar de mirar perplejo a su padre y se dio cuenta que apretaba con

fuerza la pequeña baranda de la cama médica. Por fin oía la tan ansiada confesión de su

padre con respecto a todo; las «ratas de laboratorio» como Marco eran producto de un

negocio. Tan sólo eso. ¿Por qué lo amaba tanto o más que a él entonces? ¿Cómo podía? — ¿Qué tipo de «mejoras»?—dijo Gabrielle.

— De todo tipo —replicó Maruni—. Desde su inteligencia, pasando por su fuerza y resistencia, hasta inclusive su escasa necesidad de consumir alimentos y descansar. Estas serían personas capaces de hacer las cosas más increíbles jamás pensadas y que podrían asegurar la supervivencia del hombre en el futuro, además de mejorar la propia subsistencia en este planeta, como él mismo decía. Una raza de humanos que no consumen recursos en enormes cantidades, que están más preparados para ambientes hostiles o extremos, y que no desperdician un segundo en dormir. Mejores ojos, mejores mentes y mejores cuerpos.

En su cabeza, Gabrielle no podía dejar de pensar en el «mudo». Todo parecía encajar

ahora; quién era él y quién había sido su madre. El recuerdo de la increíble resistencia y

fortaleza del escuálido «mudo» le vino a la mente de forma tan fresca como si hubiera

sido el día anterior. ¿A esto se refería Maruni? ¿Ése era el plan de Vopreko? — ¿De cuántos embarazos estamos hablando?—dijo Gabrielle—. ¿A cuántas mujeres trataron?

— No sé la cantidad exacta. Tampoco puedo decir cuántos hijos tuvieron cada una de ellas. A veces los embriones producían un solo embarazo, otras veces múltiples. Muchas de las mujeres tuvieron gemelos.

Gabrielle todavía seguía desconcertada por todo el asunto.

— ¿Por qué lo hizo?—dijo—. ¿Por qué ayudó a Vopreko? ¿Qué había para usted en todo esto?

En ese momento, Fabrizio intercambió miradas con Gabrielle y ella lo notó. Luego,

volvió a mirar a su padre. En su mirada pedía a gritos una verdadera razón por parte del

viejo Maruni.

— No pudo haber sido sólo por el dinero —agregó Gabrielle.

Lentamente, Maruni negó con la cabeza.

—Además de lucrar con el dinero de las operaciones en sí —dijo el viejo Maruni—, nos

beneficiaríamos de los frutos de nuestros experimentos.

Gabrielle comprendió enseguida.

— Todos esos hijos... Usted se lo llevó. Usted y Vopreko.

— Los vendimos como lo que eran: inversiones a largo plazo. Esos niños crecieron para convertirse en hombres excepcionales.

— Querrá decir en armas humanas para su propio negocio.

— Fue un justo reparto. Cada familia, cada sindicato realizó su inversión y adquirió una cantidad determinada de niños para criar en su propio entorno y bajos sus términos.

— Enriqueciéndolo a usted y a Vopreko en el transcurso.

— Sólo a mí—dijo con cierta soberbia—. Vopreko no quiso saber nada con ello. Para él, se trataba de familia, no de productos.

Maruni miró a su hijo.

— Ahora puedo decir que lo entiendo y que comparto tal sentimiento —exclamó

—. Mi esposa dio a luz a uno de ellos y lo amo tanto como te amo a ti, Fabrizio. Fabrizio vio a su padre y comprendió, para su tristeza, a lo que se refería. El amor que el viejo Maruni tenía hacia Marco era genuino.

— ¿Cómo pudo hacer algo así?—continuó Gabrielle—. Robarles los hijos a todas esas mujeres, ¿para hacer qué? ¿Criarlos para convertirse en asesinos? ¿En criminales superdotados?

— Usted no conoce el potencial de estas personas —dijo Maruni volviéndose hacia Gabrielle—. El poder que tienen en sus manos. Nosotros meramente lo cosechamos antes que nadie.

Gabrielle apretó los dientes y por dentro deseó que Maruni no viviese para contarle.

— Pero ahora el tiro les salió por la culata, ¿no es así?—dijo ella—. Fue por esto que la guerra comenzó.

— La guerra comenzó porque el rumor de algo nuevo surgió. Algo más poderoso que todos nosotros. Y todos necesitaban tenerlo. Como la bomba atómica durante la Segunda Guerra Mundial. Quien quiera que lo tuviese en sus manos, vencería a cualquiera que se pusiera en su camino.

— El ataúd —dijo Gabrielle—. ¿Qué hay en él?

— Ya se lo dije.

— El «dios humano»—repitió Gabrielle con ironía—. ¿Se supone que le crea?

— Ver es creer en este caso, oficial Blake.

Con cierto nerviosismo, Gabrielle se movió de su lugar y empezó a caminar de un lado al otro, debatiéndose si marcharse ahora mismo y dejar que Maruni se pudra. Fue entonces que recordó: «¿Cuánto tardará la Policía Superior en estar aquí?». Y más aún: «¿Debería mencionar algo de esto a Maruni?».

— Ya le he dicho lo más que pude—continuó Maruni—. Como sabrá, el asunto ahora se ha vuelto demasiado ambiguo. Nubloso y confuso. Ya no se sabe qué es qué.

— ¿Adónde llevaba el paquete?—dijo Gabrielle.

Maruni la miró de forma incrédula.

— Usted le pagó a Jonathan Gletzer para que transportara el paquete —dijo ella—. ¿Adónde lo llevaban?

Gabrielle hizo un deliberado esfuerzo por ocultar el hecho de que había hablado con Jonathan y que éste era quien había delatado a Maruni. Debía probar si el viejo estaba diciendo la verdad o no.

— El señor Pastrunni fue quien le pagó al señor Gletzer para transportar el paquete —dijo Maruni.

— Bajo sus órdenes —remarcó Gabrielle.

— Así es.

— ¿Dónde?

— El paquete debía llegar al pueblo de Tinetele.

Comprobado. Maruni estaba diciendo la verdad. «La confesión de un condenado a

muerte» pensó Gabrielle.

— ¿Por qué Tinetele?—dijo ella—. ¿Qué hay allí?

— El único lugar donde podíamos mantener el control total sobre el paquete. Como una sustancia inestable, debía mantenerse resguardada hasta que estuviera lista. Y no hay mejor lugar para esconder nuestros secretos que bajo tierra. — ¿Se refiere a un lugar subterráneo?

— Ya no importa dónde se encuentra. Lo que importa es qué harán con él. — ¿Qué significa un «dios humano»? ¿Qué es eso?

— Es la culminación de todo el trabajo. El trabajo de Vopreko. Es él a quien debe preguntarle, no a mí. Sólo él puede decirle el verdadero poder que se esconde detrás de algo tan superior como la... forma de vida que creó. Pero una cosa me ha asegurado: nosotros nos arrodillaremos ante él... como los antiguos se arrodillaban ante dioses paganos. O ante reyes. Porque quien tenga el poder de un dios en su mano, dominará el mundo. Tan simple como eso.

Poco sabía nadie en esa habitación que en cuestión de algunos minutos, la Policía

Superior llegaría a destino.

Gabrielle se detuvo y dejó de moverse de un lado a otro. Clavó la mirada dura en el postrado Maruni.

— ¿Dónde está el ataúd ahora?—dijo.

— No lo sé—replicó Maruni—. Pero dado el grado de traición que mi familia y yo sufrimos, es correcto suponer que ya no se encuentra más en mi poder.

— ¿Cómo encuentro a Vopreko?

— Como podrá suponer, después de que le robé el trabajo de su vida, nuestra relación laboral se dio por concluida. Me declaró la guerra. A mí y a mi familia.

— Ahórreme el fastidio —dijo Gabrielle—. Tiene que haber una forma en que pueda encontrarlo.

— Ya le hemos dicho todo lo que sabemos —exclamó de repente Fabrizio—. Por favor, váyase. Mi padre tiene que descansar y recuperarse. Si tiene más preguntas, podrá hacérselas a nuestros abogados cuando lleguen. Gabrielle se mantuvo quieta, confiada y desafiante.

— Alguien está en camino, pero de seguro no serán abogados —dijo en tono amenazante y luego miró al viejo Maruni—. Le pondré fin a todo esto, señor Maruni.

Y acto seguido, Gabrielle se dio media vuelta y se marchó, con total indiferencia respecto al futuro inmediato de Maruni padre e hijo.

Cuando caminó por el corredor, rogó no encontrarse con nadie de la Policía Superior, si era que en efecto Maruni tenía algo de valor para ellos. Pero ¿cómo podría no tenerlo? Llegó hasta el estacionamiento subterráneo del hospital donde había dejado su auto. Lo próximo que debía pensar era cómo seguía desde ahora en más. Ya tenía confirmación de que Vopreko estaba involucrado, que el robo de la clínica de fertilidad estaba conectado con él. Y que la madre del «mudo» era una posible paciente del turbio negocio del «Albino» y Maruni. Pero todavía le quedaba por saber cuántos como el «mudo» había de verdad allí afuera. Y por supuesto, cómo detener a lo que sea que Maruni había querido decir con «dios humano». ¿Acaso debía tomarlo literal? No podía tratarse de un ente sobrenatural, eso era ridículo. ¿Entonces? ¿Se refería a un «superhombre» que reunía todas las características y mejoras que Vopreko insertó en los embriones y que Maruni vendió a las demás familias? ¿O el hecho de que sea un «dios» significaba algo más? Y si todo esto era cierto, ¿qué planeaba hacer con él? «Quien tenga el poder de un dios en su mano, dominará el mundo». Las palabras de Maruni, si bien algo escandalosas, podían estar más cerca de la verdad. La verdadera intención de Vopreko con respecto a todo esto era totalmente desconocida. Podía tener cualquier motivo para llevar a cabo semejante experimento de décadas de duración. Gabrielle no se creía la mentira de que

Vopreko podía estar haciendo esto sólo por el bien de la humanidad y de la especie sobre este planeta.

Cuando ingresó al auto, continuó sobrecogida por todo el asunto. Una especie de pesadilla en vida. Pero una que resultaba muy real y muy creíble. Cada uno de los «monstruos» podían existir y existían.

Tan alborotada como estaba y exhausta de tanto pensar, de reflexionar y considerar cada pequeño detalle y cada posibilidad, no se percató de cuánto había bajado sus defensas. La mano que la sujetó por detrás y le tapó la boca tenía una fuerza increíble. Como una especie de mordaza, la mano presionó y la inmovilizó. Acto seguido, sintió una protuberancia en el respaldar del asiento. No necesitó mucho para intuir que era el cañón de un arma atravesando el cuero y presionando contra su espalda.

— No grites —le dijo una voz masculina proveniente del asiento trasero—. Si te mueves, pondré dos balas en tus pulmones y te ahogarás pidiendo aire antes de morir. ¿Me has entendido?

Gabrielle intentó moverse, sin éxito. El agarre era fuerte y la punta de pistola pareció clavarse aún más en su espalda. La otra mano del hombre llegó hasta su cintura y le quitó su arma con minuciosa precisión, llevándosela consigo.

A pesar de que sabía que tales amenazas de su captor eran comunes en esas situaciones y tal vez algo exageradas, por alguna razón sentía que no debía arriesgarse con este matón en particular.

— ¿Me has entendido?—repitió el hombre entre dientes.

Tratando de tranquilizarse y de controlar su respiración, Gabrielle dejó de sacudirse en el asiento y se quedó quieta. Sin embargo, se mantuvo alerta y lista para salir corriendo. Gabrielle asintió para hacerse entender. Luego, sintió que el agarre se aflojaba y la mano del hombre se desprendía de su boca. Pero todavía podía sentir la punta del arma como una filosa daga penetrando de a poco.

— ¿Qué es lo que quieres?—dijo Gabrielle y levantó los ojos para ver en el espejo de retrovisor a quien tenía detrás.

Sobre el vidrio pudo ver mitad del rostro: un hombre joven, tal vez uno o dos años más que ella. No lo reconoció para nada. Apenas el captor se dio cuenta de esto, echó su cuerpo hacia atrás, hundiéndose en la oscuridad.

Pasados unos segundos de silencio, el hombre habló.

— ¿Por qué estabas hablando con mi padre?—dijo.

Gabrielle arrugó la frente. Lo que menos se esperaba era oír algo así.

— ¿Tu padre?—dijo ella—. ¿A qué te refieres con tu padre...? ¿Quién eres? Gabrielle hizo un intento por moverse y darse vuelta para poder ver el rostro del hombre. Sin embargo, éste lo advirtió enseguida.

— Dije que no te movieras —exclamó.

Pero Gabrielle, a pesar de que obedeció, ya no temía tanto por su vida. Ahora comprendía lo que estaba sucediendo.

— Tu padre me contó todo lo que sucedió —dijo Gabrielle—. Tú debes ser su otro hijo. Él me dijo de lo que tú eras capaz.

Desde el asiento trasero sólo hubo una respiración calma, mientras Marco oía con atención a Gabrielle y observaba cada uno de sus movimientos. Si no fuera por ella, no habría sabido que tanto su padre como su hermano Fabrizio habían logrado salvarse. Pero todavía no tenía las respuestas que quería.

— Tú no sabes nada sobre mí—dijo Marco—. ¿Qué pasó? ¿Por qué se encuentra mi padre en el hospital?

— Fue atacado. Dijo que fue traicionado por la gente con la que hizo negocio.

— ¿Quién fue?—exigió saber Marco—. ¿Quién lo hizo?

— No lo sé... Lo único que sé es que... el hombre a quien le robó es el mismo que yo busco. Queremos lo mismo, tú y yo.

— ¿Y qué es eso?

— Atrapar a este hijo de puta.

Marco calló, pensando todavía en qué clase de atentado podría haber dejado a su padre en el hospital. ¿Y cuál, de todas las familias, había decidido pasarse al otro bando? Fueran quienes fueran, los encontraría. Y los haría pagar, de una manera u otra.

— Escucha—dijo de repente Gabrielle—, sé que no tenías necesidad alguna de presentarte como el otro hijo de Maruni. Hiciste eso para que yo supiera quién eres. Porque sabes que podemos trabajar juntos.

— ¿Por qué querría yo trabajar contigo?

— Porque si tú me ayudas, le haré pagar.

— ¿Lo arrestarás y lo mandarás a prisión?

Gabrielle dudó qué responder por un momento.

— De una manera u otra, pagará—concluyó.

Marco repasó un instante sus opciones. ¿Confiar en un policía? ¿Era eso prudente con todo lo que estaba sucediendo y el secretismo de la operación que ahora parecía pronta a salir a la luz? Una cosa le quedaba en claro: la familia Maruni estaba fuera de juego. Ahora otros controlaban el arma más poderosa del mundo. Y lo único que les quedaba por hacer era huir. O pelear.

— ¿Cómo sabes siquiera que se trata del mismo hombre?—dijo Marco.

— Hay una fotografía suya en el bolsillo de mi chaqueta —replicó Gabrielle con las manos levemente en alto—. Sácala y míralo por ti mismo.

Con precaución, Marco obedeció y pronto tuvo en sus manos la fotografía de un hombre pálido de cabello amarillo blanquecino y los rojos casi rojos. «Un Albino» pensó enseguida. Luego, reparó en que lo había visto antes.

— ¿Lo reconoces?—dijo Gabrielle.

Pero Marco no respondió. Continuó mirando la foto, convencido ya ahora de que se trataba de la misma persona que había visto llegar al almacén, poco antes de escapar del gas nervioso. Si era quien creía que era, la oficial buscaba a un pez grande y quizás había mordido más de lo que podía masticar en todo este asunto. — Su nombre es Antonio Vopreko —prosiguió Gabrielle—. Él y tu padre han hecho negocios juntos. Y él es la razón por la cual tú naciste, según tengo entendido.

Aunque se había sorprendido de escuchar esto último, Marco lo disimuló con soltura.

— Él es responsable de que tú seas capaz de... las cosas que puedes hacer. Embarazó a tu madre con...

— Conozco la historia de mi vida—la interrumpió Marco—. Y la última vez que vi a este hombre fue en un almacén en Tinetele.

Marco arrojó la foto de regreso en el asiento del copiloto. Gabrielle la observó caer sobre el tapizado felpudo.

— Y créeme, no fue algo bueno que estuviera allí —agregó Marco. — El ataúd —exclamó Gabrielle—. ¿Puedes ayudarme a encontrarlo? — No hay nada que puedas hacer. Ya es demasiado tarde. El ataúd está abierto. Y lo que sea que salió de su interior, está libre. No te preocupes; no tendrás que ir a él. Pronto, ello vendrá a ti. Y a todos nosotros.

— Podemos detener todo esto —insistió Gabrielle—. Sólo dime dónde está Vopreko. Por favor. Ayúdame.

Los segundos parecían eternos y el silencio de Marco era profundo cada vez que se tomaba un instante para pensar y evaluar sus opciones. Pero no le quedaban muchas. Tal vez podía beneficiarse si ayudaba a la oficial. Si en verdad ella era capaz de hacer lo que decía, entonces existía una buena chance para él y su familia de salir vivos de la situación.

Al cabo de un tiempo, Marco dijo:

— Hay una estación de ómnibus abandonada en la zona oeste de la ciudad. Si en dos días sigues viva, ve allí.

Gabrielle intentó volverse pero supo que no le convenía.

— No me sigas —dijo Marco.

— ¿Por qué dos días?—dijo ella.

Sólo hubo silencio como respuesta. Y luego la puerta trasera del auto se cerró. Casi sin haberlo oído, Marco había desaparecido con increíble sigilo.

30

Fabrizio todavía intentaba comprender toda la situación. Su padre lo observaba moverse cerca de él con claro nerviosismo.

— No puedo entender cómo me ocultaste todo esto—dijo Fabrizio—. Después de tanto tiempo. Y ahora, acabas de echar por la borda todo el trabajo de tantos años. Estamos acabados, papá. Perdimos todo.

— Tu hermano... —dijo Maruni con un extraño dolor y los ojos algo entrecerrados—. Tu hermano es el futuro. Él continuará nuestro legado. El legado Maruni.

— ¿Y qué hay de mí?—dijo Fabrizio con desasosiego—. ¿Jamás me consideraste en todos tus planes? ¿No soy también tu hijo?

El viejo Maruni cerró los ojos para volverlos a abrir con lentitud y con una clara mueca de dolor. Fabrizio se convenció de que el repentino cambio de estado de ánimo de su padre se debía a los medicamentos. Y tampoco podía pensar en eso ahora. Se sentía traicionado.

— ¿Qué hice para decepcionarte tanto?—continuó Fabrizio—. ¿Para hacer que me odieras?

— Me decepciona... porque eres igual a mí. Somos débiles, hijo. No estamos destinados a durar. Ni tú ni yo. Pero Marco... él será el primero.

— ¿Dónde se encuentra él ahora entonces?—dijo Fabrizio con odio—. ¿Por qué no está aquí?

Su padre calló y de repente los ojos se le cerraron por completo.

— ¡No te duermas! —exigió Fabrizio—. ¡Respóndeme! ¿Por qué lo prefieres a él cuando tú no le importas? ¡Ni siquiera es humano! ¡No es capaz de amarte como un hijo debe! ¡Pero yo sí! ¡Papá!

El viejo Maruni pareció perder fuerzas y su cabeza se cayó sobre su hombro derecho de tal manera que aparentaba haber perdido control de su propio cuerpo. La expresión en el rostro fue más profunda; los ojos estaban tan cerrados como si estuvieran cocidos y su boca quedó semi abierta y blanda. De pronto, Fabrizio notó la extrema flacidez de su padre y supo que no era nada bueno.

— ¡Papá! —dijo—. ¡Papá, vamos! ¡Despiértate! ¿Papá?

Pero esta vez no era como en el hotel. Fabrizio lo sabía.

Desesperado, empezó a sacudir a su padre y a gritar por ayuda. De sus ojos brotaron

lágrimas, tanto de odio como de tristeza.

Para su alivio, alguien respondió a los pedidos de auxilio. Notó que la puerta se abría y

por un instante albergó la esperanza de que los doctores pudieran salvar a su padre a

tiempo. Después de todo, la oficial Blake había dicho que si los doctores reaccionaban a

tiempo, las chances de sobrevivir serían altas.

Pero todo cambió cuando observó las personas que ingresaban al cuarto: tres hombres

vestidos con ropa oscura en vez de los tan tradicionales uniformes sanitarios.

Fabrizio lo

supo enseguida; aquellos no eran doctores.

— ¿Quiénes son ustedes?—exclamó.

Sin responder, los hombres avanzaron. El último de ellos cerró la puerta detrás.

El

primero fue quien tomó el mando. De tez blanca y cabello rubio cortado al ras, la expresión en sus ojos negros era totalmente neutra.

«Igual que la de Marco» pensó Fabrizio.

El uniforme del extraño hombre llevaba una particular insignia tanto a la altura del

pecho izquierdo como al costado del hombro. Con letras grises y claras, leía: «PS».

Fabrizio no necesitó más. «PS = Policía Superior».

En ese preciso instante, el hombre de ojos negros sacó un arma preparada con un silenciador. Apuntó y disparó. La bala se insertó justo en el medio de la frente de Fabrizio y le arqueó la cabeza hacia atrás. Una mancha de sangre estalló y salpicó en la

pared detrás. El cuerpo de Fabrizio cayó como un peso muerto.

El segundo hombre se adelantó y se dispuso a limpiar la escena, al mismo tiempo que

sacaba una extensa bolsa de plástico para cadáveres.

— Asegúrense de dejar todo limpio —dijo el primer hombre—. El hospital nos pidió no dejar ni una gota.

Todos asintieron. El primer hombre se volvió hacia el viejo Maruni tendido sobre la

cama. Su destino estaba claro.

31

Marco caminó por el corredor del hospital con apremio. Ansiaba ver a su padre y asegurarle que todo estaría bien. Que los tres juntos podrían salir de esta situación y al menos salvarse ellos mismos, mientras el resto del mundo sufría las consecuencias de lo que habían hecho.

Tampoco dejaba de pensar en la oficial Blake. Había algo extraño en aquella mujer. Una sensación de ambigüedad la rodeaba. Era como si no pudiera leerla por completo. Pero sentía, raramente para alguien como él, que tal vez confiar en ella no era una mala idea. Cuando arribó a la puerta que la recepcionista le había

indicado, la encontró cerrada. Pero no oyó ruidos provenir desde su interior. Su afilado sentido de alerta lo hizo moverse con rapidez.

Si la puerta estaba cerrada, era señal de que algo andaba mal.

Dio un paso hacia atrás y sin perder ni un instante, tiró la puerta abajo. La escena con la que se encontró lo dejó totalmente pasmado.

El cuerpo de Fabrizio yacía en el piso, cubierto en su totalidad por una bolsa de plástico a la cual sólo le faltaba subir su cierre para ocultar el rostro. Dos hombres rodeaban la cama donde su padre, con apariencia mortecina, yacía completamente indefenso. — ¡No! —gritó Marco y se abalanzó hacia dentro.

El tercer hombre de la PS sacó su arma y apuntó, pero Marco fue más rápido. Con un ágil movimiento, se agachó por debajo de la línea de fuego. El arma disparó y la bala silenciosa se estrelló contra la pared opuesta. Con la gracia de un animal salvaje, Marco atacó al tercer hombre por debajo y se ubicó detrás de él, profiriéndole un agarre en llave alrededor del cuello. Con su mano libre, Marco tomó control del brazo del hombre y del arma que sostenía. Pronto, pudo usarlo para defenderse de los otros dos. El líder del trío sacó su arma también y disparó una bala que se clavó en la clavícula de su compañero, pero atravesó lo suficiente para perforar el hombro de Marco también. Soportando el dolor, Marco evitó perder el equilibrio y librar a su víctima. Forzó el brazo de su presa hasta que éste disparó involuntariamente sobre los otros dos. El líder se echó al suelo para protegerse, pero el segundo no tuvo tanta suerte. Las tres balas impactaron sobre su pecho y lo empujaron hacia atrás.

En esa fracción de segundo, el líder apuntó desde lo bajo con su arma. Reaccionando rápido, Marco utilizó a su víctima como escudo humano. Los disparos fueron mortales y pronto el tercer hombre dejó de respirar. Marco lanzó el cadáver contra el líder y mientras éste se cubría, Marco se abalanzó sobre él, quitándole su arma. Pronto, la pelea fue cuerpo a cuerpo, todo a la vista de su padre moribundo.

La pelea duró apenas unos segundos. Marco logró quebrar el brazo del líder y luego clavó su rodilla en el medio de la columna vertebral. Sin desperdiciar un segundo, recogió el arma que se había caído y gatilló el disparo final que terminó con la vida de su oponente.

Pero había algo con lo que no había contado: el segundo hombre estaba lo suficientemente vivo para levantar su arma y en vez de dispararle a Marco, apuntó a Alexander Maruni. La bala atravesó la cabeza del viejo.

Marco se dio vuelta y le disparó al segundo hombre, matándolo al instante. Pronto notó lo que había sucedido. La cabeza de su padre sangraba con increíble rapidez. Oyó pasos y gritos provenientes de afuera. Todavía con tristeza y con dolor, se asomó por la puerta y notó hacia el final del pasillo que más hombres

de la PS se acercaban, con las armas desenfundadas. No tenía tiempo. Se volvió hacia adentro y cerró la puerta, aunque no le sirviera de nada. Incapaz de ayudar ni a su padre ni a su hermano, divisó una ventana. Con su increíble fuerza perforó de un puñetazo el vidrio doble y se abrió lugar. Saltó hacia afuera y descendió por la fachada. Luego echó a correr con una velocidad pasmosa. Los hombres de la PS llegaron justo a tiempo para verlo alejarse y perderse entre las pequeñas calles que rodeaban la manzana del hospital. Herido y completamente solo, Marco había logrado escapar.

32

Después del extraño encuentro con Marco, Gabrielle decidió regresar a la casa de su padre. Su sensación de inseguridad cada vez aumentaba más. Todo lo que había descubierto hasta el momento estaba más allá de lo que hubiera imaginado posible, pero sin embargo de una cosa había tenido razón: Vopreko estaba involucrado. Esta vez no eran imaginaciones suyas ni ella intentaba forzar las cosas para satisfacer un deseo de venganza personal. Por el contrario, el «Albino» realmente tenía responsabilidad en el asunto y respondería por lo que había hecho.

Ese simple hecho la calmó e hizo que pudiera considerar la posibilidad de confiar en Marco. Al fin y al cabo, tenían el mismo interés, aunque los Maruni compartieran la culpa.

La gran pregunta era cómo podían haber hecho esto durante tanto tiempo; una inversión de más de treinta años de tiempo, ¿para qué?

En su cabeza, repitió cada palabra dicha durante la conversación con Maruni y luego con su hijo. Ya no le importaba tanto comprender del todo las verdaderas razones detrás del particular experimento llevado a cabo por Maruni y Vopreko juntos; con lo poco que sabía podía hacerse una idea suficientemente acertada para entender. Lo que le interesaba ahora, en cambio, era si entre todo lo hablado se escondía alguna clave con respecto al actual paradero de Vopreko.

El propio Alexander había negado rotundamente tener conocimiento alguno y Gabrielle estaba convencida de que no tenía motivo alguno para mentir. El último lugar donde se lo había visto al «Albino» era en un almacén en Tinetele. ¿Podría ser posible que continuara allí? Si en efecto esto era así, Gabrielle tendría que encontrar una manera de escapar los límites del Estado de Rosthalion, bajo su propio riesgo. Tal como le había dicho a Anderson.

Su única chance de acercarse a su objetivo era Marco. Y ahora debía esperar dos días para volver a verlo. ¿Sería demasiado tarde para ese entonces? ¿Podría el supuesto «dios humano» haber salido a la luz a esa altura? Ni siquiera sabía de lo que era capaz o qué significaría para la población la existencia de tal... cosa.

Sin grandes respuestas, continuó conduciendo. Por el momento, su prioridad

sería cuidarse de sí misma y de su padre hasta contar con mayor información que pudiera arrojar alguna luz sobre todo el asunto.

Arribó a la casa de su padre y al ingresar se encontró con la señora Moore sentada en la sala de estar, con el televisor encendido en algún aburrido programa de cocina que nadie realmente miraba. Gabrielle pudo intuir que la señora Moore había preferido ver cualquier otra cosa en lugar de las noticias locales. Algo todavía continuaba perturbándola de sobremanera.

Apenas vio a Gabrielle entrar, la señora Moore se puso de pie. Llevaba en su rostro una expresión que parecía haberse eternizado en ella ahora: una constante mueca de preocupación máxima.

— ¿Sucede algo?—exclamó Gabrielle sin terminar de acomodarse.

— No se ha querido levantar —replicó la señora Moore—. Quiere quedarse en la cama.

— ¿Está despierto?

La señora Moore asintió.

— Pero ha decidido que quiere pasar el resto del día descansando y viendo televisión en su cama.

— Bueno... —dijo Gabrielle comprendiendo la preocupación de la otra—. Yo lo convenceré de que salga un poco de su habitación. Quizás juguemos a las cartas de nuevo o hagamos un crucigrama si se encuentra de buen ánimo. La señora Moore sonrió apenas levemente; una sonrisa para nada genuina.

— Muchas gracias por toda su ayuda—le dijo Gabrielle—. Usted es una buena compañía para mi padre.

Antes de que pudieran compartir un momento de alegría y olvidarse por un instante de todas las preocupaciones que hostigaban a cada una, Gabrielle oyó algo proveniente del exterior que le llamó la atención. De pronto ya no sonreía más y su sentido de alerta se había activado.

El extraño ruido había resonado claro en su cabeza: el sonido de puertas de automóviles que se cerraban, acompañadas de la vibración constante de un motor en marcha. Como si estuviera en una especie de película, todos los sonidos a su alrededor se atenuaron y sólo se concentró en esas aparentes puertas que se cerraban y los motores de vehículos

apagándose. Incluso la propia voz de la señora Moore parecía un eco distante. — ¿Qué pasa?—preguntó la señora, luego de notar el repentino cambio de actitud en Gabrielle.

— Alguien está en la puerta.

Gabrielle clavó sus ojos en la entrada principal y al unísono, alguien la golpeó desde

afuera, con imponente determinación. Los toques hicieron sobresaltar a la señora

Moore, quien en su vida había oído jamás que alguien se anunciara de esa manera en una casa.

— No atienda—le ordenó Gabrielle, casi como adivinando.

La señora Moore se quedó en su lugar, totalmente desconcertada por la situación. Cierta

angustia pareció invadirla.

Sin embargo, la puerta fue tirada abajo segundos después y al interior de la casa ingresaron hombres uniformados portando armas automáticas y cascos especiales. La

misma imagen Gabrielle había visto el día anterior.

Los agentes de policía comenzaron a gritar ni bien dieron el primer paso. — ¡No se muevan! ¡Quédense donde están!

En la rapidez de sus movimientos, Gabrielle alcanzó a ver fugazmente la insignia de los

hombres; una vez más las letras «PS» le resultaron inconfundibles.

Con tranquilidad, Gabrielle levantó las manos en el aire. Y la señora Moore, completamente atemorizada, la imitó.

Cuando los tres agentes que encabezaron la entrada hicieron contacto visual con ellas,

instintivamente apuntaron sus armas a las dos y les gritaron:

— ¡Al suelo! ¡De rodillas, ahora!

Gabrielle obedeció. La señora Moore hizo su mayor esfuerzo por doblar sus rodillas

gastadas y agacharse. Cada uno de sus viejos huesos tronó y crujió como madera vieja.

No podría volver a levantarse sin dolor.

Los tres agentes las rodearon y detrás de ellos ingresaron otros tres más, cubriendo tanto

la entrada principal como apuntando de frente a Gabrielle. Ésta les echó una mirada

llena de odio. Al mismo tiempo, no entendía del todo lo que sucedía. Pero ya comenzaba a hacerse una idea.

Ni bien terminaron de asegurar el lugar, los agentes actuaron. Sin darles respiro, dos de

ellos sujetaron a la señora Moore por los brazos y la obligaron a levantarse. Como una

especie de tortura sádica, la habían obligado a doblar su dolorido cuerpo para luego

tener que volver a erguirse con brusquedad. Gabrielle trató de no moverse mucho, y todavía con las manos en alto, giró apenas la cabeza para ver de reojo lo que sucedía detrás de ella.

— ¿Qué están haciendo?—dijo Gabrielle—. ¡Suéltenla!

Pero ninguno de los agentes la escuchó. Levantaron a la señora Moore y, casi arrastrándola, la sacaron de la sala de estar y de la casa. En cuestión de un segundo, desapareció de vista.

— ¿Adónde la llevan?—exigió saber Gabrielle.

Antes que pudiera demandar más respuestas, notó que los agentes se mantenían inmóviles y tranquilos, como si aguardaran a alguien. Pronto, Gabrielle confirmó todas sus sospechas.

Del mismo lugar donde vio a la señora Moore desaparecer por última vez, Gabrielle

divisó una figura familiar acercarse hasta ella.

Mark Anderson la miró y enseguida negó con la cabeza, como si estuviera decepcionado. Se ubicó en el otro extremo de la habitación, de espaldas a Gabrielle. — Puedes ponerte de pie, Gab —le dijo.

Gabrielle, mirando a su compañero con estupefacción, se puso de pie lentamente. — Los hombres sólo seguían el protocolo estándar —se justificó Anderson. — ¡Ni mierda! —replicó Gabrielle clavando su mirada filosa en él—. ¿Qué diablos estás haciendo aquí, Mark? ¿Adónde la han llevado?

Anderson parecía intentar esquivar el contacto visual con ella. Unió sus manos y se

encorvó, como si adoptara la apariencia de un falso inocente.

— Decidí venir en persona apenas me enteré—dijo él—. Te debo esto al menos. Aunque sea la cortesía.

— ¿De qué demonios estás hablando?

— Tengo mis órdenes, Gab. No he venido por ti.

Dicho esto último, Anderson levantó la cabeza y se volvió hacia ella, mostrándose

confiado. La mirada en sus ojos parecía apagada.

Gabrielle no necesitó más para confirmar lo que ya sospechaba.

— Maldito hijo de puta... —le dijo Gabrielle casi quedándose sin aire. — Ya sabes lo que tengo que hacer. ¿Dónde está él?

La ira hirvió por dentro de Gabrielle, quien habló apretando los dientes. — Rata

inmunda... No te dejaré que le toques ni un pelo.

— No es tu decisión. Lo siento, Gab. Me hubiera gustado que...

— ¿Las cosas fueran diferentes?—lo interrumpió ella casi con burla—. Mézetelo por el culo, imbécil. Deberías haberlo pensado antes de tomar este trabajo, maldito maricón.

Anderson sonrió irónicamente y reparó en su compañera llena de odio.

— Eso es bueno —le dijo él—. Lo necesitarás.

Con desdén, Anderson se volvió hacia sus hombres y les ordenó:

— Revisen las habitaciones.

— ¡No! —exclamó Gabrielle y se abalanzó sobre Anderson—. ¡No lo toquen!

Ninguno de los agentes ni el propio Anderson logró reaccionar a tiempo. Gabrielle

lanzó su puño cerrado en el aire e impactó contra la mandíbula de su ahora ex compañero. Éste cayó hacia atrás, sintiendo el agudo dolor esparcirse por todo su rostro.

No pudo creer la fuerza con la que la policía lo había golpeado, tan así que de su boca

comenzó a brotar sangre.

Enseguida un agente dio vuelta su arma y con la culata golpeó la costilla de Gabrielle.

Ella gritó de dolor y cayó al suelo enseguida. Mientras Anderson se recuperaba, pudo

ver cómo el agente daba un paso hacia adelante y se preparaba para golpear nuevamente

con la culata el rostro de Gabrielle.

Pero Anderson lo frenó al instante.

— ¡Alto! —dijo.

El arma del agente se detuvo en el aire y en los próximos segundos, tanto Anderson

como Gabrielle se recuperaron de sus respectivos golpes. Pero ahora Gabrielle estaba

caída sobre sus rodillas y cuatro agentes en total apuntaban sus armas sobre ella.

Anderson todavía respiraba agitado y se limpiaba la sangre que brotaba de su labio

cortado. Intercambió miradas con Gabrielle y ninguno de los dos reconoció en el otro a

su antiguo compañero.

— Lo encontramos, señor—dijo uno de los agentes a Anderson, regresando del interior de la casa.

Gabrielle no pudo contener sus lágrimas, tanto de tristeza como de puro odio. — Bien —dijo Anderson—. Prepárenlo.

— No puede moverse, señor—contestó el agente—. No por sí solo. — Entonces cárguenlo, idiota.

— Sí, señor.

El agente se alejó, regresando a la habitación del padre de Gabrielle. Dos agentes más llevaron una camilla especial. Gabrielle estaba desesperada al ser incapaz de oír a su padre y por lo que éste estaría pasando ahora mismo.

Entre sus sollozos de pura impotencia, Gabrielle habló.

— Es un pobre viejo enfermo, maldito bastardo —le dijo a Anderson—. Él no ha hecho nada. No es una amenaza para ustedes...

Anderson se acercó a ella.

— El Estado de Rosthalion no tiene ningún uso para los enfermos y moribundos — dijo él—. Considera esto como un favor.

— No te atrevas a tocarlo...

— Todo esto es culpa tuya, Gab. Deberías haber aceptado mi oferta. Podríamos haber estado juntos. Pero ahora no eres más que una civil común y corriente, hija de un hombre inferior. Y es por eso que, acorde a las leyes del Estado Soberano, serás trasladada al centro de esterilización más cercano. Verás que nadie tiene intenciones de lastimarte, pero la obediencia es intransigente.

En ese instante, los agentes regresaron de la habitación cargando con dificultad la

extensa camilla que cargaba con un aterrorizado y confundido Edward Nicholas Blake.

Gabrielle levantó la cabeza y miró a su padre tendido sobre la camilla como un soldado

herido de guerra. Mientras los agentes lo trasladaban pasando por la sala de estar,

Gabrielle pudo ver en el rostro de su padre el miedo y el terror. La tristeza de verlo así,

de camino a la muerte segura la volvió loca.

Se puso de pie y se abalanzó con toda las fuerzas que le quedaban.

— ¡Sosténgala! ¡Sosténgala! —gritó Anderson.

Se necesitó un total de cuatro agentes para que pudieran frenarla. En los escasos segundos que les tomó a los agentes llevarse en camilla al moribundo viejo, Gabrielle

no dejó de patear y gritar de odio hasta quedarse sin voz.

— ¡No! ¡No! —lograba decir ella entre todos sus gritos casi inhumanos—. ¡Papá! ¡Papá!

A través de sus ojos llorosos, Gabrielle vio lo que sería la última imagen de su padre con vida. Éste tenía los ojos llenos de lágrimas y, entre medio de toda esa increíble conmoción, la degenerativa enfermedad pareció huir por un breve instante. Edward Nicholas Blake reconoció el rostro de su hija deformado por el llanto, la impotencia y el odio.

— ¿Gabby...? —dijo él.

Y de un momento a otro, los agentes lo sacaron de la casa para nunca regresar. Gabrielle lo vio desaparecer.

Anderson reparó en el estado nervioso de Gabrielle.

— ¡Sosténganla!—volvió a decir—. ¡La necesitamos estable y dócil!

Uno de los agentes se acercó sosteniendo una aguja y con la ayuda de otros dos, la inyectó en el brazo de Gabrielle. Con el pasar de los segundos, la oficial perdió fuerzas.

Sin embargo, echó una última mirada a Anderson y le dijo:

— Yo seré lo último que veas —le advirtió.

Y antes de perder totalmente la consciencia y quedar en las manos de la Policía Superior. Gabrielle tuvo un último pensamiento.

«Vopreko y Anderson. Vopreko y Anderson».

Era lo único que la mantendría viva.

GENESIS

1

Apenas abrió los ojos, Gabrielle fue cegada por una abundante luz blanca. Inmediatamente se vio obligada a entrecerrarlos y otorgarles el tiempo suficiente para que se acostumbraran.

Lo primero que sintió fue total desorientación. Necesitó de un instante para poner en orden sus pensamientos.

«¿Dónde estoy?» pensó. «¿Por qué hay tanta luz?».

De golpe, recordó todo lo sucedido desde la última vez que había tenido los ojos abiertos. Casi como una reacción tardía, una apabullante angustia la invadió tan intensamente que la dejó incapacitada para llorar. No podía derramar siquiera una lágrima.

«Papá... lo siento. Fallé».

La noción del tiempo y el espacio parecía ahora distorsionada, pero la sensación de pérdida y de tristeza fue tan grande que hubiera preferido haber muerto, en vez de despertar ahora sin saber dónde estaba. Seguía viva, y con el recuerdo tan latente y tan vívido que cada respiro ahora le resultaba un suplicio.

Dejando que los segundos pasaran, miró lo que podía a través de sus párpados bajos, pero no cerrados del todo. El espacio era blanco, o su luz muy intensa.

Entonces pareció que los engranajes de su cabeza comenzaron a funcionar y pronto creyó comprender lo que estaba sucediendo. La última conversación con Mark Anderson resonó en su cabeza como una lejana melodía que regresaba.

Se esforzó por abrir cada vez más los ojos y en instantes empezó a distinguir más detalles de lo que la rodeaba. Su cuerpo se encontraba en posición horizontal, lo cual le indicaba que con toda seguridad yacía tendida sobre una cama. La superficie sobre la que se apoyaba su cabeza era blanda y suave; una almohada sin dudas. Cuando sus ojos lograron acostumbrarse a la intensa iluminación y su vista recuperó su nitidez, advirtió que se trataba de una amplia sala. Y más precisamente, una sala médica. La desesperación la asaltó. Sólo una parte de su conversación con Anderson retumbaba dentro de su cabeza ahora: «centros de esterilización».

No lo creyó hasta que abrió los ojos tan grandes como platos y miró a su alrededor. Hizo un esfuerzo por erguirse, pero todo su cuerpo parecía adolorido y los músculos como si estuvieran atrofiados. ¿Cuánto tiempo realmente había pasado? No tenía ni idea. Podía ser el día siguiente o una semana después. Tal

vez dos, o tres. O un mes por lo que ella sabía. No lograba ubicarse.

Pero pronto cayó en la cuenta de que no sólo era su cuerpo adolorido lo que le hacía difícil moverse. Ambas manos suyas estaban esposadas a los respectivos mangos laterales de la cama, y una apretada correa le pasaba por encima de su estómago y la mantenía amarrada al colchón.

Tan sólo podía mover sus ojos y la cabeza lo suficiente para observar las largas hileras de camas a su izquierda y a su derecha de pacientes de distinta edad, sexo y raza. Pero ninguno estaba aprisionado en su respectiva cama como ella.

Algunos doctores y enfermeras se paseaban por la extensa sala que relucía de blanco y de pulcritud. Había ventanas, pero éstas estaban selladas con barrotes que no permitían que nada ni nadie pudiera entrar o salir. Fue a través de ellas que Gabrielle pudo notar que afuera estaba algo oscuro, con quizás los últimos vestigios de luz natural. De seguro no se trataba del mismo día, lo tenía claro.

No le vio sentido intentar zafarse de las esposas; no iría a ninguna parte. En cambio, su mente se vio oscurecida por un terrible pensamiento que intentó alejar.

Casi sin notarlo, una enfermera se acercó a ella, reparando en su estado de vigilia. — ¿Cómo se siente?—le dijo con una voz increíblemente amable.

Gabrielle, sin embargo, reparó en ella con total desconfianza. Debajo de su uniforme sanitario parecía esconderse una persona bondadosa, pero Gabrielle no tenía interés alguno.

— ¿Qué pasó?—dijo—. ¿Dónde estoy?

A pesar de que ya podía intuir las posibles respuestas a esas preguntas, necesitó confirmar sus sospechas. Quedarse con la idea dándole vueltas en la cabeza sin verdadera evidencia sólo podía aumentar su paranoia y volverla loca.

La enfermera mantuvo su tono suave.

— Usted se encuentra en el Centro Médico Estatal de Rosthalion. Hoy es 2 de Julio y la hora es 6:35 p.m., por si quiere saber.

Gabrielle apoyó la cabeza contra la almohada con fuerza y cerró los ojos por un instante, intentando contener su angustia.

— ¿Qué me han hecho?—exigió saber.

— Su operación ha sido finalizada con éxito —replicó la enfermera—. Usted, como el resto de las personas aquí, ha sido correctamente esterilizada.

Las lágrimas brotaron debajo de los párpados cerrados de Gabrielle y se resbalaron por sus mejillas. La vergüenza y el pudor se apoderaron de ella junto a su angustia. La tristeza, además de ser en parte por su padre, también lo era por sentirse completamente desechable. Un producto descartable, al cual había que arruinar luego devolver a la calle y a la basura donde pertenecía. Ése era su mayor lamento: la degradación

— Le pido disculpas por estas medidas de seguridad —continuó la enfermera aún sin el menor indicio de maldad en su voz—. Pero tuvimos órdenes específicas de la Policía Superior de mantenerla restringida y anestesiada hasta que la operación hubiera finalizado.

«Es por eso entonces que me siento tan débil» pensó Gabrielle mientras abría los ojos y observaba a la enfermera. «Me han drogado».

— Ahora que comienza a recuperarse—dijo la enfermera—, informaremos a la Policía Superior de su mejoría como nos han ordenado y ellos nos instruirán cuándo podremos dejarla en libertad.

— ¿Qué me pasará ahora?—dijo Gabrielle con tristeza. Se encontraba rendida ante las circunstancias.

O al menos, las drogas querían hacerla sentir así.

— Como todos los que han sido seleccionados para la esterilización, usted será dada de alta ni bien todo esté confirmado y regresará a su vida normal.

— ¿No me arrestarán? ¿No me arrojarán a un calabozo de por vida y tirarán la llave?

— No hemos sido informados de tal medida. Luego de la esterilización obligatoria, usted es libre, como el resto.

La enfermera se preparó para marcharse.

— Le traeré algo para comer si tiene hambre.

— ¿Cómo puede hacer esto?—le dijo Gabrielle clavando sus ojos en ella—. ¿Cómo puede hacerle esto a las personas en contra de su voluntad? Todavía con serenidad pero quizás con algo de lástima en su tono, la enfermera le respondió:

— Sólo estoy haciendo mi trabajo...

Y acto seguido, la enfermera desapareció.

Poco después, Gabrielle no volvió a verla ni tampoco recibió la comida prometida. En cambio, cayó nuevamente dormida debido a las pesadas drogas que le habían inyectado para mantenerla dócil.

En algún momento del día o la noche—Gabrielle no estaba segura cuál de los dos era— abrió los ojos y notó que un hombre se posaba delante de ella, al pie de la cama. Era alto, de tez morena y pelo negro. Llevaba un característico uniforme azulado y las inconfundibles insignias «PS».

— Señorita Blake—dijo el hombre y Gabrielle logró abrir los ojos lo suficiente para verlo, aunque todavía no estaba del todo consciente de lo que sucedía—. Soy el oficial Hooper, de la Policía Superior. Tengo un mensaje para usted.

Gabrielle intentó acomodarse en la cama pero seguía postrada en ella, solamente capaz

de erguir apenas la cabeza y virar sus pupilas.

Alrededor parecía haber poca gente del personal médico y el resto de los pacientes

estaban extrañamente silenciosos. O estaban igual de drogados que ella o sucedía algo

más que era incapaz de descifrar.

El oficial Hooper, sin embargo, todavía se mantenía a la expectativa delante de ella,

cargando con cierta mueca de desprecio que parecía no borrarse nunca de su rostro. — El Jefe Mayor Anderson ha ordenado su liberación ni bien usted se recupere— continuó el oficial—. Otra muestra más de nuestra intención de no hacerle daño ni presentar cargos contra usted. Sólo queremos que la esterilización obligatoria sea cumplida hacia aquellos que han sido seleccionados debidamente acorde a las leyes del Estado de Rosthalion. Nada más.

Gabrielle oía con atención, intentando mantener su odio a raya. El oficial Hooper parecía notarlo y disfrutaba de eso.

— Le aconsejamos que no intente ningún tipo de represalia ni con la Policía Superior o contra organismos del Estado Soberano. La tendremos bajo vigilancia. Considere esto un aviso formal. Que tenga una buena recuperación.

El oficial estuvo a punto de alejarse cuando Gabrielle lo llamó.

— Mi padre... —dijo ella—. ¿Qué han hecho con él? ¿Dónde se encuentra?

Hooper se detuvo y la miró con incredulidad, como si le estuviera preguntando una

tontería o, más aún, una obviedad.

— Acorde a nuestras leyes respecto al destino de los ciudadanos enfermos y/o discapacitados, su padre, junto a muchos otros, ha sido dispuesto de forma final como la ley indica y exige.

Y dicho eso, el oficial se alejó.

Gabrielle se mordió el labio e hizo fuerza para contener su impulso de patear y sacudirse sobre la cama hasta que esas malditas esposas se rompieran.

Pero no lo hizo. Sólo pensó en una cosa:

«Dispuesto de forma final» se dijo y luego reparó: «Muerte».

«Han matado a Papá ».

2

En otro de sus esporádicos momentos de lucidez, Gabrielle notó algo extraño. La sala parecía más oscura que en otras ocasiones y un profundo silencio parecía haberse apoderado de todo. O tal vez eran sus sentidos, tan entumecidos como debían estar a causa del fuerte efecto de las drogas.

Frente a ella se encontraba un hombre entrado en años, de poco pelo y canoso. Gabrielle intuyó que se trataba de un doctor. A su lado se encontraban dos

hombres más que parecían ayudantes, aunque uno de ellos era bastante alto y con porte atlético. Los tres parecían estar mirándola y comentar sobre ella, pero sus voces sonaban distantes e inentendibles.

De repente, a través de su visión borrosa, Gabrielle vio cómo el más alto de los tres se volvía hacia sus dos compañeros y golpeaba con su mano extendida el cuello del doctor. Éste cayó hacia atrás, pero el hombre alto enseguida lo atrapó y de un brusco movimiento le rompió el cuello.

Gabrielle creyó oír cierta conmoción alrededor, quizás la de los otros pacientes, pero no estaba segura. Ni siquiera sabía con certeza si lo que veía era real o no.

Una fracción de segundo después, el hombre alto se abalanzó sobre el otro ayudante y ambos forcejearon hasta que fue el primero quien atestó tres golpes claves y mortales en el cuello, pecho e ingle del otro. Cuando lo tuvo a su merced, el hombre alto sacó un cuchillo y lo clavó repetidamente en su víctima hasta que ésta dejó de moverse. En ese instante Gabrielle empezó a desesperarse. Estar completamente inmóvil y debilitada por las drogas le resultaba aterrador. El asesino estaba frente a ella y a punto de matarla también.

Sacudió las manos en un vano intento por librarse de las esposas. Pudo ver que la figura alta se acercaba a ella, con lentitud. Gabrielle tiró más fuerte, pero ni la correa ni las esposas se aflojaron.

Clavó los ojos en la figura que se acercaba. Como una reacción tardía, su visión mejoró y fue entonces que distinguió un rostro conocido, aunque no familiar.

Marco se inclinó sobre ella y procedió a quitarle las esposas.

— Mantén la calma—le dijo él mientras despedazaba las esposas con sus propias manos.

Gabrielle intentó hablar pero las palabras todavía no le salían.

Marco aflojó la correa y pronto el cuerpo de Gabrielle se vio totalmente liberado.

— Ven conmigo —le dijo Marco—. ¿Puedes caminar?

Gabrielle asintió y con ayuda de él, salió de la cama y se puso de pie. Ni bien tocó el piso, su cuerpo pareció pesar una tonelada y trastabilló. Pero Marco la sostuvo. ¿Cuán drogada estaba en verdad?

— Con cuidado —dijo él—. Apóyate sobre mí.

— ¿Qué... qué estás haciendo tú aquí? —dijo Gabrielle como pudo. — Teníamos un acuerdo, ¿no es así? Vamos.

Marco comenzó a caminar y Gabrielle a medias, arrastrando sus pies más que apoyándolos por completo. Con un brazo por encima de la cabeza de él, Gabrielle logró mantenerse con cierto equilibrio mientras ambos se dirigían hacia la salida de la sala. Sobre ellos recaían todas las miradas del resto de los pacientes, quienes habían atestiguado la escena con estupefacción. Sin embargo, ninguno de ellos se vio siquiera con fuerzas para gritar algo o de intentar ponerse

en el camino.

— Toda esta gente... —dijo Gabrielle mientras echaba miradas alrededor tanto como podía mantener su cabeza en alto—. Debemos sacarla de aquí.

— No es nuestro problema... —exclamó Marco.

Antes de salir de la sala, Marco se detuvo y acercó una silla de ruedas. Dejó apoyar a Gabrielle sobre ésta y se ubicó detrás.

Gabrielle, todavía confundida, se dejó caer sobre la silla. Luego miró de reojo que Marco estaba vestido como médico y comprendió su plan: escapar por la puerta principal. Pero ¿cómo sería eso posible? Quizás Marco podía pasar desapercibido, después de todo nadie sabía que era hijo biológico de Alexander Maruni. Pero el rostro de Gabrielle era conocido, al menos para aquellos a quienes Anderson había informado. El plan parecía fallar antes de siquiera empezar.

Marco empujó la silla y pronto ambos estuvieron afuera, en uno de los tantos corredores del centro de esterilización.

— ¿Qué está sucediendo?—alcanzó a preguntar Gabrielle.

— Dímelo tú —replicó Marco—. Te han mantenido aquí quizás por una semana o algo así.

— ¿Una semana?—dijo Gabrielle casi sin aire.

— Cuando no apareciste donde acordamos, supe que podían pasar dos cosas: o no confiabas en mí. O te habían atrapado.

— ¿Cómo me encontraste?

— Porque cumplo con el perfil de la Policía Superior.

Gabrielle arrugó la frente. Aunque no comprendía del todo, sospechaba a qué se refería Marco.

— Creo que sé lo que está sucediendo en verdad —continuó Marco—. Debí pensarlo cuando me dejaron regresar tan fácilmente a Rosthalion. A pesar de que los corredores aparentaban estar vacíos y bastante apagados en sí, Gabrielle notó que Marco hablaba en tono muy bajo, casi susurrando. Eso sólo le dio el indicio de que alguien debía estar cerca y que se tomaban todos los recaudos necesarios para no delatarse a sí mismos.

— Saben quiénes somos —añadió Marco—. O al menos, qué genes tenemos. Por eso pude llegar hasta aquí.

Marco notó el débil estado de Gabrielle, quien parecía estar a punto de perder el conocimiento.

— Oye, necesito que te mantengas despierta.

— ¿Qué me han hecho?

— Lo que ya sabes. Pero lo que no entiendo es por qué te mantuvieron aquí más tiempo.

— Me drogaron... Me mantuvieron sedada todo... todo este tiempo.

— Debes recordar algo.

Gabrielle se esforzó por mantenerse despierta y por recordar los pequeños flashes de consciencia. ¿Cómo podía haber pasado al menos cinco o siete días desde aquel fatídico día en el que se llevaron a su padre? ¿Y cómo no recordaba casi nada?

— Me dijeron... que había sido esterilizada... Y luego... que Anderson me había perdonado la vida.

— ¿Anderson?—dijo Marco—. ¿El Jefe Mayor de la Policía Superior? Gabrielle no llegó a asentir. Ni tampoco Marco tuvo tiempo de esperar una respuesta. De pronto se habían detenido y frente a ellos se acercaba un grupo de corpulentos oficiales de la Policía Superior.

— Son ellos... —dijo Gabrielle por lo bajo—. Me reconocen.

3

Marco giró la silla de ruedas y ubicó a Gabrielle cerca de la puerta que daba hacia uno de los tantos cuartos del centro médico. Gabrielle comprendió enseguida la intención de Marco; estaba en la posición perfecta para adentrarse hacia el cuarto si estallaba el conflicto.

— Alto —ordenó uno de los oficiales de la Policía Superior.

Marco dio unos pasos adelante hacia ellos, hasta que finalmente ambas partes estuvieron cara a cara.

— Se ha ordenado que este paciente no sea trasladado hasta no tener autorización explícita—dijo el oficial y gesticuló hacia dos de sus hombres—. Escolten al paciente de regreso a la sala principal.

El resto del grupo miró de arriba hacia abajo a Marco, y éste les devolvió la mirada; todos cargaban con armas automáticas.

— Tengo permiso —dijo Marco—. Del Jefe Mayor Anderson.

El oficial lo miró extrañado, pero sus dos agentes no se detuvieron y estaban a un paso de Gabrielle, quien había logrado despabilarse y se sostenía con fuerza de los marcos de la puerta.

— Muéstremelo —le dijo el oficial con asco a Marco.

Marco simuló que buscaba en su bolsillo y aprovechó esa fracción de segundo para lanzar su ataque. Se abalanzó sobre el oficial.

Gabrielle, por su lado, empujó con sus piernas a los dos agentes que se acercaban a ella y logró echarse para atrás e ingresar al cuarto.

De pronto Marco estaba envuelto en una lucha con al menos seis hombres a la vez. Y cada uno de ellos estaba armado. Marco también lo estaba, pero no hizo a tiempo a desfundar. Sólo tenía su cuerpo para defenderse.

La pelea fue violenta. Marco logró derribar a dos agentes haciendo uso de sus

manos para desarmarlos. Enseguida las armas automáticas comenzaron a rugir. La balacera se esparció hacia todos lados, agujereando las paredes y techos del amplio corredor. Marco quebró muñecas y brazos, recibió golpes fuertes en la costilla y estómago pero logró mantener su equilibrio y esquivar las balas. Haciendo uso de su conocimiento casi nato del estilo de combate krav maga, pudo defenderse y atacar con la precisión justa y necesaria. Cada parte del cuerpo resultaba un posible punto débil y Marco utilizó los más que pudo. Moviéndose entre los agentes con agilidad, convirtió las palmas de sus manos en filosas dagas que se hundían en los ojos de sus oponentes. Sus brazos tenían la fuerza de verdaderas prensas hidráulicas cuando aprisionaba el cuello de sus enemigos. Sin embargo, Marco sabía que no se trataba tanto de una cuestión de fuerza, sino de ser más rápido y más certero.

Entre el ruido de toda la conmoción, Gabrielle llegó a ver que Marco se abalanzaba sobre uno de los agentes que estaba más cerca de ella y lo derribaba profiriendo un golpe certero en su columna vertebral. Casi al instante uno de los agentes sujetaba a Marco por detrás, pero éste fue rápido en reaccionar y logró sacárselo de encima haciéndolo volar por encima de su cabeza.

Gabrielle se giró e inspeccionó el cuarto. ¿Cómo saldrían de aquí?

La pelea duró tan sólo un minuto. Marco se encontró de pie, dolorido por los golpes y sangrando, pero victorioso. Algunos de los agentes estaban muertos, otros se encontraban inconscientes. Lo importante era que estaban caídos.

Marco se adentró en el cuarto.

— Más vendrán —dijo—. Tenemos que salir de aquí ahora mismo. — ¿Cómo?—replicó Gabrielle.

Marco no desperdició un segundo. Despejó los objetos que se posaban cerca de la ventana hasta quedar frente a ésta. La analizó un instante y luego dijo:

— Cierra la puerta.

Podía oír a otros oficiales acercarse. Colocó las manos sobre los barrotes de la ventana y comenzó a tirar con fuerza. Lanzó un grito gutural.

Los barrotes se doblaron, pero no terminaron de romperse del todo. Marco hizo otro intento.

Gabrielle pudo oír pasos que se acercaban.

Pero antes que pudiera procesarlo, los barrotes cedieron. Ahora sólo quedaba el vidrio. Marco tomó un matafuego y comenzó a golpearlo. Con tres intentos, el vidrio finalmente estalló en añicos.

Marco se volvió hacia ella.

— Ahora bajamos —dijo—. Sólo que no pensé esta parte.

Gabrielle enseguida tuvo una idea.

— Dame tu arma—le dijo.

Extrañado, Marco oyó los pasos y accedió. Sosteniendo el arma, Gabrielle hizo un intento por pararse pero sabía que todavía no tenía fuerzas. Sin embargo, miró a Marco determinada.

— Cárgame sobre tus hombros. Tú bajas, yo disparo.

Sin detenerse a pensar si era una buena idea o no, Marco procedió a darle la espalda y permitir que Gabrielle subiera sobre sus hombros. Luego, ambos atravesaron el hueco de la ventana y Marco se ubicó en posición. Gabrielle sostuvo el arma y apuntó en dirección a la puerta. Segundos después, ésta se abrió y dos oficiales de la PS se adentraron. Gabrielle apretó el gatillo sin dudar y a pesar de su pobre estado, logró disparar con una puntería que la sorprendió hasta a ella misma. Los oficiales cayeron muertos al instante, ambos con herida de bala en sus cabezas.

Detrás de ellos había otros oficiales más que tomaron resguardo detrás de las paredes. Marco empezó a descender, pero Gabrielle aprovechó el último instante y disparó al matafuego que yacía sobre el piso. Éste estalló y el vapor pronto creó una nube de humo que funcionó como perfecta cobertura.

Los oficiales dispararon sin apuntar y las balas volaron por encima de la cabeza de Gabrielle, quien se agachó para esquivarlas. Marco bajaba con velocidad por la fachada del edificio. Se encontraban en el piso número tres de los seis que conformaban el centro médico. No era una altura mortalmente peligrosa, pero caerse desde allí de seguro tendría consecuencias aún mucho más dolorosa.

— ¡Sigue avanzando! —le ordenó Gabrielle por encima del ruido de las balas. Dos oficiales se adentraron al cuarto cuando el vapor se disipó. Abalanzándose sobre la ventana con las armas empuñadas, se detuvieron al instante cuando un tercer compañero los llamó.

— ¡Alto! —dijo el tercer oficial—. Los necesitamos vivos. Preparen un helicóptero y cierren el perímetro.

Los oficiales se detuvieron y los dejaron ir.

Cuando Marco terminó de escalar, echó a correr con Gabrielle todavía a cuestas y cargando su arma.

Gabrielle miró hacia arriba y notó las estrellas. Era una noche oscura, muy oscura. Y pronto, tanto ella como Marco desaparecieron en la penumbra.

4

Gabrielle no supo exactamente cuánto se habían alejado del centro de esterilización. Sólo podía estar segura de que mantenía el arma sujeta en la mano con fuerza y que Marco demostraba una increíble resistencia a cargarla sobre sus hombros. La noche cerrada y oscura parecía interminable y, sin embargo, Gabrielle agradeció ese hecho. Quizás sólo gracias a ella podrían tener una oportunidad de escapar.

— Van a estar buscándonos por todos lados —dijo Marco.

— Ya lo están haciendo —lo interrumpió ella al oír que un helicóptero se acercaba a lo lejos.

— Asumirán que estamos moviéndonos en un vehículo.

— ¿Quieres decir que no lo haremos?—exclamó Gabrielle confundida .

— Sí, lo haremos...

Marco se detuvo y ayudó a Gabrielle a bajar, quien ahora se sentía lo suficientemente fuerte para poder, al menos, mantenerse de pie por sí sola. La oficial reparó en el auto sobre el cual Marco se abalanzaba para abrir las puertas. La insignia de la «PS» podía distinguirse aún en la oscuridad.

— Entra—dijo Marco terminando de abrir la puerta trasera.

Antes de ingresar, Gabrielle notó que alguien se bajaba de otro auto, estacionado apenas

un poco más cerca de ellos.

— Espera... —dijo Gabrielle sin quitar los ojos del extraño.

— No te preocupes —replicó Marco—. Él nos ayudará.

Gabrielle volteó y miró confundida a Marco.

— Vamos, no tenemos tiempo —dijo él.

Sin entender del todo, Gabrielle accedió y entró en el asiento trasero del auto de policía. — Y mantente agachada—agregó Marco.

Ni bien éste cerró la puerta, Gabrielle tuvo una fea sensación. ¿Acaso había confiado

demasiado en él?

Oyó por encima la conversación de Marco con el extraño.

— ¿Estás listo?—dijo Marco y el extraño asintió—. No te preocupes, te dejarán ir ni bien te detengan.

El extraño volvió a asentir y se metió de nuevo en su auto. Marco hizo lo mismo.

— ¿Quién es él?—dijo Gabrielle una vez que Marco cerró la puerta. — Alguien que realmente necesitaba dinero.

Gabrielle pensó un instante, luego comprendió.

— ¿Amigo tuyo?—dijo ella.

— No en verdad. Sólo un hombre común de genes no muy excepcionales que quería hacer algo de dinero extra.

— ¿Y para qué le pagaste?

Pero Marco no tuvo necesidad de responder. El extraño encendió su auto y arrancó con

una velocidad frenética, conduciendo de manera desquiciada como si estuviera loco. — ¿Qué diablos está haciendo?—dijo Gabrielle.

— Espera. No digas una palabra.

Gabrielle miró a Marco y notó que sostenía una radio de policía. Enseguida lo acercó

hasta su boca y comenzó a hablar. En pocas palabras, informó de un posible auto sospechoso que podría cargar con los fugitivos del centro médico. Gabrielle no necesitó

mucho más para entender.

En la radio le respondieron confirmando el aviso y que ya se encontraban en persecución. Fue entonces que en la calle más próxima transitaron varios vehículos de la

Policía Superior. Marco puso en marcha el auto y avanzó, hasta unirse a ellos y camuflarse por completo entre los otros autos de policía.

Ninguno de ellos iba con la sirena encendida, pero las luces eran intermitentes y proveían la perfecta cobertura para pasar desapercibidos al menos por un tiempo. «Esconderse a simple vista» pensó Gabrielle.

— Saben que eres un policía falso —dijo Gabrielle—. Se darán cuenta. — No a tiempo —dijo Marco mientras miraba por el espejo retrovisor—. Tú sólo mantén la cabeza baja y fuera de vista. Estaremos bien.

Varios vehículos más pasaron por al lado de ellos. Sólo uno echó una mirada furtiva al

auto de Marco, pero éste supo disimular su apariencia girando hacia el otro lado. Por el

momento, creían que era uno más.

Finalmente, Marco comenzó a disminuir la velocidad para dejarlos ponerse delante. Tan

así que quedó en el último lugar sin que ninguno realmente lo notase. Por la radio,

Marco podía escucharlos intercambiar información sobre el vehículo sospechoso.

Mencionaban que el mismo conducía veloz y de manera atolondrada y que pronto

podrían cerrarle los caminos para obligarlo a detenerse.

«Sólo espero que no lo maten» pensó Marco sobre el extraño.

Sin embargo, Gabrielle tenía otro pensamiento en la cabeza: «estos vehículos tienen rastreadores de GPS».

Cuando estuvo a una distancia prudente, Marco giró el vehículo en otra dirección y se alejó por una tangente. Condujo por varias calles más.

En la radio oyeron un preocupante mensaje:

— Todas las unidades, estén avisadas: el vehículo sospechoso acaba de virar rumbo al este.

— Eso no tiene sentido —exclamó Gabrielle.

— ¿Qué cosa?—dijo Marco confundido.

— ¿Por qué se dirigiría hacia el este que es donde se encuentra la mayor densidad de población? Debería ir al oeste, si es que está tratando de escapar de ser arrestado.

— ¿Qué quieres decir?

— Probablemente ya hayan capturado al sospechoso falso. Y con toda seguridad han cambiado la frecuencia de radio.

— ¿Y por qué seguimos oyéndolos?

— Desinformación. Nos están haciendo escuchar lo que ellos quieren. Lo que significa que saben que nos estamos haciendo pasar por oficiales de policía. Y estos vehículos poseen un sistema de rastreo GPS. Puede que ya nos estén siguiendo.

— ¿Cómo puedes estar segura?

— Porque de los dos, yo soy la policía. Ahora, detén el auto.

Marco obedeció. Ambos se bajaron y comenzaron a caminar tan rápido como les fue

posible. El sonido del lejano helicóptero tampoco ayudó para tranquilizarlos. — Aún no me has dicho qué crees que es lo que está sucediendo —dijo Gabrielle mientras intentaba no perder el equilibrio al caminar.

— No tengo pruebas —dijo Marco—, pero creo que tienen una especie de banco de datos donde nuestros genes están «inscriptos».

— ¿A qué te refieres con eso?

— A que ya no somos más hombres y mujeres con nombre y apellido. Ahora es nuestra sangre y nuestra genética la que decide si tenemos algún valor para esta sociedad. De alguna forma, han obtenido nuestro historial biológico; saben qué tipo de características poseemos, quiénes son nuestros padres y nuestros abuelos y qué tipo de descendencia podemos llegar a dar.

— ¿Y has determinado todo esto en base a qué?

— Cuando regresé a Rosthalion, me dejaron atravesar la frontera debido a mis «genes». Lo mismo sucedió cuando me hice pasar por un oficial de la Policía Superior. Si no hubiera sido por el altercado de recién, estoy convencido de que jamás se hubieran dado cuenta que yo no era uno de ellos, y podríamos haber salido del centro por la puerta principal.

Gabrielle lo miró incrédula.

— No me convence—dijo ella—. Creo que ha sido pura suerte. La Policía Superior, aunque haga gala de los excepcionales genes de sus oficiales, debe conocer a cada uno de sus integrantes por nombre y apellido.

— ¿Entonces qué dices que pasó?

— Tal vez en la frontera pudieron reconocer tus genes como «importantes» para el Estado de Rosthalion; después de todo parece que están preocupándose bastante por mantener un tipo específico de estirpe entre sus ciudadanos. Lo que digo es que... tú cumples con el perfil del ciudadano de Rosthalion. Pero no significa que automáticamente puedas pasar por un miembro de la PS.

Marco se quedó mudo. De repente todo lo que él había pensado parecía desplomarse. Estaba convencido de que su teoría era correcta respecto a lo que estaba sucediendo, pero las palabras de Gabrielle resultaron apabullantes y presentaron un punto de vista bastante fuerte.

De repente divisó algo que lo sacó de sus preocupaciones.

— Este servirá—exclamó.

Gabrielle lo observó acercarse a un auto estacionado. Qué había diferente con todos los

otros allí cerca, ella no lo pudo discernir enseguida.

— ¿Por qué este en especial?

— Es un modelo viejo —replicó él—. Puedo desactivar su sistema de alarma con mayor facilidad. Si se tratara de uno nuevo, llevaría más tiempo.

Marco golpeó la ventanilla con su codo y ésta estalló. El agudo sonido de alarma generó

un incómodo nudo en la garganta de Gabrielle.

Pero enseguida Marco procedió a adentrarse en el vehículo, destrabar el capó y volvió a

salir. Rodeó el auto y levantó el capó. Luego procedió a introducir su mano en el interior. Gabrielle lo miró fijamente y reparó en que no era la primera vez en su vida

que Marco robaba un auto. La verdadera pregunta era qué hacía ella, una ex policía,

uniendo fuerzas con el hijo de un despiadado mafioso.

La alarma enseguida dejó de sonar.

5

Durante el trayecto que hicieron en el vehículo robado, Gabrielle calló presa de un inusual sueño que no pudo resistir. Cuando se despertó, notó que ya no estaba más en el vehículo, sino que Marco la había bajado y, cargándola una vez más, la tendió sobre una cama hecha de cajas de cartón aplanadas. Era como si hubiera despertado y de repente fuera una vagabunda.

— ¿Dónde estamos?—dijo ni bien abrió los ojos y vio a Marco sentado cerca de ella sobre una silla.

El espacio era amplio y la luz de día que ingresaba por sus arcos traslúcidos hechos de vidrio pegaba con fuerza sobre los ojos de Gabrielle.

— En nuestro lugar de encuentro—replicó Marco.

Gabrielle echó un vistazo alrededor y comprendió dónde se encontraban; la extensa estación de autobuses poseía una arquitectura antigua, quizás la más antigua de todas las de Rosthalion y por la cual ahora se encontraba en tal estado. Aún conservaba la gran mayoría de su infraestructura, pero ésta había sido arruinada por la acumulación de polvo y suciedad, la corrosión y la humedad. Había un extraño hedor a carne podrida que Gabrielle ni siquiera quería imaginar de dónde provenía.

— ¿Por qué estamos aquí?—dijo ella.

— Información —contestó Marco estudiándola—. ¿El efecto de las drogas se ha pasado?

— No estoy segura aún. Pero me siento mejor, dentro de lo posible.

— Bien.

Gabrielle distrajo la mirada un instante y notó que una figura se acercaba a la distancia, acompañada de un potente contraluz generado por los inclinados rayos de sol que se adentraban en la estación.

— ¿Quién es ése?—dijo Gabrielle incorporándose enseguida.

Ni bien se puso de pie sintió que su cuerpo recuperaba su vieja fortaleza. Fueran cuales fueran las drogas que le habían inyectado, su efecto ahora parecía aplacado. Sin embargo, una pregunta todavía se mantenía latente en un rincón de su mente: ¿Cuánto tiempo había pasado en verdad? ¿Y qué le habían hecho además de esterilizarla? La figura se acercó lo suficiente para que ambos pudieran verla con detalle. Gabrielle arrugó la frente, reconociendo el rostro de esa persona. Marco se mantuvo tranquilo, aunque también de pie.

— No es seguro hablar aquí —dijo el hombre.

— Tendrá que servir—replicó Marco.

Como una especie de revelación, Gabrielle supo quién era ese hombre.

— Lo conozco —le dijo ella y el hombre la miró—. Usted es... ese periodista de la televisión. El que se oponía al referéndum.

— Arthur Yazlle—dijo Marco—. Él es quien nos conducirá a lo que ambos buscamos.

De repente Gabrielle pensó en lo único que había alimentado su instinto de sobrevivir

durante todo este tiempo: «Vopreko».

— ¿Cómo?—preguntó Gabrielle.

— Porque yo trabajé con Vopreko —replicó Yazlle—. Y con los suyos.

Gabrielle abrió los ojos de par en par.

— Y la única razón por la cual los ayudo es porque tarde o temprano me

encontrarán. Y me matarán.

— ¿Por qué nos ayudaría entonces?—preguntó Gabrielle con cierta desconfianza. — Porque la única manera de combatir un sistema genético es utilizando un virus. Y ése virus es la verdad. Si yo les comparto lo que sé, quizás ustedes pueden continuar haciéndolo. Porque la gente merece la verdad. Se merecen conocer lo que en realidad han votado.

Marco pareció satisfecho de sí mismo y se volteó a Gabrielle, pero ésta poseía una

ligera expresión de preocupación.

— No estoy convencida —dijo ella—. Ésa no es la razón por la cual nos ayuda.

— Ninguno de ustedes se da cuenta que en verdad somos prisioneros aquí —dijo Yazlle—. No se pueden cruzar las fronteras, no hay escapatoria del Estado Soberano. Pero si ustedes pueden detener a Vopreko, quizás tengamos una oportunidad.

— ¿Una oportunidad de qué?—preguntó Gabrielle.

Yazlle no respondió. Gabrielle pronto se cansó de tanto secretismo y comenzó a exigir

las tan ansiadas respuestas.

— Usted dijo que la gente cometió un grave error al votar a favor del referéndum —dijo Gabrielle—. Que entregaban sus libertades y sus vidas de una manera que desconocían. ¿A esto se refería? ¿Al programa de eugenesia?

— Precisamente.

— ¿Y qué tiene que ver Vopreko en todo esto?

— Si ustedes lo encuentran, lo sabrán. Puedo decirles que todo lo que pasó fue porque alguien lo permitió. Y ese alguien es de poder.

Gabrielle sintió una ligera sorpresa.

— ¿El Presidente Grittver?—inquirió.

Yazlle no respondió pero dio a entender que Gabrielle no estaba muy equivocada. — ¿Quiere decir que el Presidente Grittver sabía de todo esto?— continuó ella. — Por supuesto. ¿Realmente cree que las mafias tenían el poder suficiente para hacerse con algo así? Todo fue obra de hombres de poder. Verdaderos hombres de poder, no criminales exaltados.

Marco sintió cierto desprecio por aquel comentario.

— La independencia y la consolidación del Estado Soberano fueron fundadas en el trabajo de Vopreko —prosiguió Yazlle—. Y ahora, éste amenaza con algo aún más poderoso. Algo que atravesaría las fronteras de esta ciudad-estado y podría destrozarse el mundo entero.

«El ataúd» pensó Gabrielle. «El Dios humano».

— ¿Y por qué trabajaba usted con Vopreko? ¿Y con Grittver?

— Porque yo ayudé con la investigación científica. Aquella que permitió a este demente cumplir sus objetivos.

— Usted no es realmente un periodista, ¿verdad?

Yazlle negó lentamente con la cabeza.

— Sólo pretendía serlo —añadió Gabrielle—. Usted es un científico.

— Un genetista. Yo ayudé a construir lo que ahora sella el destino de muchas personas, incluyendo el mío propio.

— ¿Por qué no me dijo nada de esto cuando lo encontré?—exigió saber Marco.

— Porque cuando tú me encontraste... supe quién eras. Como un escritor que reconoce cada una de sus palabras escritas, pude ver en ti los frutos de mi investigación... y el arte de las acciones de Vopreko. No podía decirte que yo era uno de los responsables de tu creación.

— Entonces, todo este tiempo... —dijo Gabrielle intentando entender— ¿usted pretendió ser un periodista enemigo del Estado de Rosthalion? ¿Por qué? ¿Cómo no lo detuvieron?

— Porque apenas ganaron, tuve que desaparecer.

— ¿Y sin motivo aparente decidió salir a la luz?

Gabrielle miró a Marco con desconfianza y luego a Yazlle.

— Marco dijo que lo encontró —prosiguió ella—. ¿Cómo sucedió eso? En especial, si usted no quería ser encontrado.

Ahora parecía que incluso Marco también quería saber la respuesta a esa pregunta. Yazlle pronto se vio acorralado y sin excusa alguna.

— De acuerdo. Desde que la independencia se aprobó —empezó a decir—, no sólo me mantuve oculto de quienes quizás quisieran matarme por lo que yo sabía; también realicé diversas operaciones de contrainteligencia, como siempre lo he hecho, en un intento por divulgar mayor información. Una de esas tantas operaciones fue el monitoreo de las fronteras del Estado. Por suerte, no todos los soldados del ejército o los oficiales de policía se han cegado lo suficiente con las ideas ilusorias del «ciudadano superior» como para otorgar tanto a Rosthalion como al Presidente Grittver una lealtad inquebrantable.

— Quiere decir que sobornaba para conseguir información —dijo Gabrielle.

— Así es. Y en esa información encontré la huella genética de uno de mis trabajos. Yazlle miró a Marco y tanto él como Gabrielle comprendieron.

— Fue así como comencé a rastrear y a averiguar más sobre ti, hasta que decidí que eras el indicado para darte información. Sólo por eso me encontraste.

— Me usaste —dijo Marco.

— Te empujé en la dirección correcta. Y aquí estamos, de nuevo. Esto es lo que deben entender; el Estado de Rosthalion, gracias al trabajo de Vopreko y a su nueva arma de destrucción masiva, acaba de convertirse en una fuerza

imparable. Podrían haberme matado cuando quisieran... y todavía pueden.

— Esto no tiene nada de sentido —dijo Gabrielle confundida—. O nos está mintiendo de lleno... o está escondiendo una mentira entre varias verdades.

— Lo único que necesitan saber ahora mismo es que... si quieren a Vopreko, puedo dárselos. Lo que pase después de eso... es algo que ninguno de nosotros puede controlar.

Gabrielle miró a Marco y luego al extraño Yazlle. Todavía seguía sin convencerse y entendía menos que antes.

— ¿Lo quieren o no?—insistió Yazlle—. Esta oferta expira apenas me dé la vuelta. Aunque Gabrielle sabía la respuesta a esa pregunta, todavía tenía sus sospechas con respecto a la repentina aparición de este personaje. ¿El periodista enemigo más acérrimo del Estado de Rosthalion resulta haber trabajado con ellos? ¿Y ahora quiere hablar? ¿Ayudar a destruir su trabajo? No le cuadraba. En absoluto.

— Lo escucho —exclamó Gabrielle.

Yazlle asintió y no perdió un instante en responder.

— El puerto —dijo—. Muelle 25.

— ¿Qué?—replicó Gabrielle.

— Debes estar bromeando —agregó Marco—. ¿Vopreko está en el puerto?

— Un barco —dijo Yazlle—. El «Nikola». Allí lo encontrarán.

— ¿Por qué Vopreko estaría allí?—dijo Gabrielle con desconfianza.

— Pregúntenle cuando lo vean. Eso es todo lo que tengo para ustedes. Yazlle giró y comenzó a alejarse por el mismo camino por el que llegó.

— ¿Sin trato, entonces?—dijo Gabrielle alzando la voz—. Nos acaba de entregar a Vopreko por nada a cambio.

— Mi recompensa es la recompensa de todos—replicó Yazlle sin voltear—. Pero traten de no fallar esta vez.

Y sin decir más, Yazlle desapareció. Gabrielle tuvo la extraña sensación de que el hombre no sólo escondía más de lo que mostraba, sino que conocía más sobre ellos de lo que creía.

6

El «Nikola» se mantenía inmóvil. Los últimos días parecían haber acentuado los sectores oxidados de su casco de acero, pero sin embargo se mostraba tan imponente como siempre.

Gabrielle y Marco habían llegado al Muelle 25 hacía media hora, pero todavía no se habían aventurado a acercarse. Necesitaban observarlo primero; vigilar sus alrededores y examinar qué opciones tenían. Desde el interior del vehículo robado, miraban fijo al barco mientras cada uno sacaba sus propias conclusiones en silencio.

— No hay forma de garantizar que Vopreko esté allí dentro —dijo Gabrielle—. Tal vez todo esto sea una trampa. Un engaño para hacer que hagamos quién sabe qué.

— Confieso que no tenía ni idea de lo que Yazlle se traía entre manos —dijo Marco—. Pensé que en verdad nos ayudaría. Ésa era la única jugada que tenía en mente. No tengo otra cosa.

Gabrielle lo miró de reojo y comprendió. Marco buscaba, al fin y al cabo, lo mismo que ella y eso eran respuestas. Y con toda seguridad, algo de venganza también. Pero la incertidumbre con respecto a lo que ambos hacían allí crecía cada vez más.

— Vamos —dijo Gabrielle de repente, forzándose a decidirse.

— ¿Estás segura?

— No.

Sin demostrar un ápice de duda, Gabrielle abrió la puerta del auto y se bajó. Enseguida desenfundó el arma que llevaba a su costado y comenzó a caminar con paso acelerado en dirección al barco. Marco hizo lo mismo, apresurándose por ir a la par. Habían esperado hasta entrada la noche para llegar al puerto, y al ver que no había nada de movimiento alrededor o arriba del barco, empezaron a sospechar que habían sido guiados hasta una trampa. Sin embargo, ahora debían seguir adelante y comprobar si el dato era falso o no. No tenían otra forma de asegurarse. Vopreko podía estar allí... o podría haberse ido hace mucho tiempo. De una manera u otra, debían averiguarlo. Con cada paso cerca, el barco ganaba mayor tamaño y la sombra de su amenaza se expandía con fuerza. ¿Qué encontrarían allí realmente?

Gabrielle divisó el pequeño puente que conducía hacia el interior de la compuerta principal. Se desanimó por un momento.

— El puente está cerrado —le susurró a Marco.

Enseguida, Gabrielle pensó la solución más rápida que encontró: las sogas con las cuales el barco se mantenía amarrado al puerto. Podrían escalar sobre ellas hasta llegar al borde de la cubierta y trepar por encima.

Gesticuló a Marco en dirección a las sogas y se abalanzó sobre la que tenía más cerca. Hizo todo lo posible por no hacer ruido alguno. Se desplazó por la rugosa soga demostrando una destreza y una agilidad propia de alguien de su edad y contextura física. «El entrenamiento casi militar de la academia me ha servido después de todo» pensó Gabrielle mientras terminaba de empujarse hacia la cubierta. Cuando finalmente llegó, utilizó los brazos para sujetarse e impulsarse hacia arriba hasta estar del otro lado. La cubierta estaba vacía.

Convencida de que nadie la había visto, Gabrielle se volvió hacia Marco para informarle, pero éste ya se encontraba trepando por la soga y a punto de unirse a

ella. A diferencia de Gabrielle, Marco apenas demostró cansancio alguno o dificultad en moverse con la necesaria flexibilidad y fuerza. Después de todo, él era uno de los «modificados» del propio Vopreko.

Intercambiaron miradas y ambos prepararon nuevamente sus armas. Con precaución, comenzaron a investigar por la cubierta.

Por fuera el barco aparentaba estar vacío. Sería un gran desperdicio de tiempo haber llegado tarde. O tal vez... ¿Vopreko y sus hombres habían sido alertados a tiempo? Sin embargo, se obligaron a continuar. Para Gabrielle, era lo más cercano que había llegado a estar del hombre que le arruinó la vida a su padre y que tantas otras se cobró para justificar sus sádicos experimentos.

Mientras observaba alrededor, Gabrielle notó una especie de jaula en la borda opuesta del «Nikola». De lejos parecía una caja hermética, pero no supo intuir qué propósito tendría. Sin embargo, Marco le llamó la atención hacia una compuerta que daba lugar a la cabina principal. Desde allí podrían adentrarse en el interior del barco. Marco le advirtió que hiciera silencio y luego procedió a jalar la palanca con suavidad. Ésta no se resistió y la compuerta se abrió completamente. El interior era oscuro como un abismo y ni siquiera un sonido parecía salir de allí. Marco dio el primer paso y se perdió en la oscuridad.

Gabrielle dudó si seguirlo o no. No sólo la extraña jaula la había desconcertado, sino que la sensación de que todo fuera una farsa empezaba a preocuparla. Pero siguió a Marco de todas formas.

Bajaron por una escalera de metal y apenas si podían ver con la escasa luz disponible. no parecían dirigirse a la cabina de mando del barco, sino que cada paso los hacía descender aún más en las entrañas del «Nikola».

Cuando terminaron de bajar las escaleras notaron que se encontraban en una bifurcación; dos caminos que llevaban a zonas completamente distintas del barco. Gabrielle lo supo: debían separarse.

Marco eligió su lado y siguió el camino sin reparar un instante. Gabrielle hizo lo propio. La oscuridad que la rodeaba se hacía cada vez más densa, y creyó que hasta incluso ésta parecía respirar por sí sola.

Pronto ingresó a un espacio más abierto iluminado tenuemente por un solo foco de luz amarillenta que se concentraba en el suelo húmedo y generaba un haz difuso. Y bajo ese foco se encontraba un hombre con el torso desnudo, de aspecto increíblemente flaco. Los huesos de su columna vertebral eran visibles a través de la fina piel. Parecía un fenómeno, pero seguía siendo humano.

Gabrielle alzó la mano que cargaba su arma.

— No te muevas... —le ordenó y la criatura se detuvo agachado sobre el suelo como estaba.

Parecía haber estado durmiendo en esa posición.

— Ponte de pie... —continuó Gabrielle—, y date la vuelta con las manos en alto.

El hombre flaco obedeció muy lentamente. Cuando se irguió, Gabrielle noto que apenas

llevaba ropa interior. El resto del cuerpo estaba desnudo. Su cabeza se encontraba

rasurada y el rostro arrugado. Pero el cuerpo no parecía corresponder con la aparente

edad avanzada de su cara. ¿Cómo podía ser posible?

El extraño clavó sus ojos en ella, mientras mantenía las manos levantadas. — ¿Puedes ayudarme... hermanita? —le dijo.

Gabrielle no pudo responder. Se vio casi hipnotizada por el aspecto de semejante individuo.

De pronto, el hombre habló como si se dirigiera a otra persona además de Gabrielle allí. — Está bien, muchachos —exclamó—. No le hagan daño.

Fue entonces que Gabrielle notó lo que sucedía: el hombre le estaba hablando a la

oscuridad.

Se dio vuelta de manera frenética y vio cómo desde las penumbras unos cuantos hombres daban medio paso hacia el círculo de luz, revelándose. ¡Ésa era la oscuridad

que había oído «respirar»!

Gabrielle apuntó en alto y disparó, pero enseguida los hombres se dispersaron y desaparecieron una vez más en la oscuridad.

Con el aliento entrecortado, Gabrielle se volvió hacia el extraño sujeto, quien todavía

mantenía las manos en alto.

— ¿Dónde está?—preguntó Gabrielle.

Necesitaba encontrar el punto de cordura entre tanta locura que parecía haberla rodeado

de repente. No entendía qué significaba la existencia de esa criatura o de esos otros

fenómenos que habitaban la oscuridad; pero tenía que encontrar de dónde agarrarse para

no perder la sanidad. Y ese punto de anclaje era el «Albino», lo que había venido a

buscar.

— ¿Dónde está Vopreko?—repitió con el arma lista para estallar.

— ¿Por qué él no nos mata?—le respondió el otro—. ¿Por qué no nos mantiene

vivos?

— Sólo dime dónde está —insistió Gabrielle claramente reconociendo la locura y esforzándose por no contagiarse.

Al cabo de una pausa, obtuvo lo que quería oír.

— Está abajo... Donde siempre ha estado.

— ¿Dónde? ¿Abajo dónde?

— La jaula... Usa la jaula...

Gabrielle pensó un instante. La jaula que había visto en la cubierta. Ésa era. Pero entonces, ¿significaba eso que el «Albino» se encontraba...?

Pero no pudo terminar de pensar que el sujeto volvió a hablar, esta vez rogándole. — Por favor... Ahora máteme. Por favor, máteme.

Gabrielle negó con la cabeza y dio un paso atrás. El otro avanzó y se detuvo. — Por favor, máteme. Termina con este dolor. Máteme.

Gabrielle se alejó y echó a correr, oyendo las palabras del perturbador individuo medio

desnudo resonar por el metálico interior del barco.

«Por favor, máteme. Por favor, máteme».

7

Mientras corría de regreso a la cubierta superior, Gabrielle no reparó un instante en Marco ni tampoco en si había oído los disparos o no. No tenía idea dónde podría encontrarse él ahora dentro del barco, pero no le interesaba. Después de todo, nunca había tenido intención alguna de compartir el «mérito» de atrapar a Vopreko con él. Sin embargo, todavía no estaba segura de qué era lo que tenía.

Cuando atravesó la compuerta que minutos antes Marco hubiera destrabado para adentrarse en el abismo interno del barco, Gabrielle se detuvo por completo afuera en la cubierta. Sentía que todavía podía escuchar en su cabeza las palabras de ruego de aquel extraño hombre que le imploraba terminar con su vida. ¿Qué demonios había sido eso? Y más aún, ¿quiénes eran esas personas que «vivían» en la oscuridad y las cuales ella había intentado alejar? ¿Serían criaturas igual de perturbadoras que el esquelético moribundo? ¿Podría tratarse de otros como el «mudo» o como el propio Marco? La idea ya comenzaba a esparcirse en su cabeza como una especie de bacteria infecciosa. Aunque no tenía prueba alguna, sospechaba que aquellos bien podía ser otros «experimentos genéticos» del «Albino». Y por alguna razón, los mantenía encerrados en la oscuridad.

Supo que si quería moverse con rapidez no podía demorar ni un instante reflexionando sobre ello. Divisó la jaula cerca del borde. ¿Acaso podía ser verdad?

Se acercó a ella a paso lento y todavía empuñando su arma. La estudió por un

momento. Su vidrio reforzado le aseguró que la jaula estaba construida para sumergirse. Pero exactamente hacia dónde conduciría no podía saberlo con seguridad.

«Un verdadero salto de fe» pensó Gabrielle.

No obstante, no tenía otra opción. Ni tampoco nada que perder. Su padre, sus amistades y su carrera profesional habían desaparecido por completo. ¿Qué otra cosa quedaba entonces para justificar el continuar viviendo? La respuesta era simple: atrapar a Vopreko y vengar a su padre. No le importaba morir en el proceso.

Antes que pudiera dar el primer paso hacia la jaula, oyó una voz familiar desde atrás.

— ¿Qué estás haciendo?

Gabrielle se giró y vio a Marco, sosteniendo también su arma y con una expresión de total confusión en el rostro.

— ¿Qué es eso?—dijo él al reparar en la jaula submarina que se ubicaba cerca de

Gabrielle.

— Vopreko se encuentra abajo —exclamó Gabrielle mirando fijo a Marco. — ¿Abajo? Quieres decir... ¿sumergido?

Gabrielle asintió, aunque compartía la misma incredulidad al respecto que Marco. — De acuerdo, vamos entonces —dijo él.

— Sólo puede ser activada desde aquí...

— Lo cual significa que uno de nosotros debe quedarse mientras el otro baja... ¿Eso quieres decir?

Pero Gabrielle no tuvo tiempo de responder. Oyó un ruido extraño y giró la vista hacia la compuerta por la cual tanto ella como él habían ingresado y salido del interior del barco. Cayó en la cuenta de que estaba abierta y lo que eso podía significar ahora. Marco hizo lo mismo también.

Pronto el temor de Gabrielle se manifestó. Del oscuro interior profundo del barco surgieron las abominables criaturas creadas por el «Albino»; criaturas de forma antropomórfica, pero que distaban mucho de tener emociones humanas. «Verdaderos monstruos de Frankenstein» pensó Gabrielle.

Un total de ocho de ellos, incluyendo el calvo y esquelético hombre de antes, salieron a cubierta portando un aspecto siniestro. Bajo la escasa luz de aquella noche y los pobres faroles que iluminaban la cubierta, Gabrielle pudo observar con más detalles esos seres que habían hecho «respirar» a la oscuridad. Cada uno de ellos llevaba puesto tan sólo una prenda de ropa interior, dejando el resto de su cuerpo (y sus perturbadoras deformidades) a la intemperie.

De estatura media, la pigmentación de su piel era de un color increíblemente

gris, casi como si estuvieran hechos de ceniza pura. La contextura de sus extremidades era desproporcionada; los brazos resultaban más largos que las propias piernas y la masa muscular entre el torso superior y el tren inferior resultaban desbalanceadas. Además de eso, Gabrielle pudo notar otros aspectos increíblemente raros; algunos de ellos tenían una estructura ósea particular en la que sus huesos sobresalían a través de la piel grisácea como protuberancias. A uno de ellos se le veía, debajo de la piel tirante, la forma del esófago y el aparato digestivo. Tal imagen le dio tantas náuseas que Gabrielle sintió que estaba a punto de vomitar.

Marco también miraba casi estupefacto los ocho monstruos que se paraban ante ellos. No sólo sus deformidades le llamaban la atención, sino algo más que Gabrielle notó unos segundos después. Los rasgos faciales y quizás alguno de sus rasgos corporales, guardaban una repulsiva semejanza con animales salvajes. Como si algo de su aspecto invocara la forma de una serpiente, o un insecto o un lobo.

— ¿Qué carajos?—lanzó en voz alta Marco, sin realmente poder expresarse de otra manera ante aquel espectáculo espeluznante.

Gabrielle comenzó a preocuparse más; los hombres no tenían aspecto para nada amigable. Y aquel esqueleto errante todavía rogaba ser asesinado.

Marco levantó el arma y apuntó hacia ellos, al mismo tiempo que éstos formaban una especie de semicírculo que acababa de encerrarlos a ambos. Gabrielle lo supo: la única salida era hacia abajo.

— ¡Atrás! —dijo Marco sosteniendo firme el arma—. ¡No se acerquen! Cuando le respondieron a Marco, a Gabrielle le pareció que sólo uno de ellos parecía haber aprendido a hablar.

— Hermanito... —le dijo nuevamente—. Por favor... ayúdanos, hermanito. Marco sintió que uno de ellos se acercaba demasiado y quizás debido a su incomodidad por la situación bizarra, dejó escapar un tiro. La bala viajó y se impactó contra el estómago desnudo de uno de las figuras. Ésta no sintió dolor alguno ni tampoco se echó hacia atrás.

Pero entonces, microsegundos después, el estómago estalló y se abrió como una piñata dejando escapar sangre increíblemente roja y entrañas.

Marco y Gabrielle se quedaron mudos, con los ojos abiertos como platos. Pero ninguno pudo decir una palabra. El hombre herido continuaba de pie, sin una mueca de dolor en su rostro y con lo que parecían sus intestinos colgando de él.

Marco comprendió lo que tenía que hacer. Se volvió hacia Gabrielle y la empujó dentro de la jaula.

— ¡Ve! —le dijo y se abalanzó sobre los controles de la jaula—. ¡Yo los detendré!

Gabrielle ingresó a la jaula y antes de cerrar la puerta, escuchó que Marco le decía: — ¡Encuétralo!

Y dicho eso, Gabrielle aseguró la jaula desde adentro. Marco activó el interruptor que encendía el mecanismo y pronto la jaula comenzó a descender, acompañada de un vibrante ruido de engranajes viejos.

La última imagen que Gabrielle vio antes de que la jaula descendiera por debajo de la línea de cubierta fue la de Marco volviéndose hacia los hombres y preparándose para disparar. Luego, no vio nada más que el casco de acero del barco.

Sobre la cubierta superior, Marco disparó varias veces y logró derribar a tres de los extraños hombres antes de que alguien le hiciera perder su arma. En segundos se encontró rodeado y con nada a mano para defenderse más que su propio cuerpo. Empezó a repartir patadas y golpes que probaron ser mortales para sus oponentes. Dada la contextura física débil y el pobre estado de éstos, Marco sintió que sería una batalla fácil de ganar. Los huesos serían más rápido de quebrarse y en poco tiempo podría derribarlos a todos, sin ayuda alguna de su arma.

Pero con lo que no contó fue que sus enemigos no poseían sensibilidad alguna contra el dolor físico ni con la intimidación psicológica. Aquellos que no estaban muertos del todo como los alcanzados por las balas, se volvían a parar tan rápido como eran derribados, sin importarles si parte de sus cuerpos estaban destrozados o no.

Marco se vio invadido por una sensación que nunca antes había experimentado: el miedo. Un escalofrío punzante le recorrió su espalda al comprender que aquellas abominaciones no tenían intención alguna de luchar contra él.

Pudo comprobarlo en sólo un instante. En pleno combate, dejó vulnerable un hueco de su defensa. Y a diferencia de cualquier tipo de lucha cuerpo a cuerpo donde semejante

punto ciego permitiría a su oponente atestar un golpe a favor, Marco sintió que unos afilados dientes se hundían sobre su hombro, por encima de la clavícula. Desconcertado, perdió el equilibrio. Y luego sintió otra mordida punzante en la pierna. Lanzando un grito agonizante, cayó de rodillas sobre la fría y rugosa superficie de la cubierta. Los hombres lo rodearon como hienas alrededor de su presa.

8

La jaula comenzó a sumergirse en las gélidas aguas del río. Gabrielle notó cómo la escasa luz del barco empezaba a desaparecer a través de la turbia agua. En cuestión de segundos, se vio flotando en una inmensa oscuridad que no parecía tener fin. Intentó mirar hacia arriba, pero el manto negro era impenetrable. Y a pesar de tratarse de un vidrio traslúcido, no existía luz alguna que la atravesara.

Con la vista completamente inutilizada, Gabrielle sólo pudo recurrir a sus oídos. Oía los engranajes del mecanismo atenuados por la masa de agua, y además de su respiración agitada, no había ningún otro sonido. Ni siquiera las corrientes subacuáticas del río parecían generar ruido alguno.

Aunque en alguna parte de su mente estaba preocupada por el destino de Marco y lo que sea que estuviera sucediendo allí arriba, no podía dejar de pensar en Vopreko y si realmente lo encontraría después de todo esto. Se sentía como si estuviera descendiendo a las profundidades mismas del infierno para encontrarlo. Pero si realmente lo hacía, entonces todo tendría sentido y valor. Incluso si aquellos disparos que había oído provenir con toda seguridad del arma de Marco podían de alguna forma garantizar el éxito de su misión, entonces habrían valido la pena.

Aprovechó esos instantes de estar encerrada consigo misma para intentar calmarse. Buscó la forma de normalizar su respiración y poder concentrar sus sentidos cognitivos. Debía mantenerse cuerda y ágil para enfrentar al «Albino». Esta era una oportunidad que no dejaría ir jamás. Y en el fondo sospechaba que su padre estaría muy orgulloso de ella.

Cuando pudo volver a respirar normalmente, su sentido auditivo le otorgó una pista inconfundible. Los engranajes se habían detenido y la jaula parecía haberse «anclado» a algo dado el movimiento brusco y repentino.

Gabrielle dejó pasar unos segundos hasta estar segura de que el mecanismo se había detenido del todo. Había dos opciones ahora: o ya no descendería más, o había tocado suelo con algo.

Tanteando en la oscuridad, hizo un esfuerzo por recordar dónde se ubicaba la

manija de la puerta de la jaula. Palpando con seguridad, reconoció el tacto de la misma y la jaló. Pronto la puerta se abrió hacia afuera y le reveló un pasillo de acero, iluminado apenas. Con precaución, dio el primer paso y salió de la jaula. Echó andar por el pasillo en alerta, preocupada de hacia dónde la llevaría. Veía una compuerta ubicada hacia el final, pero no le daba seguridad alguna. Sin embargo, continuó hasta llegar a ella.

Al llegar, se detuvo frente a la compuerta y apoyó su oreja sobre la fría superficie en un intento por oír qué había del otro lado. Pero no tuvo éxito.

Sin otra opción, tiró hacia abajo la manija esperando que no estuviese cerrada. Para su fortuna, no lo estaba. La empujó con lentitud y lo que vio le resultó paralizante. Una plataforma industrial se posaba frente a ella, tan oscura y húmeda como las aguas que la rodeaban. Toda la estructura resultaba muy antigua. Gabrielle no era gran conocedora de la historia, pero algo le decía que ese lugar parecía haber sido construido durante la Guerra Fría.

Apenas algunos reflectores la iluminaban y el hedor a agua podrida mezclado con algo más que todavía no podía discernir le producían ciertas náuseas.

Gabrielle puso el primer pie dentro y comenzó a caminar. El suelo por el cual pisaba se encontraba enrejado y había algo más debajo, como si tuviera otros niveles más. ¿Acaso la jaula no la había dejado en el fondo del río? ¿Podía ese extraño establecimiento extenderse aún más abajo en la profundidad?

A medida que avanzaba, le surgían más y más preguntas sobre todo lo transcurrido hasta el momento, pero no podía detenerse. Llegaría hasta el final, sin importar qué. Cruzó por lo que parecía una sala de máquinas, tal como si fuera de un submarino, aunque no tenía aspecto de estar en funcionamiento. Más adelante pudo ver otra puerta que conducía a la sala siguiente.

A través de las paredes reforzadas de hierro y acero podía oír crujidos producto de la presión de agua contra la infraestructura. Acompañando esos sonidos metálicos le seguían goteras constantes. Era como si el río hubiese pasado los últimos setenta años buscando penetrar el lugar hasta tragarlo por completo.

Alejando el pensamiento de que la inundación era inevitable, Gabrielle continuó avanzando hasta llegar a la sala siguiente. Lamentó no contar con una linterna o algo que pudiera agregar mayor luz a semejantes penumbras. Pero lo que vio de repente hizo que se olvidara de ello por completo.

No era necesario contar con una mejor iluminación para comprender lo que tenía delante de sus ojos; era a la vez inconfundible y perturbador.

A ambos lados de la sala se ubicaban lo que parecían ataúdes traslúcidos, uno al lado del otro como si fueran estatuas. Pero con una mirada más de cerca, Gabrielle notó que eran más bien tanques repletos de un fluido acuoso. Y su contenido era aterrador. Se detuvo y miró el contenido de cada uno de ellos. A

través del vidrio transparente, vio los cuerpos congelados de lo que parecían bestias repugnantes. Apenas si poseían algún reconocible rasgo humano. De aspecto desfigurado, parecían fetos deformes que habían fracasado en desarrollarse como seres humanos. Verdaderos abortos de la naturaleza que habían crecido hasta adoptar un tamaño considerable y convertirse en engendros mutilados que habitaban una fina línea entre lo natural y lo antinatural.

Gabrielle se sintió dentro de una pesadilla. Notó que estaba inmóvil, sin poder dejar de mirar a los esperpentos congelados. Algunos parecían mirarla como si todavía respirasen, otros no tenían ojos para verla, pero tal vez podrían olerla.

Continuó mirando hacia alrededor e intentó contar la cantidad que había de ellos. Pero en un determinado punto dejó de contar. Calculó que quizás habría como veinte o treinta de ellos, pero no le importó. Lo importante ahora era ver hasta dónde llegaba la pesadilla y si encontraba, como había oído mencionar muchas veces en su infancia, el «monstruo al final del libro».

Aunque toda lógica le decía que esos «especímenes» estaban totalmente muertos dentro de sus respectivos féretros, Gabrielle no se confió. Continuó avanzando, pero sin quitar de vista la sala mortuoria que abandonaba. Alzó su arma y se preparó en caso de que alguno de ellos se moviese.

Unos pasos antes de ingresar a la siguiente habitación, Gabrielle sintió que un objeto frío y filoso le tocaba la espalda. Lanzando un suspiro ahogado, se dio vuelta determinada a confrontarlo a pesar de su pánico. Pero lo único que encontró fueron unas cadenas colgantes que trillaban al chocar entre sí.

Respiró aliviada y luego observó que estaban manchadas de sangre. Miró hacia abajo y notó más sangre y restos orgánicos que no tenía idea a qué animal o persona pertenecían. Alterada por todo el hallazgo macabro, se apresuró en ingresar a la siguiente sala. Esta vez, el lugar era menos sangriento pero más oscuro. Las goteras se oían más intensas, al igual que los crujidos.

De repente, oyó un sonido agudo, casi cortante como un viento frío. Y aunque todo le decía lo contrario, supo que era una voz. Una voz estremecedora que le confirmaba la existencia del monstruo final dentro de esa pesadilla.

— Adelante... —le dijo la voz.

Gabrielle no la reconoció, quizás porque nunca antes la había oído. Pero no le cabían dudas a quién le pertenecía.

9

Gabrielle notó una deteriorada escalera de metal posarse a su izquierda. La misma conducía hacia arriba, a otra plataforma que no poseía diferencia alguna con respecto al resto de los espacios. Era como si ninguno de ellos fuera distinguible del otro. Como caminar en círculos.

A pesar de que Gabrielle no movió un músculo, la voz continuó y su eco resonó

por todo el establecimiento sumergido.

— Las profundidades no deberían asustarte, mi niña...

Eso era lo que Gabrielle esperaba; que la voz volviera a hablar para poder ubicar su dirección de procedencia. Ya con una mayor idea, decidió moverse y subió las escaleras con medida precaución y con el arma siempre a punto.

— ... pues nosotros hemos sabido vivir y emerger de ellas... —continuó la voz. Gabrielle llegó hasta la siguiente plataforma. No pudo discernir su verdadero tamaño debido a las tinieblas que la rodeaban, pero algo le decía que era mayor de lo que creía. A unos escasos metros de donde se encontraba pudo ver luz y figuras de pie una al lado de la otra.

Siguió avanzando en esa dirección.

— ... conquistar el mundo de arriba... —prosiguió la tétrica voz a medida que Gabrielle se acercaba.

Pero no volvió oírlo hasta que estuvo frente a frente de ella.

— ...y finalmente... los cielos —concluyó la voz.

Gabrielle se encontraba inmóvil. La voz provenía de un hombre extremadamente pálido

vestido con ropas oscuras. Su cabellera plateada brillaba con intensidad debajo del

lúgubre farol amarillento. A su alrededor había otros hombres, tres de cada lado con

aspecto similar a quienes habían acorralado a Marco en la superficie.

Pero Gabrielle sólo pudo pensar en una cosa: «es él».

«Vopreko».

— Bienvenida... mi niña —dijo el «Albino».

Gabrielle no tenía idea de qué aspecto tendría Vopreko en la actualidad, pero no le

quedaron dudas que se trataba de él. No había llegado tan lejos para cuestionar eso. Allí

estaba, frente a ella, el hombre que había arruinado la vida de su padre y responsable de

todo lo sucedido. Era él la cabeza de la serpiente.

Sin demorar un instante, Gabrielle levantó el brazo y apuntó hacia él. Ninguno de sus

hombres se movió.

— ¿Sabes quién soy?—dijo Gabrielle.

— Sé más que eso —replicó Vopreko.

— Entonces sabes qué he venido a hacer.

— Sí... ¿pero por qué lo retrasas?

— Porque primero quiero oírte admitirlo.

— ¿Qué diferencia haría, mi niña? Me matarás lo haga o no... ¿no es así? — Confiesa lo que le hiciste a mi padre.

Vopreko no respondió. Gabrielle no logró soportarlo y como si dejara que la ira acumulada por años dentro de ella se librara, apretó el gatillo.

Pero las balas no impactaron sobre el «Albino». En cambio, lo hicieron contra una de

las paredes de la infraestructura. Gabrielle lo había notado ni bien puso pie en esa

plataforma; el punto débil. Una pared que se encontraba en mal estado.

A través de los agujeros de balas comenzó a brotar el agua fría y turbia del río.

Poco a

poco algunos tornillos saltaron y se produjo una importante fuga de agua que amenazaba con inundar todo en poco tiempo.

— Nos matarás a todos—exclamó Vopreko—. Incluyendo a ti misma. — No me importa—replicó Gabrielle—. Confieras ahora... o esperaremos a que el agua nos ahogue a todos.

Gabrielle sabía que esa amenaza no tenía sustento, pero esperaba que el «Albino»

quisiera defender su vida. De esa manera, podría justificar apretar el gatillo y matarlo de

una vez por todas.

— Tu padre nunca te contó la verdad, ¿no es así?—exclamó Vopreko—. ¿La razón por la cual él nunca pudo atraparme?

— Te ha atrapado ahora, a través de mí. Y él también estará apretando el gatillo.

— Tu padre me dejó ir —dejó soltar el «Albino».

Gabrielle fingió que esas palabras no la afectaban. Vopreko pudo, sin embargo, leerla

con claridad.

— Me tuvo —continuó—. Me había atrapado... Pero me dejó ir.

— Eso es mentira. Si te hubiera atrapado, te hubieras podrido en prisión. Ahora te pudrirás aquí abajo.

— Lo hizo por... el regalo que yo le di. Uno por el cual me agradeció con mi libertad.

— ¿De qué estás hablando?—dijo ella enojada—. ¿Qué regalo?

— Tú... Gabrielle. Tú eres mi regalo para él.

La mano de Gabrielle que sostenía el arma tembló.

— No... tú lo torturaste. Lo arruinaste. ¡Él quedó incapacitado por tu culpa! ¡Y ahora lo pagarás! ¡Pagarás!

— ¿Conoces tu historia familiar? ¿La historia familiar de tu padre? Él sabía lo que corría en su sangre... Rogaba que su debilidad no fuese hereditaria. Pero lo era... él sabía que lo era.

— Cállate. Cierra la maldita boca.

— La enfermedad que terminó de consumir a tu padre estuvo con él desde siempre. Era su «destino genético». Y cuando me atrapó... él mismo confesó su miedo: tener otro hijo que cargase con su naturaleza inferior. Sabía lo que sucedería. Cuarenta años antes sabía lo que yo y la gente de poder haríamos. Y buscó beneficiarse de ello.

— Eso no es verdad. No es verdad...

— Ledi... lo único que le podía dar. Un hijo... libre de cualquier enfermedad hereditaria, destinado a vivir una vida sana sin preocupaciones. Eso fue lo único que él me pidió de ti, Gabrielle. Que no portaras con su defecto. El Alzheimer sólo lo afectaría a él, dejándote a ti completamente sin tocar. ¿Lo ves ahora? Tú también eres mi hija... Y estos aquí son tus hermanos... Y los que conociste allí arriba, los que la mafia utilizó para sus fines egoístas e indignos... son también tu sangre. Sólo que tú... no estabas destinada para lo mismo. Tú único «perfeccionamiento» fue contar con una vida saludable, una longevidad más que aceptable pero limitada.

Gabrielle sintió que se mareaba y que caía de bruces. Pero intentó mantenerse en equilibrio.

— Él nunca quiso que fueras como los otros —prosiguió Vopreko—. Para ti, sólo quería salud. Y austeridad. Entonces embarazamos a tu madre con uno de mis embriones... y nueve meses después apareciste tú. Y aquí estamos... treinta años después. Contigo amenazando a la única persona que te salvó de una herencia inferior.

— Maldita serpiente... Rata inmunda... Todas tus mentiras...

El agua comenzaba a formar una especie de arroyo en los pies de ambos. Pero Gabrielle no podía pensar en otra cosa. ¿Su padre había hecho un trato con Vopreko? ¿Ella había sido modificada genéticamente? Era imposible. No podía ser verdad. ¿Cómo su padre podría haber acordado semejante locura? Luego pensó en Maurice y en cómo él era considerado «inferior». ¿Acaso eso tenía algo que ver? ¿Su padre tuvo miedo del destino de sus hijos y se aseguró el futuro de al menos uno de ellos?

— Sólo te ofrezco la verdad —dijo Vopreko—. Puedes aceptarla... o continuar engañándote a ti misma. No serías la primera.

— Mi padre... nunca haría eso. Nunca...

— Créeme que sí. Él sabía más de lo que te permitió conocer. Lo hizo para protegerte.

— ¿Protegerme? ¿De qué?

— De lo que hoy es una realidad... El Estado de Rosthalion.

— Él no podría haberlo sabido...

— Oh, claro que lo supo. Sabía lo que yo hacía y quiénes eran mis asociados. La idea de Grittver a la cabeza de un único Estado Soberano conformado por una sociedad perfeccionada genéticamente estuvo planeada desde el principio. Y casi cuarenta años fueron necesarios para ver realizado este sueño utópico. Uno en el cual la compasión humana no se interponía con el funcionamiento de la naturaleza ni con la ley de supervivencia del más apto, aquella que tanto gobernó nuestro mundo hasta que la civilización intercedió.

— ¿Utópico? Esto es una locura. Se les ha ido de la mano.

— ¿No puedes verlo?—replicó el «Albino»—. Las personas de hoy no tienen ninguna noción sobre los descuidados que son con respecto a su raza, a su identidad biológica. El mundo civilizado del hombre ha permitido que aquellos no aptos puedan reproducirse, sin límites y sin reparo alguno del efecto que sus genes indeseables provocan en la especie. No hay control y nadie se preocupa por hacer algo bueno por el planeta. Y es por eso que tendremos un nuevo salvador. Uno que protegerá la gran nación que hemos formado aquí. Gabrielle comprendió enseguida.

— El ataúd... —dijo.

— Precisamente, mi hija.

— No... no puede ser. ¿Qué es lo que has hecho?

— Le he dado a la humanidad lo que se merece... Un dios verdadero. Uno que no tiene su razón de existir en los cielos o en lo divino. Uno cuyo origen no sea debido a causas sobrenaturales que poca cabida tienen el ámbito científico. Le di a la humanidad un Dios creado íntegramente por la propia humanidad... Un ser de increíble superioridad construido a partir de todo lo que nos conforma, y lo que conforma nuestro mundo. Un dios concebido a partir de lo conocido y no lo infundado. Mi mayor obra. Un dios «terraformado».

— ¿Qué diablos significa eso?

— Tomé pedazos de todo lo que define nuestro mundo. Pequeñas partes de cada una de las numerosas vidas que conforman nuestro ecosistema. Vida acuática, vida terrestre, reino vegetal, reino animal... invertebrados, vertebrados... ¿Te suena familiar?

Gabrielle recordó el aspecto casi salvaje de alguno de los engendros creados por el «Albino».

— Un superhombre modificado con la habilidad de volar como las aves, de resistir temperaturas extremas como las tardígradas, de ver tan lejos y nítido como las águilas... de poseer la fuerza de un escarabajo rinoceronte o la agilidad

y velocidad de un guepardo. Y la lista continúa; las mejoras son externas como internas. Todo en uno. La forma de vida más avanzada jamás creada. Finalmente, hemos superado el trabajo de la propia naturaleza.

— Esto no puede ser verdad...

— El Dios de la Tierra. Y él nos gobernará a todos... Empezando por el primer Estado Soberano de Rosthalion.

El agua había ascendido casi hasta llegar a las rodillas de Gabrielle y las paredes comenzaron a distorsionarse por la presión. Pero Gabrielle estaba como obnubilada, sin realmente poder pensar en claro. ¿Había algo de verdad en todo esto que oía? ¿Podía el «Albino» estar jugándole juegos con su cabeza intentando confundirla para posponer su inevitable muerte? ¿O era todo cierto?

— Entonces, como puedes ver, mi pequeña niña... —dijo Vopreko—, porque tú eres la única mujer que he creado... Y no quiero ninguna otra. Como puedes ver... no me importa si muero o no... porque el verdadero «Rey de los Humanos» se encuentra ya entre nosotros... y él nos juzgará a todos.

— Eres un lunático... Acabas de librar un terrible mal sobre el mundo... ¿Qué has hecho?

— Nos he purgado... Porque yo soy el padre de una nueva generación, con descendientes tan numerosos como las estrellas. Ellos y tú son mi legado. He reinventado la existencia de la humanidad...

Gabrielle vio cómo una de las paredes cedía completamente y el agua salía con mayor potencia y cantidad. La inundación era inevitable. Pero ni el «Albino» o sus «hijos» parecieron moverse.

En ese instante se dio cuenta que no tenía deseo alguno de morir junto a él. Había encontrado otra razón por la cual vivir ahora... y eso era deshacer la obra de Vopreko. Se irguió firme.

— Tal vez le hayas dado a la humanidad su salvador... —le dijo— pero tú no estarás allí para verlo.

Gabrielle apuntó y apretó el gatillo. La bala se impactó en la frente de Vopreko y la atravesó, saliendo por detrás. El cuerpo del «Albino» cayó muerto hacia adelante.

10

Al ver que el «Albino» no volvía a ponerse de pie ni tampoco se movía en absoluto, Gabrielle se sintió confundida. Creyó que estaría feliz por haber tirado del gatillo y comprobar, de una vez por todas, que Antonio Vopreko sangraba como cualquier otra persona y que finalmente su hora había llegado. Pero la noción de que tanto ella como su padre habían saciado su sed de venganza no le fue suficiente. La sensación de placer resultó efímera y pronto el vacío que la muerte de su padre y la traición de su compañero habían dejado en ella se

intensificó.

Vopreko estaba muerto, pero sus acciones le sobrevivían al igual que su obra de trabajo. Él ya no volvería a respirar ni continuar torturando a inocentes para su propio beneficio, pero lo que había hecho en vida no podía deshacerse. El espíritu roto de Gabrielle era una de esas cosas, así como también la gestación del perverso Estado Soberano de Rosthalion como del supuesto «Dios Humano» destinado a gobernar el mundo. Las propias acciones de Gabrielle habían logrado casi nada; tan sólo terminar de convertir al sádico científico en una especie de mártir a quien venerar.

No obstante, Gabrielle no dispuso de tiempo para reflexionar sobre el significado de sus acciones, tan sólo pudo asegurarse de que gracias a ella, Vopreko había sido robado de la oportunidad de gozar con un placer cruel las consecuencias del mal que había lanzado. Eso no sucedería y era lo único que la oficial tenía para aferrarse. Ni bien había terminado de disparar y observado el cuerpo inerte, la fuga de agua cobró mayor intensidad y pronto el nivel de agua comenzó a incrementarse con una rapidez mortal. Debía salir de allí cuanto antes.

Observó que los hombres alrededor de Vopreko continuaban tan inmóviles como los había visto, casi como si no estuvieran vivos en absoluto. Pero sí lo estaban y su aparente indiferencia ante la muerte de quien Gabrielle sólo podía asumir era su padre, guardaba un aire demasiado perturbador. ¿Acaso deseaban que el «Albino» estuviera muerto? Dada la poca resistencia que Gabrielle encontró al apuntarles con un arma, sospechó lo peor. ¿Qué tal si la única razón por la cual ella había logrado dar con aquel viejo despiadado y matarlo era porque él mismo lo quería así? ¿Podía ser posible que Vopreko quisiera morir a manos de ella? ¿Sabía que ése era su destino?

Sin ningún tipo de respuesta, Gabrielle giró el cuerpo y se preparó para salir corriendo de la creciente plataforma inundada. Echó una última mirada al viejo «Albino» en un intento por aseverarse de que no cupiera posibilidad alguna de que estuviese vivo. Un disparo simple a la cabeza, tal como le habían enseñado en la Academia, terminaba fácilmente con la vida de cualquier persona. Pero Vopreko no era cualquier persona y un aire místico parecía rodear su figura de tal manera que podría no ser humano en absoluto.

Gabrielle dio la espalda y comenzó a correr tan rápido como podía abrirse paso por la abundante agua. En cuestión de instantes comprendió que no tenía ni idea cómo haría para escapar. La única posible solución era regresar por donde había venido y rogar por encontrar la manera de volver a la superficie.

Debían estar a varios cientos de metros debajo del agua, con lo cual escapar nadando hacia arriba no sería la mejor opción. Aún si la vieja infraestructura estuviese a tan sólo cien metros de profundidad, la presión del agua podría

matarla. No había tomado las suficientes lecciones de buceo durante su adolescencia como para tener el conocimiento necesario sobre cómo ir compensando la presión y evitar que sus pulmones estallasen. Recordaba vagamente que debía ascender pataleando hacia arriba, al mismo tiempo que exhalaba aire constantemente por la boca y nariz hasta llegar a la superficie. ¿Pero hacerlo por cien o doscientos o quizás trescientos metros de profundidad? Moriría al instante.

Debía pensar en otra opción. Regresó sobre sus propios pasos apoyándose en su buena memoria y en su sentido de orientación.

Atravesó la sala llena de los cuerpos deformes e inhumanos de los experimentos del «Albino». En el preciso instante que atravesaba la mitad de camino, sintió cómo los ataúdes traslucidos se caían al piso debido a la fuerza del agua y flotaban en diferentes direcciones. Uno de ellos cayó justo frente a ella, rompiéndose la cubierta de vidrio en añicos. Lo que la caída reveló fue aún más aterrador a los pies de Gabrielle que en la pared cual trofeo de caza. Un rostro sin ojos, con la mandíbula desencajada y una dentadura extrema que sobresalía por las mejillas, le profirió una sonrisa malévola. Sin gritar, pero con la piel erizada tanto del horror como de la gélida agua, Gabrielle pateó al esperpento lejos y se estremeció. Luego retomó fuerzas, y siguió el camino determinada a no morir en un viejo y oxidado laboratorio de la Guerra Fría. No, ella seguiría adelante.

Llegó hasta la última puerta que la separaba del angosto pasillo final. Justo en ese momento, cuando visualizó la jaula submarina, tuvo un repentino terror: ¿Cómo activaría el mecanismo de la jaula? No se lo había puesto a pensar, pero recordaba que para descender ésta sólo podía ser activada por alguien más que estuviera arriba, en cubierta. ¿Y para ascender? ¿Sería el mismo mecanismo? Si en efecto era así, estaba perdida. No había forma alguna que Marco pudiera ayudarla, y aún si pudiera, ¿cómo podría avisarle que había terminado con Vopreko y que estaba huyendo desesperada de una inundación inminente?

Pero no podía darse el lujo de bajar el ritmo y dejar que el agua le sacase ventaja. Debía llegar.

Abrió la pesada compuerta y avistó el pasillo. Éste se había inundado también, de alguna forma, pero con un nivel de agua menor. Cuando se introdujo, el agua le llegó hasta las rodillas.

Notó la jaula al final del pasillo. Estaba abierta de par en par y el agua también se había metido allí. ¿Cómo la inundación podía haber llegado a todos lados casi de manera simultánea? Empezó a considerar la posibilidad de que no se debía a sus disparos amenazantes; en todo caso, alguien más quería hundir el lugar para siempre y con todos en él.

Cuando arribó al pie de la jaula, las luces del pasillo se apagaron y quedó a oscuras pudiendo solamente oír el agua subir y llenar el espacio estrecho. Tuvo que hacer un esfuerzo por controlar su ansiedad cuando cerró la puerta de la jaula y se encerró a sí misma dentro de ella. Tal vez de esa manera tendría más tiempo antes de que todo se llenase de agua.

Incapaz de poder ver nada en la profunda oscuridad, comenzó a tantear los costados de la jaula, en parte por desesperación y en parte por una ciega confianza en sobrevivir. Minutos después, algo crujió y los engranajes parecieron girar. Gabrielle se detuvo en plena tiniebla, creyendo que tal vez Marco había activado el mecanismo de la superficie de alguna manera, pero supo que fuera lo que fuera que estaba pasando, había comenzado ni bien terminó de tocar algo. Cuando tuvo la sensación de que la jaula se movía, comprendió lo que sucedía.

La jaula debía tener un activador del mecanismo de ascenso pero no para descenso, como si quien la usara a menudo no quisiera que nadie bajase allí sin autorización debida, mientras que regresar a la superficie estaba permitido para quien sea que bajara. Así debía haberlo operado Vopreko.

No muy segura de todas formas, Gabrielle pareció aguantar la respiración mientras lentamente la jaula ascendía. Debido a las penumbras, no pudo intuir si el laboratorio submarino se había terminado de hundir o todavía daba pelea. Tan sólo podía oír crujidos y temblores graves esparcirse por el agua.

Unos dos o tres minutos después, calculó que debía encontrarse a mitad de ascenso. Por alguna razón, todo le resultaba demasiado lento y dudaba si había tomado el mismo tiempo para descender antes. Estaba segura de que no.

Miró hacia arriba y aguardó con impaciencia que la oscura capa negra comenzase a ser penetrada por cualquier luz que hubiera disponible. Pero esto también tardó más de lo que hubiera deseado.

Finalmente pudo ver destellos brillantes entre toda la oscuridad pero no supo si se trataba de las estrellas en sí o eran alucinaciones. Creía más en la segunda opción. Sintió que los engranajes se detenían poco a poco y luego vio que la jaula comenzaba a salir a la superficie. El oxidado casco del «Nikola» la recibió como si se tratara del rostro de un viejo amigo, y Gabrielle respiró en alivio al estar fuera del agua. Tenía el cuerpo íntegramente mojado, temblaba tanto de frío como de puro nervios y todavía sujetaba con fuerza en su mano derecha el arma que había cerrado los ojos del «Albino» de una vez por todas.

Cuando la jaula se precipitó sobre la cubierta, Gabrielle no esperó a que se detuviera. Empujó la puerta hacia adelante y salió. Lo que encontró a continuación fue aún más perturbador que cualquier cosa vista en las profundidades.

El cuerpo de Marco yacía inmóvil, descuartizado y abierto como un cerdo mutilado. Los hombres de piel gris estaban arrodillados sobre él, devorando sus intestinos. El rostro de Marco se encontraba increíblemente pálido y tenía los párpados levantados, revelando la última mirada de terror en sus ojos al ser comido vivo.

Asqueada por la morbosa escena, Gabrielle sintió que estaba por vomitar, pero se contuvo. Los hombres de piel gris se volvieron a ella, sus bocas manchadas de sangre y con pedazos de carne humana colgando todavía de la boca. Enseguida Gabrielle levantó el arma y les apuntó, disparándoles a quemarropa. Gastó todas sus balas, pero no dejó a ninguno vivo.

El último en morir fue aquel cuyo sólo pedido era ése: «Mátame por favor». 11

Gabrielle observó el pálido amanecer azulado a través del parabrisas. Se encontraba dentro del mismo auto que había conducido a ella al «Albino» y a Marco a su muerte. Con el vehículo detenido en la acera, tenía la mirada perdida y el rostro desfigurado por el cansancio, el shock y una aparente insensibilidad. En su mente repasaba las últimas imágenes que había visto y con cada segundo que pasaban, éstas cobraban mayor fuerza.

Se encontraba lejos del puerto y del «Nikola», así como también de la jaula y el laboratorio subacuático. Pero no podía dejar de ver a Vopreko tomando sus últimos respiros antes de volarle la cabeza, así como también no olvidaría jamás la imagen de un ser humano siendo devorado por otros en un festín caníbal.

Desde que había descargado su arma sobre aquellas bestias voraces, había intentado todo lo posible por poner cuanto más distancia posible entre ella y el puerto. Sin volverse hacia atrás y acelerando el paso, había escapado del barco y conducido hasta sentirse lo suficientemente lejos y segura de todo. Pero de esto último, no estaba tan confiada.

Por un lado se sentía satisfecha al haber terminado con el «Albino», pero por otro comprendía que estaba luchando contra un monstruo de muchas cabezas; la de Vopreko era una sola y no tan esencial. El monstruo continuaba moviéndose a pesar del golpe atestado por Gabrielle y en verdad no había terminado con nada. Pero sentada allí en el auto, reflexionando en ese instante y en ese momento en el cual su padre ya no podría regresar, en el cual la traición de Anderson era irreversible e imperdonable, en el cual Vopreko y Marco ya no respiraban... en ese preciso momento supo que no tenía interés alguno en derrotar a la bestia en su verdadera forma. Tan sólo quería una de sus cabezas como trofeo personal y el resto no le importaba. Y Gabrielle había logrado eso. La cabeza de Vopreko había estallado y pasara lo que pasara después, él ya no sería parte. Debía darse más crédito de lo que pensaba. Lo único que sí importaba ahora era intentar escapar del alcance de la bestia, todavía viva y mortal como siempre. Para eso,

debía ponerse en marcha.

Antes de que pudiera encender el auto y conducir hacia su destino, notó el aparente escándalo en las calles cuyo bullicio había ignorado por completo mientras reflexionaba encerrada dentro de su propia cabeza.

Algunos corrían, otros se quedaban estáticos en el medio de la calle junto a otros vehículos que también se había detenido a contemplar con aparente estupefacción lo que sea que estaban viendo.

Gabrielle oyó una especie de trueno estrepitoso propagarse por los cielos como si se tratase de un avión de guerra. Luego se percató de la presencia de vehículos militares armados patrullando por la calle, dirigiéndose a un destino no muy lejano de allí. Gabrielle se bajó del auto y sin cerrar la puerta del mismo, se unió a la observación en masa. Todas las personas, y ahora ella misma también, presenciaban con asombro el espectáculo fantástico.

El cielo parecía haberse tornado amarillo, pero nada tenía que ver con el sol que se encontraba casi ausente aquella mañana. Por el contrario, el tono cálido provenía de las altas llamas que se posaban a unos trescientos metros de distancia, en el medio de la calle.

Gabrielle se abrió paso entre la gente hasta que no pudo avanzar más. Una línea de vehículos militares, tanques y soldados cortaban el paso. Pero más allá podía verse todo con increíble claridad: envuelto en ese fuego devastador había algo. Agudizando la vista y mirando con mayor atención, Gabrielle pudo distinguirlo. Una figura. La figura de una persona. Un hombre.

Se quedó inmóvil. El hombre estaba rodeado de fuego, pero éste parecía no afectarlo en absoluto. No había nada en él quemándose, pero el incendio era voraz, seguramente producto del fuego militar. ¿Qué estaba sucediendo?

Lo mismo parecían preguntarse el resto de las personas, pero Gabrielle comenzaba sospechar. Fue cuando los militares ordenaron abrir fuego que ella comprendió. Las balas de las armas automáticas salieron pero nunca dieron en el blanco. En cambio, se detuvieron a mitad de camino, suspendidas en el aire como si hubiera una especie de campo magnético o escudo invisible que las obstaculizara de dar con el hombre en llamas.

Gabrielle no necesitó mucho para entender y las otras personas también: las balas habían sido detenidas por el hombre en llamas... telepáticamente.

Cuando los soldados dejaron de disparar al ver que poco daño hacían, se quedaron obnubilados, sin realmente saber qué hacer. El hombre en llamas dio un paso hacia adelante. Gabrielle notó que estaba completamente desnudo. De gran contextura física y una musculatura de hierro, portaba una altura cercana a más de dos metros. Pero lo más llamativo de todo era que debajo de la cintura y en su ingle no había nada más que piel. «Un eunuco» pensó enseguida Gabrielle.

No le quedaron dudas algunas. Ese eunuco musculoso y en llamas no era otro más que la gran obra final de Vopreko. El «Dios Humano».

De repente las balas cayeron al suelo, sin hacerle daño alguno. La multitud exclamó en temor y asombro. Aunque nadie lo dijo, todos pensaban lo mismo: aquel era el mismísimo diablo.

Pero pronto las llamas se consumieron y se desvanecieron como si hubieran sido extinguidas. El hombre musculoso quedó solo, a la vista de todos.

El silencio dominó por completo. Gabrielle notó que había periodistas y canales de televisión transmitiendo en vivo. Eso sólo podía significar que el silencio se había esparcido al resto de la ciudad e introducido en cada uno de los hogares. Como si se tratase de una pesadilla en vivo, el hombre musculoso abrió la boca y de la misma salieron palabras que sonaron demasiado humanas.

— No teman —dijo—. El Nuevo Renacimiento ha comenzado. Y ustedes... son mis testigos. Los testigos del Nuevo Dios. Serán purgados y nacerán de nuevo. Y casi como si pudiera leer la mente de cada uno de ellos, el hombre musculoso cerró los ojos y pasó a dar una prueba de su increíble poder. Giró la cabeza hacia arriba, en dirección al cielo. Todos hicieron lo mismo.

Lo siguiente fue increíble. Un sonido vibrante que provenía desde las nubes se detuvo y pareció distorsionarse. Luego, algo asomó.

Lentamente pero sin detenerse, un avión comenzó a descender desde el cielo. Inclinado, bajaba como si estuviera flotando y sin hacer el menor ruido.

La multitud se volvió hacia el hombre en llamas. ¡Éste lo estaba controlando! Gabrielle sintió un gran temor. Dio un paso hacia atrás, anticipando lo que vendría. Más no podía quitar los ojos del Dios Humano.

Cuando el avión estuvo peligrosamente cerca del suelo, Gabrielle se abrió paso entre la multitud hasta que empezó a correr alejándose. Pocos imitaron su ejemplo. En cambio, se quedaron inmóviles allí en el preciso instante en el que el hombre musculoso abalanzó el pesado y grande avión de guerra sobre los vehículos militares, provocando una explosión estridente y un fuego devastador que consumió la vida de decenas de personas en cuestión de segundos.

Regresando a su auto, Gabrielle oyó los gritos, lamentos y la conmoción de la masacre. El Dios Humano estaba demostrando su poder y lo hacía por medio de la matanza. La «purga».

Entró en su auto, cerró la puerta y la trabó. Luego echó a andar con velocidad y se alejó lo más que pudo de allí. Ahora sólo tenía una opción para sobrevivir: escapar de Rosthalion. Y debía salvar a alguien más.

Viró el rumbo en la dirección correcta y rogó que Maurice y su familia todavía estuviesen vivos.

No había forma que Gabrielle pudiera realmente comprender la escala de todo. Lo que acababa de atestiguar no sólo probaba que Vopreko no había mentido, sino que la existencia de algo tan inconcebible como un ser capaz de telepatía y aparente inmortalidad probaba ser una verdad ahora. ¿Qué era exactamente lo que había visto? Tenía aspecto de hombre, pero estaba lejos de tratarse de un humano. ¿Podía realmente ser un «dios» tal como el «Albino» había proclamado? ¿Qué era eso en verdad? ¿Cabía la posibilidad de que un dios tuviese forma corpórea y no se encontrase confinado en lo místico o lo divino? ¿Acaso ése era el objetivo final del «Albino»? ¿Probar que un dios podía verse a simple vista y que era como cualquier otra forma de vida conocida? Era como si la intención de Vopreko hubiera sido demostrar que no se necesitaban justificaciones sobrenaturales o de otro mundo para explicar la existencia de un ser que pudiera realizar actos considerados fantásticos o imposibles para la simple mente humana. Algo le decía que el «Albino» acababa de probar que algún tipo de «magia» existía en el mundo y la única capaz de crearla era la ciencia. El transhumanismo era la verdadera fuente de magia.

Gabrielle pisó el acelerador y trató de concentrarse sólo en llegar a la casa de Maurice. Ya tendría tiempo de reflexionar sobre el verdadero significado de todo una vez que lograra escapar de la ciudad... si era que lo lograba.

Durante el trayecto, sus ojos se le llenaron de lágrimas al recordar la última imagen de su padre, siendo cargado hacia un destino desconocido, que no podía ser otro más que la muerte. Pensó en la última vez que había visto a Maurice y cómo lo había tratado. Se arrepentía totalmente de haberse comportado como lo hizo. Comprendía ahora que la familia era lo único que tenía, que podía mantenerla viva.

Cuando llegó a destino, se apresuró en salir del auto e ingresar al edificio. Temió lo peor cuando notó que aparentaba estar vacío, como si lo hubieran «saqueado» tanto de objetos de valor como de las mismas personas.

Subió hasta el piso de Maurice y golpeó la puerta desenfrenadamente. No hubo respuesta, por lo cual decidió identificarse.

— ¡Maurice, soy yo! —dijo—. ¡Gabrielle! Por favor, abre la puerta.

Nadie respondió. Gabrielle insistió, casi desesperada.

— ¡Por favor! —dijo—. He venido a ayudarlos...

Al no tener respuesta, Gabrielle temió haber llegado demasiado tarde. Maurice y su

familia habían sido raptados por la Policía Superior y a esa altura el Estado de Rosthalion bien podría ya haberles quitado su hijo y qué otras cosas más.

Todo era su culpa. No había sabido valorar lo que tenía y ahora era tarde para pedir

perdón. No podía hacer otra cosa.

Apoyó la cabeza contra la puerta, en sollozos, mientras la golpeaba casi sin fuerzas. El

recuerdo de su padre la azotaba.

Fue entonces que oyó un sonido que cortó su llanto en seco. La cerradura crujió y algo se movió del otro lado. Levantó la cabeza de la puerta y dio un paso atrás. Buscó el arma con sus manos, sospechando que podría no tratarse de Maurice en absoluto. La puerta se abrió lentamente y lo que reveló del otro lado hizo que Gabrielle lanzara un suspiro.

La esposa de Maurice miraba a Gabrielle totalmente desconcertada. Llevaba una mano sobre su redonda panza, como si quisiera proteger a su bebé de todos los males externos.

Gabrielle no pudo contenerse.

— Todavía están aquí... —exclamó casi sin aire.

La esposa de Maurice abrió aún más la puerta y reveló a su esposo de pie en el fondo

del pequeño apartamento, sosteniendo una escopeta y vestido con ropas viejas. Maurice

clavó los ojos en su hermana.

— Entra—le dijo él y luego se volvió hacia su esposa—. Cierra la puerta y trábala.

Su mujer obedeció y Gabrielle se adentró.

— Todo el edificio estaba vacío y pensé que tal vez ustedes... —dijo Gabrielle antes de interrumpirse a sí misma.

Observó la mirada fría y angustiada de su hermano.

— ¿Qué estás haciendo aquí, Gabby?—dijo él—. ¿Por qué has regresado? — Porque finalmente he entendido una cosa...

Maurice se quedó callado aguardando. Su esposa se unió a él.

— Que no hay nada malo con ser «inferior»—dijo Gabrielle.

Tanto Maurice como su mujer comprendieron a qué se refería ella.

— Debemos salir de aquí —prosiguió Gabrielle—. Los cuatro.

Maurice asintió y luego señaló en dirección al televisor.

— ¿Tiene que ver con eso?—dijo.

Gabrielle se volvió y notó que en el televisor se transmitían las imágenes repetidas del

hombre en llamas.

— ¿Qué demonios es?—continuó Maurice—. ¿Qué está sucediendo? — No lo sé... Pero si quieren vivir... si quieren que su bebé viva... debemos salir de aquí cuanto antes.

— ¿Y adónde iremos?—preguntó la mujer de Maurice.

— Donde sea—replicó Gabrielle—. Fuera de aquí. Lejos de Rosthalion. — Jamás lograremos atravesar las fronteras —dijo Maurice—. Nos matarán. — Debemos intentarlo.

Gabrielle se tomó un instante y luego volvió a hablar.

— Perdóname por lo que dije... No pude verlo.

— ¿Ver qué?

— Papá se fue...

— ¿Qué significa eso?—dijo Maurice preocupado—. ¿Murió?

— No lo sé... La Policía Superior se lo llevó y...

Gabrielle necesitó un momento y luego afirmó:

— Sí...

Gabrielle asintió y contuvo sus lágrimas. Maurice no supo cómo reaccionar.

Miró a su

mujer consternado.

— Ustedes dos... son todo lo que tengo, Maurice —prosiguió Gabrielle cuando pudo recuperarse de su propio llanto—. Y pido perdón por no haber valuado la familia... y mi propia sangre como debería haberlo hecho. No me importa lo que otras personas digan o piensen... yo soy tu hermana... y tú eres mi hermano. Sólo somos nosotros desde ahora en más.

— Soy yo quien debería avergonzarse, Gabby—dijo Maurice—. No fui el hijo que debería haber sido... Pero quizás... pueda ser el hermano que tú te mereces. Gabrielle corrió sus lágrimas y sonrió a su hermano. Por primera vez en la vida se permitió aceptar quién era y sintió un amor fraternal y familiar inconmensurable. Supo que ése era su verdadero hogar.

La mujer de Maurice se acercó a Gabrielle y le sonrió.

— Creo que no nos hemos presentado de manera formal —dijo en tono amable—. Mi nombre es Isabel.

Gabrielle le sonrió.

— Me alegra conocerte, Isabel —le dijo y luego le dio un abrazo.

Maurice observó a ambas y sonrió complacido. Gabrielle rió tímidamente y se secó las lágrimas. Notó que era la primera vez que expresaba alegría o felicidad en todo este tiempo. Sentía que una angustia oscura la había dominado por tanto tiempo que apenas si recordaba la última vez que había sonreído de manera genuina como ahora.

— Debemos irnos... —dijo Maurice al cabo de unos segundos.

— Sí... —replicó Gabrielle—. Dejen todo lo que puedan.

— Iré a recoger algunas cosas—dijo Isabel y se marchó hacia la habitación. A pesar de lo apremiante de la circunstancia, Maurice sonrió a su hermana.

— Me alegra que estés conmigo, Gabby—le dijo.

13

Gabrielle se apresuró hacia el auto. Isabel y Maurice iban de la mano, corriendo lo más rápido que podían. Tan sólo un pequeño bolso los acompañaba como equipaje. Después de eso, no cargaban con ningún otro objeto de valor. Gabrielle abrió las puertas y se introdujo en el auto, encendiendo el motor sin desperdiciar un minuto. Se aseguró que su hermano y su cuñada entraran al auto en la parte de atrás.

— Traben las puertas —les dijo y pisó el acelerador.

El auto comenzó a moverse. Las calles estaban casi vacías por completo; o bien todos se encontraban observando el fenómeno inusual o se habían encerrado en sus respectivas casas.

Cuando se encontraron en camino, fue Maurice quien finalmente rompió el silencio.

— Si logramos atravesar las fronteras... —dijo—. ¿Qué pasa luego? ¿Adónde iremos?

— Ya pensaremos en algo —replicó Gabrielle—. Lo importante es salir de aquí. Maurice miró a Isabel y luego de nuevo a su hermana.

— Creo que te debo una disculpa—dijo Maurice.

Gabrielle lo observó por el espejo retrovisor.

— Ya dijimos todo lo que había que decir —dijo Gabrielle.

— No —replicó él—. Me refiero a todos esos años... cuando papá todavía estaba vivo. Sé que puede no significar mucho a esta altura, pero lo siento... Perdóname por haberte abandonado... y por haberte decepcionado. Hubo un instante de silencio. Maurice sostuvo con fuerza la mano de Isabel, determinado a nunca dejarla ir. Gabrielle pudo verlo en el reflejo del espejo retrovisor. Luego miró hacia adelante, las calles increíblemente desiertas. Por fuera podía oírse un extraño temblor de lo que parecían detonaciones, pero no podían estar seguros. Maurice se volvió hacia su hermana y miró el reflejo de sus ojos en el vidrio retrovisor.

— ¿Cómo... cómo sucedió? —quiso saber.

Gabrielle entendió enseguida a qué se refería e hizo un esfuerzo por contenerse mientras las crudas imágenes de la última vez que había visto a su padre la asaltaban.

Tomándose un momento, respondió.

— Me miró mientras lo sacaban en una camilla—dijo—. Y... en ese último momento... dijo mi nombre. Y luego, desapareció por la puerta principal. — ¿Cómo pueden hacer algo así?—dijo Isabel.

— El hombre a cargo de la Policía Superior... solía ser mi compañero. Su

nombre es Mark Anderson.

— ¿Y lo mataste?

— No... maté al hombre que arruinó la vida de papá. Se llamaba Antonio Vopreko y él fue responsable de todo lo que está sucediendo ahora...

Tanto Isabel como Maurice oyeron con atención, con la mirada perdida en los edificios

que pasaban con rapidez por las ventanillas. Gabrielle pensó en Anderson y cómo

parecía haberse salido con la suya, por el momento.

— No sé qué pasará ahora... —dijo Gabrielle—. Pero sólo sé que Vopreko finalmente está muerto...

— ¿Y este Anderson? ¿Qué hay de él?

—Quizás... algún día lo encuentre todavía vivo... y le atravesaré la cabeza con una

bala.

Nadie dijo otra palabra por un buen tiempo. Cerca de treinta minutos después la arquitectura urbana y los edificios altos comenzaron a quedar atrás y dieron lugar a un

paisaje más despoblado. La frontera empezó a asomarse a lo lejos.

— Allí está —dijo Maurice—. ¿Cuál es el plan? ¿Cómo la atravesaremos?

Gabrielle no respondió enseguida. Había intentado evitar pensar demasiado en esa parte

del plan, sólo le importaba poder escapar. Pero ahora surgía el problema. Con un movimiento lento, preparó su arma. Maurice la miró con los ojos abiertos de par en par. — Debes estar bromeando... —le dijo.

— ¿Todavía tienes la escopeta tuya?—dijo ella.

— Gabby, es una locura. Allí hay soldados... Nos matarán antes de que podamos acercarnos.

— Debemos atravesar la frontera... de la manera que sea... ¿Comprendes? No hay vuelta atrás. Si no logramos salir, es lo mismo que estar muertos.

Maurice no lograba aceptarlo del todo, pero veía el punto de su hermana. Regresar a

Rosthalion era lo mismo que la muerte. Y en ese caso, resultaba preferible morir intentando escapar y tener una oportunidad que dar vuelta atrás y enfrentar una muerte

inevitable.

— Escucha... nunca dije que esto no tuviera sus riesgos —dijo Gabrielle—. Pero no tenemos opción. Prepara tu arma.

Isabel tocó suavemente la mano de Maurice.

— Yo también tengo miedo... —dijo ella mientras acariciaba con su otra mano la panza redonda.

Maurice asintió y le sonrió a su mujer. Luego, se volvió a Gabrielle.

— De acuerdo, Gabby—dijo él—. Confiamos en ti. Yo confío en ti. Hagámoslo. Sin perder un segundo, Maurice buscó la escopeta y la preparó. Gabrielle mantuvo su

arma reglamentaria cerca de ella. Tan sólo unos metros distaban del puesto. — Agáchense—dijo Gabrielle.

— ¿Por qué?—replicó Maurice.

— Tendrán mejores chances de sobrevivir si las balas empiezan a volar. — ¿Y qué hay de ti?

— Alguien tiene que seguir conduciendo, tonto —dijo Gabrielle forzando una sonrisa—. No te preocupes. Sólo concéntrate en protegerla a ella. A regañadientes, Maurice accedió y junto a Isabel tomaron resguardo detrás de los asientos frontales.

Gabrielle pisó el acelerador con mayor fuerza. Si debía derribar el puesto, lo haría. Pero a medida que pasaban los minutos y la distancia se acortaba, notó que algo no estaba bien.

La pequeña estructura del paso fronterizo aparentaba estar vacía. No había movimiento alguno ni personas presentes. ¿Dónde estaban los soldados?

Ante el extraño acontecimiento, Gabrielle comenzó a disminuir la velocidad. ¿Podían tener la suerte de que no hubiera nadie vigilando el paso?

Cuando estuvo a escasos metros, Gabrielle detuvo el auto por completo.

— ¿Qué está sucediendo?—dijo Maurice asomándose.

— ¿Por qué nos detenemos?—preguntó Isabel.

Sin comprender, Gabrielle respondió con la mirada clavada en el aparentemente desértico puesto de control.

— Está vacío... —dijo.

— ¿Qué?—exclamó Maurice y se enderezó para poder ver mejor

Comprobó lo mismo con sus propios ojos.

— ¿Dónde están?—dijo él— ¿Dónde están los soldados?

— Tal vez... Tal vez abandonaron sus puestos.

— ¿Y se supone entonces que...?

Pero antes de que pudiera proseguir, un fuerte sonido los interrumpió. Un proyectil atravesó el vidrio y se impactó directamente en el pecho de Gabrielle. Maurice sintió que algo atravesaba también el asiento del conductor y se enterraba detrás. Gabrielle gritó de dolor y Maurice se sobresaltó. Isabel gritó al mismo tiempo.

— ¡Salgan del auto!—exclamó una voz desconocida proveniente del exterior.

Maurice miró a su hermana retorcerse de dolor en el asiento y la sangre brotar a través de sus ropas.

— Gabby... Oh Dios mío... Gabby, ¿estás bien?

La voz volvió a rugir:

— ¡Fuera del auto! ¡Ahora mismo!

Tanto Gabrielle como Maurice miraron a través del parabrisas y notaron lo que parecía ser un soldado solo, empuñando su arma automática a ellos.

— ¡Salgan con las manos en alto! —exclamó—. ¡Ambos!

Maurice, con la mirada clavada en el soldado, sintió que Isabel se movía pero enseguida la detuvo.

— No te muevas... Quédate allí abajo.

Consciente de que el soldado no se había percatado de la presencia de un tercero, Maurice obligó a su mujer a que permaneciera fuera de vista.

— ¡No voy a repetirlo!—advirtió la voz y lanzó un tiro al aire.

Maurice volvió a sobresaltarse. Gabrielle intentó hablar a través de su dolor.

— No... No lo hagas... No salgas...

— Tenemos que hacerlo... —replicó Maurice—. Nos matará.

Dicho esto, Maurice presionó la manija de la puerta y la abrió. Enseguida sacó las manos mostrándolas en alto y salió del auto. El soldado le apuntó y lo examinó.

— ¡Ella está herida! —dijo Maurice—. ¡Deja que la ayude a salir!

El soldado parecía no reaccionar. Su expresión era neutra, la de una persona totalmente desprendida de la realidad.

Sin embargo, Maurice se animó y abrió la puerta de Gabrielle. Cuando lo hizo, notó que su hermana sujetaba contra su cintura el arma. Enseguida, Maurice intentó persuadirla

de desistir con un ligero movimiento de la cabeza.

— Por favor... no lo hagas —le susurró.

Gabrielle miró al soldado. Notó que éste le apuntaba ahora a ella y por su estado, era

demasiado peligroso arriesgarse. Dejó el arma intencionalmente cerca de Isabel y ésta

notó como se deslizaba sobre el asiento y quedaba a su alcance. De esa manera entendió

las intenciones de su cuñada.

— ¡De acuerdo! —exclamó Gabrielle como pudo y Maurice la ayudó a salir.

Ambos hermanos se pusieron de pie, pero sólo Maurice pudo alzar las manos; Gabrielle

no podía dejar de aplicar presión en la zona de la herida. Comenzaba a notar que

le

faltaba el aire.

— ¿Conque quieren escapar?—dijo el soldado—. ¡Infieles! ¡Cobardes! ¿Quiénes se creen que son?

— No queremos problemas... —dijo Maurice—. Sólo queremos salirde aquí...

— ¡Nadie sale de aquí! ¡Y nadie renuncia a su nuevo Dios!

Tanto Gabrielle como Maurice se quedaron sorprendidos. Comprendieron enseguida

que el estado del hombre no era el más sano de todos.

— ¿Creen que pueden continuar con sus caminos pecaminosos sin consecuencia alguna? ¿Creen que pueden renunciar a su obligación de venerar y admirar a quien decide quién muere y quién vive? Aléjense del auto.

Titubeando, ambos obedecieron. Estaban a merced de un lunático. Un «fanático religioso», aunque no sabían a qué religión se refería.

— Arrodíllense—les ordenó el soldado—. Y recen. ¡Recen a su Nuevo Dios! Y si son lo suficientemente bendecidos, él los salvará de arma virtuosa. A diferencia de ellos...

Al decir esto, el soldado señaló con su arma en dirección al puesto de control. Gabrielle

y Maurice miraron hacia allí y vieron los cuerpos muertos de todos los soldados que

conformaban la seguridad del paso fronterizo. Ahora comprendían lo que había sucedido; los acontecimientos del «Dios Humano» habían generado una especie de

brote psicótico en las personas y estos soldados habían sufrido un colapso nervioso,

tornando a los unos contra los otros. Y ahora sólo podía quedar el más lunático de todos

ellos.

— Yo soy el Guardián de la Tierra de Dios —continuó el soldado—. ¡Yo decido quién atraviesa la puerta y entra! ¡Y yo decido quién sale de ella!

Arrodillados como estaban, Maurice extendió una mano a Gabrielle. Temió lo peor.

Pero agradeció al menos estar juntos...

— Ustedes, pecadores... sufrirán la prueba final. Si en verdad son dignos de respirar en la nación de Dios... entonces él detendrá mi mano y nos convertiremos en hermanos... Y luego, el Renacimiento comenzará. ¡Seremos libres! ¡Seremos puros! ¡Seremos superiores! ¡EL GRAN ESTADO DE ROSTHALION GOBERNADO POR Y PARA DIOS!

En el éxtasis de su discurso de verdugo, un disparo sonó tenue pero su impacto fue preciso. En un instante, el soldado ya no tenía voz y su grito se vio ahogado y desvanecido como una vela en el viento. La bala había atravesado su espalda, pero no lo había matado aún. Se mantuvo en pie a pesar de todo. Maurice y Gabrielle, ambos sobresaltados, se dieron vuelta para ver que Isabel se encontraba agachada sobre el asiento del conductor, sosteniendo el arma nueve milímetros de Gabrielle y luchando por mantener una puntería precisa. El soldado fanático, aún en dolor y sangrando, estaba lo suficientemente vivo como para darse vuelta y ver los ojos de su asesina. Maurice se desesperó.

— ¡Dispárale! —gritó—. ¡Isabel! ¡Mátalo!

Isabel disparó pero sus dos disparos consecutivos fueron errados.

— ¡El Nuevo Dios está conmigo! —gritó el soldado mientras daba pasos hacia adelante en dirección a Isabel, dispuesto a matarla.

— ¡No! —gritó Maurice—. ¡Isabel, sal de ahí! ¡Vete! ¡Vete de aquí!

Pero antes de que pudieran procesarlo, Gabrielle se puso de pie con esfuerzo y gritando de dolor se abalanzó sobre el soldado y lo sujetó del cuello, haciéndolo caer. Sin perder un minuto, comenzó ahorcarlo haciendo uso de una llave mortal. Maurice se puso de pie y fue a ayudar a su hermana. Notó que el soldado cargaba con un cuchillo en su cinturón. Lo tomó y pasó a apuñalarlo repetidas veces en el abdomen. El soldado se retorció de dolor y escupió sangre. Maurice continuó apuñalándolo mientras gritaba lleno de odio. Gabrielle siguió haciendo fuerza hasta que finalmente pudo torcer el cuello de su adversario y darle muerte.

— ¡Está muerto!—le dijo a Maurice para que éste se detuviera— ¡Maurice!

Maurice se detuvo. Contempló un instante el cuerpo muerto del soldado y luego soltó el cuchillo.

— Ve con ella... —le dijo Gabrielle.

Maurice se volvió hacia Isabel y fue hacia ella. Gabrielle intentó ponerse de pie, pero no pudo. En cambio, se arrastró hasta apoyarse contra una pared. Isabel y Maurice

regresaron a ella pocos segundos después.

— Debemos regresar... —dijo Maurice—. Y llevarte al hospital.

— No... —dijo Gabrielle, escupiendo sangre—. Mira. El paso está libre. Nadie los detendrá.

— ¿Qué quieres decir?

— Tú e Isabel deben subir al auto... y seguir conduciendo... No se detengan en Tinetele ni en ningún otro pueblo cercano. Aléjense lo más que puedan... y luego encuentren un lugar donde poder tener al bebé.

— Entonces tú vienes con nosotros... —exclamó Maurice.

— ¿Te parece que estoy en condición de hacerlo?—dijo Gabrielle en un intento por ser fría.

— No te dejaré aquí para que mueras.

— Maurice... la bala me perforó el pecho y los pulmones... No hará ninguna diferencia... si me desangro aquí o en el asiento trasero... Por favor... sólo váyanse...

Maurice no pudo contener las lágrimas en sus ojos.

— No... no puedo —dijo—. No voy a abandonarte de nuevo...

— Prometí ayudarlos... y lo hice. No dejes que no signifique nada... Toma a tu mujer y vive. No tienen mucho tiempo... Por favor... Por favor...

Tanto Isabel como Maurice no pudieron controlar su llanto. Pero Maurice supo que no

había caso. Se inclinó sobre su hermana y la abrazó. Luego le dio un beso en la frente.

Por último, Isabel se acercó e hizo lo mismo.

— Siempre vivirás en nuestros corazones... —le dijo Isabel—. Y en el de nuestro hijo. Te amamos, Gabby.

Gabrielle asintió y les sonrió.

— Sean libres... —les dijo.

Maurice continuó llorando, pero tomó la mano de su mujer y juntos regresaron al auto. Durante los escasos segundos que les llevó prepararse para partir, ninguno quitó la vista del otro.

Durante la conmoción del momento, Gabrielle creyó ver la imagen de su padre en el rostro de su hermano, como si pudiera ahora, finalmente, ver el parecido del que tanto había dudado durante todos esos años. Ahora se daba cuenta de su verdadero propósito; no era vengar a su padre ni matar a Vopreko. Su único logro se encontraba allí en el auto, a punto de alejarse y escapar hacia la libertad. Con todas las fuerzas que pudo, les lanzó un beso, mientras que Maurice repitió las palabras «te amo» con tanta emoción como su estado le permitió.

Luego el auto arrancó y lentamente atravesó el devastado paso de frontera.

Cuando estuvieron del otro lado, Gabrielle respiró aliviada y los observó alejarse con velocidad siguiendo el camino de la vida.

Maurice e Isabel se tomaron de la mano, mientras dejaban atrás el temido Estado de Rosthalion. El paso de frontera había quedado atrás, pero todavía pensaban en Gabrielle. Fue en ese momento que rugió un fuerte temblor y un destello blanco y poderoso surgió en la distancia, proviniendo en dirección de la ciudad-estado que dejaban atrás.

A pesar de que se volvieron sorprendidos ante el espectáculo, Maurice no tuvo intención alguna de detener el auto. Tanto él como Isabel notaron un aparente rayo luminoso extenderse desde la superficie de la tierra hasta el cielo. No les cabía duda; sea lo que sea, provenía de Rosthalion y nada bueno salía de allí.

Continuaron alejándose, nerviosos pero esperanzados.

Mientras tanto, en sus últimos minutos de vida y todavía en el mismo lugar que antes, Gabrielle observó el inusual fenómeno en el cielo. Con los ojos entrecerrados y rodeada de su propia sangre, estuvo lo suficientemente consciente para comprender que algo había nacido en Rosthalion y que el mundo entero se encontraba en peligro. Pero al menos, le había dado una oportunidad a alguien más. Y eso era lo único importante. Continuó mirando el rayo luminoso y se preguntó si realmente existía un Dios y si estaría a punto de verlo. Pero no le interesaba en verdad. Sólo se conformaba con reunirse con su padre y su madre, si acaso era eso posible de alguna forma. Cerró los ojos por última vez y hundió la cabeza, mientras el fulgor del brillante rayo se esparcía por los cielos.

El Dios Humano caminaba la Tierra.